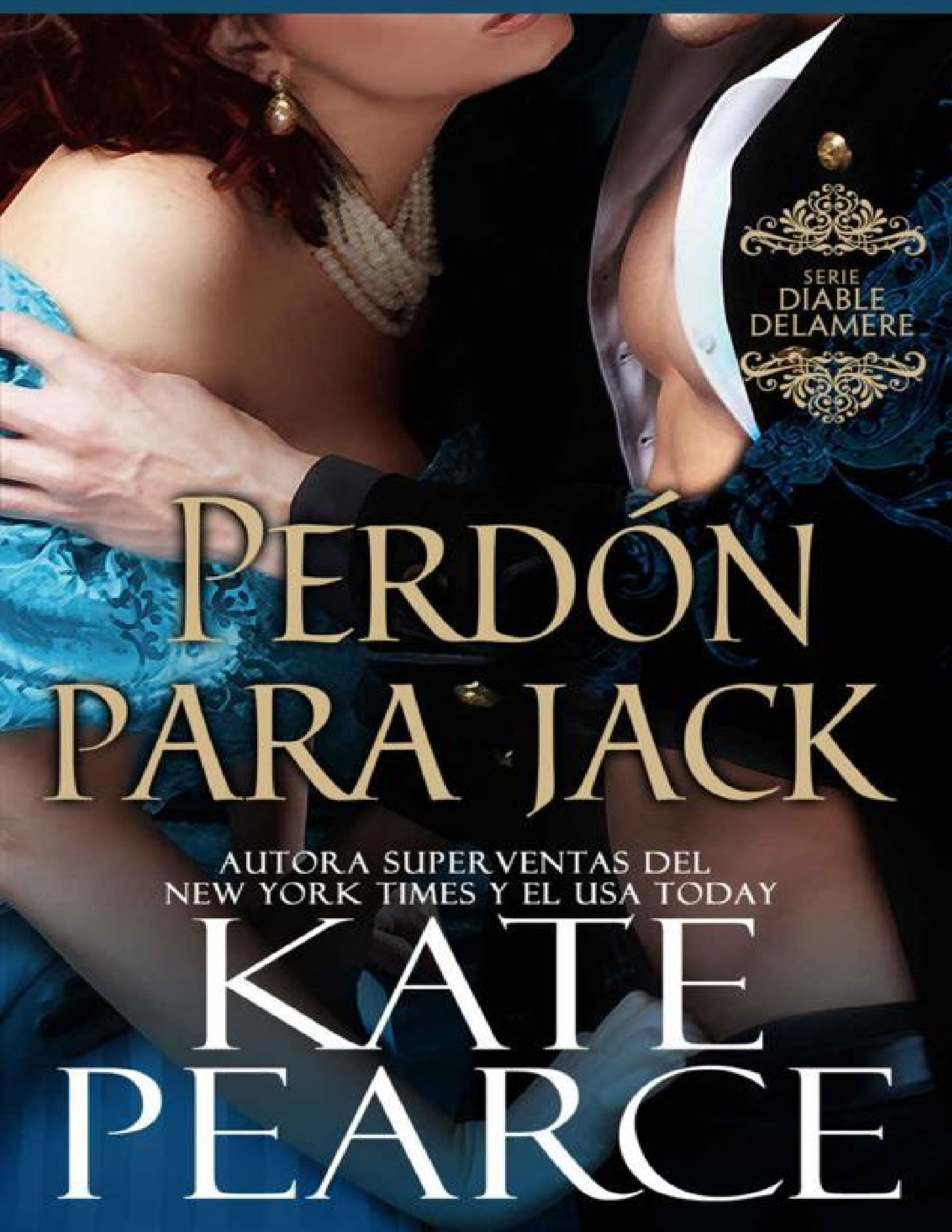




SERIE
DIABLE
DELAMERE

PERDÓN PARA JACK

AUTORA SUPERVENTAS DEL
NEW YORK TIMES Y EL USA TODAY

KATE
PEARCE

Perdón para Jack

Kate Pearce

Sommario

[Frontespizio](#)

[Copyright](#)

[Capítulo 1: Capítulo Uno](#)

[Capítulo 2: Capítulo Dos](#)

[Capítulo 3: Capítulo Tres](#)

[Capítulo 4: Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo 5: Capítulo Cinco](#)

[Capítulo 6: Capítulo Seis](#)

[Capítulo 7: Capítulo Siete](#)

[Capítulo 8: Capítulo Ocho](#)

[Capítulo 9: Capítulo Nueve](#)

[Capítulo 10: Capítulo Diez](#)

[Capítulo 11: Capítulo Once](#)

[Capítulo 12: Capítulo Doce](#)

[Capítulo 13: Capítulo Trece](#)

[Capítulo 14: Capítulo Catorce](#)

[Capítulo 15: Capítulo Quince](#)

[Capítulo 16: Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo 17: Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo 18: Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo 19: Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo 20: Capítulo Veinte](#)

[Capítulo 21: Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo 22: Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo 23: Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo 24: Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo 25: Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo 26: Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo 27: Capítulo Veintisiete](#)

[Capítulo 28: Capítulo Veintiocho](#)

[Capítulo 29: Capítulo Veintinueve](#)

[Capítulo 30: Capítulo Treinta](#)

[Capítulo 31: Capítulo Treinta y uno](#)

[Capítulo 32: Capítulo Treinta y dos](#)

[Capítulo 33: Capítulo Treinta y tres](#)

[Capítulo 34: Capítulo Treinta y cuatro](#)

[Capítulo 35: Capítulo Treinta y cinco](#)

[Capítulo 36: Capítulo Treinta y seis](#)

[¡Descarga gratis!](#)

[Copyright](#)

Copyright

Copyright © 2012 por Kate Pearce

Reservados todos los derechos. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, almacenarse o introducirse en un sistema de recuperación, ni transmitirse, de ninguna forma ni por ningún medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro), sin el permiso previo por escrito tanto del propietario de los derechos de autor como del editor mencionado anteriormente de este libro.

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares, marcas, medios y eventos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. La autora reconoce el estado de marca registrada y los propietarios de las marcas comerciales de varios productos a los que se hace referencia en esta obra de ficción, que se han utilizado sin permiso. La publicación/uso de estas marcas comerciales no está autorizada, asociada ni patrocinada por los propietarios de las marcas comerciales.

Capítulo 1: Capítulo Uno

Londres 1814

Jack Llewelyn exhaló un largo suspiro de sufrimiento, se cruzó de brazos y se reclinó contra la pared cubierta de seda del salón de baile de la Casa Delamere. Cintas lilas y flores violetas de todo tipo habían transformado el cavernoso salón de baile en una espectacular visión primaveral de un bosque. Incluso para los prejuiciosos ojos de Jack, el primer baile de la duquesa se describiría como un triunfo.

Mentalmente, con una mueca Jack calculó lo que le debió haber costado a la secretaria del duque del Diable Delamere comprar todas las flores de invernadero y las flores aromáticas de Londres. Miró a Michael Waterstone, que ocupaba la silla de ruedas a su lado. «Michael, odio tener que hacer el papel de encantador, pero ni siquiera voy vestido para un baile de la *alta sociedad*. Ya no necesitas mi ayuda, así que, ¿por qué, en nombre de Dios, me has arrastrado hasta aquí esta noche?».

«No me culpes. Elizabeth, o debería decir Su Gracia, duquesa de Diable Delamere, me ordenó traerte. Y como este es su primer baile formal y el duque es mi jefe, no supe cómo podía disuadirla».

«Al diablo con eso», maldijo Jack en voz baja, consciente de los ojos interesados sobre él y de la gradual e inevitable oleada de rumores que su presencia siempre provocaba. Hacía casi cinco años que no se aventuraba en la *alta sociedad*, pero nada había cambiado. «Espero que a Su Gracia no se le haya metido en la cabeza hacerse amiga mía. Ya tengo suficientes problemas sin eso».

La boca de Michael se torció. «Elizabeth es mi hermana. Por favor, abstente de referirte a ella en términos tan poco halagadores».

«Tengo a Su Gracia en la más alta consideración, pero puede resultar intimidante cuando se propone algo. Ni siquiera tú puedes negar eso».

Sabidamente, Michael decidió no hacer más comentarios. Jack miró hacia la pista de baile, donde se estaba realizando un vals. En el centro del salón, la cabeza oscura del duque estaba inclinada hacia su nueva duquesa. Su postura irradiaba un interés posesivo que Jack sabía que era sincero. Se había cruzado con el duque a principios de año y experimentó de primera mano la ferocidad de su devoción por Elizabeth.

Jack había conocido a Elizabeth antes de casarse, cuando ella anunció que necesitaba un enfermero para su hermano Michael. En ese momento, sin que Jack ni su familia lo supieran, ella le había pagado el sueldo a Jack con el dinero que ganaba descifrando códigos para el duque.

Se olvidó de la pareja cuando una figura uniformada se detuvo frente a Michael y lo saludó. Jack resistió el impulso automático de devolver el saludo y, en cambio, metió la mano en el bolsillo de sus pantalones.

«Teniente Waterstone, es un placer verlo, señor». El joven elegantemente vestido estrechó la mano de Michael e ignoró deliberadamente a Jack.

«Buenas noches, capitán Howard», respondió Michael. «¿Conoce a mi amigo, lord Jack Llewelyn?».

El capitán Howard lanzó a Jack una mirada desdeñosa. «Con el debido respeto, Waterstone,

me sorprende que un héroe de guerra como usted quiera estar asociado con un hombre que fue dado de baja deshonrosamente del ejército por conducir deliberadamente a dos hombres a una emboscada francesa».

Jack se enderezó y sacó las manos de los bolsillos. Era unos buenos quince centímetros más alto que el desventurado capitán Howard. Palabras precipitadas de desprecio y desafío flotaron en los labios de Jack, pero mantuvo la boca cerrada. Ya había recorrido ese camino antes y apenas sobrevivió. Cansado, se preguntó si alguna vez se le permitiría olvidar.

Michael frunció el ceño. «Honro a todos aquellos que han luchado y muerto por nuestro país. Llewelyn luchó durante los primeros años de la campaña peninsular. ¿Qué derecho tenemos a condenar a cualquiera que haya vivido ese infierno en la tierra? En el fragor de una batalla suceden cosas que desafían toda explicación. ¿Por qué no darle al hombre el beneficio de la duda?

El capitán Howard dio un paso atrás y saludó. «Pido disculpas, teniente, pero por mucho que lo admiro, no me siento cómodo conversando con usted en semejante compañía. ¿Quizá pueda visitarle en casa?».

Dio un golpe con sus tacones y desapareció en una mancha de tela escarlata y trenza plateada. Michael maldijo en voz baja.

«No tienes que defenderme», murmuró Jack. «Soy bastante capaz de cuidar de mí mismo».

«No estoy seguro de que lo seas. ¿Y por qué no debería defender a un hombre al que considero mi amigo?».

«No sabes lo que pasó en España y ciertamente no me he explicado. Dejé de intentarlo hace mucho tiempo». Una imagen del rostro disgustado de su padre pasó por la mente de Jack.

«Es exactamente por eso que creo que te hicieron daño».

Jack miró hacia el salón de baile. «No soy ningún héroe. Obtuve lo que merecía. Un hombre murió por mi culpa. Así que tal vez tú y tu hermana podrías dejar de intentar “ayudarme” y dejar que me vaya al infierno».

«Ve si es necesario, pero el duque desea hablar contigo antes de que te vayas».

«Sabes dónde me alojo. Estoy seguro de que puedes concertar una hora conveniente para que el duque se reúna conmigo allí».

Pasó junto a Michael, consciente de que se estaba comportando de manera atroz, pero incapaz de soportar ni un segundo más el calor sofocante del salón de baile. Mientras caminaba entre la multitud, se frotó el muslo con la mano. A veces temía estar todavía tan manchado de sangre y muerte que su toque pudiera contaminar y destruir a quienes lo rodeaban.

Jack se dirigió hacia las amplias puertas del salón de baile, ignorando los venenosos susurros que hacían que el pelo de su nuca se pusiera firme. Bajó las escaleras de caracol hacia el amplio pasillo de mármol blanco y negro, deteniéndose en la sombra de la escalera para respirar el aire fresco que entraba por la puerta principal abierta.

Mientras Jack observaba, llegó un grupo de invitados y comenzaron a quitarse las capas y los abrigos antes de subir la impresionante escalera. La silueta de una mujer se recortaba contra el fondo de la nieve que caía. Un destello de cabello rojizo, adornado con diamantes, llamó su atención. Hizo una pausa mientras la mujer se quitaba la capa para revelar un sencillo vestido blanco de baile.

Cuando la dama levantó una mano para arreglar su cabello, sus frágiles faldas volaron en las corrientes de aire helado y más diamantes brillaron a la luz de las velas.

Con un profundo sentido de aprecio masculino, Jack imaginó a la belleza de cabello rojizo desnuda en su dormitorio mientras querubines gordos derramaban gemas brillantes sobre su

delicioso cuerpo de extremidades largas. Deseaba poder estar ahí...

Ella se volvió hacia él, como si notara el calor de su mirada, y él se olvidó de respirar. Haciendo caso omiso de sus charlatanes compañeros, se recogió la falda de gasa y caminó hacia él. El golpeteo de sus sandalias blancas con tacones enjorados resonó contra el suelo de mármol. Cuando llegó hasta él, se llevó la mano a la garganta.

«Jack, no sabía que habías regresado. Esperaba contactar contigo...».

Jack hizo una reverencia. «He estado en Inglaterra durante los últimos dos años. ¿No te informé mi padre?».

Sacudió la cabeza y sus largos pendientes de diamantes se agitaron. Jack se preguntó distraídamente cómo podía permitirselos.

«¿Mi padre no te lo dijo?», fingió sorpresa. «Pensé que ustedes dos eran uña y carne».

Ella se sonrojó y se mordió el labio inferior. «Apenas lo he visto desde que te fuiste».

Antes de que pudiera continuar, uno de los hombres de su grupo se acercó y le puso una mano en el hombro. Jack se quedó mirando los dedos enguantados, consciente de un profundo deseo de arrancarlos de la suave carne que tocaban y darle un golpe en la cara al hombre.

«Carys, cariño. Ya llegamos tarde y acordamos encontrarnos con mi madre en la mesa para cenar».

Jack levantó una ceja inquisitiva, pero se mantuvo firme. Estaba ansioso por descubrir por qué Carys permitía que otro hombre se dirigiera a ella con tanta familiaridad. ¿Y por qué, en nombre de Dios, necesitaba encontrar el favor de la madre de esta persona?

Carys miró de Jack a su compañero y suspiró. «Lord Rice, ¿puedo presentarle a Lord Jack Llewelyn?».

Para inmensa satisfacción de Jack, Rice soltó el brazo de Carys y dio un paso atrás, con un destello de comprensión en sus rasgos oscuros. Jack aprovechó la oportunidad para reclamar la mano enguantada de su esposa y llevársela a los labios.

«Hasta donde yo sé, Carys sigue siendo mi esposa. No recuerdo haberte dado permiso para dirigirte a ella por su nombre ni para acompañarla a ningún lado».

Lord Rice hizo una reverencia y su mirada tranquila se detuvo en Carys. «Por supuesto que me disculpo, mi señor. Pero entendí por Carys, quiero decir, por lady Jack, que usted y ella llevaban vidas separadas».

Jack admiraba el valor del hombre, incluso mientras se burlaba de él. «Entonces, quizás te equivocaste. La comprensión de las mujeres sobre estos asuntos puede ser frágil». Dejó caer la mano de su esposa y le acarició la mejilla con un dedo descuidado. «Si hay algo que necesitas discutir conmigo, Carys, ¿puedo sugerirte que contactes a los abogados de mi padre? Estoy seguro de que preferirías no tener que sufrir la indignidad de hablar conmigo directamente».

El rostro de Carys palideció y apretó la mano a su costado. Observó cómo ella reunía la compostura a su alrededor como una capa y levantaba la barbilla. «Si así es como quieres proceder, seguiré tus deseos, pero necesito hablar contigo».

Jack había comenzado a avanzar junto a ella. Se detuvo y bajó la voz para que los demás no pudieran oírlo. «Bueno, eso supone un cambio, cariño. Pensé que habíamos dicho todo lo que había que decir cuando decidiste ponerte del lado de mi padre y me dejaste».

«Yo no me fui, Jack. Tú lo hiciste», su voz era baja y feroz. «Y en verdad, ya me habías dejado mucho antes de que tu padre te desheredara».

Ella desvió la mirada y se alejó de él. Puso su mano sobre el brazo de lord Rice y lo acompañó escaleras arriba sin mirar atrás.

Jack esperó hasta que ella desapareció de la vista para luego salir por la puerta hacia la

noche llena de nieve. Caminó hasta el otro lado de la plaza antes de que la sorpresa lo golpeará. Se detuvo y se apoyó en la barandilla de hierro fundido, contemplando el cielo plomizo. La nieve punzante caía sin que nadie le prestara atención sobre su rostro que se congelaba rápidamente.

Cristo. Carys se veía incluso más hermosa de lo que la había imaginado en sus innumerables sueños frustrados. Su esposa, su primer amor, la mujer que le había arrancado el corazón y lo había abandonado para afrontar a solas un futuro doloroso. Gimió. ¿Qué esperaba que ella hiciera? ¿Caer en sus brazos, decirle que todo había sido un terrible error y que ella todavía lo amaba? Él no le habría creído, incluso si lo hubiera hecho. Pero Carys no tenía forma de saber que había decidido enfrentarse a sus demonios y solucionar su turbulento pasado.

Jack se alejó de las gélidas barandillas de hierro y enterró las manos en sus bolsillos. En su prisa por escapar, había dejado su abrigo secándose en las cocinas de la Casa Delamere. Su abrigo, que le quitó a un soldado francés muerto, lo había ayudado a superar veranos calurosos e inviernos fríos en las montañas mientras estaba en campaña. A diferencia del resto de invitados, solo poseía un abrigo. No iba a permitir que la inesperada aparición de su esposa le hiciera perder el control.

A través de la plaza cubierta de nieve, Jack miró hacia atrás y volvió sobre sus solitarias huellas que trazaban una diagonal. A través de los remolinos de nieve, el frente de la Casa Delamere resplandecía con luz y resonaba con el bullicio de los invitados que llegaban y salían. El parque en el centro de la plaza estaba cerrado y oscuro, guardando sus secretos invernales. Al cruzar la calle, Jack avanzó a través de la nieve que alguna vez había sido prístina y que los carruajes habían convertido en un lodo espeso y fangoso.

Sus botas estaban empapadas cuando caminó con dificultad hacia la parte trasera de la casa. Bajó los empinados escalones hasta el sótano y entró por la puerta trasera. Para su sorpresa, no había nadie allí. Lo envolvieron el calor y los olores ahumados del cerdo asado. Se sacudió la nieve del pelo y se agachó junto a la enorme cocina para calentarse las manos. Los acordes finales de la orquesta que concluyeron un cotillón se filtraron desde el salón de baile del piso de arriba. Jack supuso que el personal probablemente estaría ocupado sirviendo la cena a los invitados.

Vio una barra de pan y un trozo de mantequilla sobre la mesa de pino de la cocina y lo tomó. En su alojamiento no había comida y casi no tenía dinero. Ignorando el repentino y ansioso dolor en su estómago, trató de bloquear sus temores sobre el futuro.

A menos que su suerte cambiara, tendría que arrastrarse de regreso hasta el misterioso Capitán Furia y rogarle que le diera más trabajo. El pan caliente se le atragantó en la garganta. Tosió e intentó tragarlo. Quería ganarse la vida honestamente, pero su necesidad de sobrevivir lo arrastraba constantemente a un turbio submundo de mentiras y engaños.

Una vez, Jack había bromeado con Michael diciéndole que, como soldado, lo único para lo que lo habían entrenado era para matar gente y vendar heridas. Después de ser dado de baja deshonrosamente del ejército, había aceptado un empleo cuidando a oficiales heridos para que recuperaran su salud. De alguna manera, la gente siempre se enteraba de su colorido pasado. Por lo general, a pesar de su considerable habilidad, lo despedían a la primera oportunidad.

Los Waterstone fueron la primera familia que lo aceptó tal como era. Le irritaba que toda su relación con ellos se basara en una mentira.

Sus agudos oídos captaron el sonido de alguien bajando las escaleras de servicio. Se puso de pie lentamente y se limpió las migas de pan de la boca. El duque del Diable Delamere apareció con el abrigo perdido de Jack en la mano. Para sorpresa de Jack, el duque se había quitado su traje de noche gris y se había puesto ropa de montar.

El duque le tendió su abrigo. «¿Estabas buscando esto?».

Jack le dio la espalda, cortó otro trozo grueso de pan y lo untó con mantequilla antes de volver a levantar la vista. «¿Qué desea, Su Gracia? ¿Y qué tengo que hacer para recuperar mi abrigo? ¿Lamerte las botas?».

El duque medio sonrió mientras miraba sus inmaculadas botas de montar. Le arrojó el abrigo a Jack. «No, gracias Llewelyn. Temo que estropearías el esmalte y Jacques, mi ayuda de cámara, nunca me lo perdonaría. Su expresión se volvió seria. «¿Puedes venir a mi estudio mientras los demás invitados cenan? Tengo algo muy importante que discutir contigo».

* * *

Tan pronto como llegó al salón de baile, Carys Llewelyn escapó al salón de damas. Después de la sorprendente aparición de Jack, ella había fingido no notar las miradas interesadas de sus compañeras y el apoyo silencioso de lord Rice. Afortunadamente, nadie ocupaba el tranquilo santuario, aparte de una sirvienta que saludó a Carys y se retiró. Carys se dejó caer en una de las sillas y se llevó las manos frías a las mejillas. Se había imaginado encontrarse con Jack en mil lugares diferentes, pero no en un baile.

Se sacó del pelo dos alfileres con cabeza de diamante y admiró su brillo absoluto. Cinco años atrás, cuando su padre lo desheredó, ella lo dejó salir de su vida.

Desde entonces solo lo había visto una vez. Dos años antes, en aquella ocasión, Jack ni siquiera se había molestado en hablar con ella. Si su hermano Robert esperaba reunirlos, su plan de buen corazón había fracasado estrepitosamente. La vergüenza de ese encuentro y el ridículo duelo resultante entre Jack y su hermano, Gareth, todavía hacían que Carys se estremeciera.

Ella hizo una mueca y volvió a deslizar uno de los pasadores en su cabello. En ese momento ella no había querido hablar con Jack. Gritarle y arrojarle cosas, tal vez, pero no mantener una conversación razonable. Él no había respondido a sus cartas cada vez más desesperadas y ella no era tonta. Él no la había perdonado. Para su consternación, parecía como si su antipatía solo se hubiera endurecido en los últimos dos años.

En la magnificencia del vestíbulo de mármol, parecía mayor de sus treinta años, más desaliñado y fuera de lugar. El sol español había bronceado su piel y decolorado su cabello desde un color miel hasta un dorado intenso. Surcos más duros y profundos en su rostro habían sustituido las suaves líneas de buen humor y vida tranquila que ella recordaba. Recordó el dejo de desprecio en su voz y la manera insolente en que la recorrió con la mirada, como si fuera una mujer fácil pidiendo su atención.

Se miró en el espejo, sorprendida por su compostura. Después de la deserción de Jack, le había llevado mucho tiempo lograr un exterior tan sereno. Se imaginaba a sí misma como un cisne. Toda una elegancia grácil y deslizante en la superficie y pies remando frenéticamente por debajo.

Tenía veinticuatro años y había estado casada con Jack durante siete años. ¿Le importaba que ella hubiera crecido? ¿Le importaba que otro hombre la acompañara por Londres? Era imposible saberlo. Todo lo que sintió fue su desaprobación. Después de cinco años separados, no estaba segura de conocerlo más, ni siquiera si le agradaría. Pensar que él alguna vez había sido el sol, la luna y las estrellas para ella...

«Carys, ¿estás bien?».

Mientras Carys se ponía el último alfiler en el cabello, Anna, la hermana de lord Rice, miró por la puerta.

«Sí, estoy bien», intentó sonreír. «Fue una gran sorpresa...».

Anna asintió con sus ojos azules llenos de simpatía. «Yo diría que lo fue. ¡Llegas a un baile

con mi hermano y aparece tu marido perdido hace mucho tiempo! Es digno de una comedia de errores en Drury Lane».

«No es gracioso, Anna. Tengo que encontrar una salida a este lío. He estado tratando de convencerme de que Jack aceptará mis planes y simplemente desaparecerá de nuevo. Pero mi marido nunca es predecible».

Se estremeció al recordar la expresión desdeñosa en los ojos marrones de Jack. Había tratado de hacerla parecer una pava vacilante. Estaba segura de que, sin la tranquila intervención de Oliver, ella y Jack todavía estarían discutiendo. ¿Cómo se suponía que iba a tratar con un hombre que no se había puesto en contacto con ella desde su regreso de Dios sabe dónde? ¿Estaría ella siempre persiguiéndolo como una niña pequeña enamorada del mejor amigo de su hermano?

Anna se sentó a su lado. Carys estaba agradecida por su presencia poco exigente. Pronto tendría que abandonar el santuario de la sala de estar y salir a enfrentar las preguntas de sus amigos y, lo más importante, de Lord Oliver Rice.

El hombre que esperaba casarse con ella.

Capítulo 2: Capítulo Dos

Jack recogió el trozo de pan que no había comido y siguió al duque escaleras arriba. Estuvo a punto de golpearse la cabeza contra un dintel cuando el duque giró bruscamente a la izquierda. En el pasillo oscuro, Jack usó su mano libre para trazar la tosca pared de ladrillos. Le sorprendió el calor bajo las yemas de sus dedos hasta que se dio cuenta de que seguían la curva de una campana de chimenea.

Finalmente, el duque abrió una puerta que daba a su estudio bien iluminado, evitando el abarrotado vestíbulo de entrada. Cruzó hasta la puerta principal y comprobó que estuviera cerrada con llave antes de girarse hacia Jack. «Por favor, toma asiento».

«¿Está ocultando su asociación conmigo, Su Gracia?».

«Difícilmente. Estoy manteniendo fuera a la *plebe* afuera, no a ti dentro. Desde que el gobierno decidió convertirme en una especie de héroe, mujeres histéricas y otros tontos me acosan en público. Me colman de elogios e insisten en estrecharme la mano o besarme en la mejilla». El duque se estremeció y se frotó la manga inmaculada. «Es muy agotador. Su Gracia, por supuesto, lo encuentra sumamente divertido».

Jack estudió la puerta oculta en la estantería que hacía juego con la del lado opuesto de la chimenea. La segunda puerta conducía al despacho de Michael Waterstone, el secretario del duque. Terminó el trozo de pan y deliberadamente se limpió la boca con la manga.

«Qué vida tan emocionante llevas». Jack se sentó en la silla indicada y tomó la copa de brandy que el duque le sirvió. «Escaleras ocultas, descifrado de códigos y asesinatos...».

El duque ignoró los comentarios de Jack y se sentó detrás de su escritorio. «Ahora, ¿por dónde empiezo?». Desplegó los papeles y los colocó frente a él. «Eres Lord Jack Augustus Owen Llewelyn, nacido el veinticinco de septiembre del año de Nuestro Señor, mil setecientos ochenta y cuatro, en Llewelyn Hall en Gales. Originalmente estabas destinado a la iglesia, pero escapaste de casa y te alistaste en el ejército». El duque levantó la mirada. «¿Por qué, en nombre de Dios, te alistaste en el Cuarenta y ocho de Infantería? Tienen su sede en Northamptonshire. ¿Por qué no elegiste un regimiento galés?».

Jack dio un suspiro exagerado. «Porque no quería que mi padre supiera dónde estaba. Si lo hubiera hecho en Gales, alguien podría haberme reconocido».

El duque asintió. «Por supuesto. Qué negligente de mi parte. ¿Asumo que una vez que te estableciste, tu padre aceptó tu decisión y pagó por tu ascenso?».

«No, Su Gracia, no lo hizo». Jack dijo con impaciencia. «Obtuve el rango de capitán enteramente por mis propios esfuerzos antes de perderlo nuevamente». Jack se recostó y tomó un sorbo de brandy. «Aunque no veo el sentido de esta discusión...».

«Si me dejas terminar. Tu padre, Dafydd, es el actual duque de Carmarthen y tienes dos hermanos mayores, Robert y Edward. Ninguno de tus hermanos está casado todavía». El duque dejó caer el documento entre sus dedos. «¿Qué diablos salió mal? Hasta el escándalo de tu destitución del ejército y tu posterior desheredación, llevabas una vida encantadora. Eras mencionado en los despachos y condecorado por tu valentía».

Jack sintió que lo envolvía una familiar sensación de cautela. Estaba harto de tener que justificarse y demasiado inquieto por el futuro como para preocuparse a quién ofendía. Se puso de pie y golpeó la gruesa copa de cristal de brandy contra el escritorio del duque. «Como no tengo la intención de pasar una velada acogedora recordando mis errores pasados, te daré las buenas noches».

El duque suspiró y se inclinó sobre el escritorio para llenar el vaso de Jack de la licorera que estaba a su lado. «Yo tampoco tengo tiempo para eso. Ya estoy en problemas con Su Gracia por desaparecer antes del final de nuestro primer baile. Pero a veces la urgencia de una situación exige una acción inmediata. Tengo un trabajo para ti, si estás interesado».

Jack volvió a sentarse, sus sospechas surgieron. «¿Por qué crees que necesito un trabajo y por qué me ofrecerías uno, conociendo mi pasado?».

El duque se encogió de hombros. «Sé que en este momento tienes poco dinero y ningún nuevo empleador. Sin embargo, mi esposa y su hermano consideran que eres uno de los hombres más dignos de confianza que jamás hayan conocido».

Jack luchó contra el deseo de guardar silencio, pero su honestidad innata salió a la superficie. «Me ordenaron trabajar para los Waterstone. Me pagaron para vigilar a Elizabeth». El duque pareció dolido y Jack suspiró. «Quiero decir, Su Gracia, que no es que haya hecho un muy buen trabajo».

El duque soltó una risa suave. «Yo tampoco. Si recuerdas, Su Gracia tuvo que salvarme de una muerte en el agua. Ya sabía que no eras tan inocente como parecías. Después del intento de asesinato del Príncipe Regente, traté de averiguar sobre ti a través de mis colegas del Ministerio de Asuntos Exteriores. Para mi sorpresa, solo pude obtener información del Ministerio de Guerra». Hizo una pausa deliberadamente y Jack se puso tenso. «Parece que el ejército todavía te considera una herramienta útil, a pesar de tu humillación pública. Y eso, por supuesto, me lleva a preguntarme por qué un hombre de tu orgullo se deja utilizar por el ejército y no se marcha sin más».

Jack tragó el resto de su brandy y tomó más. El duque era extraordinariamente perspicaz. No se había dado cuenta de que el hombre poseía la capacidad de cortar las capas de la tan cacareada piel gruesa de Jack con la desconcertante habilidad de un cirujano. Consideró sus opciones y ofreció una versión editada de la verdad. «Trabajo para la Oficina de Guerra cuando necesitan que se haga algo desagradable. Si me atrapan, se negarán a reconocerme. A cambio, continúan apoyando determinados esfuerzos de búsqueda en España».

El duque se reclinó en su asiento con expresión pensativa. «Si estás dispuesto a ser tratado como un paria social para lograr tu objetivo, debes tener un motivo muy fuerte. En mi experiencia, eso solo puede significar amor o dinero. ¿Cuál es?».

«Hago lo que tengo que hacer, Su Gracia. De todos modos, nunca me ha importado mucho la opinión de la sociedad».

«Puede que no te importe, pero ¿qué pasa con tu esposa? ¿Crees que han sido fáciles para ella estos últimos años? Apenas se aventura a ir a la ciudad».

«Parece que mi esposa ha hecho sus propios arreglos en mi ausencia. Dudo que a ella le quede algún sentimiento por mí». Jack tragó el excelente brandy del duque y sintió que se asentaba en su estómago como un carbón humeante. Desde el salón de baile, el suave ritmo de un vals se filtró a través de la conciencia de Jack. ¿Estaría Carys bailando con su compañero alto? Jack se lo imaginó. A ella le encantaba bailar.

El duque se aclaró la garganta y la atención de Jack volvió a la cálida habitación iluminada por el fuego. «¿Dijiste que tenías un trabajo para mí o simplemente vamos a discutir las inconsistencias de las mujeres?».

«No intentes clasificar a mi esposa como la tuya. Le debes mucho a Su Gracia».

Jack sostuvo la mirada gélida del duque todo el tiempo que pudo y luego abandonó el esfuerzo. No podía imaginarse a la duquesa abandonando al duque. «Pido disculpas. Tu esposa es una perla que no tiene precio. ¿Ahora podemos volver al asunto que nos ocupa?».

«¿Recuerda que la señora Forester, la madre de Elizabeth, estuvo implicada en el fallido intento de asesinato del Príncipe Regente en junio pasado?».

«¿Implicada?», Jack se rió. «Escuché que la señora Forester estaba tan furiosa cuando su esposo falló que sacó su pistola e intentó terminar el trabajo ella misma».

El duque apretó los labios. «Exactamente, pero esa no es la historia que contó en el juicio. Insistió, mientras lloraba en su pañuelo, que Sir John Harrington y su marido la obligaron a participar en el plan y que era inocente».

«Tú y yo sabemos que ella mintió, pero por el bien de Elizabeth y su familia, permití que la mentira se mantuviera. No podía permitir que la madre de mi futura esposa fuera colgada del cuello o recibiera el castigo de ser transportada de por vida».

El duque le ofreció a Jack un cigarrillo de la caja plateada que había sobre su escritorio. «Por supuesto, ahora me arrepiento de esa decisión con cada fibra de mi ser. La señora Forester ha escapado. Según la información que hemos conseguido, sospechamos que intentará unirse a La Fleur, el cerebro detrás del intento de asesinato».

Jack encendió el cigarrillo y exhaló una nube de humo. «¿Y qué piensa tu duquesa sobre eso?».

La expresión del duque se volvió fría. «Ella no lo sabe. Y si haces tu trabajo correctamente, ella nunca tendrá que hacerlo. Necesito que encuentres a la señora Forester y la traigas de vuelta».

Jack miró fijamente al duque mientras mil preguntas inundaban su cerebro. Decidió empezar por lo obvio. «¿Tienes alguna idea de hacia dónde se dirige?».

El duque se levantó y se acercó a la ventana, cigarro en mano. «Sí, creemos que está en Gales, donde esperamos que se reúna con La Fleur o busque pasaje a Francia».

Jack asintió. Tiene sentido. Los barcos franceses llevaban años evitando el bloqueo británico del Canal de la Mancha navegando hacia puertos más seguros en el Mar de Irlanda. Los galeses no eran conocidos por su amor hacia los ingleses. Conociendo a sus compatriotas, Jack ciertamente podía imaginarlos permitiendo que algún barco francés atracara y descargara artículos cuando nadie con autoridad estuviera mirando.

«¿Hablas algo de galés, Llewelyn? Las autoridades me han dicho que los galeses son una raza resentida y con la boca cerrada que podría responder mejor a uno de los suyos».

Jack había crecido en la campiña galesa y los rostros sonrientes, alegres y abiertos de sus compañeros los recordó. Se imaginó a Carys a los quince años, con el pelo colgando sobre su espalda, rogándole que la ayudara a bajar de un árbol al que trepó para impresionarlo y luego perdió los nervios. Él la había animado a saltar desde la rama más baja a sus brazos. La sensación de su cuerpo maduro contra el de él lo cambió todo...

«Sí, hablo galés, aunque mi padre y los maestros de Harrow intentaron sacármelo a golpes».

El duque arqueó una ceja.

«No se consideró un logro adecuado para el hijo de un duque. Todos los hijos de mi padre lo hablaban, por supuesto. Significaba que podíamos excluirlo».

El duque apagó su cigarrillo. «Si estás de acuerdo, ¿te importaría acompañarme al Ministerio de Asuntos Exteriores? Hay gente allí que entiende la situación mucho mejor que yo».

Jack lo dudó, pero se puso de pie, se sirvió otra copa de brandy y miró con pesar los caros cigarrillos españoles.

Como si hubiera captado el pensamiento de Jack, el duque habló por encima de su hombro. «Por favor, sírvete».

Jack murmuró su agradecimiento y se guardó un puñado en el bolsillo. No podía permitirse

el lujo de comprarlos, pero tampoco estaba demasiado orgulloso para aceptar un regalo. El duque lo esperaba junto a la puerta oculta. Entraron al pasillo y regresaron a las cocinas. Jack recuperó su abrigo, que se había secado bastante bien, le lanzó un beso a la sonriente cocinera y siguió al duque hasta los establos.

Dos caballos paseaban arriba y abajo por el patio adoquinado del establo. Jack montó y pasó una mano experimentada y agradecida por el excelente trozo de carne de caballo que el duque le permitió montar.

El duque se puso un alto sombrero de castor en la cabeza y se enrolló un largo pañuelo de seda alrededor del cuello. La nieve se había espesado y la línea entre el cielo y el suelo se había desdibujado hasta convertirse en una nada calcárea.

Jack movió los dedos de los pies mientras sus calcetines fuertemente zurcidos comenzaban a congelarse dentro de sus botas humeantes. «Hagamos esto rápido, Su Gracia. Me niego a enfrentarme a tu duquesa si te dejo fuera demasiado tarde o, Dios no lo quiera, te pierdo en esta tormenta de nieve».

La sonrisa de respuesta del duque casi se perdió en la sombra del ala de su sombrero. «De hecho, Llewelyn. Sería una tragedia. Y Dios sabe lo que diría tu esposa si a ti te ocurriera la misma suerte».

Jack se rió mientras inclinaba la cabeza para salir por la puerta del patio del establo. «Ella te lo agradecería, Su Gracia. Recuerda, mi muerte la liberaría».

Capítulo 3: Capítulo Tres

Carys y Anna se detuvieron en el umbral del salón de baile y contemplaron la colorida multitud. Lord Oliver Rice apareció detrás de una estatua de mármol de Apolo que flanqueaba la entrada al salón de baile. La orquesta estaba ocupada colocando sus instrumentos, mientras los invitados salían por las puertas del fondo en busca de su cena. Después de una rápida mirada al rostro de Oliver, Carys hizo una reverencia y esperó con silenciosa aprensión a que hablara. Para su inmenso alivio, él no hizo nada más amenazador que inclinarse y tomarle la mano.

«Carys, o debería decir, lady Jack Llewelyn, ¿podrías posponer tu cena por un rato? Creo que hay algunas cosas que debemos discutir antes de llevarte con mi madre».

«Por favor, no me llames así», Carys se estremeció.

Él medio sonrió. «Todo está bien. No voy a hacer una escena. No es que esto no pudiera haber sucedido en cualquier momento».

Carys le permitió llevarla por el pasillo iluminado con velas hasta el ambiente más íntimo del salón mañanero de la duquesa. A veces ser mujer casada tenía sus ventajas. Mientras la puerta permaneciera abierta, su reputación, tal como estaba, permanecería intacta. Oliver la hizo ocupar una silla y él tomó asiento enfrente. No parecía tener prisa por hablar mientras contemplaba el fuego.

Su perfil oscuro y su cabello negro como el carbón hablaban de su herencia celta, mientras que su abrigo marrón nuez y su discreto chaleco enfatizaban su tranquilo sentido del estilo. Carys lo había conocido en la casa de Llewelyn en Gales, poco después de que Jack la dejara. Su familia estaba conectada lejanamente con los Llewelyn a través de su madre y poseía tierras en Swansea y Brecon.

Al principio, él se había contentado con seguir siendo su amigo, pero a medida que pasaron los años, ella se encontró confiando en su apoyo y aliento. Su declaración de amor no la había sorprendido, pero sus planes de casarse con ella sí.

Fue Carys quien rompió el silencio. «No sabía que Jack estaría aquí esta noche. Ni siquiera sabía que estaba en el país».

Oliver se encogió de hombros elegantemente vestido, sus ojos marrón oscuro llenos de calidez. «Creo que cualquiera lo habría adivinado. Quedaste tan sorprendida como yo».

Ella encontró su mirada de lleno. «Nunca te he mentado sobre Jack. Siempre has sabido que mi situación es difícil. Deberías hacer lo que te dice tu madre e ir a buscar otra mujer más dócil y menos casada. Me han dicho que hay decenas de ellas por ahí».

Oliver se adelantó y tomó sus manos entre las suyas. «Nunca las noto, solo te veo a ti». Se llevó los dedos de ella a la boca y los besó. «El divorcio es posible ahora, si uno cuenta con la atención del Príncipe Regente y los fondos necesarios. Y por lo que me dicen mis abogados, si Llewelyn está de acuerdo, tendrá muchas posibilidades de tener éxito en tu reclamo».

Carys se levantó y caminó por la alfombra. Mientras lo hacía, sus faldas blancas de gasa brillaban a la luz del fuego. «Primero necesito arreglar las cosas con Jack. ¿Me permitirás eso?».

Oliver sonrió. «Te he estado esperando toda mi vida, Carys. ¿Qué importarán unas semanas más?».

Con una punzada de culpa, se dejó caer junto a su silla y le estrechó la mano entre las suyas, con un nudo en la garganta. «No soy digna de tanta devoción, Oliver. El escándalo será inmenso. Es poco probable que me acepte la *alta sociedad* y tus posibilidades de ascender en el gobierno se verán irrevocablemente dañadas. Ni siquiera puedo decirte cuánto tiempo llevará arreglar las

cosas o si Jack aceptará divorciarse. Es un hombre orgulloso».

El rostro de Oliver se oscureció y apartó la mano. «No le pongas excusas. Te abandonó, como abandonó a mi hermano David en España. En lo que a mí respecta, él no te merece». Se puso de pie y la abrazó. «Tómate todo el tiempo que quieras, querida. Solo asegúrate de volver conmigo». Dejó un ligero beso en la nariz de Carys y se alejó.

A veces Carys deseaba no ser tan cuidadosa con su reputación. Si él la besara con toda la pasión que ella sospechaba que ocultaba y la hiciera suya, estaba segura de que no se sentiría tan vulnerable cerca de Jack.

Desafortunadamente, cada vez que ella intentaba tentarlo al coqueteo, él siempre se alejaba. Él le sonreía ahora, obviamente inconsciente de sus complicados sentimientos. «¿Quieres unirme a mí en el salón de baile? Tengo la intención de bailar al menos una vez antes de que desaparezcas de nuevo».

Carys esperó hasta que él se detuvo en la puerta de la biblioteca antes de encontrar el valor para hablar. Cuando él la miró inquisitivamente, ella señaló su collar de diamantes y sus aretes a juego. «No creo que deba seguir usándolos mientras todavía esté casada con Jack».

Lord Oliver frunció el ceño. «Los mandé hacer especialmente para ti. Te pedí que los consideraras como un regalo de compromiso».

«Me temo que nos hemos precipitado un poco». Su intempestiva promesa de casarse con Oliver sin tener en cuenta a su actual marido, de repente le pareció de mal gusto. Sabía que Jack se había fijado en sus finas joyas. ¿Podría explicar el destello de desprecio que había visto en sus ojos? ¿Creía que ella ya era posesión de otro hombre?

Le temblaban los dedos mientras luchaba por desenroscar los pendientes.

Las fuertes manos de Oliver se cerraron sobre las de ella y la detuvieron. «Mantenlos, Carys. Devuélvelos solo si es necesario. Los mandé a hacer solo pensando en ti. Le puso la mano en el brazo y la condujo hacia la puerta. «Al menos, úsalos para mí esta noche. No puedes ir a un baile a medio vestir, cariño. ¿Qué diría la gente?».

El humor amable de Oliver devolvió el valor a Carys y ella le apretó la manga del abrigo. Se recordó a sí misma que una de las razones por las que encontraba a Oliver tan atractivo era su temperamento ecuánime. Jack siempre había sido volátil, arrastrándola a problemas, desafiándola a demostrar su valía, provocando que perdiera los estribos. Oliver definitivamente era más tranquilo.

Él la miró cuando llegaron al salón de baile. «Eso es todo, ánimo. Porque aquí vienen mi madre y nuestra ilustre anfitriona, la duquesa de Diable Delamere».

Carys nunca había conocido a la nueva duquesa, pero sí a la madre de Oliver, lady Amelia Rice, en muchas ocasiones. Carys sabía que no le agradaba a lady Amelia y podía entender bien por qué. A los cuarenta años, Oliver era considerado uno de los hombres más codiciados de Londres. A pesar de los mejores esfuerzos de su madre, se había negado rotundamente a mirar a ninguna otra mujer que no fuera Carys.

Mientras Oliver hacía las presentaciones, Carys solo podía preguntarse qué malintencionados cuentos le había contado lady Rice al oído a la duquesa. Se sorprendió cuando la duquesa, después de un intercambio de bromas, sonrió y alejó a Carys de los Rice con una amable disculpa.

«¿Le importaría pasear conmigo, lady Llewelyn? Mi marido se ha ausentado por asuntos gubernamentales y sin él a mi lado me siento bastante cohibida».

«Entonces ha hecho una buena elección de compañera, Su Gracia. Si la ven conversando conmigo, la mayoría de la gente la dejará en paz. Mi exesposo tiene una reputación tan dudosa

que la mayoría de la *alta sociedad* teme hablar conmigo, por si mi desgracia se contagia como el sarampión».

La duquesa puso su mano sobre el brazo de Carys. «Lady Jack, no le pedí que caminara conmigo por eso. Más bien esperaba que su belleza llamara la atención y que yo pudiera desaparecer en un segundo plano».

Carys miró a la duquesa, cuyo expresivo rostro contenía algo mucho más deslumbrante que la mera belleza. Tenía el aspecto de una mujer muy querida y la autoridad inconsciente de una aristócrata. Aunque Carys la envidiaba, dudaba que la duquesa pudiera ser ignorada en cualquier situación. «Está bien, Su Gracia, solo estaba bromeando. Por favor, sigamos».

Carys siguió a la duquesa por el borde de la abarrotada pista de baile hasta que llegaron a los grandes ventanales que daban al balcón pavimentado de frente a la plaza. Hacía demasiado frío para salir. El hielo cubría el cristal como si fuera un delicado encaje de Bruselas. La nieve acumulada en los salientes de piedra del exterior daba al suelo de mármol expuesto un brillo peligroso.

La duquesa indicó a Carys un asiento rústico adornado con cintas y se sentó a su lado. Sacó un abanico lila y plateado y lo abrió con un chasquido. «No me di cuenta de que un baile de la *alta sociedad* podía ser tan agotador. He estrechado más manos y hecho más reverencias de las que jamás imaginé posibles». Ella soltó una pequeña risa que instaba a Carys a unirse a ella. «Incluso comencé a sentir cierta simpatía por el Príncipe Regente».

Carys no pudo evitar sonreír. «No puedo evitar estar de acuerdo con usted, Su Gracia. A mí también me resulta un poco abrumador».

La duquesa tomó la mano de Carys. «Es un gran placer conocerla finalmente, lady Jack. He oído que vive principalmente en el campo. Quizá podamos ayudarnos mutuamente a afrontar los misterios de una temporada en Londres». Ella se encogió de hombros. «No tengo idea de cómo se debe proceder y no tiene sentido preguntarle a mi marido. Lo único que dice es que en cualquier lugar donde él sea bienvenido solo, yo no lo soy, y que si me encuentra en alguno me golpeará».

Carys captó un atisbo de risa exasperada en el rostro de la duquesa y respondió de la misma manera. «Al menos tiene un marido, Su Gracia. El mío desapareció hace algunos años y decidió reaparecer precisamente en su baile».

La duquesa le apretó los dedos. «Lo sé, y qué sorprendentemente malo de su parte al hacerlo, aunque muy propio de él».

«¿Conoce a mi marido?».

«Jack trabajó como enfermero acompañante de mi hermano Michael durante varias semanas este verano. No tengo más que cosas buenas que decir sobre él, aparte del hecho de que nos mintió sobre sus verdaderos orígenes». La duquesa se recostó y estudió a Carys. «Y ahora que nos hemos conocido, tengo otro asunto que discutir con él. Le reprenderé por haber tenido la temeridad de abandonarla».

«Él no fue el único culpable, Su Gracia. Yo también tengo mi parte de culpa». Se mordió el labio para evitar decir algo más. Ver a Jack debió haberla alterado más de lo que se había dado cuenta si se sentía cómoda expresando sus sentimientos personales ante una mujer que apenas conocía.

La duquesa se puso de pie. «Veo a Lord Rice buscándola, así que no la retendré». Miró de reojo a Carys mientras lord Rice caminaba hacia ellas, seguido decididamente por su madre. «A veces me alegro de que la madre del duque viva una vida retirada en Brighton».

Carys intentó disimular su diversión mientras la duquesa sonreía graciosamente a la pareja

que se acercaba y alzaba la voz.

«Lady Jack, ¿me haría el honor de visitarme mañana? Siento que nos llevaremos muy bien».

Carys hizo una digna reverencia. «Gracias, Su Gracia. Estaría encantada».

Cuando la duquesa asintió con decisión y se alejó, Carys notó que lady Rice parecía un poco menos amargada de lo habitual. Oliver tomó su mano con una sonrisa de satisfacción.

«Me alegra verte ampliando tus relaciones aquí en la ciudad, querida. Me han dicho que la nueva duquesa, gracias a su esposo, está en posición de ejercer un poder considerable si decide utilizarlo».

«Ella también es muy encantadora, milord. Creo que disfrutaré volver a verla».

Con una sonrisa encantadora para su futura suegra, Carys permitió que Oliver la arrastrara al baile. Mientras lo miraba, trató de ignorar su convicción de que la repentina aparición de Jack significaba que nada volvería a ser igual.

Capítulo 4: Capítulo Cuatro

Presas de una desacostumbrada sensación de inquietud, Jack se demoró en la puerta y permitió que el duque lo precediera hasta la sala de reuniones con paneles de caoba del Ministerio de Asuntos Exteriores. La habitación apestaba a privilegio. Retratos enmarcados de dignatarios anteriores brillaban ceñudos desde las paredes, y gruesas cortinas de brocado amortiguaban todo sonido procedente de la concurrida calle exterior. ¿Qué pasaría si los otros hombres en la sala, hombres de su propia clase, hombres con los que Jack probablemente había ido a la escuela, lo ignoraran o, peor aún, reprobaran al duque por traerlo?

«Llewelyn, cierra la puerta detrás de ti», murmuró el duque.

Jack hizo lo que le indicó y se aventuró más en la habitación llena de libros. La mesa estaba tan bien pulida que cuando el duque tomó asiento, su elegante forma se reflejó en la superficie. Para sorpresa de Jack, solo había otros tres hombres presentes.

Jack no reconoció a los dos hombres que tenía delante. El tercero fue una sorpresa desagradable. El duque le indicó una silla y Jack se sentó frente a los dos hombres vestidos de forma conservadora que supuso representaban al Ministerio de Asuntos Exteriores.

«Caballeros, este es lord Jack Llewelyn», dijo el duque. «Creo que podrá ayudarnos en esta situación sin precedentes. Tiene toda mi confianza y la autoridad para actuar en mi nombre».

El mayor de los dos hombres se puso las gafas y le lanzó a Jack una mirada sospechosa. «Soy Sir Adrian West. Tengo el honor de conocer a su padre, Llewelyn. Estoy seguro de que hará todo lo posible para ayudar a su país y no mancillar el honorable nombre de su familia... otra vez».

La burla en su voz era inconfundible, pero Jack dejó que lo invadiera. Era demasiado mayor para dejarse intimidar por la idea de la ira de su padre. Si Sir Adrian fuera bueno en su trabajo, no permitiría que sus prejuicios superaran su deseo de capturar a la señora Forester.

El joven presente se puso de pie e hizo una reverencia; su actitud comprensiva y sus rasgos suaves diferían tanto de los de sus compañeros que Jack luchó contra el impulso instintivo de desconfiar de él. «Mi señor, soy Steven Gardiner, el secretario de Sir Adrian. Me ocuparé de los asuntos del día a día relacionados con este caso».

Jack no se molestó en levantarse mientras hacía una señal con la cabeza como muestra de saludo a los dos caballeros que estaban frente a él. «Sir Adrian, señor Gardiner, como dice el duque, estoy feliz de poder servir. Ahora, ¿qué puedo hacer exactamente por ustedes?».

Una voz galesa con mucho acento lo interrumpió. «¿No vas a presentarte ante mí, Llewelyn? Ha pasado mucho tiempo desde que nos vimos».

Jack respiró hondo y se volvió hacia su cuñado, que estaba sentado medio en las sombras. El pelo rojo y las pecas de Gareth se habían desvanecido con el paso de los años, pero su personalidad belicosa parecía intacta. La última vez que se enfrentaron fue al amanecer en Hampstead Heath con un par de pistolas de duelo.

«Buenas noches, Gareth», dijo Jack. «Parece que es la noche de las reuniones familiares. Me alegra ver que te has recuperado». Su mirada recorrió el hombro izquierdo de Gareth, donde sabía que había alojado una bala.

El puño izquierdo de Gareth se flexionó y levantó la mano para descansar sobre la mesa. «Estoy bastante bien. Algunas heridas sanan mejor que otras».

Jack apartó la mirada de los intensos ojos azules de Gareth. Le recordaban las amistades perdidas, las lealtades traicionadas y la carga de vivir una vida llena de mentiras. La sofocante

opulencia de la habitación y el persistente olor a repollo hervido amenazaban con abrumarlo. Tuvo que recordarse a sí mismo que debía respirar.

«He traído al Sr. Evans para que nos ayude porque no solo habla galés con fluidez, sino que es pastor de una iglesia. También está familiarizado con el área donde pretendemos buscar», dijo el duque, mientras su mirada aguda se movía entre los dos hombres.

Jack sonrió a pesar de su sorpresa por la elección de profesión de Gareth. Cuando era joven había jurado que nunca seguiría los pasos de su padre. «Él está tan familiarizado con Gales como yo, Su Gracia. No estoy seguro de si el señor Evans lo mencionó, pero nos criaron juntos», Jack se puso de pie e hizo una reverencia en dirección a Gareth. «También tengo el honor de estar casado con la hermana del señor Evans».

Gareth se puso de pie de un salto y Jack se armó de valor contra la ira que había provocado deliberadamente. «¿Cómo te *atreves* a referirte a mi hermana, tú...?».

«Caballeros, por fascinante que sea este drama familiar, ¿podemos volver al asunto que nos ocupa?», preguntó el duque. «Quizá puedan renovar su relación después de nuestras discusiones».

Jack se dejó caer en su silla y, después de un momento de tensión, Gareth hizo lo mismo.

«¿Me puede dar los documentos que recogió de la celda de la señora Forester, Sir Adrian?».

Sir Adrian pasó por encima de la mesa un montón de cartas fuertemente perfumadas atadas con un lazo rosa. El lado izquierdo del bulto estaba chamuscado con marcas de quemaduras y olía a moho.

«Suponemos que la señora Forester pretendía destruirlos. Por suerte para nosotros, cuando los arrojó al fuego, estos apagaron las llamas».

«¿Realizó un incendio en prisión?», comentó Jack.

Una marea de rojo cubrió las mejillas moteadas de Sir Adrian. «Parece como si la señora Forester encontrara maneras de eludir a su carcelero», dijo con rigidez.

«Apuesto a que así fue». Jack sonrió y Sir Adrian se puso colorado. «¿Tenía una fina cama de plumas y una sirvienta que aireara su ropa y le peinara?».

«No fue así, Llewelyn», intervino el duque, la molestia en su voz era inconfundible, al igual que la mirada que le dirigió a Sir Adrian. «Pero ciertamente vivió demasiado bien».

Gareth se rió, un sonido áspero en la cómoda habitación. «Tú no sabrías nada acerca de ser encarcelado, ¿verdad, Llewelyn? Me parece recordar que huiste después de nuestro duelo para evitar ese mismo destino».

Por primera vez, Jack miró de verdad a su viejo amigo. Recuerdos vívidos de estar encadenado a un muro de piedra, de pies y manos, le arañaban las entrañas. El calor sofocante de la habitación lo envolvió y se fundió con el infierno ennegrecido de su prisión. Se miró las muñecas, donde los puños deshilachados de su camisa apenas cubrían las cicatrices dejadas por las implacables esposas. «No te preocupes por mí, Evans. Podría haber escapado de la prisión en Inglaterra, pero sufrí por mis pecados en un purgatorio peor en España». Inconscientemente se frotó la muñeca. Y a mí me han encarcelado más de una vez, que es más de lo que tú has tenido, apuesto. Pareces tan respetable ahora».

Algo de sus experiencias debió reflejarse en el rostro de Jack, porque Gareth miró hacia otro lado. La ira de Jack aumentó al ver cómo la rabia de Gareth se convertía en lástima y vergüenza. Preferiría enfrentarse a un regimiento de artillería francés que a eso.

Con una maldición murmurada, Jack extendió la mano y tomó una de las cartas que estaban sobre la mesa. Entrecerró los ojos para leer la letra arrugada y apretada, que cruzaba la página vertical y horizontalmente en un esfuerzo por ahorrar papel.

«¿Quién es esa Rose Edwards, Su Gracia? ¿La conoces, Gareth?».

Sir Adrian tosió. «Creemos que la señora Edwards es prima de la señora Forester. De las cartas hemos deducido que fueron cercanas desde niñas y han seguido manteniendo correspondencia durante toda su vida».

Jack ignoró a Sir Adrian y miró al duque. «¿Están las letras en código, Su Gracia?».

«Partes de ellas lo están», se volvió para dirigir su comentario a toda la mesa. «Mi secretario, Michael Waterstone, el hijo de la señora Forester, me ha traducido parte del código, aunque el significado completo aún no está claro».

Gareth tomó una de las cartas y la miró con duda. «Con el debido respeto, Su Gracia, ¿está seguro de que Michael Waterstone es la mejor persona para ayudarlo con esto? Seguramente es sospechoso por su relación con la señora Forester».

Jack resopló. «Michael no te agradecería el comentario. Odia a su madre casi con tanta pasión como su hermana».

Gareth arqueó las cejas. «¿Estás al tanto de los secretos del duque, Llewelyn? ¿Conoces bien a Michael Waterstone y a su hermana?».

«Si se me permite intervenir y salvarlo de una mayor vergüenza, señor Evans. Michael Waterstone no solo es mi secretario sino también mi cuñado». Gareth Evans palideció mientras el duque continuaba sin problemas. «Lo que naturalmente convierte a su hermana en mi duquesa».

Jack le arrojó la carta que había estado leyendo a Gareth. «Yo también puedo dar fe de Michael Waterstone. Su hermana me contrató como su compañero de enfermería durante el verano».

Gareth abrió la boca y luego la cerró con un chasquido audible cuando el duque lo miró fríamente.

Sir Adrian desdobló con inquietud un mapa y lo colocó sobre la mesa. Señaló vagamente con el dedo en dirección a Gales. «La señora Edwards reside en la costa sur de Gales, cerca de Swansea. He marcado el lugar. Esperamos que la señora Forester haya buscado refugio con ella».

Jack se reclinó en su silla y apoyó su bota en el borde de la mesa. Ignoró tanto el ceño fruncido de Sir Adrian como la tranquila sonrisa del duque. ¿Cómo podemos estar seguros de que la señora Forester no pretendía que usted encontrara estas cartas? Todo podría ser un elaborado engaño. Es posible que ya haya escapado a Francia».

Sir Adrian sacudió la cabeza mientras doblaba el mapa y se lo daba a Jack. «Imposible, buen hombre. Todos los puertos de Inglaterra están bajo vigilancia. Y no tenemos otras pistas. Tenemos que seguir esta».

«¿Qué pasa si la señora Edwards ya está muerta?», Gareth habló en el tenso silencio. «¿Qué pasa si las cartas son una completa farsa?».

El duque recogió las cartas y las ató con la cinta rosa. «Le pediré a Michael que resuelva todos los pasajes codificados de las cartas lo más rápido posible. Hasta ahora, parecen simples charlas de niña pequeña». Miró a Jack, sus ojos grises eran fríos. «Cuando Michael haya terminado, quiero que usted y el Sr. Evans viajen a Gales a toda velocidad y descubran la verdad. Si la señora Forester está viva, la traerán de vuelta. Todos sus gastos serán pagados. Quiero que esto se resuelva de inmediato».

Sir Adrian y Steven Gardiner se levantaron e hicieron una reverencia al duque. Jack continuó sentado, con los ojos fijos en Gareth Evans, quien también permaneció sentado.

El duque esperó hasta que los funcionarios del gobierno se marcharon antes de levantarse

también e inclinar la cabeza. «Los dejaré a ustedes dos para que recuerden el pasado. Hay un brandy pasable en las licoreras detrás de ustedes. Por favor, sírvanse ustedes mismos. Me aseguraré de que no sean molestados».

El duque cerró la puerta detrás de él, dejando a Jack y a su antiguo amigo en completo silencio.

Gareth se agitó. «Jack...».

Para que dejara de hablar, Jack se puso de pie y caminó hacia el enorme aparador, que contenía cinco licoreras de vidrio tallado y una colección de vasos chispeantes. Jack cogió el brandy y dos vasos y los llevó a la mesa. Su mano estaba un poco inestable cuando sirvió el brandy, y un poco salpicó la impecable mesa. Usó su manga para secar el derrame.

Cuando levantó la vista, Gareth lo estaba mirando.

Jack levantó una ceja y Gareth sonrió. «Nunca habrías hecho eso en los viejos tiempos, Jack. Habrías muerto antes que estropear tus finas ropas».

Jack miró la manga de su abrigo, muy lavada, y se encogió de hombros. «He cambiado. Incluso yo soy capaz de eso». Su propia amargura lo sorprendió. Tomó un rápido sorbo de brandy y dejó que le quemara un rastro de fuego en la garganta.

Gareth tomó el otro vaso y lo levantó a modo de saludo. «Ambos hemos crecido. Ahora, ya no sería tan impulsivo».

«Hiciste lo único que pudiste, Gareth. Dejé a Carys y tú estabas en tu derecho de defenderla».

«Debería haberte dado la oportunidad de explicarte. Incluso Carys estaba enojada conmigo por obligarte a pelear». Gareth dio un sorbo a su brandy. «Se suponía que yo era tu mejor amigo. Pensándolo bien, me temo que te decepcioné».

Jack agarró su vaso con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos. ¿Cuántas veces había soñado que Gareth le decía eso? ¿Cuántas veces se había llamado a sí mismo tonto por querer que la única persona en la que había confiado durante toda su vida le creyera?

«Nunca tuve la intención de abandonar a Carys. Solo quería retar a mi padre. Esperaba que ella viniera conmigo».

Sus palabras sonaron duras en la silenciosa habitación. Por un momento se arrepintió de haberlas dicho en voz alta. Lo hacían sentir vulnerable. Pedían una respuesta de otro ser humano. Pensó que se había enseñado a sí mismo a no buscar más eso.

«Lo sé ahora. Carys me gritó después de asegurarse de que no iba a morir a causa de mi herida». Gareth sonrió a medias. «Todavía no estoy seguro exactamente de por qué ella no se fue contigo. Ella dice que primero te debe una explicación antes de poder decírmelo».

Jack se alejó de Gareth y miró fijamente su brandy. Sabía por qué ella se había negado a irse con él, pero no le importaba sacar a relucir el tema del amante de su esposa delante de su hermano. Gareth tenía un temperamento feroz y Jack no quería que desafiara a nadie más a duelo. «Una de las razones por las que regresé a Inglaterra fue para solucionar el desastre que dejé atrás. He sido injusto con Carys y con mi familia. Es hora de arreglar algunas cosas, lo quiera o no mi padre».

Gareth dejó su vaso y le tendió la mano. «Bueno, ¿aceptamos trabajar juntos para el duque? Agradecería la oportunidad de volver a familiarizarme contigo. No deseo predicar, pero desde que asumí la profesión de mi padre, he tenido mucho tiempo para considerar mis pecados y, con suerte, aprender a perdonar a los demás».

Una ligera incertidumbre en la voz normalmente cordial de Gareth hizo que Jack se pusiera de pie. Estrechó la mano de Gareth con una extraña sensación de alivio. «Yo también agradecería

la oportunidad, pero sabes que todavía me consideran un paria social, ¿no? Muchos te condenarán por relacionarte conmigo».

Gareth sonrió adecuadamente por primera vez. «Por el amor de Dios, Jack, soy de Gales. Ya se me considera solo un rango por encima de un pagano. Eres la clase de amigo que se esperaría que tuviera un hombre de mi sello».

Capítulo 5: Capítulo Cinco

Después de despedirse cordialmente de su cuñado, Jack saltó del carro de alquiler. Había acordado reunirse por la mañana con Gareth, en la posada el Green Man Inn del Strand, para discutir sus planes. Observó cómo el carruaje giraba lentamente por la calle adoquinada y emprendía el regreso hacia el centro de la ciudad. Afortunadamente, Gareth había conseguido alojamiento con un pastor amigo cerca de la Abadía de Westminster. La sonrisa de Jack se desvaneció. Le habría dado vergüenza ofrecerle a Gareth refugio en su destastada casa de huéspedes.

Con una última mirada a su alrededor, Jack se subió el cuello y metió las manos en los bolsillos caprichosos de su abrigo. Era extraño ver cómo resultaba la vida. Como siendo el tercer hijo de un noble, Jack estaba destinado a la iglesia, al igual que Gareth, el hijo del rector. A los dieciocho años, ninguno de los dos había querido una vida de oración y decoro. Jack escapó y se unió al ejército, pero Gareth obviamente había cambiado de opinión.

Jack solo podía alegrarse de que el destino hubiera puesto a Gareth en su camino. Había imaginado un largo viaje a Gales para encontrar a su viejo amigo y pedirle perdón. Exhaló una nube de aliento cálido que se condensó frente a él como un puño al abrirse. Las ataduras de hierro que protegían las emociones más profundas de Jack se aflojaron un poco mientras con cautela se permitía albergar esperanzas.

Dejó de nevar cuando pasó junto a la fachada en sombras del mercado de frutas y verduras de Covent Garden. El hielo cubría las pilas de productos en descomposición, haciéndolas brillar como tesoros preciosos a la luz de la luna. Su estómago gruñó y cogió una manzana de los adoquines, revisándola. La mitad estaba magullada pero el resto parecía estar en buen estado.

Después de sus años en el ejército, cuando se había visto obligado a comer cualquier cosa que se moviera, el aspecto maltrecho de la manzana no le molestaba. Se frotó la piel contra la manga y mordió la carne blanca y limpia, disfrutando de la acidez y el sabor. Luego arrojó el corazón en una cesta de mimbre abandonada en uno de los puestos desiertos.

La luz de la luna desapareció, derrotada por el estrechamiento de los pasajes y los abarrotados edificios de viviendas. Jack avanzó entre la suciedad y los montones de nieve derritiéndose, evitando las sombras que merodeaban en las puertas y los roedores que corrían abiertamente a través de su camino. Nadie lo molestó. A menudo se había preguntado si su capacidad para matar se reflejaba en su rostro. Llevaba un cuchillo y una pistola, cuando podía permitírselo, y no tenía ningún reparo en utilizar ninguno de los dos.

Dos de las putas del lugar le lanzaron besos al pasar, y él respondió con una sonrisa y un guiño. Había salvado la vida de la chica más pequeña en el verano cuando uno de sus clientes la amenazó con una botella rota. No había aprovechado su invitación para expresar su gratitud y no era probable que lo hiciera. Por las llagas abiertas en la boca de la chica, sospechaba que ella y su hermana tenían la sífilis y no sobrevivirían otro invierno.

Jack hizo a un lado de una patada a un borracho tirado en la entrada de su pensión y subió las escaleras. Su habitación estaba en el segundo piso y daba a la parte trasera de la casa. Buscó la llave en su bolsillo antes de darse cuenta de que la puerta estaba entreabierta. La débil luz del vestíbulo de la planta baja no penetraba la penumbra cubierta de suciedad del hueco de la escalera. Jack cerró los dedos alrededor de su cuchillo, abrió la puerta de una patada con la punta de su bota y entró.

«Llegas tarde».

El tono seco del hombre que Jack solo conocía como el Capitán Furia no fue una sorpresa total. Jack miró en la oscuridad hasta que pudo distinguir la silueta de su empleador en el rincón más alejado de la habitación. Estaba sentado en la única silla destartada que poseía Jack. «No lo esperaba».

Jack nunca había visto al Capitán Furia a la luz del día. Todas sus reuniones, incluida la primera, cuando Jack quedó inconsciente y entregado al Capitán Furia en un ataúd en una funeraria, habían tenido lugar de noche. Una media máscara siempre ocultaba la parte superior del rostro del hombre y él disfrazaba su voz. Jack calculó que el hombre tendría unos cuarenta años, por el ocasional destello de cabello plateado en sus sienes y las duras líneas que rodeaban su boca.

Jack tomó una caja de yesca de la mesa y se arrodilló ante la rejilla oxidada. Mientras reflexionaba sobre la repentina y oportuna aparición del Capitán Furia, golpeó un pedernal y avivó el débil fuego. Montones de cajas en desuso del mercado producían leña buena y barata. Jack rompió una con el pie con un crujido satisfactorio. «Le ofrecería algo de comer o beber, pero no tengo nada hasta mañana».

La figura envuelta sonrió, mostrando un brillo de dientes sorprendentemente blancos y uniformes. «He oído que te han pedido que ayudes al duque de Diable Delamere».

A Jack ya no le sorprendía la capacidad del Capitán Furia de saberlo todo. También sabía que era inútil mentir. «El duque quiere que encuentre a su suegra, que se ha escapado de prisión y se cree que se dirige a Gales».

El Capitán Furia asintió. «Eso pensé. Quiero que me informes a mí, así como al duque. Sin embargo, agradecería que mis informes se enviaran primero».

Jack apretó los dientes y avivó el fuego con un vigor innecesario. «Si estoy de acuerdo, necesito más información acerca de usted, señor. Y una prueba más definitiva de que está cumpliendo su parte del trato».

«¿No confías en tu propio gobierno, Llewelyn?», el Capitán Furia soltó una risa sarcástica. «Por supuesto que no. ¿Por qué deberías hacerlo, cuando te trataron como a un delincuente común?».

Jack se aferró a los restos de su temperamento por el más mínimo hilo. «Se lo preguntaré de nuevo, señor. ¿Tiene alguna noticia sobre el mayor Marcus Stortford?».

El Capitán Furia se puso de pie. Su larga capa negra hacía girar el polvo que cubría el desnudo suelo de madera. «Creemos que lo hemos localizado. Rumores de que un inglés que coincide con su descripción vive entre la gente de las montañas en la España rural».

«¿Ha logrado comunicarse con él en persona?», Jack intentó reprimir el entusiasmo en su voz, pero no pudo lograrlo. Era la primera noticia positiva sobre Marcus en casi dos años.

«Como bien se sabe, todavía es muy difícil viajar con seguridad en Portugal y España. Intentaremos contactar con el mayor Stortford, si es realmente él, por mensajero. Te haré saber si tenemos éxito».

Jack contuvo el impulso de ofrecerse a ir a España y buscar a Marcus él mismo. Sabía que sería rechazado. El Capitán Furia lo consideraba demasiado peligroso para regresar a los campos de batalla y demasiado conocido.

El Capitán Furia se paró junto a la puerta, con el rostro bien escondido tras el ala de su sombrero. «Bueno, Llewelyn, ¿aceptarás el trabajo?», le arrojó un pequeño bolso de cuero que tintineó cuando Jack lo atrapó. «Te pagaré la tarifa habitual».

Jack se guardó las monedas en el bolsillo sin contarlas. «Haré lo mejor que pueda, capitán». Le lanzó a la figura una mirada desafiante. «Como estoy seguro de que usted hará lo mejor que

pueda por mí».

El Capitán Furia se puso los guantes. «Noto que ya no preguntas por el otro. ¿Finalmente has admitido que está muerto?».

Jack se negó a responder y después de un largo momento, la puerta se cerró. Permaneciendo agachado frente al fuego, Jack cerró los ojos y recordó la bien planeada emboscada francesa que lo había dejado herido, al teniente David Rice asesinado y al capitán Marcus Stortford prisionero.

Había oído que el hombre que había acompañado a Carys al baile se llamaba Rice. ¿Había mencionado David alguna vez a un hermano? Durante las largas noches de invierno en la Península había tenido mucho tiempo para intercambiar historias con sus dos compañeros. De mala gana, Jack recordó que David tenía un hermano mayor llamado Oliver y, como hijo mayor, tenía un título y propiedades en Gales.

Jack reprimió una maldición mientras se pasaba una mano por el pelo. ¿Sabía Lord Oliver Rice que Carys todavía estaba casada con el hombre que muchos consideraban responsable de la muerte de su hermano? ¿Seguramente Rice estaría resentido con la familia Llewelyn y no trataría de congraciarse con ellos? Jack se imaginó el rostro de Carys si intentara advertirla contra su pretendiente. Ella simplemente lo acusaría de entrometerse o, peor aún, pensaría que estaba celoso.

Jack se encogió de hombros y echó más leña al fuego. Quizá después de que él y Carys hubieran llegado a un acuerdo sobre su futuro, podría abordar el tema con ella. Hasta entonces, todos sus instintos le decían que lo dejara en paz.

Cuando sintió más calor, se levantó y se quitó el abrigo y los guantes. Su jarra de agua estaba vacía, pero no estaba de humor para bajar las escaleras y salir al jardín abandonado para sacar más. Había llegado a creer que el agua de Londres era más peligrosa que la del extranjero y siempre hervía su suministro.

Jack se quitó las botas y se acostó en la cama. Había sobrevivido a uno de los peores días de su vida y habían resultado de él dos trabajos. Al redescubrir a uno de sus mejores amigos, también tuvo la oportunidad de arreglar las cosas con su esposa. Nada mal para un hombre que creía que el destino se había vuelto en su contra. Al cerrar los ojos, oyó el crujido de las ratas detrás de las finas paredes divisorias. El *golpeteo* constante de la cabecera de la puta de al lado daba contra su pared mientras ella atendía a un cliente.

La mirada fría y acusadora de Carys pasó por su mente. Con su vestido blanco puro, parecía una princesa de nieve de un cuento de hadas. ¿Le había hecho eso a ella? ¿Había destruido su calidez, dejándola tan fría y vacía como estaba él? Con la facilidad de una larga práctica, Jack sacó la imagen de su cabeza y se quedó dormido.

Capítulo 6: Capítulo Seis

Por costumbre, Jack se lamió los labios resecos, aunque ya no quedaba humedad en su boca. Solo el polvo arenoso del camino y el olor a muerte impregnaban sus sentidos a través de la calurosa neblina del sol. La estrecha cinta que representaba el camino a través del paso de alta montaña parecía retorcerse y deslizarse como una serpiente. Se frotó los ojos y se concentró en el hombre que cabalgaba delante de él.

Marcus Stortford carecía de sombrero y el fino polvo que cubría su cabello oscuro lo envejecía prematuramente. Jack y Marcus habían perdido sus abrigos escarlata del ejército en campañas anteriores y robaron o pidieron prestada otra ropa para evitar el frío. Marcus solía bromear diciendo que su apariencia de mala reputación les ayudaba a mezclarse con el paisaje y evitar problemas. El único destello rojo provenía del tercer miembro de su grupo, ese era el teniente David Rice, que era nuevo en el ejército y todavía portaba su abrigo con orgullo.

Jack maldijo y agarró las riendas mientras Boney, su mula cascarrabias, se asustaba ante unas rocas que caían. Marcus se volvió hacia Jack. Su rostro arrugado y bronceado por el sol reflejaba la sensación de ansiedad y tensión de Jack.

«¿Todo bien, Jack?», Marcus llamó, su voz sonaba áspera e inusitada, fuerte en el silencio del pasillo rocoso.

«Todo bien. Algo asustó a la mula», Jack le dio unas palmaditas en el cuello a Boney en silenciosa disculpa. «Dios, ahora desearía tener uno de tus caballos de pura raza, Marcus».

Marcus se rió y David Rice resopló. «Estarían muertos en un día. No están criados para estas duras condiciones».

Rice, que cerraba la marcha, miró fijamente a Jack con reproche. Se tomaba la vida más en serio que Jack y Marcus. Jack se tragó una dura réplica. Desde la degradación de Jack a sargento, Rice también lo superaba en rango. No era culpa de Rice que no se diera cuenta cuando Jack estaba bromeando.

Cuando Jack estudió el rostro cansado y cubierto de sudor de Rice, sus esperanzas de continuar a través del paso se desvanecieron. Aunque Rice era el más joven, se cansaba más fácilmente y necesitaba descansos más frecuentes que sus compañeros mayores. En verdad, la guerra no parecía sentarle bien.

Jack estudió el terreno. Justo antes del estrecho pasadizo cerrado que bajaba hasta la base de la montaña, el camino se ensanchó ligeramente. Las rocas que sobresalían daban algo de sombra contra el resplandor del sol. «¿Por qué no nos refugiamos aquí bajo el saliente y bebemos algo?».

Marcus y Rice descendieron de sus mulas y recuperaron sus suministros de agua. Jack desempacó su bolsa de cuero y la agitó, escuchando el suave silbido del agua que quedaba dentro. La mula agarró la manga andrajosa de Jack y la jaló.

Jack miró al animal. «Aquí apenas hay suficiente para mí, Boney, gran idiota. Tendrás que esperar tu turno».

La mula resopló, dejando al descubierto unos grandes dientes amarillos. Jack logró soltar su brazo.

Intentó racionar la cantidad que bebía, consciente de que los otros dos hombres probablemente estaban haciendo lo mismo. La siguiente fuente de agua pura estaba al final del sendero, a un día de viaje de donde se encontraban ahora. Por enésima vez deslizó una mano dentro de su andrajoso abrigo para asegurarse de que los documentos que había recibido del espía francés todavía estaban allí.

Boney resopló y le dio un codazo en la mano. Con un suspiro, Jack se arrodilló para ofrecerle un poco de agua a la mula. El letal estallido de un disparo de mosquete resonó por la montaña. Jack se estremeció cuando una bala rebotó en la pared de roca sobre su cabeza y le rasgó la mejilla como la garra de un animal salvaje. Se le ocurrió que si no se hubiera agachado para atender a la mula probablemente ahora estaría muerto.

«¡Abajo!», rugió, y vislumbró el rostro sorprendido de Marcus mientras se lanzaba para cubrirse detrás de su mula.

Rice vaciló y se agachó, con sus ojos aterrorizados fijos en los de Jack. Empezó a retroceder. «No puedo, Jack. No hay ningún lugar donde ocultarme».

«¡Rice, abajo!», Jack gritó cuando sus ojos captaron el brillo del cañón de un rifle que se movía hacia ellos. Se secó la sangre que le corría por el cuello y se arriesgó a mirar hacia la roca escarpada. Una nube de rocas y guijarros se deslizó hacia abajo. Se tapó los ojos. Se hicieron varios disparos más, lo que hizo que las mulas entraran en pánico y dejaran a Jack y Marcus desprotegidos.

Sin prestar atención al peligro, Jack se deslizó boca abajo hacia Rice, que todavía estaba acurrucado al aire libre. «Ven, aquí hay más cobertura».

Rice retrocedió en la dirección opuesta, con los ojos desorbitados y el sudor brillando en su rostro. «Lo siento, Jack, no puedo hacerlo. ¡Lo lamento!».

De repente, Rice se llevó ambas manos al pecho. Una oleada escarlata floreció entre sus dedos y se derramó sobre su chaleco blanco. Con un grito ahogado, cayó hacia atrás por el borde del camino.

«¡No!», Jack se puso de pie con dificultad y corrió hacia la última posición de Rice. Cuatro soldados franceses, con las bayonetas preparadas, lo rodearon. Luchó como un hombre poseído mientras los veía atar a un Marcus inconsciente a una de las mulas. No sintió el golpe en la cabeza que lo dejó tendido en el camino ni la ruda sensación de su cuerpo, que lo dejó sin papeles, sin agua y, en definitiva, sin su honor.

Jack se despertó jadeando en la gélida oscuridad de su destantalada habitación. Como siempre, sus manos buscaban frenéticamente los documentos perdidos. Estaba sudando a pesar del frío y su cuerpo temblaba incontrolablemente. Con una maldición, sacó la botella sin abrir de ginebra barata de debajo de la almohada y bebió hasta perder el conocimiento.

Capítulo 7: Capítulo Siete

Carys miró indignada mientras Nia, su hermana, la impulsaba más allá de las tiendas desiertas y las immaculadas aceras de la moderna Bond Street. Cuando Nia llamó a su puerta a una hora poco natural y le dijo que se levantara, Carys intentó protestar. Apenas logró ponerse un vestido de paseo primaveral, una pelliza y un sombrero a juego antes de que Nia la apresurara a salir por la puerta de la Casa Llewelyn.

«¿No podemos parar, Nia?», suplicó Carys. «Apenas son las nueve de la mañana. Nadie se ha levantado todavía y tengo hambre».

Nia agarró el codo de Carys con más fuerza y continuó caminando. A diferencia de las frívolas cintas amarillas de Carys, las frescas bandas de su sensato sombrero gris se negaban a ondear con la persistente brisa. «Sé que las damas como tú, Carys, normalmente todavía están en la cama a esta hora, pero el resto de nosotras estamos ya levantadas y trabajando». Nia siguió caminando, con la mirada fija en la calle que tenían delante.

«Y yo soy como esas damas, ¿no? La noble familia de Jack finge que no existo. Coso mi propia ropa, me encargo de mis facturas y limpio mi propio jardín. En verdad, probablemente hago más tareas domésticas que tú».

«La familia Llewelyn te destina una asignación y no te dejarían morir de hambre. A diferencia de Gareth y yo, que trabajamos para ellos y se supone que estamos agradecidos por nuestro salario, a *ti* todavía te consideran parte de la familia».

«Y desearía no serlo», murmuró Carys. «Siempre me hizo sentir incómoda que mi propia familia me atendiera. Pero no puedo prescindir de ese subsidio. Tú lo sabes».

Nia le apretó el brazo. «Por supuesto que sí. No me quejo de mi suerte. Solo estoy tratando de hacerte sentir mejor con la tuya. Gareth dice...».

«Oh, Gareth es un viejo charlatán estos días». Carys hizo un chasquido de dedos hacia la mención de su hermano. «Y está a salvo en Gales, por lo que no tienes nada que decir sobre nada».

«Él no está en Gales en este momento».

«¿Gareth está aquí?», Carys logró detenerse y enfrentar a Nia. «¿Por qué no me lo dijiste?».

«Se queda con un amigo cerca de la Abadía de Westminster. Recibí una nota suya esta mañana».

«Si me hubieras dicho que mi hermano favorito estaba en la ciudad, ¡me habría levantado como una alondra! ¿Dónde se aloja?».

«Me pidió que te llevara al Green Man Inn en Strand. Por eso nos apresuramos».

Cuando las hermanas llegaron al patio de diligencias, la posada en cuestión parecía desierta. Una bandada de gorriones se peleaba por un trozo de pan abandonado y se oían silbidos en los bien decorados establos. Era demasiado temprano para las diligencias que llegaban y demasiado tarde para las entregas de la mañana.

Nia hizo una mueca mientras exploraba el tranquilo patio, con las manos en las caderas. «Iré a ver si puedo encontrar al posadero. Espera aquí, Carys».

Cansada de ser tratada como una hermana pequeña traviesa, Carys se dirigió a la puerta lateral de la taberna tan pronto como Nia desapareció por la esquina. A diferencia de Nia, no esperaba encontrar a Gareth en los establos. Abrió la enorme puerta y sus fosas nasales fueron asaltadas por el hedor a lúpulo, licores y cerveza en mal estado. Conteniendo la respiración, se adentró en la oscuridad y chocó con un cuerpo grande.

«Le pido perdón, señor, yo...».

Cuando intentó girar, su talón se enganchó en su falda y cayó hacia adelante. Su mejilla chocó con el pecho del hombre y sus manos se cerraron alrededor de su cintura, inmovilizándola contra la pared. Ella se quedó quieta cuando sus labios rozaron el costado de su cuello. Su tentador aroma a café y brandy abrumó los olores menos bienvenidos de la taberna.

«Carys, qué agradable sorpresa. Gareth y yo estábamos hablando de ti».

A pesar de sus mejores intenciones, el calor inundó el rostro de Carys. «Te juro que no sabía que estabas aquí, Jack».

Deslizó sus manos hasta sus hombros y la mantuvo quieta. «¿Por qué deberías? Me imagino que Gareth pensó que estaba siendo romántico al intentar uniros. Ya conoces a tu hermano, siempre tan impulsivo».

«¿Estás hablando con él otra vez?».

«En efecto. ¿Por qué si no estaría aquí?», hizo una reverencia y la soltó. «Déjame llevarte hasta él».

Aún desconcertada por su inesperada aparición y confundida por sus referencias casuales a su hermano, Carys puso su mano sobre su brazo. La condujo a través de la taberna desierta. Filas de jarras de peltre colgaban sobre la barra y el aserrín ocultaba lo peor del suelo. Motas de polvo danzaban en la tenue luz verdosa que emanaba de las antiguas ventanas con paneles de diamantes. Más allá de la taberna había un pasillo y un salón privado. Para alivio de Carys, Gareth y Nia estaban junto al fuego, enfrascados en una conversación.

«Gareth, no sabía que estabas planeando una visita a la ciudad. ¿Qué te trae por aquí?».

La abrazó y luego le besó la nariz. «No hay nada de qué preocuparse, querida», dijo de buena gana, con un ojo en Jack. «Solo negocios de la iglesia y del patrimonio, como de costumbre».

Gareth ayudaba a su anciano padre a administrar los bienes de la iglesia de Llewelyn y viajaba en su lugar. Hasta donde Carys sabía, ninguno de sus asuntos estaba en Londres. Llevó a Carys a una silla junto al fuego, mientras Nia se afanaba en arreglar todo. Con aire gestor, inspeccionó el té que le trajeron y se aseguró de que la sirvienta se llevara la botella de brandy abierta y los vasos usados. Gareth parecía triste.

Nia sirvió el té y le frunció el ceño a Jack hasta que él tomó su taza y se retiró para apoyarse contra la puerta.

Gareth sorbió su té y agitó una mano vagamente en dirección a Jack. «Carys, espero que no te importe que me relacione con Jack. Nos han pedido que trabajemos juntos para...».

«Para el desarrollo de un diccionario médico en galés», interrumpió Jack a Gareth y se alejó de la puerta.

«Un diccionario médico», Carys miró fijamente a Jack.

Ocupó una posición dominante sobre la alfombra de la chimenea manchada de hollín. «Después de que mi colaborador original cayera muerto, Gareth fue la única persona que se me ocurrió que podría ayudarme». Hizo una pausa para sonreír cálidamente a Nia, quien se cruzó de brazos y le frunció el ceño. «¿Querías hablar, Nia? O tal vez debería llamarla señora Evans, ahora que es el ama de llaves de mi padre».

Nia resopló. «Mejor su ama de llaves que su hijo deshonrado».

Carys tomó un sorbo de té y rápidamente ocultó una sonrisa. Nia y Jack nunca se habían llevado bien. Incluso cuando eran niños, ambos querían estar a cargo. Parecía que nada había cambiado.

Jack la miró. «Si estás preocupada por la integridad de Gareth, Carys, ten la seguridad de

que ya le he ofrecido mis disculpas por nuestro último desafortunado encuentro».

Nia se echó a reír y Carys farfulló en su té. «¿Te disculpaste con Gareth, Jack?».

El rostro de Gareth enrojeció hasta casi igualar su cabello y se aclaró la garganta. «Vamos, vamos, Carys. Por favor, no te alteres. Estoy seguro de que Jack también tiene mucho que decirte. De hecho...», miró esperanzado a Nia, «estaba pensando en pedirle a Nia que viniera conmigo a comprar algunos, algunos... pañuelos. ¿Te importaría acompañar a Carys a casa, Jack?».

Los pensativos ojos marrones de Jack se encontraron con los de Carys. Se encogió de hombros y se inclinó. «Sería un honor. ¿Vamos? Tal vez Gareth se quede callado si nos esforzamos por ser corteses el uno con el otro».

Carys estudió a su hermano y hermana mientras corrían hacia la puerta. «Recordaré esto cuando alguno de ustedes necesite un favor de mi parte». Levantó la voz mientras Gareth evitaba su mirada y se escabullía cobardemente detrás de Nia. «Será mejor que se presente esta noche para cenar en la Casa Llewelyn, pastor Gareth Evans. Tenemos mucho que discutir».

Jack se hundió en la silla frente a Carys mientras Gareth cerraba la puerta. Dejó su taza nuevamente en la bandeja, con expresión seria. «Gareth tiene buenas intenciones y tiene razón. Necesito hablar contigo».

Carys cruzó recatadamente los pies a la altura de los tobillos y miró fijamente las botas sucias de Jack. Mientras su mirada viajaba hacia arriba, se dio cuenta de que quería llevarlo a casa, cortarle el cabello rubio y vestirlo con mejor ropa. Horrorizada por la dirección de sus pensamientos, que no eran del todo maternos, buscó la compostura. «No quisiste hablar conmigo anoche. Me dijiste que me comunicara contigo a través de los abogados de tu padre».

«Solo dije eso porque pensé que lo preferirías. Después de hablar con Gareth, esperaba que pudiéramos arreglar las cosas a un nivel menos formal». Se inclinó hacia delante y le tocó la mano enguantada. «Solíamos ser amigos».

Carys caminó hacia la pequeña ventana que daba al patio de entrenamiento. Sí, había pensado que Jack era su mejor amigo y toda su vida antes de que él la dejara. Pero él le había hecho tal agujero que durante mucho tiempo después de su partida, su piel se había sentido como la más fina seda deshilachada.

Ella controló su primer instinto, que fue negar vehementemente sus palabras. Porque, en verdad, ella lo necesitaba. Él ya no tenía el poder de lastimarla a menos que ella se lo permitiera, y ella no tenía intención de hacerlo. Por el bien de Owen, solo podía esperar que él también hubiera crecido.

Ella se volvió hacia él. «Está bien, Jack. Ambos somos adultos. Deberíamos poder superar esto de manera bastante amigable. Necesito que regreses a Gales conmigo. Hay cuestiones de propiedad y posesiones que es necesario discutir».

Jack asintió, con la mirada fija en la de ella. El sol salió e introdujo finos dedos de luz a través de la ventana sucia. Carys notó más líneas nuevas y más marcadas en su rostro. ¿Había sufrido en los años que habían estado separados? Al menos tenía una familia que la consolara y la apoyara. Jack había quedado a la deriva de todo lo que conocía y amaba. ¿Cómo podría haber sido feliz?

«Eso me vendrá muy bien, Carys. Hay ciertas obligaciones que debo cumplir en Swansea antes de poder regresar a Llewelyn Hall contigo, pero no deberían retenerme por mucho tiempo».

Fue a recoger su abrigo. Él se lo quitó hábilmente de las manos y se lo ofreció con una floritura.

«Ya no vivo en Llewelyn Hall. Vivo en la península de Gower, cerca de Swansea». Carys

dudó mientras deslizaba sus brazos dentro de su abrigo y sus manos se acercaban para abrochar los botones dorados. Ella le dejó completar la tarea, disfrutando con sentimiento de culpa el roce de sus dedos y su suave aliento en la nuca. Cuando ella iba a alejarse, él le apretó la cintura con las manos y dejó caer la cara en la curva de su cuello.

«Incluso después de todo este tiempo, todavía hueles igual», murmuró. «Como caramelo y flores de primavera. Supe que eras tú en el momento en que te toqué en el pasillo».

Ella también sabía que era él. Lo habría conocido con los ojos vendados. Carys se obligó a abandonar su abrazo. «Dios mío, Jack, no has cambiado en absoluto. Sigues intentando seducir a todas las mujeres que conoces». Ella le dio unas ligeras palmaditas en la mejilla. «Desafortunadamente, he crecido. Ya no creo en las mentiras y los halagos de los libertinos. Tendrás que encontrar otra ingenua chica de dieciséis años con quien probar suerte».

Jack la agarró de la muñeca. «Si puedo creer que has cambiado, ¿por qué no puedes creerlo tú de mí? Toda la sociedad sabe que eres *tú* quien tiene un amante, Carys. Yo no».

Ella se soltó de su alcance. «Esto no es de tu incumbencia».

Él le devolvió la mirada, visiblemente reprimiendo cualquier cosa que hubiera querido decir. «Por supuesto que tienes razón. Por favor, perdóname. Estábamos discutiendo nuestros planes de reunirnos en Gales. ¿Voy a tu casa?».

Carys cogió su bolso y caminó hacia la puerta. «Preferiría que nos encontráramos en territorio neutral». Ella no lo quería cerca de su casa hasta que decidieran su futuro. «¿Cómo sería si te acompañara a Swansea? Podrías concluir tu asunto y yo podría estar disponible para discutir nuestro futuro cuando no estuvieras ocupado en otra cosa».

Jack se pasó una mano por el cabello, considerando la situación. «Eso será aceptable. ¿Puedo comunicarme contigo mañana sobre mis planes?».

Él le abrió la puerta. Carys le hizo una fuerte reverencia y salió a la taberna en sombras. La repentina oscuridad la desorientó y no tuvo tiempo de protestar cuando Jack la empujó contra la pared. Ella lo miró desafiante a los ojos mientras su boca se movía hacia abajo y su mano se cerraba alrededor de su nuca.

Él la besó con tal lentitud y deliberada minuciosidad que ella tuvo que apretar los puños contra la pared para detener su respuesta. Cuando finalmente levantó la cabeza, le frotó los labios con el dedo.

«Sí», susurró él, «eso pensé. Sabes igual también».

Carys lo empujó del pecho y él se alejó, con las manos levantadas en aparente rendición, pero eso no significó nada. Si él la besaba de nuevo, ella lo dejaría. Para su alivio, él salió al patio y le dio unos segundos para recomponerse. Se enderezó el sombrero, se dio unas palmaditas en las mejillas calientes y miró con el ceño fruncido la pesada puerta de roble. Confiaba en Jack para aprovechar su debilidad momentánea. ¿Su intento de aparecer como una dama de sociedad sofisticada le había hecho creer que le gustaba que la besaran en los rincones oscuros?

Se llevó los dedos a los labios y, con sentimiento de culpabilidad, consideró su deseo de devolverle el beso. Todo era culpa de Oliver Rice. Si él la besara como era debido, ella nunca soñaría con disfrutar o responder a las atenciones de Jack. Como le había dicho a Jack, ella no era una virgen de dieciséis años. Era una mujer casada que conocía los placeres del lecho conyugal.

Abrió la puerta y salió al sol de invierno. Jack estaba de espaldas a ella, hablando con uno de los mozos de cuadra. Con sus pensamientos todavía preocupados sobre las alegrías del matrimonio, Carys se encontró desnudándolo mentalmente. Aunque su rostro era más delgado y

duro, su cuerpo se había llenado en los últimos cinco años. ¿Cómo se sentiría ahora contra su piel desnuda?

Ella ahogó un pequeño sonido ante su propia audacia y se sonrojó hasta la raíz del cabello cuando Jack se dio la vuelta. Él le dedicó una sonrisa lenta y satisfecha, como si hubiera leído su mente. Apretó su bolso contra su pecho y sonrió alegremente.

«¿Nos vamos, milord? Me comprometí a reunirme con la duquesa de Diable Delamere esta tarde y odiaría llegar tarde».

Jack se acercó y le tendió el brazo. «No se preocupe, milady. Llegarás a casa a tiempo».

Le guiñó un ojo al mozo de cuadra y salió a la concurrida calle. El sonido estridente de la bocina de un transporte colectivo resonó sobre sus cabezas y el tranquilo patio detrás de ellos se convirtió en un hervidero de actividad cuando uno de los primeros vagones de pasajeros llegó.

Jack protegió hábilmente a Carys de la multitud mientras el camino se estrechaba para permitir el paso del carruaje. «Dale mis saludos a la duquesa, ¿quieres? Ella ha sido muy buena conmigo».

Sus cejas se alzaron mientras estudiaba la expresión escéptica de ella. «La duquesa me empleó cuando me quedaba el último penique». Le arrojó una moneda a un mendigo, que ella dudaba él pudiera permitirse. «Estaba pensando en volver arrastrándome con mi padre y pedirle un préstamo». Su boca se curvó en una sonrisa. «Así que puedes imaginar lo desesperado que estaba».

«¿Realmente trabajabas como enfermero? Me resulta difícil de creer. Siempre fuiste muy exigente con tu ropa y tu entorno».

«Perdí mis modales elegantes con bastante rapidez en el ejército. Cuando estás cubierto con la sangre y partes del cuerpo de otro hombre, te olvidas de esas sutilezas».

Carys le apretó la manga. «Lo lamento. Como dijiste, me resulta difícil recordar que tú también has cambiado».

Cruzaron otra calle y llegaron a la esquina de Bond Street.

«Gareth me preguntó anoche sobre mi trabajo como enfermero. Le dije que mi padre me enseñó a vivir como un caballero y el ejército me enseñó a matar como un salvaje. Indirectamente, aprendí cómo salvar vidas. Cuando me negaron dos de mis opciones, decidí hacer uso de la tercera. De algún modo, curar a la gente parece mucho más valioso que la ociosidad y el asesinato».

Carys todavía estaba contemplando sus tranquilas palabras cuando se detuvieron frente a la Casa Llewelyn en Great Portland Square. Miró hacia la imponente puerta. «¿Te gustaría entrar? La familia no se encuentra en la residencia».

«Yo creo que no. La última vez que estuve aquí, todo lo que quería me abandonó. No tengo intención de entrar en la casa de mi padre mientras él aún viva. Que tengas un buen día».

Carys se quedó boquiabierta mientras él se despedía y se alejaba. Ella lo observó hasta que él dobló la esquina y fue engullido por el resplandor del intenso sol de la mañana.

Capítulo 8: Capítulo Ocho

¡Infierno y condenación! ¿Qué diablos lo había poseído para besarla? Jack recorrió la transitada carretera, ignorando a un conductor de carro de alquiler que maldecía, y regresó a la seguridad del parque. Había articulado sus tópicos sin sentido sobre querer ser amigo de Carys, y luego la empujó contra una pared y la besó como si fuera una moza de taberna.

Él gimió en voz alta, sorprendiendo a una anciana matrona que alejó a su prole de niños de la sombra de Jack. Jack frunció el ceño y uno de los niños empezó a llorar. Solo una probada de Carys lo había puesto duro. Si él hubiera seguido besándola o si ella hubiera hecho el menor esfuerzo por tocarlo, dudaba que la hubiera dejado ir el resto de su vida.

Sus pasos disminuyeron y miró sin ver la concurrida pasarela frente a él. El vacilante sol primaveral había tentado a muchos a dar un paseo por el parque. Definitivamente ella le había devuelto el beso, pero en realidad no le había respondido. ¿La había asustado? ¿Su contacto no había sido bienvenido?

Jack se encontró al pie de las escaleras que conducían a la oficina del abogado de su padre, “Tufnell, Tufnell and Tubbs”. Su padre había dejado un mensaje a su abogado diciéndole que quería ver a Jack. Eso había sido hace varias semanas y Jack no se había molestado en responder.

Se quedó mirando la sólida puerta negra y la aldaba de latón. Si lograba arreglar las cosas con Carys, quizá necesitaría comunicarse con su padre. Puso el pie en el último escalón y luego se detuvo, con los fríos rasgos de su padre grabados firmemente en su mente. Si arreglaba las cosas con Carys..., dio media vuelta bruscamente y se retiró al parque.

¿Qué era lo que quería? Había pensado que sería fácil, que Carys lo estaría esperando con los brazos abiertos. Había olvidado que ella también cambiaría. Su fría apariencia de sofisticación y su fuerza oculta lo fascinaban y horrorizaban al mismo tiempo. Ella no era la chica dulce y dócil que había dejado atrás, lo cual se lo merecía.

Y luego estaba la complicación añadida de lord Oliver Rice. Jack había oído rumores de que las intenciones de Rice hacia Carys iban hacia el matrimonio y que las apuestas en los clubes decían que ella lo aceptaría.

Jack se sentó en un banco vacío y resopló. Era curioso cómo todos parecían olvidar convenientemente que Carys estaba casada con él. Se había vuelto tan invisible y no deseado como los mendigos que frecuentaban las puertas de la *alta sociedad*. Miró el cielo azul claro y decidió dirigirse a la casa del duque de Diable Delamere. Si Carys tenía intención de reunirse con la duquesa más tarde ese día, tenía que irse antes de que ella llegara, o comenzaría a pensar que la estaba siguiendo.

Caminó bajo un árbol y se inclinó para recoger un manojo de fragantes campanillas. Por su transgresión, soportó un sermón del guarda del parque, que él ignoró sonriendo. Envolviendo los viscosos y goteantes tallos de campanilla azul en su pañuelo remendado, llegó a la tranquila elegancia de Grosvenor Square. A pesar de su preocupación por Carys, él y el duque tenían mucho que discutir.

Al ingresar al cavernoso vestíbulo de entrada de la Casa Delamere, se topó con el duque y la duquesa bajando las escaleras. Hizo una reverencia cortés y le tendió el flojo manojo de campanillas. «Su Gracia».

La duquesa aceptó su regalo riendo. «Gracias, Jack. Son hermosas», ella le devolvió su pañuelo sucio sin un estremecimiento de disgusto. «Debo correr y ponerlos en agua. Por favor Disculpame».

El duque se aclaró la garganta. «Querida, si hubiera sabido que preferías las flores silvestres, podría haber ahorrado una fortuna en las floristerías este invierno».

Jack se rió entre dientes. «Perdóneme, Su Gracia, pero no puedo imaginarlo deambulando por un bosque de campanillas, robando flores para su duquesa».

El duque lo ignoró y le envió a la duquesa una sonrisa sorprendentemente íntima. «Te sorprendería lo que haría para complacer a Su Gracia, Llewelyn. Te sorprenderías mucho».

Se puso de un delicado tono rosado y se alejó rápidamente sin decir una sola palabra. Jack contuvo una sonrisa cuando la mirada plateada del duque se posó en él.

«¿Querías verme, Llewelyn, o simplemente viniste a coquetear con mi esposa?».

A pesar del tono ligero del duque, había un nivel de posesividad en su voz del que Jack tomó nota cuidadosamente. Hizo una reverencia. «Vine a verlo, por supuesto, Su Gracia».

En el estudio del duque, encontró a Michael Waterstone revisando un montón de cartas. Jack sonrió con verdadero placer. Habiendo compartido algunas de las experiencias de batalla de Jack en la Península, Michael era una de las pocas personas con las que Jack se sentía cómodo.

Con el uso del español, Jack habló. «Buenos días, Michael. ¿Cómo estás? ¿Sigues el ritmo de tus ejercicios?».

Michael levantó el codo derecho y lo colocó en un ángulo desafiante sobre el escritorio. «¿Te gustaría tener una competencia de fuerza conmigo, Jack? Juro que podría vencerte ahora».

Antes de que Jack pudiera hacer algo más que intercambiar una sonrisa con Michael, el duque entró y cerró la puerta detrás de él.

«Tengo buenas noticias para ti, Llewelyn. Michael ha logrado desentrañar un poco más del código. Parece como si nuestras sospechas fueran correctas. La señora Forester definitivamente ha regresado a Gales».

Jack aceptó el cigarro de la elegante caja que el duque le tendió y una copa de brandy. «Es bueno saberlo, Su Gracia. Gareth y yo estaremos listos para partir cuando le convenga». Jack vaciló y miró a Michael. «Hay algo más que necesito discutir con usted, Su Gracia, en privado».

Michael le dedicó una sonrisa burlona mientras sacaba su silla del estudio y cerraba firmemente la puerta.

Jack volvió a mirar al duque, que estaba sentado cómodamente detrás de su escritorio. «Estos asuntos son de carácter personal».

El duque arqueó una ceja. «Hasta donde yo sé, no soy tu consejero espiritual, Llewelyn. ¿Qué tienen que ver conmigo estas 'confesiones'?».

Jack apretó los dientes. El duque nunca era un hombre fácil de tratar. «Ambas son relevantes para la misión que me ha pedido que emprenda, Su Gracia. En primer lugar, otra parte “interesada” se acercó a mí y me pidió que le transmitiera información sobre el éxito o el fracaso de mi misión».

El duque se inclinó hacia adelante. «Empiezas a *interesarme*, Llewelyn. ¿Supongo que te refieres al famoso Capitán Furia?».

«¿Sabe de él? Había empezado a pensar que era producto de mi imaginación. Lo confieso, no sé por qué quiere esta información, pero pensé que también debería usted saberlo».

El duque exhaló un anillo de humo perfecto y esperó hasta que se dispersó. «Me sorprende y me agrada que hayas pensado ser honesto conmigo».

La boca de Jack se secó y se puso de pie, con una sensación de malestar en el estómago. «A pesar de lo que haya oído, Su Gracia, no soy un mentiroso».

«Maldición, hombre, siéntate. Me niego a mantener una conversación contigo mientras te impones sobre mí», el duque apagó su cigarro mientras Jack cedía a regañadientes. «Te estás

poniendo pesado. Te dije que confiaba en ti cuando te ofrecí esta misión. Créeme, no soy un hombre que utilice la palabra “confianza” fácilmente».

Observando el severo rostro del duque, Jack no tuvo problemas para creerlo. Lo que el duque no entendía era que a Jack le resultaba igualmente difícil confiar en él. «Solo quería que supiera, Su Gracia, que no puedo negarme a cooperar», dijo con rigidez. «Necesito las conexiones del Capitán Furia para ayudar a un amigo mío. No puedo permitirme el lujo de alejarlo ahora, incluso si decide que ya no soy adecuado para el trabajo».

El duque desestimó la explicación forzada de Jack. «Repito. Quiero que sigas adelante. Ahora bien, ¿cuál fue el otro asunto con el que insistes en entretenerme?».

Jack se aclaró la garganta. «Mi esposa me acompañará en el viaje a Gales. Tenemos asuntos de carácter personal que discutir y que no pueden esperar».

El duque se rió. «Apuesto a que sí, Llewelyn, ya que tu esposa está a punto de anunciar su compromiso con otro hombre».

Jack fijó su mirada en el retrato detrás de la cabeza del duque y dejó escapar un suspiro tranquilizador. «No estoy pidiendo su consejo sobre este asunto, Su Gracia».

«Te ofreceré algunos de todos modos. Si deseas proceder con el divorcio, prometo utilizar mi considerable influencia con el Príncipe Regente para que esto suceda».

Jack miró fijamente su copa de brandy vacía y resistió el impulso de arrojarla contra la pared. ¿Por qué todos asumían que Carys estaría mejor casada con ese idiota de Rice? Consciente de que el duque lo observaba atentamente, colocó su vaso sobre el escritorio del duque. «Gracias, Su Gracia. Lo tendré en cuenta. Puedo asegurarle que no permitiré que mis asuntos personales afecten mi misión».

«Bien. Me pondré en contacto contigo mañana para informarte de mis planes. Ten cuidado, Llewelyn. Las mujeres tienen una manera de interferir en la vida de un hombre cuando este menos lo espera». Sonrió cuando su duquesa entró en la habitación.

Colocó un jarrón lleno de campanillas en el borde de su escritorio. «Ahí, ¿no se ve bien? Muchas gracias por traérmelas, Jack».

«Fue un placer. Su Gracia».

El duque se levantó y reclamó la mano de su duquesa. «¿Por qué no vas a almorzar con Michael mientras yo llevo a mi esposa a caminar por el parque? Quizá yo también pueda encontrar tiempo para entretenerme entre las campanillas».

Despedido brevemente, Jack se alejó. Siguió su olfato hasta el comedor donde, para su alivio, él y Michael disfrutaron de un largo almuerzo sin más interrupciones.

* * *

Carys jaló nerviosamente de un rizo suelto y esperó a ser admitida en la Casa Delamere. Se recogió la falda mientras el pomposo mayordomo la conducía por la imponente escalera hasta los salones de recepción de la duquesa. La casa era enorme, mucho más grande que la del duque de Carmarthen y, en cierto modo, mucho más intimidante.

Su primera impresión del salón de la duquesa fue que había entrado en una concha de ostra. Seda gris tenue cubría las paredes. Las cortinas eran de un rosa pálido y los muebles eran una mancha plateada y crema. No era en absoluto lo que esperaba y muy diferente al resto de la casa.

«Buenas tardes, lady Jack Llewelyn». Elizabeth, se acercó a ella con la mano extendida a modo de saludo. «Me alegra mucho que hayas podido venir. ¿Puedo presentarte a Su Gracia?».

Carys estrechó la mano de la duquesa y realizó una suave reverencia. Tragó saliva cuando una gran figura vestida de negro y gris se materializó junto a la duquesa. Había oído rumores sobre el actual duque incluso en su remanso rural. Habiendo aprendido de sus experiencias con la

familia Llewelyn que había que enfrentar a la aristocracia con confianza, levantó la barbilla.

El duque le sonrió. «Lady Jack, es un placer conocerla por fin». Se llevó la mano enguantada a los labios. «Perdóneme, no puedo quedarme. Tengo negocios en la ciudad».

Carys encontró su voz. «Gracias, Su Gracia». Sus ojos brillaron plateados hacia ella y ella se preguntó por qué diablos le había agradecido. Ahora pensaría que ella estaba contenta de que él se fuera.

Para su alivio, él se volvió hacia su duquesa y le besó los dedos con voz íntima. «No tardaré, mi amor. Diviértete».

La duquesa señaló un asiento junto al fuego mientras el duque cerraba la puerta detrás de él. «Bueno, ¿qué piensas?».

Carys se estremeció suavemente, su atención todavía en el duque que se marchaba. «Es bastante temible, Su Gracia. Más bien como un tiburón peregrino».

La duquesa pareció sorprendida. «Estaba hablando de mis habitaciones recién decoradas, no de mi marido». Sus ojos se encontraron con los de Carys y ambas comenzaron a reír. Después de un rato, la duquesa se inclinó y tomó a Carys de la mano. «Por favor, llámame Elizabeth y ¿puedo llamarte Carys? Realmente creo que estábamos destinadas a ser amigas. No puedo esperar para contarle al duque lo que dijiste». La duquesa se ocupó de servir té en tazas de porcelana plateada pálida. «Su Gracia tiene ese efecto en la mayoría de las personas. No puedo entender muy bien por qué. Siempre he descubierto que la mejor manera de tratar con él es enfrentarlo».

Carys reprimió un escalofrío ante el solo pensamiento y desvió la conversación hacia las habitaciones recién decoradas. Aún riendo, la duquesa señaló un jarrón de cristal que contenía cuatro campanillas débiles.

«Jack, tu Jack, me trajo unas campanillas esta mañana cuando vino a ver al duque. Cuando regresé de mi paseo con el duque después del almuerzo, encontré que todas las macetas de piedra en los escalones que conducían al jardín trasero estaban llenas de campanillas».

«¿Por Jack, Su Gracia?».

Elizabeth se sonrojó delicadamente. «No, por el duque. Le encanta sorprenderme y odia que otro hombre lo haga. Incluso si es solo Jack».

Para deleite de Carys, parecía como si ella y la duquesa tuvieran mucho en común. De una manera extraña, también ayudó que no tuviera que dar explicaciones sobre Jack. Muchos miembros de la *alta sociedad* solo se dignaban reconocerla si estaba dispuesta a hablar del viejo escándalo o revelar rumores de la familia Llewelyn. A pesar de la traición de Jack, ella siempre había mantenido la boca cerrada sobre su relación. De alguna manera sabía que él haría lo mismo por ella.

Jack no solo era conocido por la familia Delamere, sino que aparentemente también era muy querido. La animó que por fin tuviera algo de apoyo. La propia familia de Jack se mantuvo en contacto con él a través de sus abogados. Su madre, a quien Carys sabía que Jack adoraba, nunca habló de él en absoluto.

Después de media hora, Carys se despidió con planes ya acordados para una expedición de compras al día siguiente. La duquesa decidió acompañarla hasta la puerta. Mientras esperaban que el mayordomo consiguiera un coche de alquiler, Carys se sorprendió cuando la duquesa le puso una mano en el brazo.

«Sé que no te gusta hablar de Jack, pero si tienes curiosidad por saber en qué clase de hombre se ha convertido, deberías hablar con mi hermano, Michael Waterstone. Jack fue su enfermero durante varios meses». Miró hacia la puerta abierta del estudio del duque. «Si puedes

retrasar tu partida, sé que a Michael le encantaría hablar contigo».

Carys miró a la duquesa y luego asintió. Si esperaba comprender a Jack y resolver sus diferencias, Michael Waterstone podría ser su mejor fuente de información y su única esperanza.

Capítulo 9: Capítulo Nueve

A pesar de que Jack bramaba como un sargento instructor, Gareth luchaba por despertarse. Tenía la boca abierta y sus ojos saltones, ligeramente afectados por el pánico, completaban la imagen poco edificante de un pez moribundo. Jack lo miró desapasionadamente; contento de que por fin hubiera conseguido acabar con los ronquidos.

«Gareth, por última vez tuve noticias del duque. Necesitamos estar en camino. Un carruaje llegará a buscarnos al mediodía», sacudió el hombro de Gareth, «tengo que hacérselo saber a Carys. No tengo tiempo para quedarme junto a tu cama como un hombre desesperado que espera un legado de último momento».

Después de chasquear los labios y mirar fijamente a Jack como si nunca se hubieran conocido, Gareth finalmente se arrastró sobre un codo, con el gorro de dormir torcido sobre su cabello rojo. «Dios, tranquilo», se quejó, «todavía está oscuro».

«Es invierno. Siempre está oscuro. Ahora levántate. Regresaré al mediodía».

Salió de la tranquila casa y comenzó el largo camino de regreso a su alojamiento. Siguiendo un impulso, llamó a un coche de alquiler que pasaba, disfrutando de la libertad que le proporcionaba el dinero del duque. Después de empacar su escasa ropa y posesiones, escribió una nota para Carys. De camino a casa del duque, se la entregó a uno de los chicos que merodeaban por Covent Garden y le dio instrucciones sobre cómo entregarla.

* * *

Cuando Carys llegó al alojamiento de Gareth, encontró a su hermano en estado de pánico. Después de unas cuantas amonestaciones fraternales mordaces sobre la incompetencia general de los hombres, preparó el bolso de Gareth, le volvió a atar la corbata y le ayudó a ponerse el abrigo. Se evitó una mayor demora cuando Carys localizó el sombrero favorito de Gareth con uno de los gatos domésticos acurrucado en su interior.

Carys estaba deseando volver a casa. Ella cumplió su promesa y apareció en público con Oliver y su renuente madre. Oliver también había estado de acuerdo con sus planes de tratar con Jack. Después de visitar al abogado de los Llewelyn, no tenía nada que la retuviera en la ciudad. Abrió el relicario de oro que llevaba alrededor del cuello y contempló el retrato de Owen y el mechón de su cabello rubio. Sería maravilloso volver a verlo. Odiaba estar lejos de él por más de unos días.

Estaba quitando el pelo de gato blanco del sombrero de Gareth cuando Jack entró. Su abrigo raído colgaba sobre un hombro y su cabello rubio brillaba con chispas a la luz del sol. Él asintió con la cabeza mientras cargaba su baúl sobre su hombro con la acostumbrada facilidad. Dejando que Gareth trajera sus propias maletas, Jack descendió los empinados escalones de la entrada de la casa.

Les esperaba un carruaje cerrado con el escudo de la familia del duque de Diable Delamere en la puerta con paneles. Carys se volvió a poner el sombrero, se abotonó la pelliza marrón y siguió a Gareth afuera. Jack se quedó para entregarla mientras Gareth pasaba junto a ella murmurando una excusa.

Carys vaciló, su mano todavía en la de Jack. ¿Debería sentarse junto a su hermano e intercambiar miradas con Jack durante horas tediosas? Quizás si se sentaba a su lado podría evitar la sutil tentación de sus ojos.

Gareth se sonó la nariz, se dejó caer en el asiento del rincón con un gemido teatral y volvió a dormirse. Con aire decidido, Carys tomó asiento frente a él y se acomodó la falda alrededor de

los tobillos. El carruaje estaba adornado con lujoso cuero gris y satén. Fantásticas sirenas bordadas y peces diablo adornaban los cojines y las cortinas de las ventanas.

Jack se acomodó a su lado, haciendo que el carruaje se balanceara. Su gran figura la atrapó contra el costado del carruaje. Ella trató de alejarse, pero de alguna manera él rezumaba cada centímetro de espacio disponible como un caramelo suave y derretido.

El carruaje arrancó con una sacudida y arrojó a Carys hacia adelante. Jack extendió un brazo, la agarró por el codo y la presionó suavemente contra el asiento. La dura fuerza de sus dedos impregnó incluso el grosor de su manga. Para su disgusto, no estaba segura de si quería que él retirara la mano o la mantuviera allí. Frotó un pequeño círculo con el pulgar, tranquilizándola como lo había hecho cuando ella corrió hacia él en busca de consuelo.

Él se inclinó hacia ella. «¿Todo mejor ahora, *cariad*?».

[Nota de la Trad.: “*cariad*” es una palabra en galés que significa “querida”]

Ella apartó la mano de él. «Sí, gracias. No hay necesidad de mimarme. Ya no soy una niña».

Se recostó y su sonrisa se desvaneció. «¿Crees que no lo sé? Dejaste de querer mi consuelo hace años».

El dolor la azotó como una fuerte bofetada. Pero antes de que ella pudiera tomar represalias, él levantó la mano.

«Perdóname, eso no fue justo. Sé que realmente has sufrido». Su sonrisa era irónica. «Siempre fui una fuente inadecuada de consuelo para ti, ¿no? Era demasiado joven y mimado para comprender lo desesperada que te sentías, y demasiado asustada para ofrecerte algo más que frases incómodas y trilladas que no significaban nada».

Carys estudió sus manos enguantadas. No esperaba que él abordara un tema tan doloroso a los cinco minutos de comenzar el viaje. ¿Podría ella devolverle su inesperada honestidad a la suya? «Yo también era joven. Nunca se me ocurrió que dejaras un sangriento campo de batalla en la Península y regresaras a casa para enfrentarte a otro. Entre tus padres y yo, debiste haberte vuelto loco».

Él le agarró los dedos. «Dios, Carys, no hay comparación. Abortaste a tres bebés, *nuestros* bebés. Nunca debí haber permitido que mis pesadillas sobre España envenenaran nuestra vida juntos», respiró hondo, «es una excusa lamentable, pero en ese momento mi vida parecía estar llena de sufrimientos de personas a las que no podía ayudar», él encontró su mirada de frente, «me alejé de ti porque me sentía inútil. No podría soportar ver el dolor en tus ojos». Él dudó. «No podía soportar la idea de que tú también pudieras morir».

Después de su franca conversación con Michael Waterstone, Carys sintió el primer atisbo de comprensión de lo que Jack había soportado. Había tantas preguntas que quería hacerle, tantas pequeñas heridas y cuestiones sin resolver.

«Jack, yo...».

Gareth abrió un ojo inyectado en sangre. «¿Pueden callarse ustedes dos? Estoy intentando dormir».

Jack le soltó la mano y se volvió para mirar por la ventana. Su postura rígida indicaba que preferiría no volver a hablar. Carys suspiró y buscó un libro en su bolso. Si nadie deseaba hablar con ella, se consolaba con el mundo imaginario, un lugar mucho más sencillo donde todos vivían felices para siempre.

* * *

Cuando se detuvieron a pasar la noche en el Castle Inn cerca de Reading, la máscara afable y sonriente de Jack había vuelto a su lugar. Mientras coqueteaba con Daisy, la sirvienta, quien los condujo a un salón privado, Carys le lanzó una mirada peligrosa. Hizo una profunda

reverencia ante la chica que se reía tontamente cuando pasó junto a él y Carys aprovechó la oportunidad para pararse con fuerza sobre su pie. Su sonrisa desapareció cuando la puerta se cerró.

«¿Cuál es el problema, Carys?».

Carys hizo una pausa y desató las cintas de su sombrero. «Me da vergüenza el espectáculo que das de ti mismo. Esa chica era lo suficientemente joven como para ser tu hija».

«Yo diría que ella tenía la edad que tenías tú cuando te casaste conmigo. ¿Estás sugiriendo que es demasiado joven para saber lo que piensa?».

Carys arrojó su bolso sobre la mesa con un golpe. «¿Estás insinuando que lo estaba?».

Jack se encogió de hombros y se acercó al aparador para servirse una copa. «Dímelo tú».

Gareth tomó la jarra que Jack le ofreció y miró a Carys. «¿Ustedes dos van a pasar todo el viaje disparándose el uno al otro? Hace que la digestión del hombre sea muy dura, literalmente cuaja el estómago. ¿No pueden aceptar llevarse bien?».

«Mi exesposo es el culpable de cualquier disgusto, Gareth. Deberías saberlo mejor que nadie. Si no recuerdo mal, te disparó cuando te atreviste a interferir en sus planes».

Gareth miró nerviosamente a Jack, que estaba de pie, con los brazos cruzados, mirando a Carys. «Er, todo eso ya está olvidado, mi querida hermana. Jack y yo hemos acordado ser amigos».

Carys cruzó la alfombra y arrebató el vaso de Jack de sus irresistibles dedos. «Dice que desea ser mi amigo, Gareth, pero he visto pocas señales de ello».

Se llevó el vaso a los labios y tragó desafiante el contenido, jadeando en estado de shock mientras el alcohol fuerte se abría paso hasta su estómago. Con ojos llorosos, miró a su marido, desafiándolo a reír.

Jack extendió la mano y atrapó un hilo de brandy en la comisura de su boca con el pulgar. «¿Alguna vez fuimos amigos o solo amantes equivocados?», él trazó su labio inferior y ella resistió el deseo de tocar su piel callosa con la punta de su lengua. «¿Hubo alguna vez algo real entre nosotros excepto la lujuria?».

«Pensaba que sí», ella lo fulminó con la mirada. «Maldición, Jack, te *adoraba*». Antes de que él pudiera responder, ella dio un paso atrás. «Voy a subir para ponerme presentable. Gareth y tú pidan la cena. Los veré en una hora».

«Como desee, milady».

Carys solo pudo asentir, su atención estaba en la sensación de ardor que persistía en sus labios. Parecía como si el toque de Jack todavía la marcara mucho más de lo que el alcohol podría hacerlo.

* * *

Después de la partida de Carys, Jack miró con frustración la puerta cerrada del salón. ¿Qué le pasaba? Esta no era la manera de arreglar las cosas con ella. Discutir, cuando lo único que realmente quería era hacer las paces. Medio sonriendo, recordó su rostro desdeñoso. Ya no era una novia tímida y adorable ni la dama de clase alta en la que su madre había tratado de moldearla. Ella era verdaderamente ella misma. De un modo extraño, estaba absurdamente orgulloso de ella.

Jack se volvió y se encontró con la mirada especulativa de Gareth y le dijo, «apuesto a que estás empezando a desear no haber aceptado nunca este viaje».

«Para nada. Lo estoy disfrutando. La verdad es que hacía años que no veía a mi hermana tan animada».

«¿No te opones a nuestras peleas?».

«No es agradable, pero al menos Carys muestra algo de emoción». Gareth hizo una señal a Jack con su jarra de peltre. «Desde que empezó su relación con lord Oliver Rice, en mi opinión, ha sido demasiado santa». Suspiró profundamente. «Estaba empezando a pensar que había olvidado cómo vivir».

«Le desangré la *vida*, Gareth, ¿no te acuerdas? Yo fui el tonto que la seguía manteniendo embarazada».

Jack vio el bolso abandonado de Carys sobre la mesa y lo tomó. Sus dedos acariciaron la seda bordada mientras recordaba su noche de bodas. Había dudado en presentarle a Carys el amor, temiendo haber cometido un terrible error al reclamarla tan joven. Para su sorpresa, ella lo había reclamado con tanta fiereza y valentía como abrazaba todo en su vida. Se había dejado llevar por su sentido de lo correcto. Lejos de quejarse cuando él le quitó la virginidad, ella se había gloriado de que él la poseyera...

Gareth permaneció en silencio durante un largo rato, con sus ojos azul claro, tan parecidos a los de Carys, fijos en el rostro de Jack. «Eso está en manos de Dios, Jack. Hiciste lo que haría cualquier hombre enamorado de su esposa».

Dándole la espalda a Gareth, Jack miró por la ventana hacia el concurrido patio de carruajes de abajo. «Fui egoísta. Cada vez que regresaba de la guerra, intentaba olvidar esos recuerdos al enterrarme en ella. Olvidé que tendría que pagar la pena máxima por mi indulgencia».

Gareth se aclaró la garganta ruidosamente. «No cargues con toda la culpa, hombre. Carys quería esos bebés tanto como tú».

«Gareth tiene razón, Jack».

Jack se giró y vio a Carys enmarcada en la puerta, con las manos fuertemente entrelazadas y el rostro pálido.

Ella señaló el bolso. «Vine a buscar mi bolso. No quise escuchar».

Jack se lo tendió ciegamente, pero ella no lo aceptó. Gareth murmuró una excusa inaudible y salió de la habitación. Jack esperó, con los ojos fijos en la alfombra hecha jirones, mientras Carys avanzaba hacia él. Las puntas de sus botas de montaña asomaban por debajo del dobladillo embarrado de su vestido verde.

«Quería un bebé más que cualquier otra cosa en el mundo. Hacia el final de nuestro matrimonio, estaba tan desesperada que ignoré todos tus intentos de evitar más embarazos. ¿No lo recuerdas?».

Jack no podía mirarla. «Yo era mayor y tenía más experiencia. Debería haber podido detenerte...».

«Oh, pero al final lo hiciste, ¿no?».

Para su sorpresa, Carys ya no parecía enfadada. «Encontraste la manera perfecta de mantenerte alejado de mi cama».

Él la miró entonces, sus dedos clavándose en el cierre metálico de su bolso, lastimándose la carne. «Si te refieres a mi deshonesto despido del ejército, créeme, no lo organicé para tu beneficio».

«Me refería a tu relación adúltera con la señora Sian Williams. Debías saber que se correría la voz». Intentó sonreír. «No te imaginas cuántas visitas de compasión recibí de nuestros vecinos deseosos de compadecerse de mí».

«Yo no...».

Carys le puso una mano en el brazo. «Todo está bien. Incluso ahora puedo perdonarte por eso. Supongo que, a tu manera ridícula y masculina, intentabas protegerme».

Ella tomó el bolso de sus dedos repentinamente inertes y se giró para irse. La observó retirarse, reprimiendo un fuerte deseo de detenerla. Ser perdonado gentilmente por algo que no

había hecho era una experiencia nueva. Nunca había tenido una amante durante su matrimonio.
¡Que le condenaran si siquiera supiera quién era la señora Sian Williams!

Capítulo 10: Capítulo Diez

Carys lanzó una mirada cautelosa a Jack mientras consumía una porción de pastel de cerdo y lo pasaba con una jarra de cerveza. Después de las revelaciones de la noche anterior, él no estaba dispuesto a hablar con ella. Estaba molesta consigo misma por mencionar a la señora Williams. Lanzarle a la cara el nombre de la amante a un hombre no era la mejor manera de iniciar una conversación tranquila y razonable. Y dado que había mentido cuando dijo que lo había perdonado, tal vez era lo mejor.

Mirando fijamente su café, removi6 lentamente el residuo arenoso con su cuchara. Quizá debería sentarse junto a Gareth hoy y evitar todo contacto con Jack. Por la mirada cerrada de su rostro, supuso que necesitaría al menos otro día antes de descender de su alta posición de orgullo masculino ofendido.

Carys intentó mirar por la ventana. Si el tiempo lo permitía, llegarían a Swansea en tres días más. Quería que Jack hablara con su abogado allí y aceptara sus solicitudes. Era muy tentador discutir con él y necesitaba mantenerlo dulce. Jack era el único hombre que había sido capaz de despertar sus pasiones. En verdad, él sobresalía en eso, aceptando lo bueno junto con lo malo, tentándola y burlándose de ella para que se comportara de la manera más poco femenina.

Una visión de Oliver evitando sus intentos de besarla surgió en su mente. La madre de Jack siempre había dudado de que Carys pudiera comportarse como una dama. A veces, Carys sentía que Oliver sentía lo mismo. Tal vez imaginaba con cariño que ella se transformaría en una esposa más conforme después de su matrimonio. La madre de Jack también había pensado lo mismo y había hecho miserable la nueva vida de Carys antes de que ella se diera por vencida desesperada.

Carys resopló y Jack levantó la mirada. Sus ojos se encontraron, los marrones de él considerándola. A Carys se le ocurrió que Jack nunca había esperado que ella fuera otra cosa que ella misma. La única vez que había intentado influir en ella fue por el asunto de sus embarazos fallidos. Había tratado de persuadirla de que no quería tener un hijo y que no necesitaba acostarse con ella, pero ella estaba decidida a cumplir con su deber: demostrarle a su madre que era buena en *algo*. Seducirlo no había sido difícil cuando él la deseaba tan desesperadamente.

Tomó un sorbo apresurado de su café y sintió arcadas ante el sabor amargo. Gareth le dio una palmada en la espalda hasta que ella le rogó que se detuviera. Su cabeza comenzó a palpar mientras miraba alrededor del comedor. Un vagón del correo acababa de llegar y había arrojado a sus hambrientos pasajeros en el espacio ya abarrotado del comedor. Los olores mezclados a carne demasiado cocida, café fuerte y humanidad húmeda inundaron sus cansados sentidos. La esperaba otro día de viaje. Otro día de lucha mental con Jack.

Jack se levantó de la mesa y caminó hacia la puerta de la posada sin preguntarle si estaba lista para irse. Carys recogió su bolso y su sombrero y lo siguió hasta el bullicio del patio embarrado del establo, donde los esperaba el elegante carruaje del duque. El cielo estaba sombrío y cargado de lluvia. Carys necesitó toda su determinación para obligarse a regresar al espacio confinado. Debido a su pérdida de tiempo, Jack y Gareth estaban sentados uno frente al otro. Gareth frunció el ceño cuando ella intentó sentarse a su lado.

«Siéntate al lado de Jack. Necesito mi espacio».

Con el ceño fruncido hacia su hermano, Carys se sentó al lado de su esposo. Pasaron las horas y la lluvia tamborileaba sobre el techo del carruaje con un sonido incesante. Gareth roncó, con la boca abierta, y Carys se quedó dormida, con la cabeza apoyada en el ancho hombro de

Jack.

Sus sueños siempre empezaban bien. Estaba en la cama, con el dulce olor a lavanda a su alrededor. Volviéndose, extendió la mano y tocó la mejilla de Jack, disfrutando de la aspereza de la barba dorada y la curva de su labio inferior.

Su cuerpo se calentó incluso mientras se tensaba. A veces, cuando abría los ojos, veía a Jack. A veces, cuando la pesadilla se apoderaba de ella, su cadáver sin vida yacía a su lado. Nunca supo hasta el último momento si sentiría la frialdad de la piel muerta hacía mucho tiempo o la aceleración de la carne masculina excitada bajo sus dedos.

Luchó por despertarse y entreabrió los ojos cuando Jack murmuró algo en galés, su lenguaje privado del amor. El alivio la inundó y se inclinó hacia él, explorando su piel con la punta de la lengua, inhalando su aroma masculino.

Él gimió y pasó los dedos por el costado de su rostro, colocándolos en la nuca, acercándola más. Ella con mucho gusto abrió la boca cuando su lengua rozó sus labios y se fundió en su abrazo.

No fue hasta que sus dedos jugaron con los botones de su pelliza que ella se dio cuenta de que estaba despierta. Con un grito ahogado, intentó alejarse. Su mano se cerró como un torno alrededor de su nuca.

«Lo siento, Jack. Pensé que estaba soñando. No era mi intención...».

Él la interrumpió con otro beso, este más exigente, más posesivo. Quería arrastrar su mano hasta su pecho. Ella quería su boca allí. Sorprendida por su propia respuesta, le mordió el labio.

«Diablilla», él se apartó bruscamente.

Ella lo miró, tratando de ocultar su deseo, sabiendo que él lo sentiría de todos modos. «Basta, Jack». Miró nerviosamente a Gareth, pero parecía estar durmiendo. «Lo *siento*».

Jack presionó un dedo contra su labio ahora hinchado. «¿Por qué? ¿Por besarme o por morderme?».

«Ambos», dijo Carys con firmeza. «Yo tuve la culpa. Por favor, perdóname».

«Te perdonaré el beso, pero no la mordida». Jack se recostó, con expresión resignada. «Supongo que debería sentirme halagado de que sueñes conmigo».

«Tu vanidad no tiene límites. Quizás estaba soñando con otro».

«¿Quién será, me pregunto? El infinitamente aburrido lord Rice, o el otro hombre que mencionaste... Owen, ¿no?».

«A Owen le encanta besarme, ¿y cómo podría negárselo?».

La sonrisa de Jack desapareció y la acercó a su pecho. «Cállate, mantén los ojos abiertos y bésame. Apuesto a que puedo hacerte olvidarlos a todos».

Su boca descendió y la acercó aún más hasta que estuvo casi en su regazo, su muslo presionado contra el bulto de su pene, sus brazos alrededor de su cuello y sus dedos en su cabello. Él gimió su nombre mientras ella levantaba la rodilla y se sentaba a horcajadas sobre él, solo la fina muselina de sus faldas y la piel de ante de sus gastados pantalones separaban su calor. Su mano bajó hasta su trasero y la apretó aún más firmemente contra él.

«Dios, Carys, yo...».

Gareth resopló en sueños y el carruaje comenzó a reducir la velocidad, lo que hizo que Carys se alejara de las muchas tentaciones de Jack lo más rápido que pudo. Ella se llevó la mano enguantada a la boca temblorosa y simplemente lo miró fijamente.

La sonrisa de Jack era demasiado confiada para su gusto. «Nos acercamos a Didcot. ¿Quizá quieras despertar a Gareth?».

* * *

Jack frunció el ceño mientras el carruaje avanzaba lentamente hacia el abarrotado patio del establo del Red Dragon Inn. A pesar de lo avanzado de la hora, la posada estaba iluminada. Las puertas estaban abiertas y la gente salía a la calle estrecha. Aspiró el embriagador aroma de la agresión masculina reprimida. Le recordaba los preciosos y aterradores segundos previos al comienzo de una batalla.

Se volvió hacia Carys. «Quédate en el carruaje. Déjame entrar y ver lo que está en marcha».

Se abrió paso entre la multitud de hombres que merodeaban en el patio y finalmente encontró al acosado propietario dirigiendo a su personal en el calor de la cocina.

Jack hizo una reverencia. «Buenas noches. Mi grupo reservó habitaciones para esta noche bajo el nombre de Diable Delamere».

El posadero se secó la mano carnosa en el delantal sucio y se la tendió. «Debe ser lord Jack Llewelyn. Soy el señor Harry Cornwell. El duque me dijo que los esperara».

Una carcajada se filtró desde la abarrotada sala de grifería cuando una doncella sonrojada corrió hacia la cocina, con el corpiño torcido.

Jack hizo un gesto detrás de él. «El pueblo parece estar abarrotado esta noche. ¿Todavía tiene las habitaciones?».

El señor Cornwell se rascó la cabeza. «Bueno, señor, hay una pelea de gallos en el campo común. Me las arreglé para reservarle una habitación y con el dinero que me ofrecieron por ella eso fue bastante difícil. Pero odiaría tener problemas con el duque de Diable Delamere». El posadero miró furtivamente por encima del hombro de Jack. «Él no está con usted, ¿verdad?».

Jack se resignó a sí mismo y a Gareth a pasar la noche en el piso. Si efectivamente hubiera una pelea de gallos en los alrededores, todas las posadas cercanas estarían llenas a reventar. Dedicó un pensamiento de agradecimiento al omnipresente duque que aún podía inspirar miedo a ochenta kilómetros de su ilustre presencia. «¿Qué tal un salón privado?».

«Lo siento, milord. Están todos tomados. Pero puedo encargarme de que le traigan la cena».

Jack asintió. «También envíe una sirvienta para que atienda a mi esposa. No se preocupe, me aseguraré de que ella permanezca en su habitación durante nuestra estadía».

El señor Cornwell hizo una reverencia, con el alivio evidente en su rostro. «Gracias milord. Yo mismo me ocuparé de sus caballos en el establo».

Jack se abrió camino de regreso al carruaje, abrió la puerta y ayudó a Carys a bajar. «Tendremos que quedarnos aquí», dijo Jack, «no hay otra opción».

Carys lo jaló de su manga. «¿Qué está pasando?».

Jack siguió adelante, frunciendo el ceño ante cualquier joven galante que se atreviera a comerse con los ojos a su esposa. «Hay una pelea de gallos en el pueblo de al lado. El propietario consiguió reservarnos una habitación. Por una vez, me obedecerás y te quedarás dentro».

En la puerta de la posada, una mujer que llevaba un vestido diáfano escotado tropezó con Jack. Ella se rió, rompiendo la espesa pintura de su cara y le puso una mano en el brazo. Sus grandes pechos casi escapaban de su corpiño. «Disculpe, amor».

El abrumador olor a perfume barato y ginebra picó los ojos de Jack. Carys estiró el codo y empujó a la mujer desconocida, con la nariz en el aire. Jack reprimió una sonrisa mientras Carys lo arrastraba escaleras arriba.

Cuando llegaron a la habitación reservada para ellos, Carys se giró para mirar a Jack, con las manos en las caderas. «¿Te gusta ser objeto de toda la atención desenfrenada? ¿Se te pasó por alto que llevabas a tu esposa del brazo?».

«No puedo evitar que una mujer bonita quiera hablar conmigo. Un hombre tiene sus necesidades».

Una de sus cejas se alzó mientras se quitaba el sombrero e intentaba alisarse el cabello rebelde. Destellos rojos brillaban a la luz de las velas como diminutas chispas de un temperamento fugaz. «No dejes que te detenga», espetó ella. «Si estás tan desesperado, estoy segura de que el propietario puede indicarte el burdel más cercano».

Un golpe en la puerta anunció la llegada de su equipaje. Gareth le dio una propina al sirviente. Ignorando a sus compañeros, comenzó una discusión en voz alta sobre la cena que necesitaba.

Jack le dio a Carys su sonrisa más perezosa. Hacerla perder la calma siempre era un placer. «No tengo que pagar, Carys, y nunca lo he hecho». Bajó la voz. «Y como fuiste tú quien avivó las llamas, por así decirlo, ¿no te sientes responsable de ayudar a aliviarme?».

Sus ojos ardieron en venganza, y él dio un paso atrás involuntariamente. Gareth se aclaró la garganta, le guiñó un ojo a Jack y anunció su intención de visitar las cocinas. Jack apenas reconoció su partida, toda su atención estaba puesta en Carys, quien seguía mirándolo.

«No me importa lo que hagas, Jack», dijo.

«Sí, muy bien». Caminó hacia ella hasta que estuvo apoyada contra la cama.

La rodeó con sus brazos y buscó su boca, consciente del calor que crecía en él, desesperado por obtener una respuesta de ella cuando no podía fingir que había estado soñándolo. Se inclinó hacia ella hasta que sus rodillas se doblaron y ella cayó de espaldas sobre la cama de plumas, atrapada bajo su peso.

Su boca se abrió bajo la de él y él tomó posesión de ella, deslizando su mano por su espalda para bloquear sus caderas contra las suyas. Su miembro se sacudió y se llenó, deseando placer, deseándola a *ella*.

Ella gimió. «Detente. Esto no soluciona nada».

«¿Crees que no lo sé?», la besó ferozmente, adaptando su dureza a su suavidad, sintiéndola ceder. «Pero es mejor que pelear, y esa es la única otra cosa que hacemos bien juntos».

Se la imaginó en los brazos de Rice o, peor aún, en la cama del desconocido Owen. Respirando con dificultad, él la miró fijamente. Ella yacía inmóvil, con los ojos cerrados y las manos con las palmas hacia arriba sobre la colcha, como un ángel caído. ¿Le permitiría acostarse con ella porque extrañaba a uno de los otros hombres? ¿Era su pasión reprimida por otro?

Cerró los ojos y se obligó a quitarle las manos de encima. «Iré a ver dónde está Gareth. No salgas de la habitación».

Caminó hacia la puerta, tratando de ignorar su pene insatisfecho que exigía placer. Siempre había sido así. La había deseado a los veinticuatro años y se había casado con ella, a pesar de su juventud. Ella lo excitaba y lo desconcertaba tanto que perdió el sentido común. Pero él había cambiado, ¿no? No podía simplemente repetir los mismos errores; él le debía tanto.

Jack bajó ruidosamente las estrechas escaleras. Había sido un error estar encerrado en un carruaje con ella. Ella lo afectaba aún más que antes, su cuerpo carecía durante mucho tiempo del toque de una mujer, su imaginación estaba llena de imágenes eróticas de su bienvenida y su familiar sabor sensual. Se lamió los labios, saboreando el caramelo y el indicio de su excitación, y se obligó a no darse la vuelta y llevarla a la cama.

Se abrió paso entre la multitud hasta la taberna principal en busca de Gareth. En medio del rugido de la conversación, una mano insistente tiró de su brazo y se negó a ser sacudida. Irritado, Jack se giró para protestar y se quedó helado cuando el frío cañón de una pistola le golpeó el cuello.

«Ven en silencio ahora, muchacho. No quiero que tus sesos salpiquen a estos amables caballeros».

Jack no pensó que le importaría mucho si estuviera muerto. Pero obedientemente se giró y se dejó llevar por un estrecho callejón que separaba la casa principal de los establos. Su agresor lo arrojó contra la pared con tal fuerza que se le olvidó respirar. Cuando recuperó el sentido, su captor le había puesto una mano alrededor de la garganta.

«El Capitán Furia quiere saber por qué trajiste a una mujer contigo».

Jack tragó lo mejor que pudo. «Ella no tiene nada que ver con mi misión y, por lo tanto, no tiene nada que ver con el Capitán Furia».

El hombre apretó los dedos. «No intentes ser arrogante conmigo, muchacho. Tengo órdenes de eliminarla si se interpone en el camino del Capitán Furia».

En un estallido de fría ira, Jack reunió fuerzas y atacó con la bota. El hombre cayó al suelo, agarrándose la rodilla derecha.

Al pasar por encima de la figura que gemía, Jack esperó haberlo lisiado permanentemente. «Puedes decirle al Capitán Furia que si la toca, iré tras él».

Después de arreglarse la corbata y limpiarse una mancha de sangre del labio, regresó a la posada. Esta vez, vio a la pelirroja de Gareth casi de inmediato. Se sentó con un grupo de jóvenes que recibieron a Jack como a un viejo amigo.

Gareth le indicó que se sentara. «Ven y toma una copa. Te mereces una después de aguantar a mi hermana todo el día».

Jack cogió una jarra abandonada y se tragó el contenido de una sola vez, una hazaña que provocó un gran aplauso de los ocupantes de la mesa. «No me quedaré. Necesito determinar el estado de tu hermana y luego tengo la intención de disfrutar de mi cena».

Gareth miró a su alrededor y bajó la voz. «Jack, voy a ir a la pelea de gallos con mis amigos aquí. No se lo digas a Carys, ¿quieres? Encontraré mi propio camino de regreso y estaré listo para partir por la mañana. Ella no se dará cuenta».

Jack fingió fruncir el ceño. «Gareth, pensé que eras un hombre de Dios».

Gareth soltó una carcajada mientras se ponía de pie y parecía piadoso. «No temas, solo voy a persuadirlos de su maldad. ¿Qué más estaría haciendo un párroco en una pelea de gallos?».

Jack siguió a Gareth escaleras arriba, donde una doncella estaba ocupada poniendo una comida sustanciosa en la mesa. Observó a Carys, resplandeciente con un suave camisón y un grueso chal. Tenía la cara sonrojada y los labios un poco hinchados por el lugar donde él la había besado. Ella lo miró fijamente, negándose a bajar la mirada hasta que fuera él quien apartara la suya.

Con un suspiro de satisfacción, Jack se sentó y se sirvió una abundante cena. Subrepticamente se aflojó la corbata para aliviar un poco la hinchazón de su garganta. Con Gareth saliendo, Jack tuvo que convencer a Carys de que necesitaba que él la protegiera. No solo por la multitud de hombres borrachos de abajo, sino también por la repentina e inesperada amenaza del Capitán Furia.

Se quedó mirando la expresión intransigente de su esposa. ¿Cómo diablos iba a lograr eso?

Capítulo 11: Capítulo Once

«No lo permitiré, Jack. No puedes dormir aquí».

Jack permaneció junto a la puerta mientras Carys cruzaba los brazos sobre el pecho y lo miraba con desprecio. Durante la cena, ella se había retirado a su nueva personalidad tranquila y digna, lo que simplemente hizo que Jack quisiera sacudirla.

«No estoy sugiriendo que durmamos en la misma cama. Simplemente que durmamos en la misma habitación». Señaló las robustas tablas del suelo de madera que no lograban silenciar los ruidos de la borrachera masculina desde abajo. «Gareth no está aquí para acompañarte. Probablemente esté codeándose con el vicario local y no puedo dejarte sola».

«No soy estúpida. Sé exactamente dónde se ha ido Gareth. Mi única sorpresa es que no lo hayas seguido».

Jack notó su mirada disimulada hacia la puerta cuando otra canción rugiente estalló abajo. «¿Qué pasaría si alguien intentara entrar aquí? Nunca me perdonaría si te pasara algo».

Se ciñó el grueso chal hasta los pechos y suspiró. «De acuerdo entonces. Pero será mejor que te portes bien».

Jack trazó una cruz sobre su corazón y caminó hacia la chimenea. «Seré un verdadero santo. Ni siquiera sabrás que estoy aquí». Se sentó en una gran silla de roble y estiró las piernas hasta que sus pies calzados con botas descansaron sobre el cálido guardabarros de latón.

Después de otra mirada sospechosa, Carys recuperó su libro y se acurrucó en la cama. Jack fingió dormir. El calor del fuego y el sonido de las páginas al pasar las páginas lo adormecieron en una inusual sensación de intimidad. Aspiró el tentador aroma femenino del perfume de Carys y anheló enterrar su rostro en su cabello.

Después de un rato, ella suspiró. Los labios de Jack se torcieron. Ella siempre odiaba que él la ignorara.

«Jack, ¿estás despierto?».

«No».

Carys dejó el libro sobre la colcha con tal aire decidido que Jack se volvió instantáneamente cauteloso. «¿Por qué fuiste castigado por tu superior cuando estabas en Portugal?».

Jack abrió los ojos por completo y la miró. «¿Quién te dijo eso? ¿Fue el entrometido de tu hermano? Se inclinó hacia delante y se quitó el abrigo, necesitando unos momentos para disimular su sorpresa. «Supongo que no importa si te lo digo. La verdad es que es una de las pocas cosas de las que no me avergüenzo».

Se levantó para servirse una taza de cerveza de la jarra de peltre que había sobre la mesa.

«¿Quiere un poco de cerveza, milady?».

Ella sacudió la cabeza, pero dio unas palmaditas en el costado de la cama. Jack se encontró sentado demasiado cerca de ella. En un decidido esfuerzo por ignorar el efecto que ella tenía en él, estudió la taza abollada que tenía en las manos.

«¿Bien?», exigió Carys.

«El mayor Dennison, mi oficial al mando, era un cobarde y un borracho». La intimidad del entorno se aferró a él, haciéndolo más dispuesto a hablar. «Estábamos pasando por un pueblo español abandonado y el mayor nos ordenó matar a cualquiera que encontráramos entre las ruinas».

«¿A cualquiera?».

«Te dije que era un bastardo. En la iglesia medio demolida descubrí a veinticinco niños

acurrucados en la sacristía con un sacerdote y dos monjas».

«No los mataste, ¿verdad?», se inclinó hacia adelante con las manos entrelazadas sobre el pecho.

«Por supuesto que no. Pero estaba en problemas porque impedí que el mayor Dennison lo hiciera». Jack sabía que su sonrisa no era agradable. «En lugar de tratar de persuadir a cada soldado de que no disparara contra los niños, me ocupé directamente de la fuente del problema».

«¿Qué hiciste?».

«Dejé inconsciente al mayor Dennison antes de que pudiera dar la orden de disparar». Jack cerró su mano derecha en un puño. «Siempre se consideró que yo tenía un buen gancho de derecha».

Carys besó su mejilla. Su aroma fluía a su alrededor, tan seductor como el néctar de una abeja. «Tan propio de ti, Jack, pensar en los demás antes que en ti mismo».

Jack se apartó de la seducción de su toque. «No me sentí tan heroico cuando el mayor Dennison me condenó a cincuenta latigazos».

Carys jadeó y su mano voló hacia su mejilla. «¿Te hizo golpear por salvar a niños inocentes? ¡Eso es una barbaridad!».

«Originalmente quería que me dispararan, pero los otros oficiales se negaron a admitir que habían visto alguna mala conducta de mi parte, por lo que decidió vengarse de otra manera». Su ira en su nombre alivió una profunda herida que Jack apenas había sido consciente de llevar. «Mi regimiento se llamaba ‘*Steelbacks*’ por nuestra legendaria habilidad para recibir el látigo».

[Nota de la Trad.: *Steelbacks*, traducido literalmente como “*espaldas de acero*”, sugiere que el regimiento es conocido por soportar castigos físicos, específicamente azotes.]

Sus dedos se pusieron blancos mientras agarraba la taza. Nunca olvidaría el día de su castigo. Cada recuerdo estaba grabado en su cabeza con la sorprendente claridad del cristal tallado. La cegadora blancura del sol y el 48º regimiento formado con su uniforme de batalla completo para presenciar su humillación. Evans, el rudo sargento galés que lo había atado a los postes, continuó susurrándole palabras de aliento mucho después de que Jack se hundiera en un mar de agonía.

El mayor Dennison se aseguró de pausar el castigo de vez en cuando y arrojar agua sobre Jack hasta que reviviera lo suficiente como para sufrir de nuevo. Cuando finalmente derribaron a Jack, Evans lo atrapó antes de que cayera al suelo y lo obligó a caminar. Los débiles sonidos de los vítores de su propio batallón habían hecho eco en los oídos de Jack cuando finalmente se permitió hundirse en la oscuridad.

«Lo que hiciste fue maravilloso y muy propio de ti», dijo Carys en voz baja. «Salvaste a todos esos niños».

Él hizo una mueca ante sus elogios. «Pero no pude salvar a los míos, ¿verdad?».

Ella apartó la mirada, pero no antes de que él viera la expresión de aflicción en su rostro. «Jack, yo...».

Jack tragó el resto de su cerveza y se preguntó desesperadamente cómo podría escapar de la conversación. Lo consumía la idea de verterse una botella de brandy barato por la garganta y abrazar el olvido que ansiaba. Con una excusa ahogada, se alejó de Carys y caminó hacia la puerta. «¿Por qué no te preparas para ir a la cama mientras yo bajo y compruebo que todo está bien con Gareth?».

Cometió el error de mirar por encima del hombro. Ella lo estaba estudiando con tanta atención que él quería pedirle perdón simplemente por existir. «Lo haré, si prometes no emborracharte. Nunca es una buena manera de resolver un problema».

Él la miró fijamente. «Suenas como un maldito predicador metodista. Prometí que cuidaría de ti. ¿Dudas de mi palabra?».

Levantó la barbilla y la compasión en su mirada rápidamente fue reemplazada por ira. «No me importa lo que hagas. ¡He aprendido a mi costa que hacerlo es una pérdida inútil de tiempo!».

Ah, la había hecho enojar otra vez, lo que le dio una excusa para irse. Jack salió tambaleándose de la habitación, atraído por la visión de una botella de brandy llena. Por supuesto que ella dudaba de él. ¿No lo hacían todos?

Se abrió paso entre la abarrotada barra y pidió una botella de brandy. Este llegó con el cristal manchado y desconchado. Jack agarró la botella y luchó con el corcho. Lo asaltó un oscuro recuerdo de despertarse junto a la cama de Carys después de haber sufrido su tercer aborto espontáneo. La había dejado en el frío consuelo de su madre y los médicos y había salido con sus amigos. A su regreso, estaba demasiado borracho para meterse en la cama y permaneció en el suelo, acunando una botella de whisky vacía contra su pecho como un viejo amigo.

Su deseo por el brandy se desvaneció con el abrasador recuerdo. Por supuesto, Carys sabía que le gustaba beber y que no era de fiar. Ella había experimentado su comportamiento de primera mano. Una fría ola de disgusto envolvió a Jack y empujó el brandy sin abrir. Ya no era el hijo de un aristócrata mimado y protegido que huía de las duras realidades de la vida. Carys merecía más. *Él* merecía más.

Después de comprobar que Gareth efectivamente se había marchado, Jack salió a fumar uno de los cigarrillos españoles del duque. La mayoría de los hombres parecían haberse ido a la pelea de gallos, por lo que las calles del pueblo estaban medio vacías. Buscó cuidadosamente cualquier señal del mensajero del Capitán Furia, pero no pudo encontrar rastro de él. Sintiendo más tranquilo, pasó por la cocina, pidió algunas manzanas y leche al acosado cocinero y volvió a subir las escaleras. Lo intentaría de nuevo. Se disculparía y se comportaría impecablemente durante el resto de la noche.

La puerta del dormitorio de Carys estaba abierta. Instantáneamente alerta, Jack dejó las manzanas y la leche en el suelo y sacó su pistola del bolsillo. Mientras avanzaba poco a poco hacia la puerta, Carys gritó. Jack olvidó la necesidad de tener precaución y se lanzó a la habitación.

Cuando Jack atacó, un joven desconocido se tambaleó hacia atrás y casi derribó a Jack. Carys estaba de pie en la cama, blandiendo su libro como un arma, con las mejillas enrojecidas por la indignación. El hombre se llevó una mano a la cara y aulló cuando Jack tomó su brazo con fuerza.

«¡Me pegó en el ojo, la bruja!».

«¡Lo merecías!», Carys replicó antes de que Jack pudiera hablar. «¿Cómo te atreves a irrumpir en la habitación de una dama sin haber sido invitado?».

Jack se quedó entre ellos, obligando al joven a mirarlo solo a él. «¿Quién diablos eres?».

«Soy Sir Osbert Kendall de Kendall Hall. Si tuviera la amabilidad de quitarme las manos de encima, señor, le entregaré mi tarjeta».

Jack soltó a Sir Osbert. «No deseo ver su tarjeta. Deseo escuchar una explicación». Usó su voz más intimidante, la que había mantenido vivos a muchos soldados rasos durante la guerra.

Sir Osbert sacó su tarjeta de todos modos y se la entregó a Jack con una rígida reverencia. «Una de las amistades de la dama en la pelea de gallos me dijo que a esta mujer le agradaba la compañía».

Carys abrió la boca.

Jack la sofocó con una mirada. «Me temo que está equivocado. Esta señora es mi esposa».

Ella no entretendría a sus amantes en presencia de su marido, ¿verdad, querida?».

Carys le hizo una reverencia tambaleante desde su precaria posición en la cama. «No, mi amor», susurró. «He prometido esperar hasta que estés muy, muy lejos».

Sir Osbert tragó saliva y se puso de un tono rojizo indecoroso. Jack continuó mirándolo hasta que el desventurado hombre se aclaró la garganta.

«¿Me gustaría disculparme, señora, por mi grave error, señor...?», Sir Osbert miró hoscamente a Jack.

«En realidad, son milord y milady», dijo Jack arrastrando las palabras en su mejor imitación de su padre. «Lord Jack Llewelyn». Hizo una pausa para permitir que asimilara ese fragmento de información. «¿Tiene algo más que quiera decir?».

Sir Osbert sacudió la cabeza en silencio, con la mirada fija en la puerta como si quisiera salir corriendo. Jack pasó su brazo por los hombros de Sir Osbert y lo alejó de Carys. Cerró la puerta con cuidado detrás de ellos. En un movimiento brutal, aplastó a Sir Osbert contra la pared, presionando su pistola contra el cráneo del otro hombre.

«No quería decir esto delante de una dama, pero si alguna vez te vuelvo a ver cerca de mi esposa, te cortaré las pelotas».

Sir Osbert parecía a punto de llorar. Jack bajó su arma. A pesar de sus temores, parecía como si Sir Osbert fuera simplemente otro joven idiota, no el asesino que Jack había imaginado. Con una reverencia cortés, Jack dio un paso atrás, permitiendo que el tonto insolente pasara sigilosamente a su lado.

Después de asegurarse de que Sir Osbert había abandonado la posada, Jack revisó su arma y se la guardó en el bolsillo. Se acordó de recoger las manzanas y la leche y las llevó al dormitorio de Carys.

Sus alegres palabras de tranquilidad desaparecieron cuando notó que Carys todavía estaba de pie en la cama, con el libro apretado contra el pecho y el glorioso cabello rojo suelto sobre los hombros. Con más confianza de la que sentía, Jack dejó sus cargas sobre la mesa y se acercó a ella. Le tendió la mano para ayudarla a bajar.

«Está bien, amor. Ya se fue».

Para su asombro, ella se arrojó contra él y le rodeó el cuello con los brazos como si temiera dejarlo ir. Él se deleitaba con la sensación de ser necesitado mientras ella le besaba torpemente el cuello y la oreja.

«Oh, Jack, *gracias*. Pensé que nunca se iría».

Con torpeza, Jack le dio unas palmaditas en la espalda, intentando no imaginar la sensación de la curva de su cadera bajo su mano. Su cabello suelto se balanceó contra su rostro, envolviéndolo en una red de seda. Ella se inclinó más cerca, sus caderas se fusionaron con las de él. No pudo evitar que su mano tomara sus nalgas y la presionara más cerca de su más que voluntaria erección.

Ella tomó su rostro entre sus manos y lo miró fijamente. «Me alegro mucho de que hayas regresado».

Él cerró los ojos mientras ella lo besaba, sus labios vacilantes al principio y luego más atrevidos cuando él abrió la boca y respondió. Había olvidado cuánto podía durar un beso, cómo podía sentirse como si hubieran pasado mil años y aún así no fuera suficiente.

Cuando levantó la cabeza, su respiración era igualmente errática. Él se alejó, ignorando los signos de excitación en su cuerpo como ignoraba los del suyo. ¿No entendía que, si él se acostaba con ella ahora, nunca más podría dejarla? Necesitó toda su determinación para regresar a la seguridad de la silla junto al fuego.

Se quedó mirando las brasas ardientes y esperó a que Carys se acomodara en la cama, rogando que no volviera a llamarlo. Siempre les había resultado demasiado fácil hacer el amor en lugar de hablar. Se quitó el abrigo y el chaleco mientras su lengua trazaba sus labios donde aún persistía su aroma.

«Jack, ¿estás enojado conmigo?».

Apretó los dientes. «Por supuesto que no. La culpa fue mía por dejarte desatendida. Duerme, Carys».

Él se tensó cuando ella se levantó de la cama y se acercó a él. A veces deseaba que ella tuviera menos valor. Ella tomó su mano y él le permitió levantarlo.

Ella levantó los dedos para acariciarle la mejilla. «La cama es lo suficientemente grande como para que la compartamos. No puedes estar cómodo en esta silla».

Jack consideró decirle que sus años en el ejército lo habían condicionado a dormir de pie si era necesario, pero decidió no hacerlo. El deseo de acostarse con ella era demasiado fuerte y él estaba lejos del héroe que ella a veces imaginaba que sería.

Se metió en la cama y se dirigió al otro lado, acariciando las mantas. Jack la siguió como una oveja. «Si tú duermes encima de las mantas y yo duermo debajo de ellas, ambos podremos estar descansados por la mañana», dijo ella.

Jack no se molestó en discutir. Se quitó las botas y se desató la corbata antes de apagar todas las velas. Se tumbó boca arriba y miró fijamente el techo agrietado, deseando que su cuerpo excitado lo liberara de los tormentos de la lujuria. Se inclinó, apoyó la mano en la cadera de Carys y rápidamente se quedó dormido.

* * *

Carys se despertó con el sonido de los ronquidos de Jack. Los juerguistas de la taberna se habían ido a otra parte y la noche estaba tranquila. Ella yacía de lado; su camisón estaba enrollado alrededor de su cintura. El brazo derecho de Jack se curvó bajo su cuerpo, su mano enterrada entre sus muslos desnudos. Su mano izquierda acunaba sus pechos. Carys dejó escapar un suspiro lento, disfrutando del calor pesado de su palma callosa incluso a través de su camisón. En los primeros años de su matrimonio, él siempre había dormido así, acurrucado contra su espalda como si tuviera miedo de dejarla ir.

Por sus ronquidos, supuso que estaba profundamente dormido. Muy atrevida, apretó los muslos y balanceó las caderas, disfrutando de la ráfaga de calor prohibido y del placer que su mano le brindaba sin darse cuenta. Él murmuró y flexionó los dedos, enviando escalofríos de necesidad a través de su ahora hinchado capullo. Sus pezones se apretaron contra la banda de su musculoso brazo mientras se acercaba más y más a la satisfacción.

Los ronquidos cesaron. En medio de una agonía de vergüenza, cerró los ojos, con el cuerpo rígido por la mortificación.

«Carys, me estás aplastando la mano».

El suave susurro de Jack le hizo querer llorar. Se obligó a relajar los muslos y esperó a que él se alejara, rezando para que no dijera nada más. Para su sorpresa, él hizo un sonido profundo en su garganta y frotó su palma contra su calor húmedo.

Ella contuvo la respiración mientras él deslizaba un largo dedo dentro de ella y comenzaba a mecerla contra él. «Déjame hacer esto por ti, *cariad, bach*. Déjame darte placer».

[Nota de la Trad.: *Cariad* en galés significa querida o amor; *Back* también es galés y quiere decir pequeña, en sentido afectuoso]

Ella no necesitó responder mientras él acariciaba y atormentaba su carne hinchada, su pulgar giraba sobre su capullo, su dedo se hundía profundamente hasta que ella podía escuchar

su propia humedad resbaladiza. Ella frotó sus pechos contra su brazo mientras él se movía, llevando sus pezones a puntos duros y necesitados. Después de un largo rato, su respiración se volvió irregular, imitando la de él, y se presionó contra él. Con un gemido, arrastró la pierna izquierda de ella hacia su cadera, abriéndola para sus dedos buscadores. Su boca encontró la de ella y se unió al ritmo que la impulsaba, llevándola hacia la realización, hacia la satisfacción sensual.

Ella gritó mientras se estremecía y se movía alrededor de sus inteligentes y mágicos dedos. Él suavizó su tacto, siguiéndola hacia abajo, tranquilizándola y atendiendo a su menguante deseo.

Carys cerró los ojos con fuerza. No podía mirarlo. Enterró la cara en la almohada mientras las lágrimas empezaban a fluir. Jack besó su cuello, su hombro, su oreja, murmurando palabras cariñosas en galés, diciéndole que se durmiera, diciéndole que todo estaría bien. Pero ¿cómo podría hacerlo, cuando había jurado casarse con otro hombre y aún deseaba a su esposo?

Capítulo 12: Capítulo Doce

Jack salió del carruaje y miró hacia el cielo azul claro. En el concurrido muelle, estridentes gaviotas revoloteaban y se zambullían sobre su cabeza en busca de trozos de comida. El fuerte olor del agua de mar y del pescado en descomposición llenó sus fosas nasales. Cuando era niño, había pasado muchas horas robadas holgazaneando en los muelles, escuchando los cuentos de los marineros. Aspiró el hedor de Swansea con profundo agradecimiento.

Hogar. O tan cerca de casa como pretendía estar. No tenía intención de presentarse, gorra en mano, en la residencia de su padre en Llewelyn Hall.

«Ten cuidado, cariño. Los adoquines están resbaladizos». Se giró para ayudar a Carys a descender.

Carys se llevó el pañuelo a la nariz y evitó la mirada de Jack. Ella soltó su brazo tan pronto como logró ponerse en pie. Levantándose las enaguas y sacudiendo la cabeza, se dio la vuelta y se dirigió a la posada Prince of Wales Inn.

Jack la siguió con la mirada. Había dejado de hablarle después de la noche en que compartió su cama. A pesar de la inmensa provocación por su parte, ella ni siquiera se había molestado en pelear con él. Eso lo molestaba aún más. ¿Había fracasado en complacerla? ¿Su toque no había cumplido con sus nuevos estándares? Difícilmente podría preguntarlo.

En un esfuerzo por apaciguarla, había accedido a reunirse con su abogado tan pronto como dejaran su equipaje en la posada. Jack no tenía idea de por qué se esperaba tener una reunión con el hombre o por qué Carys lo había contratado. Ella no parecía dispuesta a dar explicaciones. Solo podía asumir que tenía algo que ver con su padre y su manejo de las finanzas de Jack en nombre de su esposa.

Después de guardar su bolso en su habitación, Jack se despidió alegremente del propietario y bajó las escaleras. Enmarcando a Carys mientras estaba en el patio, la luz del sol entraba por la puerta abierta como oro fundido. Jack contuvo el aliento. Era una imagen encantadora, con su pelliza verde moldeada a su figura por el viento y las cintas de su sombrero tirando de ella para liberarse.

Una sonrisa reacia curvó los labios de Jack cuando ella lo vio. Se dio unos golpecitos con el dedo del pie, su expresión era tan fría como la brisa del mar que soplaba desde la orilla.

Jack tomó su mano enguantada, la puso sobre su manga y la cubrió con la suya. «Pido disculpas por hacerte esperar», dijo él. «¿Podemos proceder?».

Carys le lanzó una mirada mordaz. «Sé que tienes otros asuntos que atender en Swansea, pero yo tengo una casa que administrar y he estado fuera demasiado tiempo».

Jack la miró de reojo, pero pudo ver poco de su rostro. ¿Quién la esperaba en casa que le daba tantas ganas de volver? Quizás el detestable Owen era uno de sus sirvientes. Jack imaginó su reencuentro, el cabello rojo dorado de Carys desparramado sobre las almohadas, sus suaves gritos cuando el hombre desconocido entraba en su cálido y dispuesto cuerpo...

Jack dejó de caminar y Carys jaló su manga.

«¿Cuál es el problema?».

Él la miró fijamente durante un momento de silencio. Su decisión de interrogarla sobre Owen y su paradero ya se había formado. Dejó escapar el aliento. Condenación. Si había encontrado placer con otro hombre, ¿quién era él para reprenderla? Había tenido una buena cantidad de amantes en los primeros amargos meses de su separación, hasta que se dio cuenta de que nada podía reemplazar lo que había tenido con su esposa y que tan tontamente había

desperdiciado.

Empezó a avanzar de nuevo. Owen era un nombre galés. Todavía se consideraba antipatriótico que cualquier familia noble, incluso una galesa, les diera a sus hijos algo que no fuera un buen nombre inglés. Incluso la familia Rice había cambiado su nombre al inglés de Rhys. Quizás, si las cosas salieran como esperaba, Owen desaparecería después de que le ofrecieran una gratificación adecuada.

Contento de haber superado sus miedos, Jack escuchó las instrucciones de Carys. Al final de una hilera de casas adosadas apareció el despacho del abogado. Jack llamó a la puerta. Si pudiera resolver este asunto rápidamente, podría estar en camino de capturar a la señora Forester al final del día.

* * *

«¿De qué diablos está hablando?».

Jack intentó aferrarse a los restos de su temperamento mientras el señor Posthumous Phillips, el abogado de Carys, lo miraba a través de gafas de media luna. Llevaba una peluca gris pasada de moda que contrastaba con sus cejas amarillentas como de oruga. Jack sentía claustrofobia en la oficina repleta de libros, que parecía en peligro inminente de ser devorada por un círculo cada vez más invasor de pergaminos apilados. El olor a humedad también le recordó las incómodas horas que pasaba en el estudio de su padre, donde le gritaban o le pegaban.

«Es bastante simple, milord. Lady Jack Llewelyn desea que usted se divorcie de ella».

Jack se puso rígido y lanzó una rápida mirada a Carys. Su sombrero protegía su expresión. Estaba sentada cerca de la esquina del escritorio del Sr. Phillips, su espalda sin tocar la silla, su comportamiento era cada centímetro de una gran dama.

Jack se obligó a mirar hacia otro lado. Ella debía haber planeado esto desde su primer encuentro. ¿Por qué se sorprendía? No era exactamente la primera vez que ella le fallaba. Luchó por hablar mientras un nudo de dolor se enroscaba en sus entrañas como un puño ardiente. Sintió como si una vez más se le estuviera demostrando que no era digno. «¿Y por qué exactamente ella desea hacer eso?».

Mientras el señor Phillips estudiaba los papeles que tenía delante, su corto cuello desapareció entre los pliegues de su corbata verde salvia, dándole la apariencia de una venerable tortuga. «Si se concede el divorcio, lo cual no es seguro en modo alguno, Lord Oliver Rice desea casarse con lady Jack Llewelyn. Está dispuesto a pagar los costos del divorcio y a ofrecerle una indemnización sustancial por sus molestias».

«Por mis molestias». Jack se levantó y caminó hacia la ventana, evitando por poco los montones de expedientes sobre la alfombra descolorida. Abrió de golpe la pequeña ventana y aspiró una profunda bocanada de aire marino. Había asumido que Rice estaba contento de seguir siendo el amante de Carys. Pero parecía que el hombre estaba dispuesto a arriesgar toda su fortuna y el buen nombre de su familia en su búsqueda por casarse. «Tal vez podría aconsejarme, señor Phillips. Ni siquiera estoy seguro de cuáles son las leyes de divorcio en este país, aunque mi esposa obviamente las ha estudiado». No podía evitar la amargura en su voz y no le importaba si ella lo escuchaba.

Había esperado demasiado para volver con ella.

Parecía que ella ya no lo quería.

El señor Phillips se aclaró la garganta. «Muy sabio de su parte, milord. Se lo explicaré lo mejor que pueda. El divorcio parlamentario solo se concede en caso de adulterio de la esposa. En este caso, significa que usted, lord Jack Llewelyn, es la parte perjudicada. Tendría que demostrar que lady Carys cometió adulterio con al menos un hombre».

Jack se dio la vuelta y fijó su mirada en Carys. «¿Solo uno?».

El señor Phillips le dirigió una mirada severa antes de continuar. «Tendría que presentar una demanda ante los tribunales por una separación civil y luego demandar al amante de su esposa por daños monetarios. Y luego están los tribunales de la iglesia con los que lidiar. Como mencioné, lord Oliver Rice se ha manifestado dispuesto a pagar lo que usted requiera».

«Qué bueno de su parte», murmuró Jack.

Carys miró hacia otro lado.

«¿Hay algo más que deba saber?».

«Después de presentar una demanda por separación y daños y perjuicios, se solicitaría el divorcio parlamentario». El señor Phillips se refirió a un documento que había sobre su escritorio. «Si, después de presentar la petición, se considera que usted y lady Jack Llewelyn se han reconciliado o han elegido vivir juntos nuevamente, ya no se podría continuar con el divorcio».

Carys frunció el ceño. «No me di cuenta de eso, Sr. Philips».

Jack se rió. «No tan inteligente como pensabas, ¿eh, Carys? Señor Phillips, ¿puedo volver a llevar a mi esposa a mi cama y reanudar las relaciones matrimoniales incluso después de reconocer su adulterio?».

«Eso es correcto, milord. Si hace eso, se considerará que la ha perdonado y el divorcio ya no será una opción».

Fue el turno de Carys de ponerse de pie. «¡Eso es injusto!».

Jack se encogió de hombros. «Así es el mundo, mi amor. Puedo mantenerte en harapos, quitarte a tus hijos, traer a mi amante a vivir a nuestra casa y no hay nada que puedas hacer al respecto». Se acercó a ella, con las manos en los bolsillos, y miró fijamente sus indignados ojos azules. «Si elijo perdonarte por tu lamentable mal gusto al relacionarte con ese idiota de Rice, puedo hacerlo».

«Hay otra opción, milord, si simplemente desea separarse», intervino el Sr. Phillips, con clara agitación en su rostro.

Carys se sentó y Jack se concentró en parecer divertido.

«Un divorcio o separación eclesiástica se puede arreglar a través de los tribunales eclesiásticos. Deben vivir separados, pero no pueden casarse con otro». El señor Phillips tosió. «Por supuesto, cualquier hijo de su unión anterior sería considerado bastardo».

Todo el color desapareció del rostro de Carys. «No puedo aceptar eso. Necesito un divorcio parlamentario o nada».

Jack estudió sus pálidos rasgos, admirando la determinación bajo su suave exterior, incluso cuando él la odiaba. ¿Estaba luchando para proteger al niño que actualmente tenía la protección del nombre de Jack? En lo referente al mundo y a la ley, ese niño sería considerado suyo... a menos que se divorciara de ella. ¿Realmente quería casarse con lord Rice? Jack no estaba seguro. Su mente se rebelaba contra cualquiera de las opciones.

Se reclinó contra la ventana y se cruzó de brazos. «Entonces, ¿cuánto dinero crees que vale Rice, Carys? ¿Qué precio pagará para liberarte de mis garras?».

Carys inclinó la cabeza hacia un lado y lo miró con expresión fría. «No tengo ni idea. ¿Cuánto crees que vales tú?».

Nada, pensó Jack, aunque resistió el impulso de decirlo en voz alta. Parecía que no tenía ningún papel que desempeñar en los grandes planes de Carys para el futuro, excepto el de amante pensionado.

«Lord Jack, creo que lord Rice estaba pensando en ofrecerle cinco mil guineas», dijo el

señor Phillips.

«Eso es muy generoso de su parte», respondió Jack. Era una cantidad calculada para permitirle vivir cómodamente al margen de la sociedad durante el resto de su vida. Se quedó mirando sus botas remendadas. Esa suma, si tuviera cuidado, le quitaría sus preocupaciones financieras para siempre.

Ni siquiera tendría que ensuciarse las manos con trabajos manuales, como diría su padre. La idea de la independencia que le daría el dinero combatió sus otras emociones más posesivas. Si Carys quería liberarse de él, había elegido un arma excelente.

Jack asintió bruscamente hacia el señor Phillips. «Tengo que pensar en esto. ¿Puedo visitarlo en privado?».

El señor Phillips se puso de pie e hizo una reverencia. «Por supuesto, milord. Aunque no podría representarlo yo mismo, estoy seguro de que uno de mis socios estará encantado de asesorarlo en este asunto».

Jack abrió la puerta y esperó a que Carys lo precediera. En la curva de la escalera entre el primer piso y el bajo, la agarró del brazo para detener su descenso.

«Me engañaste muy bien, querida».

«No entiendo lo que quieres decir».

«Durante los últimos días has jugado conmigo como un pescador experto con un pez en el sedal. Incluso agitaste mi olvidado honor de caballero para que no aceptara lo que tan dulcemente me ofreciste en la cama».

El color subió por su rostro. «Veo que tu conciencia recién activada todavía te permite mencionar ese terrible error de juicio que cometí».

«Eso no fue un error, Carys, y ambos sabemos que no soy un caballero». Siguió la curva de su mandíbula con el pulgar. «Tú me deseabas. Estabas excitada, mojada y dispuesta. Pude haber estado dentro de ti en un instante».

Su mano voló hacia arriba y golpeó su mejilla. «¡Cómo te atreves!», susurró, empujando su pecho. Él la soltó y ella casi se cae por las escaleras.

«Tal vez deberías alegrarte de que uno de nosotros conserve un mínimo de sentido común», dijo Jack. «No tengo intención de cometer perjurio si tengo que jurar que no te he vuelto a llevar a mi cama».

«No pensé...», Carys levantó su mano enguantada para cubrirse la boca.

Jack levantó una ceja. «¿No escuchaste a tu abogado? Puedo aceptarte de nuevo en cualquier momento y evitar que te divorcies. Si el señor Phillips supiera lo “cercanos” que estuvimos en nuestro viaje hasta aquí, dudo que aceptara el caso». Hizo una reverencia. «Si realmente quieres divorciarte de mí, tal vez deberías dejar de jugar. No soy más que un hombre. Tomaré todo el consuelo que pueda encontrar en tus brazos, como es mi derecho como *esposo* tuyo».

Jack pasó junto a Carys y continuó bajando las escaleras, deteniéndose al final. Se frotó el labio que se hinchaba rápidamente con el dorso de la mano, consciente de que ahora ella estaba a su lado. Intentó hablar; su rostro era una máscara pálida en las sombras de la escalera. Levantó la mano y la ira reemplazó su confusión anterior, una ira que era mucho más fácil de expresar que su sensación de sorpresa y consternación.

«Debería haberme acostado contigo, Carys, y haberlo gritado a los cuatro vientos. Si deseas liberarte de mí, tendrás que encontrar una razón mejor que ese idiota de lord Rice. Al menos debería poder admirar al hombre que me reemplace».

¿Le contaría sobre el niño ahora? ¿Lo admitiría finalmente? Esperó, pero sabía que ya había

dicho demasiado. Furia pura guió sus pasos hacia los muelles. Encontraría una de las posadas locales y allí esperaría a que se calmara su ira. Al menos podría compartir una conversación varonil y una pinta y ahorrarse las inconsistencias de las mujeres.

Capítulo 13: Capítulo Trece

Gareth giró bruscamente para evitar un cubo de basura arrojado desde una ventana mientras Jack se adentraba más en las viviendas a lo largo del muelle inferior. Hilos de ropa tendidos entre los edificios oscurecían la escasa luz del sol y moteaban las sucias superficies de abajo con una espesa sombra.

«¿Estás seguro de que el contacto del duque vive aquí?», preguntó Gareth.

Jack se detuvo para sortear un agujero de un metro lleno de basura que abarcaba toda la calle. «Dudo que viva aquí, pero estoy seguro de que vamos en la dirección correcta».

Su larga caminata había hecho poco para aliviar su ira o calmar las tres pintas de cerveza que había bebido apresuradamente. Cuando regresó a la posada, descubrió que Carys estaba ausente, visitando a unos conocidos. Estaba casi decepcionado de que ella no se hubiera quedado para enfrentarlo. No esperaba menos. Ella nunca había rehuido decirle exactamente lo que pensaba de él.

Gareth, sin embargo, estaba listo y dispuesto a acompañar a Jack. Jack sugirió que partieran de inmediato para reunirse con el agente del duque, quien fue el primero en identificar a la señora Forester que huía.

Jack sabía lo suficiente como para tener cuidado cuando él y Gareth llegaron al lugar de reunión designado. El Pickled Herring Inn no se jactaba de atender a la nobleza. Marineros y comerciantes constituían su negocio, así como alguna que otra puta que vendía sus productos mientras tomaba una pinta.

En la puerta, Jack preparó su pistola y se la guardó en el bolsillo. «Déjame hablar a mí y vigila tu bolso. Es probable que desaparezca con esta compañía».

Gareth le frunció el ceño. «Olvidas que estoy muy acostumbrado a las clases bajas, Jack. Soy un salvador de almas».

«Dudo que encuentres alguien que salvar aquí», murmuró Jack. «Pero, por favor, siéntete libre».

Entró a la taberna y encontró una pequeña mesa contra la pared del fondo. El aserrín manchado cubría el suelo en grumos y remolinos dispersos. Velas de sebo baratas y faroles que quemaban aceite de ballena parpadeaban en los apliques de las paredes, lo que aumentaba el hedor general.

Una doncella de taberna se acercó a Jack, sus pechos balanceándose al ritmo de sus caderas redondeadas. «Aquí, mi amor. ¿Qué puedo ofrecer a usted y al buen caballero?».

Jack le arrojó una moneda, que ella dejó caer sobre su corpiño. «Dos pintas de cerveza y un poco de ayuda, por favor». Deliberadamente amplió su acento galés. «Estamos buscando a un hombre llamado Jonathan Sprake. ¿Asiste a este lugar?».

La mujer le dirigió una mirada especulativa y se bajó el cuello del corpiño. Gareth se estremeció notablemente y Jack lo pateó debajo de la mesa.

«Creo que he oído ese nombre, señor. Le preguntaré al propietario».

Jack le guiñó un ojo y le dio una suave palmadita en el trasero para acelerar su partida. Regresó con la cerveza y un mensaje de que el hombre que buscaban vendría pronto para hablar con ellos.

Gareth sacó una araña de su jarra y miró con tristeza a Jack. «Este negocio de espionaje no es como me imaginaba. Hasta ahora, me he sentado en un carruaje y en una variedad de tabernas, de las cuales esta es definitivamente la peor».

Jack tomó un trago de la cerveza agria y tibia y se secó la boca. «¿Sabías que Carys planeaba divorciarse de mí?».

«¿Qué? Nunca supuse que lord Rice siquiera lo consideraría. Es tremendamente difícil de conseguir, caro y no ofrece ninguna garantía de aceptación social para la mujer en una sociedad decente».

Jack brindó por Gareth con su jarra. «Dicho elocuentemente, amigo mío. Entonces, ¿por qué está dispuesto lord Rice a hacerlo? Su familia difícilmente puede aprobarlo». Frunció el ceño al recordar los intentos de su padre de contactarlo. ¿Rice se había acercado a su padre? Jack estaba seguro de que el duque de Carmarthen no aprobaría que el nombre de Llewelyn volviera a ser arrastrado por el barro.

Levantó la vista cuando una sombra cayó sobre la mesa. Un hombre de mediana edad y estatura media permanecía en silencio a su lado. Jack se metió la mano en el bolsillo y envolvió los dedos alrededor de la culata de su pistola.

«Escuché que alguien preguntaba por mí», el acento del hombre era inglés y su vestimenta tenía los tonos marrones apagados propios de un comerciante respetable.

Jack inclinó la cabeza y señaló la silla vacía a su lado. «Señor Sprake, me dijeron que tal vez tuviera alguna información para mí».

El señor Sprake se acomodó en la silla con sus ojos azules fijos mientras estudiaba a Jack. «¿Y quién podría ser usted, señor? Odiaría confiar en el hombre equivocado».

Jack sonrió y dejó su pistola sobre la mesa. «Soy Jack Llewelyn». La mirada inquisitiva del señor Sprake se dirigió a Gareth y Jack contuvo una sonrisa. «Mi compañero es un hombre sin importancia, aunque doy fe de su honestidad».

Gareth murmuró algo inaudible y se dejó caer en su silla.

El señor Sprake echó un vistazo rápido a la barra medio vacía antes de meter la mano en el bolsillo de su abrigo para sacar un juego de documentos. «Estos deberían ayudarlo en su misión. Si tiene alguna pregunta, puede comunicarse conmigo a través del tabernero», le sonrió a Jack, «no estaba seguro de su conocimiento local, aunque, en verdad, se ve más a gusto aquí que yo».

«Oh, estoy en casa con la escoria de la tierra, señor Sprake. Aprecio su ayuda. «*Diolch*».

Jack se puso de pie y le ofreció la mano al otro hombre.

[Nota de la Trad.: *Diolch en galés significa “gracias”.*]

El rostro del señor Sprake se iluminó. «Ah, habla algo de galés. Nunca aprendí del todo, aunque he aprendido alguna que otra frase a lo largo de los años. Un lenguaje tan absurdo y gutural», bajó la voz, «actuó como administrador de tierras para las propiedades galesas del actual Duque de Diable Delamere». Miró a Jack con aprobación. «Sin duda facilitará sus investigaciones. Algunas de las personas mayores a las que quizá tenga que interrogar afirman que no hablan inglés en absoluto».

El buen humor de Jack se apagó. «Algunos de ellos no lo hacen. Y si quiere un consejo gratuito, sugiero que reconozca la verdad de ello y se concentre en aprender el idioma. Estoy seguro de que el duque odiaría que sus ingresos disminuyeran ante la involuntaria ignorancia inglesa».

El señor Sprake se puso rígido. «No soy estúpido, Llewelyn. Empleo a un hablante de galés que me acompaña en todas mis visitas».

Jack asintió fríamente. «Bueno, bien por usted. Qué lástima que no sepa si está diciendo la verdad. Estoy seguro de que su empleador lo considera irremplazable».

Con una excusa murmurada, Gareth empujó y dirigió a Jack hacia la puerta antes de que pudiera decir algo más. Espontáneamente, Jack avanzó hacia el mar. Solo moderó su velocidad

cuando se dio cuenta de que Gareth estaba jadeando y resoplando detrás de él.

Jack esperó junto al muro de piedra que protegía los muelles, mientras la belleza de la bahía de Swansea se desplegaba ante él como un abanico abierto.

«¿Qué te pasó, Jack? Fuiste francamente descortés con ese hombre». Gareth jadeó entre jadeos desesperados por aire.

Jack buscó un cigarro en su bolsillo y luego recordó que los había dejado en su habitación. «Odio esa actitud condescendiente de los ingleses hacia los galeses. Lo he escuchado toda mi vida de personas que se consideran superiores simplemente porque nacieron en Inglaterra».

Gareth le entregó a Jack su petaca plateada y Jack tomó un trago de brandy. «Sabes que eres una minoría. La mayoría de la gente estaría de acuerdo con el señor Sprake».

Jack tragó más brandy, disfrutando del calor ardiente que se acumulaba en su estómago y la crudeza de los vapores en el fondo de su garganta. Hoy, las tranquilas aguas grises de la bahía estaban tan suaves y opacas como un plato de peltre. La variada flota pesquera yacía anclada en los muelles, lista para la marea de la mañana. Los aparejos, desnudos de velas, vibraban y cantaban en la brisa como el rasgueo de mil guitarras españolas.

«*Diolch*», Jack le devolvió a Gareth su petaca. «Deberíamos revisar estos documentos».

«Deberíamos, pero modera un poco el ritmo. No estamos compitiendo en una carrera de caballos».

Gareth gimió y comenzó la larga caminata de regreso a la posada, con Jack a su lado. El viento se levantó detrás de ellos, impulsándolos a lo largo de los estrechos pasillos y pasarelas.

Delante de la posada, un mozo de cuadra paseaba dos caballos de pura sangre. Jack redujo la velocidad a medida que se acercaba y las quejas de Gareth se extinguieron. Dos hombres salieron de la posada y casi chocan con Jack. Instintivamente intentó darse la vuelta, pero ya era demasiado tarde.

El más joven de los dos lo agarró del brazo. «Jack, ¿eres realmente tú?».

Levantándose en toda su altura, Jack le dedicó una sonrisa arrogante a su hermano. «Robert, es un placer verte. ¿Espero que hayas estado bien?».

Robert se sonrojó; su color oscuro y su piel pálida heredada de su madre señalaban cada emoción vívida. Antes de responder, miró a la figura silenciosa a su lado.

Jack apretó la mandíbula e inclinó la cabeza hacia su hermano mayor, Edward, el heredero del duque. «Haverford».

«Jack», Edward asintió levemente, sus rasgos patricios eran una versión más fina y mayor de los de Jack.

«El propietario nos informó que te alojarías aquí con tu esposa», dijo Robert emocionado. «Edward decidió que deberíamos informar a nuestro padre de tu paradero antes de que se vaya a Londres».

Jack contuvo el impulso de gemir. «Qué amable de tu parte estar tan preocupado por mi bienestar».

Edward estudió a Jack a través de su monóculo. «Por alguna razón desconocida, mi padre desea hablar contigo. Es mi deber informarte su dirección».

Jack se mordió la lengua en un esfuerzo por no caer en el patrón familiar de burlarse de su pomposo hermano. Edward parecía mayor de lo que era, sus rasgos contraídos eran más pequeños y las líneas de descontento dibujadas se veían más profundamente en su frente. Una punzada de compasión atravesó el disgusto de Jack. Ser el heredero del duque de Carmarthen era suficiente para quitarle la alegría a cualquier hombre.

Miró directamente a los ojos marrones entrecerrados de su hermano. «Estaré en Swansea

durante los próximos días. Después de eso, mis planes son inciertos».

Edward dio una sonrisa amarga. «Déjame adivinar. ¿Te has quedado sin fondos? ¿Necesitas volver a ganarte la vida como un campesino?».

Robert movió los pies y le lanzó a Jack una mirada implorante.

Jack asintió levemente y volvió su atención a Edward. «No es ninguna vergüenza trabajar por dinero. Quizá deberías considerarlo».

«Dudo que lo disfrute». Edward dejó caer su monóculo en el bolsillo de su chaleco. «Es una pena que te hayas casado con esa mujer Davies común y corriente. De lo contrario, podrías “cuidar” a viudas ancianas ricas y casarte con ellas por su dinero».

La chispa de compasión de Jack por Edward murió instantáneamente. Dio un paso adelante antes de verse empujado sin ceremonias fuera del camino.

«¿Estás hablando de mi hermana Haverford?», preguntó Gareth.

Un ligero rubor pintó las delgadas mejillas de Edward. «No lo noté allí, pastor Davies. ¿Cómo se encuentra esta linda tarde?».

Gareth no sonrió. «Espero que tengas la intención de disculparte por mencionar a mi hermana en términos tan poco halagadores en un lugar público. Odiaría tener que modificar mi sermón del domingo».

Edward miró a Robert y luego a Jack como si buscara apoyo. Su ceño se hizo más profundo. «Por supuesto, pastor. Acepte mis disculpas. Fue un desliz de lengua. Pienso muy bien de mi cuñada».

Gareth miró a Jack. «¿Hay algo más que quieras agregar?».

«Creo que manejaste el asunto admirablemente, Gareth. Yo iba a darle un puñetazo».

Edward se secó la frente con un pañuelo grande y se puso el sombrero. «Debo irme. Siempre es un placer verte, Jack. Cada vez que considero que mi padre fue un poco duro cuando te desheredó, puedo recordar esta escena en la que tuviste que confiar en tu "amigo" para protegerte. Esto demuestra una vez más tu falta de agallas». Tocó el ala de su sombrero. «Pastor Davies, tal vez lo vea en la iglesia el domingo antes de que la familia se vaya a Londres. Vamos, Robert».

Robert permaneció en la acera, con la mirada fija en Jack. «Iré enseguida, Edward», balbuceó. «Voy a hablar con Gareth, quiero decir, nuestro pastor, sobre un asunto espiritual».

La mirada de Edward se volvió gélida. «Nos encontraremos en el banco en una hora. De lo contrario, me iré sin ti».

Robert parecía enfurruñado. «Estaré allí, Edward. No te preocupes».

Observaron a Edward montar y cabalgar por High Street, con la espalda erguida como un palo y el sombrero rígido ante el fuerte viento.

«Maldición», Jack silbó en voz baja. «Ojalá tuviera una catapulta».

Robert sonrió y volvió a agarrar la mano de Jack. «Gracias a Dios se fue. Estaba empezando a temer que me obligara a ir con él».

Jack observó el rostro inocente de su hermano. Robert parecía imperturbable por los recuerdos de su desastroso encuentro anterior, cuando intentó reconciliar a Carys y Jack y terminó provocando un duelo entre Gareth y Jack.

A Jack siempre le sorprendió que Robert mantuviera su carácter dulce entre una familia de hombres arrogantes y guerreros. Para desesperación del duque, a los treinta y cuatro años, Robert parecía incapaz de encontrar otra ocupación que la de caballero en la ciudad. Su amor no declarado por la hermana de Carys, Nia, el ama de llaves de su padre, era un secreto que toda la familia compartía pero que nunca explotaría.

Otra bola de calidez se instaló y se expandió en el pecho de Jack mientras escoltaba a Robert al interior de la posada, liberándolo de la incomodidad y llevándolo directamente a la familiaridad. Parecía que no había necesidad de disculpas ni recriminaciones. Robert estaba realmente contento de verlo. Jack se preguntó si habría sido tan indulgente si sus posiciones hubieran estado invertidas. Quizás su decisión de aislarse de toda su familia había sido demasiado dramática.

Robert empujó el brazo de Jack, con una jarra en la otra mano. «Celebremos tu regreso y tu reencuentro con Carys. Sabía que algún día recobrarías el sentido».

Jack hizo una mueca. «Desafortunadamente, ella parece decidida a divorciarse de mí».

La boca de Robert se abrió, mostrando sus dientes blancos y uniformes. «¿No será por ese tal Rice? Parece un tipo bastante agradable, pero en realidad... ¿Y qué pasa con su bast...?». Robert hizo una mueca de dolor y miró a Gareth. «No hay necesidad de patearme. No soy completamente insensible».

Jack decidió ignorar el ceño fruncido en el rostro de Gareth. Si Gareth deseaba proteger a su hermana, Jack no iba a detenerlo. Había dejado a Carys sola y ella había hecho lo mejor que podía. Su bastardo, si eso era lo que Robert había querido decir, y su reputación estaban a salvo con Jack.

Ansioso por disuadir a su hermano de hablar de Carys o de irritar aún más a Gareth, Jack esbozó una sonrisa. «¿Cómo está nuestra madre? ¿Está bien de salud?».

Robert dejó su jarra. «No precisamente. Ella no ha sido la misma desde que te fuiste. Mi padre está pensando en enviarla a ella y a la prima Louisa a Bath para que se recupere».

Jack se quedó mirando su cerveza. Una de las cosas que más le molestaba de su desheredación era la defección de su madre. Él había sido su hijo favorito y ella lo había abandonado. Ella no se había molestado en despedirse de él ni en responder ninguna de sus cartas.

Robert se animó y clavó sus ojos en Jack. Él siempre había sido quien arreglaba las cosas en la familia. «¿Quizá podría hacer arreglos para traerla aquí para encontrarse contigo? Padre no tendría por qué saberlo».

Jack consideró la idea con cautela. ¿Estaba lo suficientemente curado como para correr el riesgo de reabrir viejas heridas? Tenía que serlo si tenía alguna posibilidad de disuadir a Carys de divorciarse de él. Él asintió hacia su hermano. «Sí, ¿por qué no? Estaría encantado de verla».

Capítulo 14: Capítulo Catorce

Después de concertar una reunión futura en dos días y despedirse de Robert, reacio, Jack centró su atención en los documentos que le había entregado el señor Sprake. Sumido en sus pensamientos, caminó por el pasillo de paneles oscuros hasta la parte trasera de la posada. Gareth activó un pedernal y se dedicó a encender un fuego en el desolado salón privado.

«Parece como si la señora Forrester viviera en la bahía de Oxwich, en la costa de la península de Gower», Jack miró a Gareth. «¿Alguna vez has estado allí? Es bastante remoto».

Gareth acercó las manos al fuego. «He visitado Gower en numerosas ocasiones, pero no creo haber tenido ocasión de visitar Oxwich recientemente. Es una comunidad pequeña».

Jack estudió el dibujo preciso que el señor Sprake había hecho de la ubicación de Oxwich y sus diversos habitantes. «Cuando era niño, mi tutor me llevó a visitar Saint Iltyd's, la iglesia medieval de Oxwich». Jack medio frunció el ceño. «Recuerdo poco de eso porque quería estar en la playa buscando berberechos o explorando las marismas». Señaló un nombre escrito en negrita. «Esta es la ubicación de la cabaña de Rose Edwards, donde el duque cree que se esconde la señora Forrester».

Gareth miró el mapa por encima del hombro de Jack. «Parece tener algunos vecinos. Podríamos empezar con ellos. Como pastor, nadie se sorprenderá si llamo a su puerta y les hago algunas preguntas indiscretas», le sonrió a Jack. «Si bebo té y disfruto de una pequeña conversación sin pedir una donación, su gratitud debería ser abrumadora y sus confidencias deberían ser fáciles de conseguir».

«Fingiré ser tu sirviente», dijo Jack. «Si me oscurezco el cabello y me acuerdo de no abrir demasiado la boca, debería arreglármelas. Podría pensar que mucha gente por allí me recuerde».

Gareth parecía pensativo. «Creo que te sorprenderías. Siempre fuiste el más querido de tu familia».

Jack dobló el mapa con cuidado. «Creo que descubrirás que el honor pertenece a Robert».

Gareth resopló. «Nunca he conocido a nadie a quien le resulte tan difícil aceptar un cumplido. Pasaste la mayor parte de tu infancia desenfrenadamente con los niños locales, mientras Robert se sentaba obedientemente con su tutor. Hablas galés como un nativo y te burlaste de tu familia al casarte con una chica galesa de una clase social baja».

Jack pasó la uña por la costura del pergamino, marcando el pliegue más profundamente. «Y qué desastre hice con eso. Mi familia trató a Carys de manera terrible y yo no estuve allí para detenerlos».

«Ella sobrevivió y eso la hizo más fuerte. ¿Crees que se arrepienta? No».

Jack dejó escapar el aliento. «Ella ciertamente se arrepiente de haberse casado conmigo. De lo contrario, ¿por qué buscaría el divorcio?».

«Esa es una pregunta que deberías hacerle a Carys, no a mí».

Jack se quedó mirando el fuego parpadeante. Gareth tenía razón. Él no le había preguntado por qué quería divorciarse de él. Simplemente había reaccionado de forma exagerada cuando ella se atrevió a sugerirlo. Al imaginarse la expresión tranquila de Carys en la oficina del abogado, Jack se preguntó nuevamente por su falta de emoción.

Si su hijo fuera realmente de Rice, eso podría explicar por qué quería casarse con ese tipo aburrido. Pero Jack no recordaba haber escuchado ningún rumor ni haber visto a Rice cerca de Carys en el momento de su desheredación. Más tarde, escuchó de varias fuentes, la mayoría de ellas maliciosas, sobre el hijo de Carys, pero nada sobre el supuesto padre.

Jack alisó la textura aterciopelada de la vitela bajo sus dedos. ¿Tendría el valor de preguntarle a Carys sobre Rice y quién era el padre de su hijo? Algo dentro de él rehuía la perspectiva. No estaba seguro de poder soportar escucharla confirmar sus sospechas y alejarlo de todo lo que siempre había deseado. Era tan cobarde a la hora de expresar sus emociones como lo había sido el resto de su vida. Carys lo sabía.

Con un esfuerzo decidido, Jack se centró en la información que tenía delante. Era mucho más fácil tratar con la señora Forrester que lidiar con las complicaciones de su descarriada esposa.

«El señor Sprake ha tenido la cabaña vigilada durante las dos últimas semanas», dijo Jack.

Sonó un golpe en la puerta y Gareth se levantó para abrir. Sonrió cuando entró la hija del posadero llevando en equilibrio sobre una bandeja, dos jarras de cerveza, un plato de pan de algas y un pastel de pollo.

Jack tragó saliva cuando el fragante aroma de la masa humeante captó sus sentidos. «Podemos comer y hablar, Gareth, pero realmente debemos continuar. Cada momento perdido es una oportunidad para que la señora Forrester escape».

Gareth asintió, con la boca demasiado llena de pastel para hablar. Jack tomó su tenedor y contempló su plato. Uno de los beneficios de trabajar para el duque era la regularidad de los salarios y la buena comida. ¿Cómo iba a sobrevivir si Carys y el duque decidían que ya no lo necesitaban? Había empezado a creer que podía hacer las paces y recuperar su antigua vida. Pero si fracasaba, ¿tendría que depender de las migajas que le arrojara el enigmático Capitán Furia?

Después de satisfacer su hambre, Jack tomó el informe del señor Sprake y lo leyó detenidamente. «Si la señora Forrester se está quedando en la cabaña, no ha salido mucho. Desde que llegó, la han visto una vez en la ventana».

Sus instintos lo molestaban. ¿La señora Forrester estaba haciendo esto demasiado fácil? Si realmente fuera ella, seguramente se pondría en contacto con La Fleur, el maestro de espías, para su traslado a Francia en lugar de merodear por un minúsculo pueblo de Gales.

Jack recordó la variedad de barcos que regularmente llegaban a la costa para depositar sus cargamentos ilegales. El contrabando estaba muy extendido en Gower y lo había estado durante generaciones antes de que comenzaran las canteras y la minería. La expulsión de una mujer pequeña de Oxwich o de la bahía Rhossili, difícilmente provocaría una oleada de interés entre las autoridades, sobrecargadas de trabajo.

Por lo que Jack sabía, y parecía probable, la señora Forrester ya había huido y la mujer de la cabaña era un señuelo. Necesitaba capturar a la señora Forrester si tenía alguna posibilidad de redimir sus errores del pasado y comenzar una nueva vida.

El Capitán Furia parecía estar cerca de descubrir el paradero de Marcus Stortford, el compañero oficial y amigo de Jack que había sido capturado por los franceses en su última y desastrosa expedición en España. Si Jack pudiera proporcionarle información al capitán sobre la señora Forrester, Marcus podría ser rescatado. Si esto ocurría, podría decirles a las autoridades que Jack no los había llevado a una trampa y así limpiar su nombre. Era una letanía familiar que había girado en los pensamientos de Jack durante años. Casi tenía miedo de creer que alguna vez estaría cerca de resolverlo.

Jack volvió a leer la letra malhumorada del señor Sprake, consciente de que estaba pensando demasiado. Construía un precario castillo de naipes que podía derrumbarse con flagrante facilidad. Al permitirse tener esperanza nuevamente, ¿había abierto las puertas a la desilusión y la decepción?

Al levantar la vista, Jack vio que Gareth lo observaba con su rostro fijo lleno de

preocupación. Ya había ganado mucho. El perdón de su mejor amigo y la comprensión de Robert, que era más de lo que merecía, más de lo que esperaba. Quizás debería contentarse y no esperar milagros. Pero en el fondo sabía que no sería feliz hasta recuperar también el amor de Carys.

Jack dejó la hoja de pergamino. «Sugiero que partamos hacia Gower mañana por la mañana temprano y pongamos nuestro plan en acción. ¿Cómo te suena eso?».

La expresión de Gareth se iluminó. «¡Por fin algo que hacer! Le escribiré una nota a Gwyneth retrasando mi regreso aproximadamente un día más. Mientras regrese para asistir al servicio el domingo, no me deberían extrañar».

Jack se preguntaba si la esposa de Gareth vería la continua ausencia de su marido de forma tan benévola. Aún no conocía a Gwyneth y esperaba, por el bien de Gareth, que ella fuera todo lo que debería ser una esposa de pastor: paciente, sufrida y perdonadora.

«Si necesitas regresar a casa...», ofreció Jack, sin querer hacer mella en el entusiasmo de Gareth, pero decidido a darle un respiro si lo necesitaba.

«Gwyneth es un tesoro y las chicas son demasiado jóvenes para saber si estoy allí o no». Se detuvo y una leve señal de duda cruzó por su rostro. «No crees que estaré estorbando, ¿verdad?».

«Por supuesto que no. Simplemente se me ocurrió que estaba siendo egoísta manteniéndote conmigo cuando tienes una familia esperándote».

Gareth se puso de pie y le dio una fuerte palmada en la espalda a Jack. «¡Vamos, Jack! Es lo más emocionante que me ha pasado desde que te ayudé a tapar veinte chimeneas de Llewelyn Hall y a echar humo a toda tu familia».

«Me golpearon y me enviaron de regreso a la escuela por el resto del verano por esa escapada». Él le devolvió una sonrisa irónica. «Pero valió la pena ver a mi estimado padre cubierto de hollín».

Riendo entre dientes, Gareth se fue a escribir su carta, dejando a Jack solo en el pequeño salón. Su propia sonrisa se desvaneció. En verdad, no podría arreglárselas sin Gareth. La señora Forrester conocía demasiado bien a Jack. Había trabajado en su casa durante varias semanas como enfermero mientras cuidaba a Michael Waterstone.

Un leve sonido le hizo levantar la vista. Carys estaba en la puerta, con expresión cautelosa y postura reservada. «¿Ha recuperado los estribos, milord?».

«¿Lo has hecho tú, mi amor?».

Ella respiró hondo y sus palabras salieron rápidamente. «Estoy dispuesta a disculparme si es así. No deseo pelear más contigo. Quiero seguir con mi vida».

Jack se puso de pie y guardó los documentos en el bolsillo de su abrigo. «No me disculparé por existir». Él se acercó a ella, pero ella se mantuvo firme, bloqueando su retirada. «Te casaste conmigo de buena fe, hasta que la muerte nos separe. Admito que fue un inconveniente para mí no dejar que me mataran durante la guerra. Eso te habría hecho todo mucho más fácil, ¿no es así?».

«Nunca deseé eso, Jack. Juro que nunca deseé tu muerte». Para su sorpresa, sus ojos se llenaron de lágrimas. Se los apartó de la mejilla como si esperara que él no se hubiera dado cuenta.

«No llores, *bach*, por favor...».

La esperanza lo invadió y bajó la mirada hacia su deliciosa boca, luchando contra el deseo de reclamarla, de *ordenarle* que olvidara la ridícula noción de que estaban destinados a estar separados. ¿Cómo podía contemplar la posibilidad de dejarlo, cuando cada fibra de su ser pedía a gritos su toque? ¿Cómo podía yacer en sus brazos y darle la bienvenida a su cuerpo si no sentía

nada por él?

Él reprimió el impulso, sabiendo por experiencia cómo reaccionaría ella. Estaría indignada por sus demandas y decidida a no cumplir con ninguna de sus arrogantes suposiciones masculinas. Tendría que andarse con cuidado.

Carys estaba destinada a ser suya. No se conformaría con menos.

Inhaló su aroma como si fuera su último aliento y trató de encontrar palabras para llegar a ella. «Piensa en lo que estás haciendo, Carys. ¿Al menos me prometes eso? Mañana tengo que ir a Gower por negocios. Cuando regrese, tal vez podamos discutir nuestros problemas de manera más racional».

«Tú eres el que es incapaz de ser racional, Jack. Me dices que has cambiado y empiezo a tener esperanzas, y entonces pierdes los estribos conmigo».

Inhaló lentamente. «Tienes razón. Me enoja contigo y no es justo», ella lo estudió durante tanto tiempo que él cambió de postura. «¿Qué ocurre?».

«Esta es la primera vez que admites que tienes mal genio».

«Siempre lo has sabido».

Ella tragó con fuerza. «Yo también tengo mal genio».

«¿Tú?».

Ella le frunció el ceño burlonamente. «Tú siempre lo has sabido. No quise hacerte enojar. Simplemente quería contarte los hechos».

«¿Sobre tu deseo de casarte con Rice?».

Ella suspiró. «Quiero que esta incertidumbre termine para ambos».

«¿Y Rice es tu solución a nuestros problemas?».

«El me ama, Jack».

«¿Y yo no?», él se alejó un paso de ella. «Si yo no te amara y tú no me amaras, ¿por qué nos molestaríamos en enojarnos el uno con el otro? Luchamos porque en el fondo todavía nos preocupamos el uno por el otro. ¿No puedes ver eso?».

Esperó, su corazón latía tan fuerte que podía oírlo, su atención estaba fijada en su hermoso rostro. Vio su derrota en sus ojos, incluso antes de que ella abriera la boca.

«¿Pero no es tan simple como parece? Quizás el amor no sea suficiente y tengamos que crecer y encontrar un tipo de amor diferente, más maduro y más realista».

«¿Y Rice puede darte eso?».

«Creo que puede».

Jack soltó el marco de la puerta y alcanzó el pestillo. «¿Y no se me permite haber cambiado? ¿Estoy condenado para siempre a ser compadecido como un joven exaltado, tonto y mimado?».

Ella se mordió el labio y no dijo nada.

«¿Y si puedo demostrarte satisfactoriamente que soy mejor hombre que Rice? ¿Reconsiderarías nuestro matrimonio entonces?».

«No lo sé, Jack. No es una competencia», ella suspiró. «Solo quiero que esta agitación termine, por el bien de todos. ¿No puedes ver eso?».

Abrió la puerta y se volvió para mirarla. «No te abandonaré, Carys. No te lo pondré fácil».

La ira estalló en sus ojos, reemplazando los signos de derrota. «¿Cuándo me has puesto algo fácil alguna vez?».

Se dio la vuelta y cerró la puerta deliberadamente detrás de él.

* * *

Jack entrecerró los ojos cuando Gareth, todavía en su papel de Cupido, desapareció de la

mesa y lo dejó solo con Carys. Llevaba un vestido color crema oscuro con encaje alrededor del corpiño y el dobladillo. Jack no podía adivinar cómo lo llamaría una modista, pero le sentaba admirablemente. ¿Por qué había elegido usarlo para cenar en una sencilla posada rural? Ese era otro misterio.

Su mandíbula se tensó cuando Carys se levantó y se acercó para servirle más vino. Si no lo supiera, pensaría que su esposa estaba coqueteando con él. Él corrigió esa idea mientras ella sonreía descaradamente a sus ojos. No, no coqueteaba con él, lo desafiaba. Parecía que había decidido combatir el fuego con fuego.

Sus sentidos se encendieron y se elevó hacia el señuelo como un halcón bien entrenado hacia la presa. «¿Aprobaría lord Rice el vestido que llevas esta noche, mi amor?».

Carys miró su diminuto corpiño y se encogió de hombros. «No creo que me haya visto con este vestido en particular, milord. ¿Por qué lo preguntas?».

«Porque no es nada decente para una compañía». Jack no podía creer que hubiera dicho eso. Sonaba como su padre. «Si te inclinas más hacia mí, el vino no es lo único que terminará en mi copa».

Carys le sostuvo la mirada y lentamente se inclinó hacia delante un centímetro más. Chispas de mal genio ardían peligrosamente en sus ojos azules. «Es evidente que ha estado fuera de circulación durante demasiado tiempo, milord. Este vestido está en la *cumbre* de la moda».

«Podría estar de moda, pero no me gustaría que mi esposa saliera con él. Probablemente por eso lord Rice lo considera aceptable. Será mejor que estés preparada para enmendar tus costumbres, querida. Lo que un hombre permite en una amante difiere considerablemente de lo que espera de su esposa».

«Como una pobre excusa como esposo, Jack, tú sabrías todo sobre eso, ¿no?». Su tono era dulce, sus palabras no. «Y lord Rice no es mi amante... todavía. Me respeta demasiado como para esperar que me acueste con él».

«Qué marido tan increíblemente aburrido será».

«Quizá quiero un marido aburrido», ella le frunció el ceño. «Quizás estoy cansada de estar atada a un hombre que pelea constantemente conmigo».

«Te gusta pelear conmigo».

«¡No!», su pecho se agitó de manera bastante alarmante y él se detuvo para disfrutar de la vista.

«Sí, te gusta, porque te encanta cuando nos reconciamos en la cama».

«Eso es lo más ridículo que has dicho hasta ahora».

Jack sonrió, reconociendo un desafío, y quitó la botella de vino de la mano extendida de Carys. Él jaló su muñeca hasta que ella perdió el equilibrio y cayó en su regazo. Sus pechos casi le rozaron la nariz.

«Ah, no, puedo ser mucho más escandaloso que eso». Pasó los dedos por su brazo izquierdo hasta llegar a su hombro y los apoyó en el borde de su corpiño. «Este vestido debe ser apreciado en casa, en la intimidad de un lecho matrimonial o donde el marido lo crea conveniente, no exhibido ante la maldita *alta sociedad*».

Enganchó su dedo índice debajo del borde del encaje y lo pasó a lo largo de la costura interior del material. Sus ojos se entrecerraron mientras trazaba su cálida piel, sintiendo el valle entre sus pechos y el frenético latido de su corazón.

Repitió su incursión íntima, deslizó su dedo más abajo debajo de su corsé y encontró el pezón endurecido de Carys. «Si todavía fueras mía, me detendría a explorar la belleza de tus pechos». Rodeó su pezón con el pulgar y el índice hasta que ella se estremeció y presionó contra

su mano. «Te pondría mi boca encima». Jack se inclinó hacia adelante y adaptó la acción a sus palabras. La frescura del encaje, de la seda y la punta dura del pecho de Carys se fusionaron en su boca, poniéndolo duro en un instante.

«¡Jack!».

Él soltó su muñeca y le rodeó la cintura con el brazo, impidiendo que retrocediera. Su mano se deslizó entre el pelo de su nuca y lo instó a acercarse. Lleno de gratitud, Jack se perdió en los placeres de su boca cálida y dispuesta.

Finalmente logró ponerse de pie y, todavía besando a Carys, la condujo hacia el escritorio junto a la puerta. Con las manos en su cintura, la levantó para sentarla en la superficie plana.

«¿De verdad quieres que pare, amor?», murmuró. «¿Ya te he persuadido para que reconsideres tu decisión? ¿O quieres reconciliarte conmigo de nuestra manera favorita?».

Carys se lamió los labios, como si saboreara su sabor. «Esto no es justo. Siempre has podido distraerme tocándome».

La besó de nuevo, tirando de su labio inferior con los dientes. «Entonces, dime que pare. Sabes que haría cualquier cosa que me pidas».

Al menos eso esperaba. Una parte instintiva de él argumentaba que, al marcarla de la manera más primitiva posible, ella cambiaría de opinión. Aunque sabía que estaba siendo un tonto, las exigencias de su cuerpo lo impulsaban a seguir adelante. Él le había dicho que aceptaría lo que ella le ofreciera, y Carys sabía que no era un hombre que se retractara de su palabra.

«Dime que pare», él susurró las palabras como una oración contra su garganta, lamiendo el pulso frenético allí, disfrutando de su brusca inhalación. «Dime...».

Jack dio un paso adelante, presionando su pesado muslo entre las piernas de Carys, separándolas para acomodarlo mientras la besaba. Le llevó la mano al tobillo y la deslizó hacia arriba, pasando por la espuma de las enaguas, hasta la rodilla con liga y más allá, hasta los rizos de seda entre sus muslos. «Si todavía fueras mía, te tocaría aquí para recordarte a quién perteneces. Te volvería tan loca de placer que me rogarías que te hiciera el amor y te olvidarías por completo de dejarme».

Lentamente deslizó su dedo en su acogedora calidez y exhaló mientras ella se apretaba a su alrededor. Empujó su dedo hacia adelante y hacia atrás hasta que ella estuvo resbaladiza por el deseo, infaliblemente encontró su capullo hinchado con su pulgar y la acarició allí también.

«Ay, amor, te sientes tan dulce», murmuró en su boca. «Déjame...».

Cayó de rodillas y añadió su boca a sus dedos, lamiéndola y chupándola hasta que ella se retorció alrededor de él y gimió su nombre.

* * *

«Jack, no deberíamos, nosotros...».

En un esfuerzo por no deslizar su mano en el cabello de Jack y sostenerlo justo donde quería, Carys aplastó la seda de su vestido entre sus dedos apretados. Su intento de vengarse de él por su comportamiento en la oficina del abogado había fracasado gravemente. Debería haber sabido que él no solo le seguiría el juego, sino que también se aprovecharía de ella todo lo que pudiera.

Las palabras se negaron a salir mientras su cuerpo respondía al ataque físico de Jack con una necesidad reprimida durante demasiado tiempo. Se levantó la falda, sintió el aire frío arremolinándose alrededor de sus rodillas y saltó cuando Jack rozó su muslo con su áspera mejilla. Rodeó su tobillo con sus cálidos dedos y guió su pierna derecha hasta el asiento de la silla, abriéndola aún más para él.

Carys cerró los ojos mientras la lengua de Jack recorría su carne más tierna. Ella revivió lo suficiente como para mirar su cabeza rubia y un destello de movimiento llamó su atención, haciéndola saltar cuando se dio cuenta de que ella y Jack estaban reflejados en un espejo en la pared opuesta. Apenas se reconoció a sí misma, su piel enrojecida, sus lugares más privados revelados al hombre que estaba arrodillado entre sus piernas.

Como si sintiera su fascinación por la imagen sensual de abandono desenfrenado que presentaba, Jack levantó la cabeza. Él sostuvo su mirada en el espejo y se movió ligeramente hacia un lado, permitiéndole una vista decadente de sus dedos moviéndose dentro de ella. En unos momentos se vio llegar al clímax y tuvo que cerrar los ojos ante el placer de ello.

«Gracias milady», Jack se puso de pie, le bajó la falda a Carys y le arregló el corpiño con cuidado.

Carys lo miró, sus sentidos tan en sintonía con los de él que no sintió vergüenza. A diferencia de Oliver, Jack nunca la hacía sentir poco femenina por querer expresar su deseo por él de una manera físicamente satisfactoria.

Oh Dios, ¿adónde la llevarían pensamientos tan sensuales? De vuelta a la incertidumbre de su pasado, a la cama de Jack y al dolor de haber sido abandonada... Una sensación de pánico se apoderó de ella mientras contemplaba un futuro con Oliver. Abrió la boca para compartir su inquietud con Jack y se dio cuenta de que él se giraba para irse. Con una sensación de alarma, se bajó del escritorio y le puso la mano en el brazo.

«¿Adónde vas?».

Jack presionó la palma de su mano contra el panel de la puerta. «Estaba tratando de irme antes de que, sin darme cuenta, dijera algo equivocado y arruinara el momento».

Carys frunció el ceño al registrar la cadencia desigual de su voz. ¿Estaba abrumado por la emoción? Eso no era propio de Jack en absoluto. Él había ganado, ¿no? Había demostrado una vez más que era incapaz de negar su contacto. Ella le dio un puñetazo en el hombro y él se estremeció, con una mano apoyada protectoramente en su ingle.

La comprensión la sacudió. «¿Esperabas desaparecer y encontrar algo de alivio con una sirvienta?».

Se apoyó contra la puerta y exhaló lentamente. «Ya no uso mujeres así. Soy bastante capaz de solucionar el problema yo mismo».

Ella respiró hondo, se olió en él y al almizcle de su propio deseo. «No tienes que hacer eso esta noche».

Hizo un movimiento repentino hacia la manija de la puerta, pero Carys fue más rápida. Cerró la puerta y dejó caer la llave por su corpiño. Jack todavía se negaba a mirarla y, con un suspiro, Carys se resignó a aprovecharlo lo mejor que pudiera. Ella deslizó sus brazos alrededor de su cintura, apoyando su mejilla en su amplia espalda.

«Jack, ¿por qué tienes que hacerlo todo tan difícil?».

«Yo no lo hice difícil. Tú lo hiciste». Él se estremeció cuando ella pasó a los botones de su chaleco. «No tienes que hacer esto. No espero nada». Su ronca protesta hizo sonreír a Carys contra su abrigo andrajoso. Ella le abrió el botón superior de sus desgastados pantalones de ante y él apoyó el brazo contra la puerta.

«Si todavía fueras mío, Jack, tal vez te tomaría en mi mano y evitaría que me dejaras». Deslizó sus dedos alrededor de su pene erecto, maravillándose de la fuerza y el poder de su eje mientras llenaba su palma. Él estaba listo para ella, sus caderas eran incapaces de resistirse a seguir la sensual danza de placer que ella provocaba.

Carys aumentó el ritmo, disfrutando de su impotencia y de su poder. Jack bajó la cabeza y

apoyó la frente en el brazo reforzado para poder verla tocarlo. Había olvidado lo atractivo que era volver loco a un hombre.

«Si todavía fueras mío, tal vez te llevaría a mi boca y dejarías de pensar en dejarme por completo».

Jack se estremeció y bajó la mano para cubrir la de ella. «No puedo tomar tu boca esta noche. Estoy demasiado cerca». Sus palabras terminaron con un jadeo mientras ella lo llevaba al borde del placer y hacia la liberación, su semilla fluyendo a través de sus dedos unidos en ondas espesas y pulsantes.

En el silencio roto, solo por el tictac del reloj de la chimenea, Jack sacó la llave del corpiño de Carys y abrió la puerta. La luz sombría del pasillo hizo que su rostro pareciera demacrado. Carys extendió la mano para tocarle la mejilla y él mantuvo sus dedos contra su piel.

«Si fueras mía», dijo él, «renunciarías a tus ridículos planes de casarte con lord Rice».

Carys estudió sus duras facciones, lamentando al chico dorado que alguna vez había sido, pero apreciando mucho más al hombre austeramente hermoso en el que se había convertido. No tenía sentido disimularlo. Necesitaba su ayuda para salir de este atroz lío. No podía seguir adelante con su matrimonio con Rice con el sabor de Jack incrustado en su mente. Lo único que se le ocurrió fue ser valiente y atraer a Jack para que la visitara en Rhossili. Cuando viera su vida allí, ¿querría quedarse o finalmente dejarla ir?

Ella respiró hondo y puso su mano sobre el corazón de él. «Y si fueras realmente mío, Jack, tal vez encontrarías una manera de detenerme».

Capítulo 15: Capítulo Quince

Carys analizaba a su hermano y a Jack sobre la mesa del desayuno mientras comían una montaña de comida. A pesar del abundante aroma a café recién hecho, jamón cocido y huevos, el olor a cerveza rancia y a humo se filtraba desde el bar de al lado, empañando la atmósfera de su salón privado. No había tenido la intención de honrarlos con su presencia, pero su encuentro con Jack la había dejado incapaz de dormir y tuvo que levantarse temprano.

Para aumentar su malestar, los hombres parecían de muy buen humor. Con la intuición de una hermana, Carys dudaba que la alegre explicación de Gareth sobre su viaje con Jack a Gower fuera correcta. Recopilar información para un texto médico que se escribiría en galés parecía una empresa poco probable para dos académicos tan reacios.

A pesar de sus sospechas, más tarde ese mismo día Carys planeaba regresar a su casa en Rhossili. Aunque Rhossili también estaba en la costa de Gower, no tenía tiempo para preocuparse por sus hombres. Era importante, especialmente a la luz de los acontecimientos recientes, que el reencuentro con su hijo fuera lo más privado y especial posible.

Carys desmenuzó los restos de su pan en su plato. ¿Debería contarle a Owen sobre la oferta de Oliver de casarse con ella? A pesar de sus mejores esfuerzos, el niño desconfiaba decididamente de Oliver y tendía a desaparecer en las colinas cada vez que sabía que una visita era inminente.

Carys reprimió una sonrisa al pensar en su pequeño hijo y Jack la miró. Parecía tener dificultades para mirarla a los ojos. Después de su noche de insomnio llena de sueños con Jack en su cama, no se arrepintió del desafío que le había lanzado. Si quería liberarse de él, era justo que él estuviera al tanto de todos sus secretos.

Cuando Jack la tocó tan íntimamente, compartiendo su placer, permitiéndole complacerlo, ella se dio cuenta de mala gana de que Oliver nunca podría satisfacerla en la cama. No era algo de lo que se sintiera especialmente orgullosa, su necesidad de amor físico, pero como mujer madura lo consideraba una parte importante de cualquier relación que iniciara.

Echó un vistazo a los rasgos familiares de Jack. Qué típico que Oliver tuviera poco atractivo físico para ella mientras Jack, que era un terrible esposo, le aceleraba el pulso con una mirada.

Cuando Jack abandonó la mesa, después de un gesto rígido en su dirección, Carys se inclinó y agarró el brazo de Gareth. Él trató de ignorarla, pero ella se negó a soltarlo hasta que él le prestara toda su atención.

«Gareth, necesito que hagas algo por mí».

Su hermano parecía cauteloso, sus ojos escaneando la puerta por la que Jack desapareció. «Te he dicho adónde vamos y qué estamos haciendo. No tengo nada más que decir sobre el tema».

«No te preocupes, querido hermano. No tiene nada que ver con tu ridícula misión. Quiero que traigas a Jack a mi cabaña en Rhossili cuando termines tu negocio. Necesito arreglar algunos asuntos con él antes de que se vaya».

Gareth liberó su brazo y se alisó la manga. «Jack dijo que estás tratando de divorciarte de él. ¿Por qué no me lo dijiste?».

«Es demasiado complicado de explicar». Carys le dedicó su sonrisa más encantadora. Él no parecía convencido y ella suspiró. «Solo ayúdame a arreglar las cosas con Jack. Prometo que te lo explicaré todo».

«Me pregunto si estás cometiendo un error». Gareth parecía perturbado. «Jack no es tan

resistente como le gusta que la gente piense. Quedará devastado si lo dejas».

«Él me lo hizo a mí. Y yo sobreviví».

El rostro de Gareth se suavizó y la besó en la frente. «Ah, pero eres una mujer. Contrariamente a la creencia popular, creo que las mujeres son mucho más fuertes que los hombres en el aspecto del corazón». Después de pellizcarle la mejilla, algo que sabía que ella odiaba, Gareth se giró para irse. «Llevaré a Jack a Rhossili. Dale mi cariño a Owen y si ves a Gwyneth, dile que estaré en casa inmediatamente».

* * *

Esa misma tarde, Carys se sentó en el pequeño y lúgubre salón esperando que bajaran su equipaje para poder continuar su viaje de regreso a casa. La posada había permanecido en silencio después de la partida anticipada de Jack y Gareth. Carys se levantó por decimoquinta vez y miró por la ventana. Todavía no había señales del coche ni del conductor prometidos.

Carys dio un paso atrás cuando un imponente carruaje negro entró en el patio del establo, oscureciendo la habitación y tapando su vista. Dudaba que la llevaran a casa con tan gran estilo. Dos mozos de cuadra salieron corriendo y sujetaron las cabezas de los caballos mientras bajaban el escalón del carruaje.

Se dio la vuelta cuando se abrió la puerta del salón. Sorprendida, miró fijamente a los ojos de lady Amelia Rice, la madre de Oliver. Lady Rice vestía tonos lavanda como si saliera de luto; un gran broche prendido a su amplio pecho mostraba un retrato de su difunto hijo, David, el hombre que Jack supuestamente había llevado a su muerte. Si Carys no se equivocaba, era una declaración de guerra.

«Lady Rice, qué agradable sorpresa», dijo Carys después de una pausa incómoda. «No me di cuenta de que regresaba al campo». Ella puso una sonrisa social y se enderezó después de su reverencia cuando lady Rice se detuvo justo frente a ella.

«Oliver me dijo que te quedarías aquí». Lady Rice respiró agitada. «Deseo que dejes en paz a mi hijo».

Carys se sentó en la silla más cercana. «Oliver tiene edad suficiente para tomar sus propias decisiones. Por desgracia, yo no las he tomado por él. No tengo el poder».

Con mucho alboroto, lady Rice se sentó en una silla frente a Carys. «Parece que sí. ¿De dónde más habría sacado Oliver esta ridícula idea de financiar tu divorcio, si no de ti?».

«Puedo asegurarle que a mí también me sorprendió la decisión de su hijo. Tengo...».

«¿Es dinero lo que quieres?», lady Amelia interrumpió. «Sé que los Llewelyn apenas reconocen tu existencia. ¿Necesitas dinero?».

«Vivo bastante bien. No necesito su caridad ni la de los Llewelyn». Intentó levantarse. «Realmente creo que debería compartir sus preocupaciones con su hijo, no conmigo».

Lady Rice la agarró de la mano y Carys se puso rígida. «Traté de hablar con Oliver, pero él se niega a escucharme». Las lágrimas brillaron en sus ojos. «Puedo entender por qué querrías repudiar a ese derrochador, Jack Llewelyn, pero ¿por qué elegir a mi único hijo vivo para reemplazarlo? Si liberaras a Oliver de tus garras, estoy segura de que encontraría una buena chica y se casaría con ella».

Al mirar a lady Rice, Carys tuvo el más extraño deseo de calmar los temores de su oponente; solo su lealtad a Oliver se lo impedía. «Lo lamento. Lo último que quiero es hacerte la vida imposible, pero Oliver parece decidido a seguir adelante. Haré todo lo que pueda para asegurarme de que comprenda las consecuencias de sus acciones, pero no puedo hacerle cambiar de opinión».

Lady Rice se puso de pie y apuntó con su dedo enguantado a Carys. «¿Te quedarás sentada

mientras toda mi familia paga por la lujuria equivocada de Oliver? ¡Nunca serás bienvenida en nuestra familia, Carys Llewelyn, nunca!».

Lady Rice salió del salón. Al cabo de unos minutos, el carruaje fue expulsado del patio, dejando atrás las ruidosas quejas de los mozos de cuadra que no habían recibido la propina habitual. Carys supuso que lady Rice se quedaría al menos una noche en su casa de campo. ¿Regresaría entonces a Londres para quejarse con Oliver o se quedaría y se enfrentaría a los Llewelyn?

Carys enterró su rostro entre sus manos. ¿Alguna vez sería bienvenida en algún lugar? Los Llewelyn tampoco la habían aceptado del todo. A pesar de su disgusto por la necesidad de que lady Rice interfiriera, Carys simpatizaba con su difícil situación. Ninguna mujer quería que su único hijo superviviente se casara con una mujer divorciada rodeada de escándalo. Carys se levantó, con las piernas sorprendentemente inestables, y miró fijamente el fuego.

Era demasiado pedirle a Oliver que sacrificara el buen nombre de su familia por ella. Tendría que amarlo con todo su corazón y mente para compensar esa pérdida. Desde el regreso de Jack, Carys sabía que no podía hacerlo. Jack se lo había mostrado con un toque de su boca en la de ella. Anhelaba la paz y la estabilidad que Oliver le ofrecía durante la tempestad de Jack, pero no podía negar sus sentimientos. ¿Cómo podría casarse con Oliver cuando su corazón le pertenecía a Jack?

Carys parpadeó para contener una repentina avalancha de lágrimas. No podía permitir que Oliver pagara por su desesperada necesidad de seguridad, incluso si él pensara que así lo deseaba. Se recordó firmemente que negar a Oliver tampoco significaba que tuviera que quedarse con Jack. En verdad, estaba cansada de tratar con la aristocracia y anhelaba la vida más tranquila que se había creado en Rhossili.

Un escritorio lleno de útiles de escritura en un rincón de la habitación llamó su atención. Antes de perder el valor, le escribiría a Oliver y le explicaría los motivos para no casarse con él. Al menos lady Rice estaría feliz.

* * *

Cuando el carruaje dobló la última curva del camino del acantilado, Carys exhaló un suspiro de pura felicidad. La bahía de Rhossili se extendía ante ella, su arena dorada y pálida desaparecía en el mar gris como monedas derramadas del cofre del tesoro de un pirata. Su cabaña blanca con techo de paja estaba a poca distancia de la playa. Le pidió al conductor que la dejara en el borde de su propiedad mientras él llevaba sus maletas a la parte trasera.

Carys empezó a bajar la ladera que conducía desde la valla pintada de blanco hasta la puerta principal. Flores silvestres y hierbas invernales de verde abigarrado ondulaban con la brisa del mar, rozando sus faldas y liberando sus sutiles perfumes.

Hogar.

Para los elevados estándares de Jack y Oliver, su casa era poco más que una choza, con solo tres dormitorios pequeños y tres habitaciones debajo. El agua provenía de un pozo en el jardín trasero y los baños se realizaban en una tina frente al fuego de la cocina. Para Carys, la casa lo significaba todo. Era su libertad, su santuario y su salvación.

Cuando se acercaba a la puerta principal, ésta se abrió y un chico con cabello del color del maíz dorado corrió hacia ella. Sin prestar atención a su vestido, Carys se arrodilló y abrió los brazos cuando el sólido peso de su hijo aterrizó sobre su pecho.

«¡Mamá, has vuelto!».

Carys abrazó a Owen con todas sus fuerzas, saboreando el calor de su piel bronceada y el olor polvoriento del heno que se pegaba a su cabello. «Owen, *bach*, ya llegué».

Ella lo sujetó por los hombros y lo empujó hacia atrás para poder mirarlo correctamente. Él había crecido durante su separación de cuatro semanas, estaba segura de ello. Con una sonrisa encantada, Carys se puso de pie, tomó la mano sucia de Owen y continuó por el camino.

«Martha hizo pasteles galeses, mamá. Ella sabía que volverías hoy. Dijo que un pajarito se lo dijo».

Carys se dejó arrastrar por la casa hasta la cocina, donde la esperaba Martha, su cocinera, su mejor amiga y enfermera de Owen.

Martha se secó las manos en el delantal y le dio a Carys un abrazo harinoso. «¿*Shwt ych chi*? Me alegro mucho de que hayas regresado. Nos estábamos poniendo un poco ansiosos».

[Nota de la Trad.: *Shwt ych chi* es la manera informal de saludar y preguntar el estado de alguien en galés.]

Con un suspiro, Carys se quitó el sombrero y la capa y se sentó ante la limpia mesa de pino. «Estoy bien, Martha. No tenía intención de tardar tanto. Me surgieron varios imprevistos». Miró a Owen, que estaba ocupado poniendo la mesa para el té. «Te contaré todas mis aventuras más tarde».

Para cuando a un emocionado Owen habían entregado sus regalos y se había marchado a la cama, Carys solo estaba en condiciones de sentarse en la cocina y beber una taza de té. Martha preparó la estufa para pasar la noche, dejó el horno abierto para que el gato durmiera y se sentó al otro lado de la mesa.

Carys le dedicó una sonrisa cansada. «Gracias por cuidar de Owen. No sé qué haría sin ti».

Martha, que había sido enfermera de Jack antes de que ella se instalara con Carys, se sirvió una taza de té. «Te las arreglarías, *bach*. Sé que lo harías».

Carys empujó el azucarero hacia Martha. «Jack ha vuelto».

Martha parecía encantada. Ella siempre había sido la defensora de Jack. «¿Ahora? Pensé que habías ido a Londres para hablar de casarte con lord Oliver Rice, no para encontrar a su señoría».

«Eso hice. Lord Rice todavía quiere financiar mi divorcio con Jack. Traté de disuadirlo e insistí en que necesitaba hablar con Jack antes de que pudiéramos hacer cualquier anuncio sobre nuestro compromiso. Lord Rice estaba muy molesto. Desafortunadamente, entonces apareció Jack como una mala moneda y parece reacio a aceptar cualquier cosa».

«Por supuesto que está reacio. Jack te ama». Martha llenó el té de Carys. «Me imagino que cuando le hablaste del chico, estaba aún más decidido a no abandonarte».

«No le dije nada. ¡Ni siquiera preguntó!», ella suspiró. «Estoy casi seguro de que escuchó los rumores, por lo que su silencio habló de su total renuencia a admitir que tiene un heredero. Es propio de Jack ignorar cualquier cosa desagradable en su vida. No merece ser el padre de Owen». Carys se mordió el labio. «En verdad, cuando mencioné deliberadamente el nombre de Owen, Jack se puso tan celoso como si estuviera hablando de un amante».

Martha dejó su taza sobre la mesa y le pasó un plato de pasteles galeses a Carys. «¿Estás segura de que Jack sabe de Owen?».

«¿Por qué no lo haría?», preguntó Carys, mordiendo el bollo suave y plano. «Escribí varias cartas durante los primeros dos años de nuestra separación informándole que se había convertido en padre. No se molestó en responder a ninguna de ellas».

«¿Dónde enviaste las cartas?».

«Se las envié a la madre de Jack», Carys vaciló, «ella me aseguró que sabía dónde estaba Jack y prometió enviarlas. ¿Por qué preguntas eso ahora, después de todos estos años?».

«Porque conozco a mi Jack», dijo finalmente Martha. «Si pensara que tiene un hijo,

volvería».

«¿Por qué no mencionaste esto antes?».

«Porque Jack se mantuvo alejado. No quería perturbar tu tranquilidad por algo que no se podía arreglar, pero siempre me he preguntado...».

Carys miró fijamente las rosas descoloridas alrededor del borde del plato y susurró, «Jack ya no es el mismo. Ha cambiado. Es más duro, menos vulnerable, más... intimidante. Quizá ya no cree que necesita una familia».

Martha resopló. «Jack ha estado buscando a alguien a quien amar desde que era un chiquillo. Cambió para mejor cuando te encontró, *bach*. Y si ha entrado en razón y se ha dado cuenta de eso, no tienes ninguna posibilidad de obligarlo a irse otra vez».

Carys asintió. Martha solo hizo eco de sus propios pensamientos. Jack era mucho más formidable ahora que se había endurecido y puesto a prueba que cuando era un joven mimado. La duda la asaltó. ¿Era posible que no se hubiera dado cuenta de que tenía un hijo?

«Tampoco hablé de Owen con Jack porque tenía miedo de darle un arma para usar contra mí». Carys se mordió el labio. «Estaba tan enojado ante la perspectiva de un divorcio que temí que pudiera alejarme de Owen. Él tiene derecho, incluso si nos separamos».

Martha no parecía convencida y Carys continuó. «Una de las razones por las que acepté casarme con Oliver fue porque prometió tratar a Owen como a su propio hijo».

«Pero él nunca será nada más que un Llewelyn, ¿verdad? Él es la imagen de Jack. ¿Crees que lord Rice algún día se reconciliará con eso?».

«De todos modos, eso es poco ahora. Me he dado cuenta de que no puedo casarme con Oliver mientras las cosas con Jack estén en ese estado», gimió. «Solo puedo abordar un problema a la vez. En verdad, desearía que ambos desaparecieran para poder vivir aquí contigo y con Owen sin volver a preocuparme».

Martha reclamó su mano y la apretó. «Sé que los Llewelyn nunca han sido amables contigo, Carys, pero alejar a un hombre de su hijo es un asunto serio».

«Supongo que tendré que hacerle una visita a lady Llewelyn antes de que se vaya a Londres», dudó. «¿De verdad crees que ella podría haber ocultado mis cartas a Jack?».

«Si Jack parece ajeno a la idea de que tiene un hijo, entonces es la causa más obvia. Dudo que todas y cada una de las cartas que enviaste se hayan perdido en algún lugar del camino. Su señoría no siente amor por ti. Nunca lo tuvo», Martha señaló con el dedo a Carys. «No dejes que ella te intimide».

Carys sonrió. «No lo olvides, Jack no es el único que ha crecido».

Capítulo 16: Capítulo Dieciséis

Jack apretó con más fuerza las riendas de cuero empapadas mientras su caballo movía las patas y resbalaba de lado en el barro. Una fina llovizna había seguido su viaje desde Swansea y ahora amenazaba con convertirse en un diluvio. Desde su posición ventajosa, Jack contemplaba las casitas encaladas del pueblo de Oxwich. En la cima de la colina artificial de enfrente se encontraba Oxwich Manor, una casa solariega isabelina simulada como fortificada construida sobre los cimientos del castillo de Oxwich.

Como hijo de un duque, Jack tenía una relación estrecha con la familia Mansell, que había ocupado la vivienda durante varias generaciones. Si él y Gareth no tenían suerte en la iglesia o en el pueblo, quizá tendría que buscar información con los Mansell y verse condenado a su curiosidad.

El caballo de Jack sacudió la cabeza, empapando a Jack en el proceso. Al volverse para hablar con Gareth, descubrió que su compañero ya se había refugiado bajo un árbol. Se preguntó por qué no se le había ocurrido a él mismo y se le unió. Después de desmontar, Jack sacó su catalejo de su cavernoso bolsillo y pulió la lente. Enfocó su mirada en la cabaña en la que creía que se escondía la señora Forester. Gareth se sonó la nariz con un pañuelo grande.

«Odio esta lluvia», dijo Gareth. «Podemos empezar en la iglesia si quieres. No hay alojamiento adjunto y no creo que haya un titular regular aquí. La comunidad anglicana es pequeña. Me imagino que celebrarán un servicio una vez al mes, si tienen suerte».

Jack no respondió; su atención se centró en la amplia extensión de marismas y dunas de arena que conducían a la playa de Oxwich. Lamió el sabor a sal de sus labios mientras los colores y aromas descoloridos de su infancia lo asaltaban. Trató de fijar el olor en su mente para no volver a olvidarlo nunca más.

Después de la emboscada en España, cuando yacía al borde de la muerte, las imágenes del campo donde nació habían atormentado su tambaleante descenso de las traicioneras montañas. Cuando la falta de agua y sus heridas redujeron sus esfuerzos a arrastrarse, las pálidas rocas que lo rodeaban se convirtieron en los acantilados en los que jugaba cuando era niño sobre la bahía de Carmarthen.

Instintivamente, Jack buscó en su bolsillo hasta que sus dedos se cerraron alrededor de su botellín metálico de brandy. La lluvia no le molestaba tanto como a Gareth. Había sobrevivido en climas más duros y apreciaba su fuerza vivificante.

«Al menos la iglesia estará cálida y seca, y podremos consultar con el registrador parroquial si está allí», dijo Jack. «Nos vendría bien algo más de información sobre los habitantes del pueblo». Jack le dio una palmada en la espalda a Gareth. «Vamos, viejo amigo. No queremos que sufras un escalofrío».

Jack tardó menos de un minuto en romper la cadena oxidada que mantenía cerrada la puerta lateral de la iglesia. Gareth murmuró una oración mientras entraban al edificio de piedra que olía a humedad. La cabeza de Jack se levantó bruscamente mientras los gorriones parloteaban una advertencia desde sus nidos en el techo medieval de vigas de martillo. Una lluvia indignada de plumas y hierba seca cayó sobre su cabeza desprotegida.

«La iglesia debe haber pertenecido al castillo original», susurró Gareth. «Es mucho más antigua que la casa solariega».

Jack asintió mientras tanteaba cautelosamente los sólidos bancos de roble. Sus botas sonaron fuerte sobre las baldosas descoloridas. Un altar de piedra se encontraba en lo alto del

pasillo. A pesar de su falta de fe en algún dios, Jack se encargó de pasar por el altar con todo el respeto que pudo reunir. La sensación de los miles de fieles que se habían reunido en este espacio sagrado presionaba contra su cráneo con una multitud de oraciones susurradas.

¿Carys todavía creía en Dios? Se preguntó Jack mientras probaba la ornamentada manija de hierro de la puerta de la sacristía. Ella tenía tantas razones para dudar de la existencia de Dios como él, después de sufrir innumerables decepciones al intentar traer un niño al mundo.

La voz distorsionada de Gareth desde la parte trasera de la iglesia penetró las reflexiones de Jack. «No hay nada aquí. La pila bautismal está tapada y, por lo que parece, hace muchos años que no se utiliza».

«Voy a revisar la sacristía», dijo Jack. «Quizás encontremos algo allí».

La puerta chirrió sobre sus bisagras y algo se escabulló entre las sombras, arañando frenéticamente el suelo de madera con sus garras. Jack retrocedió ante el olor salvaje y notó una ventana rota y moho verde que se extendía por la pared.

En la estrecha sacristía, además de una mesa, solo había un largo armario apoyado en la pared del fondo. Jack se movió con cautela sobre el suelo arruinado y abrió las puertas. No encontró nada, aparte de los huesos de varios pájaros pequeños limpios.

La luz verde que se filtraba a través de la ventana rota de cristal de diamante otorgaba a los huesos una cualidad luminosa. Un leve aroma a incienso llegó hasta Jack desde las profundidades del armario. La imagen de una mujer gritando en español y el olor a carne quemada se agolparon en su memoria. Rápidamente se giró para irse y chocó con Gareth.

«No hay nada aquí», dijo Jack, «tendremos que preguntar en la casa solariega».

Se retiró de la iglesia y salió a la lluvia torrencial. Al menos podía respirar aquí. Se encontró frente a un pequeño cementerio abandonado, otro claro recordatorio de su mortalidad.

Gareth cerró la puerta de la iglesia e intentó pasar la cadena de forma segura a través del pomo. Miró a Jack. «¿Fueron los huesos?».

Jack se dio la vuelta, «¿qué huesos?».

Gareth hizo un gesto. «Cuando te encontré en la sacristía, parecías estar a punto de vomitar».

Jack se quedó mirando la cortina de lluvia. «Fue el olor. Una pizca de incienso fue suficiente para recordarme a España. No fue solo el ejército francés el que odió el catolicismo y trató de aniquilarlo. Vi tropas inglesas incendiando más de una iglesia y expulsando al clero de sus monasterios y conventos», se aclaró la garganta, «es ridículo que después de todos estos años todavía no pueda escapar de los horrores. Quizá mi padre tenía razón y debería haberme declarado loco en mi audiencia».

Gareth se puso el sombrero en la cabeza. «En mi opinión, cualquier hombre que no sintiera lo mismo que tú debería ser encerrado. Tengo la teoría de que nuestro sentido del gusto y el olfato pueden desencadenar recuerdos poderosos».

Jack se dirigió hacia los árboles donde había atado su caballo, con Gareth parloteando a su paso. «Carys me dijo que todavía no soporta el olor a sangre. Le entra el pánico cada vez que se pincha el dedo».

Jack dejó de caminar.

«Por supuesto, después de tres abortos espontáneos», continuó Gareth, «probablemente ella conserva tantos recuerdos dolorosos como tú».

El primer instinto de Jack fue darse la vuelta y plantarle cara a Gareth. ¿Estaba sugiriendo que Jack no se había dado cuenta del sufrimiento de Carys? Un cuidadoso momento de reflexión hizo que Jack reconociera que su ira surgía de su propio sentimiento de culpa. No había

apreciado la angustia de Carys hasta que lo dejaron a la deriva y supo lo que había perdido.

Jack siguió caminando. Tener un clérigo como cuñado ciertamente hacía la vida interesante. Estaba empezando a comprender por qué Gareth era un ministro tan formidable.

Se subió a su caballo. «¿Quieres encontrar un lugar para quedarte en el pueblo, o desafiamos a la nobleza en Oxwich Manor?».

Gareth miró con nostalgia las ventanas lejanas de la casa solariega. «Sin duda prefiero la casa al pueblo. Ni siquiera estoy seguro de que haya una posada».

Jack tomó sus riendas. «Estoy seguro de que te ofrecerán una cama para pasar la noche. Según recuerdo, la señora Mansell es una terrible entrometida que se alimenta de las desgracias de los demás. Un clérigo visitante será su taza de té».

Cuando llegaron al patio del establo de Oxwich Manor, Jack estaba tan mojado que la perspectiva de una cama en un establo lleno de paja sonaba absolutamente lujosa. Para su consternación, el patio de carruajes estaba lleno de gente. Miró a Gareth, pero no pudo llamar su atención por el alboroto.

Un magnífico carruaje negro acababa de dejar a sus pasajeros y el personal de la casa estaba ocupado metiendo el equipaje en la casa. En medio del bullicio, Jack desmontó, se quitó el sombrero empapado y miró a su alrededor en busca de algún sirviente o un mozo de cuadra. Sus ojos se encontraron con los de un hombre alto que intentaba organizar el caos.

«¿Jack Llewelyn?».

Con una sensación de inevitabilidad, Jack cuadró los hombros y se volvió hacia quien habló, un hombre de aproximadamente su edad. Maldición. No esperaba que el hijo mayor de Mansell frecuentara los establos. Jack esperó hasta que Richard Mansell se le acercó con la mano extendida. Jack aprovechó la oportunidad para devolverle el apretón de manos y murmurar su petición.

«Necesito hablar contigo en privado. ¿Sería eso posible?».

Los ojos azules de Richard se abrieron enormes. «Por supuesto. Podemos hablar en la oficina del jefe de mozos de cuadra. No te preocupes por tus caballos ni por tu acompañante. Serán atendidos».

Jack se acercó a Gareth y lo envió a la cocina para que se secara. Luego siguió a Richard al interior del establo, una apacible estructura isabelina de ladrillos de color naranja y techo de paja. Richard se ocupó de proporcionar bebidas y mantas, Jack se quitó el abrigo empapado y lo colocó sobre el respaldo de su silla.

Luchó contra una sonrisa mientras estudiaba a su compañero de infancia. «Esperaba que nadie me notara, Richard. No esperaba verte en los establos».

Richard le entregó una jarra de cerveza y se sentó frente a él a la mesa. «Escuché que tu padre te desheredó, pero no me había dado cuenta de que habías caído tan bajo». Señaló la ropa sucia de Jack, una chispa de ira iluminó sus ojos. «Nunca creí que fueras culpable de cobardía. ¿Por qué no viniste a verme antes? Te habría dado todo lo que necesitabas».

Jack respiró profundamente. Parecía como si tuviera más amigos de los que imaginaba. En su deseo de cortar los lazos con su padre, se negó a considerar permitir que alguien lo ayudara. «No es tan malo como parece», dijo Jack. «Hay razones para mi apariencia actual que no tienen relación con mi desgracia anterior», tragó con dificultad, «y la verdad es que fui demasiado orgulloso para pedir ayuda. Mi padre me aseguró que no sería bienvenido en la sociedad culta».

Richard llenó la jarra de Jack y la dejó sobre la mesa. «Tu padre estaba equivocado. Todavía hago todo lo que puedo para proteger tu reputación, lo poco que queda de ella». Richard le guiñó un ojo y Jack recordó al chico travieso que lo había metido en problemas en más de una

ocasión.

Respondió con adecuada gravedad. «Aprecio tus esfuerzos en mi nombre y prometo que intentaré demostrar ser más digno en el futuro».

Richard frunció el ceño. «¿Cómo pudo tu padre creer que abandonarías a tu mejor amigo y entregarías dócilmente información importante a los franceses? Debería haberte apoyado».

«Lo intentó, a su indomable manera», Jack suspiró, «quería que me declarara culpable de todos los cargos alegando que era mentalmente inestable». Por primera vez, pudo hablar de su padre sin la omnipresente sensación de amargura que normalmente lo asfixiaba. «Pensaba que un período de convalecencia junto al mar me haría volver a ponerme en pie, listo para matar de nuevo». Jack recuperó su botellita de metal y añadió un chorrito de brandy a su cerveza y a la de Richard. «Me negué a declararme culpable o admitir cualquier delito, y él se lavó las manos».

Miró fijamente el fuego mientras Richard se movía incómodo a su lado.

«Por supuesto, como me negué a renunciar silenciosamente, me despidieron deshonrosamente, dejándome sin el dinero de la venta de comisiones ni una pensión».

Richard silbó. «Dioses, amigo, ¿cómo sobreviviste?».

Jack se recostó, reacio a cargar a su redescubierto amigo con sus pruebas y tribulaciones. «Es una larga historia y estaría encantado de compartirla contigo en otra ocasión. Pero primero, me gustaría explicarte porqué estoy aquí haciéndome pasar por el sirviente de mi cuñado».

Capítulo 17: Capítulo Diecisiete

Carys detuvo el coche junto a la enorme entrada de piedra de Llewelyn Hall, la principal residencia de campo de la familia Llewelyn. Sonrió aliviada cuando surgió una figura familiar.

«¡Lady Carys! Es un placer verla».

Mairi Roberts, la joven esposa de Tom el portero, le sonrió cálidamente a Carys. Dos niños pequeños estaban detrás de Mairi en la puerta, con la boca abierta como pajaritos. El olor a pan horneado salía de la casa.

Carys recordaba a Mairi de su breve pero tumultuosa residencia en Llewelyn Hall. La mujer se había casado con Tom justo antes de la abrupta partida de Carys. Su hija mayor parecía tener más o menos la edad de Owen.

«Es bueno verte, Mairi», dijo Carys. «¿La familia continúa en esta residencia?».

Mairi quitó el cordón del delantal de la boca de su hijo menor y le acarició la cabeza. «Sí, milady, aquí están. ¿Deseaba ver a alguien en particular?».

«Esperaba que la duquesa estuviera en casa».

«De hecho, ella y el duque se encuentran aquí». Mairi abrió la puerta más completamente y Carys maniobró el carruaje hacia adentro. «Tom me dijo que partirán hacia Londres la próxima semana, dependiendo del clima».

Carys encontró dos monedas pequeñas en su bolso y se las entregó a Mairi. «Se los daría a los niños, pero temo por las consecuencias. Cómprales algo dulce para comer».

Mairi hizo una reverencia y los niños saludaban con señales de la mano mientras Carys conducía por el largo camino de grava hacia la casa principal. Los monstruosos olmos impedían la luz y protegían a Carys del escaso calor del sol. Más allá de los árboles había un gran parque ajardinado, un cenador de rosas ornamentado y un templo griego robado. Jack siempre había bromeado diciendo que solo un hombre con la inmensa riqueza y la falta de imaginación de su padre podría haber mantenido a raya a la naturaleza con tanto éxito.

La casa permaneció oculta hasta que Carys giró la última curva del camino. Reconstruido a partir de las ruinas de un castillo normando con gruesa piedra gris y pizarra, todavía parecía listo y ansioso por defenderse de los invasores.

Carys se detuvo en la entrada principal y esperó hasta que dos lacayos con pelucas aparecieron para sujetar su caballo y ayudarla a bajar de la calesa. Cuando subió los escalones poco profundos, Williams, el mayordomo jefe, se materializó entre las sombras. Aunque su postura se mantuvo impecable, sonrió con genuina calidez cuando vio a Carys.

«Lady Jack, bienvenida a casa».

Carys logró esbozar una sonrisa. «Señor Williams. Me alegra ver que todavía está aquí para mantener todo en orden».

El señor Williams le tendió la mano para coger su capa y su sombrero. «Hago lo mejor que puedo, milady, aunque la casa no ha sido la misma últimamente». Bajó la voz. «La duquesa no se encuentra bien y el duque está muy preocupado por su salud. La llevará a Londres para consultar a los mejores médicos y luego irán a Bath».

Carys esperó en el vestíbulo de entrada, mientras Williams comprobaba si la duquesa la vería. Carys solo podía esperar que la curiosidad de su suegra superara su disgusto por su inesperada llegada.

Williams regresó y acompañó a Carys escaleras arriba. A medida que avanzaban por el corredor de mármol bordeado de esculturas blancas, Carys volvió a preguntarse por su misión. Si

la duquesa estuviera realmente enferma, difícilmente aceptaría que su nuera, de la que estaba separada, le hiciera preguntas incómodas. Decidió andar con cuidado.

El salón privado de la duquesa no había cambiado. Carys todavía se sentía sofocada por los pesados muebles de caoba, las cortinas carmesí y el aire viciado. Frascos de vidrio de medicinas, plumas quemadas y pastilleros abarrotaban las superficies, reflejando la inclinación de la duquesa a imaginarse a sí misma como una inválida. Carys miró la alfombra descolorida frente a la chimenea, donde había soportado muchos sermones sobre su falta de capacidad para darle a Jack un heredero. Era imposible no recordar la niña asustada que había sido una vez. Ella y Jack eran muy jóvenes, *demasiado* jóvenes para lidiar con los problemas que su matrimonio poco convencional les había impuesto, y totalmente incapaces de resistir el poder glacial de la familia Llewelyn.

Un retrato de cuerpo entero de la duquesa el día de su boda adornaba la pared principal. Carys se acercó para estudiarlo. La delicada belleza y el encanto nostálgico mostrados en el retrato nunca habían sido obvios para Carys. A menudo se había preguntado quién le había robado a la duquesa esa tímida inocencia.

No había fotografías de Jack u Owen en la habitación, aunque los otros niños Llewelyn y varios parientes lejanos estaban bien representados.

La puerta del dormitorio se abrió y Carys se volvió para saludar a su suegra. La duquesa parecía haberse encogido, su rostro carecía de color y emoción. Su vestido de mañana verde oliva se había deslizado por un hombro delgado y usaba un bastón.

Tratando de disimular su sorpresa, Carys hizo una reverencia y se acercó para tomar el brazo de la duquesa. Su tentativa de oferta fue ignorada mientras la duquesa se sentaba, sin ayuda, en su sillón de orejas favorito junto al fuego. Se echó el chal sobre los hombros.

«¿Viniste a decirme que no me reuniera con Jack?».

Carys se tomó su tiempo para acomodarse en la silla de enfrente. «No sabía que planeaba reunirse con él, Su Gracia, aunque él es la razón por la que vine».

La duquesa olió delicadamente un pañuelo con bordes de encaje. «Robert cree que debería ver a Jack antes de partir hacia Londres. Él imagina con cariño que recuperaré inmediatamente mi salud con la alegría de nuestro reencuentro».

La amargura en su voz hizo que Carys se estremeciera. «Estoy segura de que su salud mejorará cuando regrese el clima más templado. Tengo entendido que visitará a los mejores médicos de Londres».

«Por supuesto, se enteraría de los rumores mejor que yo. Estás muy bien conectada con la gente debajo de las escaleras».

Carys logró esbozar una sonrisa fría. Parecía como si la duquesa sintiera que su enfermedad la liberaba de cualquier intento de disimular su disgusto por Carys. La hacía sentirse menos culpable por ser directa. «Si se refiere a mi hermana Nia, su ama de llaves, ella es demasiado discreta para compartir sus secretos. Solo me enteré de los planes del duque cuando llegué aquí esta mañana».

Ella se negó a bajar la mirada, dispuesta a defender a su hermana como nunca había tenido el valor de hacerlo cuando vivía allí.

La duquesa fue la primera en apartar la mirada. «Si no has venido para impedir que vea a Jack, ¿por qué has venido? No necesitas dinero, ¿verdad?».

Carys se enfureció. Era la segunda vez en una semana que la acusaban de solicitar dinero. ¿Parecía tan desesperada? Reforzando su determinación, decidió ser directa. Cuanto más rápido escapara de la habitación destructora de almas, mejor. «Vine a preguntarle sobre las cartas que

aceptó pasarle a Jack después de que dejé esta casa».

La duquesa jugueteó con los flecos de su chal y se arregló las faldas. Dos brillantes puntos de color aparecieron en sus mejillas. «¿Qué cartas?».

Carys se inclinó hacia delante. «Creo que usted lo sabe. ¿Alguna vez le envió esas cartas a Jack como lo prometió?»

«No, no lo hice». La duquesa levantó la cabeza con los ojos hundidos desafiantes. «Te negaste a irte con él. Abandonaste a mi hijo cuando te enteraste de que estabas embarazada del hijo de otro hombre».

Carys luchó por mantener la calma, asombrada por la franca confesión de la otra mujer y el inesperado destello de devoción maternal. «Eso no es lo que pasó, y lo sabe. Impidió que Jack conociera la verdad al negarse a pasarle mis cartas. Me mintió».

«No creas que no conozco tus malos hábitos», siseó la duquesa. «Abandonaste a mi hijo y ahora te has topado con un amante», ella sonrió triunfalmente. «Hice bien en mantenerte alejada de Jack. No necesito más pruebas de tu perfidia».

«Si hubiera permitido que Jack leyera mis cartas y hubiera dejado de entrometerse en nuestras vidas, ¿podríamos haber solucionado este lío y no dejar que se pudriera durante cinco miserables años!».

Carys se puso de pie, con las manos apretadas en puños a los costados. Para su sorpresa, estaba temblando. Su angustia reprimida durante mucho tiempo amenazaba con consumirla. Jack no sabía nada de Owen. No sabía que tenía un hijo.

La duquesa se agarró al brazo de su silla mientras luchaba por levantarse. «No eres digna de mi hijo. Jack fue un tonto al casarse contigo. Cuando lo vea, me ofreceré a financiar todos los medios necesarios para facilitar el divorcio».

«Bien», Carys se puso los guantes. «Tengo muchas ganas de deshacerme de esta familia. ¿Quizás, como madre de Jack, podría haber utilizado algunas de sus tan cacareadas riquezas para mantenerlo durante los últimos cinco años? Por lo que dice Gareth, Jack trabajó como el diablo simplemente para sobrevivir».

Se dirigió hacia la puerta, reprimiendo el impulso de correr. Rara vez permitía que su temperamento saliera a la superficie, pero los Llewelyn tenían una habilidad asombrosa para provocarla.

«No se preocupe por acompañarme y tenga la seguridad de que no volveré a molestarla».

«He estado apoyando a Jack. Hice los arreglos para que se transfiriera una pequeña cantidad de oro a su banco a intervalos trimestrales».

La ira de Carys fue tragada por una oleada de cruda curiosidad. «¿Está segura de que él sabe sobre esto?».

La duquesa levantó la barbilla. «Por su puesto que lo hace. Le pedí a Robert que lo arreglara e informara a Jack».

¿Jack le había mentado a Gareth sobre sus circunstancias y su fallida relación con su madre? Carys buscó una respuesta adecuada, sin querer verse arrastrada nuevamente a una discusión sobre los hermanos Llewelyn y su peculiar rivalidad. «Cuando vea a Jack, asegúrese de mencionárselo».

«¿Estás sugiriendo que Robert *me* mintió?».

Se giró y sostuvo la mirada de la duquesa. «¿Por qué no? Usted me mintió».

Carys salió de la habitación, más conmocionada por el encuentro de lo que esperaba. Si plantó una semilla de duda en la mente de la duquesa, había logrado su objetivo. ¿Era posible que Robert se hubiera quedado con el dinero? Para calmar su conciencia intranquila, Carys

decidió que, si se presentaba la oportunidad, discutiría el asunto con Gareth.

Bajó la amplia escalera, sumida en sus pensamientos. La inmensa casa estaba en silencio, como si estuviera conteniendo la respiración. Jack fue la única persona capaz de hacerlo realidad. Odiaba vivir allí, especialmente cuando él se marchaba de servicio. Los interminables muros de piedra minaban su energía y entusiasmo por la vida. Prefería mucho su cabaña junto al mar.

Para su consternación, no había señales de Williams en el pasillo. Carys buscó en vano su sombrero y su capa y luego se dirigió hacia la puerta que conducía a las cocinas.

«Ah, Carys».

La fría voz del duque detuvo a Carys como una mano invisible en su hombro. Estaba de pie contra la puerta abierta de su estudio, con el rostro en sombras.

«Su Gracia», Carys hizo una rígida reverencia cuando se acercó a ella. Se preparó para el impacto de su apariencia. Si Jack lograba envejecer, su rostro reflejaría el del duque actual.

Él la estudió de pies a cabeza, su expresión no revelaba nada. Era como si en el nacimiento de Jack, un hada malvada hubiera drenado el espíritu de su padre y se lo hubiera dado todo a su hijo, dejando a su padre vacío de emociones. «Me has ahorrado un viaje para verte. Agradecería un momento de tu tiempo».

Carys miró impotente a su alrededor en busca de Williams, incluso cuando se dio cuenta de que no se darían órdenes para recuperar su calesa hasta que el duque hubiera terminado con ella. Anticipándose a su reticente obediencia, regresó a su estudio.

Al igual que en los apartamentos de la duquesa, nada parecía haber cambiado en la habitación a la sombra. Retratos de ancestros muertos hacía mucho tiempo se mezclaban con escenas de caza salvaje en las paredes cubiertas de seda marrón descolorida. Los libros encuadernados en cuero trepaban hasta el techo en hileras ordenadas, haciéndola sentir enjaulada. Un látigo de caza de mango largo apoyado en un rincón daba testimonio mudo del método favorito del duque para castigar a sus perros y a sus hijos.

Recordar su determinación de no dejarse intimidar se volvió difícil cuando Carys recordó la última vez que entró en el estudio del duque. Se había visto obligada a presenciar cómo el duque desheredaba a Jack y la furiosa reacción de Jack ante su negativa a irse con él. Él no le había dado la oportunidad de explicar su decisión y salió furioso sin mirar atrás. La sonrisa triunfante del duque permaneció grabada en su mente, junto con el disgusto de Jack.

Carys se sacudió los dolorosos recuerdos, tomó asiento y miró tranquilamente al duque.

«Te ves bien, Carys. La pobreza obviamente te sienta bien».

Carys no dijo nada. Una de las tácticas favoritas del duque era intentar desestabilizar a sus oponentes con una cáustica línea de apertura. Su hijo mayor, Edward, utilizaba las mismas tácticas con mucho menos efecto.

El duque se sentó y cruzó las manos sobre el escritorio. «Tengo entendido que estás buscando divorciarte de Jack».

«Así es, milord».

Las cejas del duque se alzaron. «¿Lo admites?».

Carys se encogió de hombros. «¿Por qué no habría de hacerlo? Parece ser de dominio público que lord Oliver Rice desea casarse conmigo». No tenía intención de revelar que había decidido no casarse con Oliver hasta que descubriera lo que quería el duque.

«Lo prohíbo».

Carys sintió que recuperaba un poco su confianza. «Ya no estoy en su poder, Su Gracia. Si Jack acepta divorciarse de mí y me caso con lord Rice, tampoco necesitaré la lamentable pensión que me otorga. Como siempre me ha considerado una esposa inadecuada para Jack, imaginé que

se alegraría de deshacerse de mí».

El duque encontró su mirada desafiante. «Podrías pensar que sí, pero lo que me preocupa es la continuación de mi linaje».

Un hilo de miedo se fusionó en el estómago de Carys. «No entiendo».

El duque se puso las gafas y cogió un trozo de pergamino de su escritorio. «No estoy seguro de si estás siendo deliberadamente obtusa, querida, pero difícilmente se te ha pasado por alto que tu hijo...», miró la nota, «... Owen, es mi único nieto vivo».

Carys entrelazó los dedos. «Usted se ha negado a reconocerlo. A todos los efectos, lo considera ilegítimo».

«Nunca he dicho eso públicamente. Si Edward alguna vez logra encontrar una esposa y Robert no se muere bebiendo a una edad temprana, es posible que ni siquiera lo necesite. Tal como están las cosas, como descendiente legítimo de Jack, Owen sigue siendo mi único heredero directo». Se quitó las gafas. «Realmente no puedo permitir que te divorcies de Jack y te vuelvas a casar. El escándalo afectaría a Owen. El notorio comportamiento de su padre y tu falta de clase social ya son un obstáculo suficiente».

Carys se puso de pie. «Owen es un niño. No es una especie de póliza de seguro para una familia que se niega a reconocerlo. No dejaré que se lo quede».

El duque permaneció sentado. «Te sugiero que reconsideres tu actitud. Odiaría tener que acudir a los tribunales para sacar a Owen de tu cuidado».

«Yo soy su madre. ¿Qué tribunal negaría eso?».

«Cualquier tribunal al que soborne». La sonrisa del duque estaba siendo deliberadamente insultante. «No tienes poder. Tengo la riqueza y las conexiones para prevalecer en cualquier ámbito en el que elijas luchar contra mí. Piensa en lo que he dicho y decide qué es más importante para ti. Puedes tener a Rice como amante y mantener a Owen en custodia para la familia Llewelyn. Pero si intentas desafiarme y casarte con Rice, te juro que tomaré a Owen y te arruinaré».

Capítulo 18: Capítulo Dieciocho

Richard Mansell se puso de pie con expresión decidida. «Tu viaje a la iglesia fue en vano. Tenemos los registros del pueblo de Oxwich aquí en la casa solariega. Como probablemente habrás notado, la iglesia está demasiado deteriorada como para arriesgarse a dejar algo valioso ahí afuera».

Jack recuperó su abrigo y siguió a Richard al patio. «Me gustaría ver si hay alguna mención de la señora Rose Edwards. Mis asociados en Londres creen que el prisionero fugado podría haber encontrado refugio con esta mujer».

Richard atravesó el ahora tranquilo patio del establo y desapareció a través de un arco de piedra que conducía al lateral de la casa. «Ese nombre me suena familiar. Probablemente mi madre lo conozca», le devolvió la sonrisa maliciosamente a Jack, «supongo que no estarás ansioso por reunirse con ella».

Condujo a Jack por un pasillo estrecho y sinuoso, que pronto se hundió bajo el nivel del suelo. Mientras se sumergían en la oscuridad, las botas de Jack crujieron sobre una alfombra de conchas rotas. Pasó los dedos por el áspero muro de piedra, que conservaba el olor húmedo y salado del mar. Una fuerte corriente de aire y el sonido distante de las olas rompiendo se escurrían, dirigiendo a Jack, erizando los pelos de su cuello.

La rápida sonrisa de Richard brilló cuando golpeó un pedernal y encendió una vela. «Uno de los placeres de vivir en una casa antigua es que siempre puedes encontrar una ruta alternativa a tu destino».

Jack hizo un gesto hacia el pasillo. «¿Supongo que esta ruta en particular también permite el acceso a la playa?».

Richard abrió una puerta y entró en la biblioteca. «Como miembro del Parlamento respetable y temeroso de Dios que desaprueba la práctica del contrabando, no sabría lo que sucede en la playa, ¿verdad?».

«Por supuesto que no», coincidió Jack mientras ayudaba a Richard a correr las cortinas y encender el fuego. «Del mismo modo que estoy seguro de que pagas impuestos sobre este excelente brandy francés».

Richard les sirvió bebidas y chocó su vaso contra el de Jack. Se volvió para estudiar las repletas estanterías. «Ahora, ¿dónde estarían esos registros de la iglesia?», murmuró, «probablemente estén con los documentos del patrimonio. Disculpa un momento». Desapareció entre los sombríos estantes del otro extremo de la biblioteca.

Jack se sentó junto al fuego, contento de beber su copa de brandy y calentarse las suelas de sus botas aún empapadas. Se giró cuando la puerta se abrió detrás de él.

«Richard, ¿por qué diablos está aquí Gareth Davies? Tu madre quiere saber...».

Jack miró fijamente el rostro atónito de lord Oliver Rice y se puso de pie lentamente.

«Llewelyn, ¿qué diablos estás haciendo aquí?».

Jack levantó una ceja. «Podría preguntarte lo mismo».

Rice cerró la puerta detrás de él. «A mi madre y a mí nos invitaron a pasar la noche». Su mirada recorrió la habitación aparentemente vacía. «¿Cómo llegaste aquí?».

«Yo lo invité, Oliver». Richard salió de las sombras llevando un gran libro encuadernado en cuero. Miró a Jack con expresión apesadumbrada. «Maldita sea. Olvidé que tú y la familia Rice están en desacuerdo».

«¿En *desacuerdo*? Los Rice afirman que yo guié deliberadamente a su otro hijo a la muerte

en España. Y este bastardo en particular quiere casarse con mi esposa».

«En realidad, Llewelyn, Carys me *rogó* que la liberara de sus vínculos contigo». Rice sonrió, como si recordara algo agradable. El estómago de Jack se retorció. De hecho, me rogó con bastante encanto y me prometió eterna gratitud si la ayudaba».

Jack dio un paso apresurado hacia adelante y Richard le bloqueó el camino. «Jack está aquí por negocios y por invitación mía. Él estará fuera por la mañana. Te garantizo que permanecerá alejado de tu vista hasta entonces. No hay necesidad de molestar a las damas con esto, ¿verdad?».

Rice mantuvo su atención en Jack. «Como deseas. Odiaría causarle a mi madre una angustia excesiva. Ella insistió en viajar de regreso a Gales, a pesar de mis indicaciones expresas de no hacerlo».

Jack ignoró el intento de Richard de desviar la conversación y de nuevo se dirigió a Rice, «¿de verdad deseas casarte con Carys?».

«Por supuesto que sí». Algo cambió detrás de sus rasgos oscuros. «Le debo algo de felicidad en esta vida».

Maldito hombre, parecía sincero. Jack respiró hondo. «¿Estás diciendo que la hice infeliz?».

Rice hizo una reverencia y se dirigió hacia la puerta. «Difícilmente puedes esperar que responda eso», hizo una pausa y asintió hacia Richard, «le diré a tu madre que llegarás pronto».

Richard silbó suavemente cuando la puerta se cerró detrás de Oliver. «No me di cuenta de que estaba detrás de Carys, aunque ahora que lo pienso, lo noté bailando con ella en algún evento local ocasional».

Jack recuperó su copa de brandy. «¿Y cómo se veía mi esposa en esas ocasiones?».

Richard sonrió. «La verdad es que parecía perfectamente feliz. Pero nunca me he considerado un experto en mujeres, de ahí mi estado de soltería».

Jack bebió su brandy. «¿Puedo sugerirte que te quedes así? El matrimonio es un asunto condenadamente complicado». Su ira se evaporó. Independientemente de lo que Rice creyera, no le había negado a Carys ni un segundo de felicidad. Si Jack pudiera salirse con la suya, se aseguraría de que ella nunca volviera a ser infeliz.

Volvió sus pensamientos al libro que tenía delante. Cuanto antes arreglara sus asuntos con la señora Forester, antes podría restaurar su honor y arreglar sus asuntos. Jack abrió el libro con cuidado y estudió la última página, llena de escritura.

Pasó el dedo por la pulcra caligrafía en cobre, deteniéndose cada vez que veía el nombre Edwards, lo cual ocurría con bastante frecuencia. Richard colocó un candelabro sobre la mesa junto a él, iluminando el texto. Después de pasar algunas páginas, Jack sintió una oleada de emoción.

“La señora Edwards hizo bautizar a su hija, Sian, en la iglesia. La señora Forester figura como una de las madrinas de la niña”.

Richard se inclinó sobre el hombro de Jack. «Y la dirección de la señora Edwards sigue siendo la misma. Yo diría que eso confirma tu teoría de una conexión entre las dos mujeres».

«Necesito informar a mi patrón sobre esto».

«Por favor, usa mi escritorio», dijo Richard.

Jack buscó una pluma y descubrió el tintero. Copió la entrada en un trozo de pergamino limpio que Richard le proporcionó. Después de secar la tinta, dobló el pergamino en tres.

Richard le entregó un trozo de lacre rojo. «Yo lo enviaré. Tengo un hombre de confianza».

Jack asintió en señal de agradecimiento y garabateó la dirección de la ciudad del duque de Diable Delamere en el frente.

Richard arqueó las cejas. «Perdona mis suposiciones anteriores. Veo que, efectivamente, te mueves en los círculos más elevados, a pesar de tu aspecto descuidado».

Jack derritió la cera y observó cómo se formaba un círculo rojo sangre gota a gota. Se preparó para retirarse el anillo para sellar la carta y recordó que lo había empeñado para comprar comida. Antes de que la cera pudiera endurecerse, Richard sacó un sello estampado y lo presionó contra la carta.

«El duque de Diable Delamere es un hombre influyente en el gobierno. ¿Ha pedido que investigues su caso?».

Richard siempre había sido persistente. Jack reflexionó sobre su respuesta mientras estudiaba las columnas de nombres frente a él. «Creo que el duque podría ayudarme si tengo éxito en esta tarea. Todavía no he tenido tiempo de hablar con él de mis dificultades personales». Jack se imaginó el rostro cínico del duque y se preguntó si alguna vez lo haría. «Él no es el más accesible de los hombres».

Richard tomó la carta y tocó el timbre. «Eso he escuchado. La tendré en camino esta noche». Hizo un gesto hacia la puerta. «¿Quizá prefieras comer en la cocina? Te enviaré a Gareth cuando mi madre haya terminado con él».

Jack le tendió la mano. «Gracias. Me esforzaré por mantenerme alejado del camino de Rice y esta noche me acostaré en los establos. Tu madre nunca tendrá que saber que he estado aquí».

Richard estrechó la mano de Jack, con expresión acosada. «No hay posibilidad de que eso suceda. Ella sabe todo lo que ocurre en esta casa. Lo único que puedo esperar es que cuando ella venga a buscarte, ya te hayas ido».

Dirigió a Jack a la cocina y subió las escaleras para cambiarse para la cena. Jack lo vio irse, humillado por los esfuerzos que su viejo amigo estaba dispuesto a hacer por él. Primero Gareth y ahora Richard. Se sentía extraño que alguien diera un paso al frente y lo defendiera. Se había acostumbrado a valerse por sí mismo durante los últimos años.

Jack se detuvo en la entrada de la cocina, con la mano presionada contra la puerta. Extrañaba la sensación de camaradería que había tenido en el brazo. Después de su desgracia, también rompió toda conexión con sus amigos civiles. Quizás se había apresurado. Se sentía bien reparar sus barreras. Le daba esperanza para el futuro.

Con una sonrisa jovial, Jack abrió la puerta de la cocina y entró. El olor a cordero asado se enroscó en sus fosas nasales y respiró hondo. Sería conveniente para sus propósitos que Gareth no pudiera alejarse de la señora Mansell. Jack tenía intención de hacer un pequeño reconocimiento del pueblo cuando todos estuvieran en la cama.

* * *

Una gaviota aterrizó cerca de la cabeza de Jack y se acercó pavoneándose para inspeccionar sus dedos enguantados. Con cautela, Jack observó el cruel y curvado pico de la gaviota mientras picaba y apuñalaba el suelo cerca de su mano. Resistió el impulso de mover los dedos o agarrar al pájaro. Su posición actual era demasiado precaria.

Estaba tumbado boca abajo en una ligera pendiente detrás de la cabaña de Rose Edwards. Las ventanas estaban iluminadas desde dentro. Jack contó al menos tres figuras distintas que pasaban por las ventanas abiertas. Obviamente había alguien en la residencia, pero ¿serían la señora Edwards y la señora Forester?

La experiencia pasada le había enseñado la necesidad de tener precaución, pero una parte de él deseaba descender a la cabaña como un vikingo saqueador y arrastrar a la señora Forester por el cabello.

Jack dedicó un pensamiento al duque. ¿Había logrado mantener a su esposa ignorante de la

fuga de su madre? La duquesa era una mujer inteligente, pero el duque era extremadamente reservado. Jack apostó por el duque.

Poco a poco, las luces del pueblo se fueron apagando. La luz de las velas y las sombras subieron danzando por las escaleras, y las casas quedaron en silencio y cerradas. Jack guardó el catalejo en el bolsillo y se acercó poco a poco a la parte trasera de la cabaña. Palpó el muro que protegía el jardín cerrado hasta llegar a la puerta de madera.

Para su sorpresa, la puerta se abrió sin hacer ruido. Sin detenerse a considerar su buena suerte, Jack entró y se arrastró hacia una colección de arbustos de grosella negra que bordeaban el árido huerto. Casi antes de que se asentara en la oscuridad verde, unos pasos silenciosos detrás de él lo congelaron en el lugar.

Poco podía ver de la figura encapuchada que pasó junto a él, solo un par de botas y la punta plateada de un ornamentado bastón. El hombre llamó a la puerta trasera de la cabaña. Cuando se abrió la puerta, la figura de una mujer se perfiló brevemente contra el suave resplandor de la luz de las velas.

Jack contempló sus opciones. Podría intentar acercarse a la ventana y echar un vistazo a la gente que estaba dentro. A regañadientes, Jack decidió esperar. No tenía ninguna intención de dejarse atrapar. Al menos había confirmado que había una mujer en la casa.

Pareció pasar una eternidad antes de que el hombre reapareciera. Ahogando un gemido, Jack intentó desenredar sus rígidas extremidades de su posición agachada. No vio señales de ningún caballo mientras seguía a su presa por las afueras del pueblo. ¿Era el hombre encapuchado un contrabandista llegado de la playa o parte de la comunidad local?

El hombre giró bruscamente a la izquierda para salir de la carretera y empezó a subir la colina hacia Oxwich Manor. Jack se quedó atrás para asegurarse de que no lo viera. Si el visitante de la señora Edwards continuaba por su camino actual, debía haber venido de la mansión. No había otras viviendas encaramadas en lo alto de los acantilados.

Ah, no, se equivocó. Jack recordó el pasadizo que conducía a la playa y a Oxwich Manor. El misterioso extraño podría ir en cualquier dirección. Jack aceleró el paso cuando la luna se deslizó detrás de una nube, bañando el paisaje árido con un brillo espeluznante.

Cuando Jack llegó al alto muro que rodeaba Oxwich Manor, el hombre había desaparecido. Jack tragó aire después de su rápido ascenso y contempló su próximo movimiento. El bastón que llevaba el hombre le recordó varios que había visto en la biblioteca de Richard Mansell. Cualquiera de los hombres que pasaban la noche en la casa podría haberlo pedido prestado.

Una ligera perturbación en las sombras a la derecha de Jack alertó sus sentidos. Vislumbró la capa negra del hombre mientras trepaba la pared exterior hacia los jardines formales. Jack se mantuvo agachado y se apresuró hacia el mismo lugar. Llegó a lo alto del muro justo a tiempo para ver la figura encapuchada desaparecer en el patio del establo.

Atento a su presa, Jack no pudo ver la bota que lo envió de bruces sobre la hierba húmeda. Mientras luchaba por levantarse, una rodilla se clavó en su espalda y un frío toque de acero acarició su garganta. Jack se quedó quieto.

«Así es mejor, Llewelyn».

La suave voz del Capitán Furia no fue una sorpresa. Jack lo había estado esperando desde su amenaza al matón del capitán.

«Es un momento extraño para dar un paseo, Capitán Furia». Jack rodó sobre su espalda y se puso de pie, frotando la hierba en su pecho.

La sonrisa de labios finos del Capitán Furia apenas se registró entre las sombras de su capa con capucha. «Podría decirte lo mismo».

«Simplemente estaba intentando resolver el enigma del paradero de la señora Forester. Tu llegada inoportuna me hizo perder a mi hombre».

El Capitán Furia señaló la casa solariega iluminada por la luna. «¿Estás hablando del tipo que pasó corriendo junto a mí hace unos momentos? ¿Crees que alguien que vive aquí está involucrado en el asunto?».

Jack le dedicó una sonrisa sarcástica. «Gracias a ti, es posible que nunca lo sepa».

El Capitán Furia abrió el camino hacia el refugio más protector del muro. «La familia Mansell controla el pueblo. Su influencia es considerable. Dudo que algún extraño pueda venir aquí sin que la familia se dé cuenta».

Jack tuvo que estar de acuerdo. Él había tenido el mismo pensamiento mientras subía la colina y lo descartó por lealtad a su amigo. Quizá la bienvenida de Richard había sido diseñada para disipar las sospechas de Jack. Él miró fijamente a la oscuridad. Tenía que tener fe. Había otros hombres en la casa. No podía asumir que Richard fuera culpable.

Jack consideró mencionar la presencia de Rice en Oxwich Manor. Sería interesante ver la reacción del Capitán Furia ante esa información. Inquieto, apartó ese pensamiento insidioso. No tenía pruebas de que Rice estuviera involucrado y gracias al Capitán Furia, era poco probable que encontrara alguna esta noche. «¿Qué puedo hacer por ti, Capitán? ¿Confías tan poco en mí que sientes la necesidad de seguir mis pasos?».

«Resulta que estaba en las cercanías atendiendo otros asuntos», la hoja del cuchillo del Capitán Furia brilló por un instante antes de que lo ocultara entre los pliegues de su capa. «He aprendido a costa mía, que los hombres infieles necesitan mano firme o, de lo contrario, es muy probable que se escapen como un caballo sin jinete».

Cuando aceptó por primera vez a regañadientes trabajar con el Capitán Furia, las palabras desdeñosas podrían haberse aplicado a él. A medida que maduró la idea, se dio cuenta de que mantener la fe en Marcus Stortford, incluso a través de su tortuosa asociación con el Capitán Furia, lo mantenía cuerdo y evitaba la desesperación. «Tengo la intención de quedarme hasta que se complete el trabajo».

El Capitán Furia asintió. «Bien. Me preocupaba que tu esposa resultara ser una distracción excesiva».

Cualquier pensamiento cálido que Jack albergara hacia el Capitán Furia desapareció al instante. «Como dije a tu lacayo sediento de sangre, señor, mi esposa no tiene nada que ver con este asunto».

«Ojalá eso fuera cierto. Ella vive cerca de aquí, ¿no? Aunque no en Llewelyn Hall con tus padres».

Jack apretó la mandíbula. Se negó a involucrarse en una discusión sobre Carys. El Capitán Furia era como una araña que arrojaba multitud de hebras pegajosas para atrapar a los incautos.

«Me disgustaría mucho si la señora Forester lograra escapar de ti», murmuró el Capitán Furia. «Si eso sucediera, seguramente estaría buscando personas a quienes culpar. Creo que tu esposa tiene un hijo».

Jack se acercó al Capitán Furia lo más que pudo y agarró el frente de su capa. «Si la señora Forester se me escapa, la responsabilidad será mía y solo mía. Si vienes tras mi esposa, pondré fin a nuestra asociación y me condenaré a las consecuencias».

«Palabras valientes, Llewelyn. Palabras que confirman mis temores sobre la naturaleza distractora de tu esposa. ¿Piensas cambiar tus lealtades ahora que has llamado la atención del Duque de Diable Delamere?».

Jack lo empujó. «Tengo la intención de proteger lo que es mío. Si tengo que elegir entre

Marcus y Carys, lo haré».

El Capitán Furia sacudió los pliegues de su capa. «Eres demasiado apasionado, Jack. Eso es lo que te metió en problemas en primer lugar. Regresaré a Londres en breve y esperaré tus informes con gran expectación».

El Capitán Furia hizo una reverencia y volvió a fundirse en las sombras. Jack esperó hasta que superó la necesidad de romper algo y se dirigió al establo. Dudaba que el Capitán Furia se molestara con una tercera advertencia. Quizá debería advertir a Carys que estuviera en guardia...

Una luz brillaba en la ventana de abajo. Jack vio a Jones, el anciano cochero de Mansell, sentado frente al fuego.

Llamó a la puerta y, tras ser recibido, señaló la botella. «¿Queda algo para mí? Te compraré otra».

Jones, un veterano retirado del ejército, le entregó la botella sin quejarse. Sus viejos y penetrantes ojos miraron con complicidad los de Jack. «¿Mala noche, chico? ¿Los muertos te persiguen otra vez?».

Jack aceptó la botella y se la llevó a la boca. Cuando terminó, solo podía esperar que los vivos desaparecieran de sus pensamientos. Por una vez, ser acosado por los muertos parecía una alternativa mucho mejor.

Capítulo 19: Capítulo Diecinueve

Con el pelo desordenado, Carys salió del carruaje a trompicones, y le arrojó las riendas a Robert Evans, el maestro de escuela. Hizo una pausa lo suficiente para jadear diciendo, «gracias por prestarme su carruaje, Sr. Evans».

Dejándolo con el caballo y sin la larga conversación que probablemente había anticipado, Carys se recogió las faldas y corrió por el camino hacia su cabaña. No había señales de Martha ni de Owen en el jardín trasero, aunque una cuerda de ropa se agitaba y chasqueaba con la fuerte brisa.

Abriéndose paso entre las sofocantes sábanas blancas, Carys se detuvo en la puerta trasera abierta. Martha salió de la despensa con un cesto de ropa vacío.

«¿Qué te pasa, *bach*? ¿Ocurrió algo en casa de los Llewelyn?».

Carys se quitó el sombrero y se echó la capa al brazo. «¿Dónde está Owen?».

«Está en la orilla del mar, jugando con los otros niños. ¿Por qué?».

Carys se quitó las zapatillas y las medias y arrojó todo en la canasta vacía de Martha. «Iré a buscarlo».

Siguió el estrecho y empinado sendero excavado en el acantilado hasta la playa, escuchando atentamente el sonido de las voces de los niños. En el extremo izquierdo, protegiendo la curva de la bahía, se alzaba el promontorio serpenteante de Worms Head.

En su prisa, resbaló con las algas depositadas por la marea alta y se agarró a la pared de roca para apoyarse. Se tomó un momento para calmar sus nervios y explorar la fina arena blanca de la playa de Rhossili.

Su corazón dio un vuelco peculiar cuando vio a Owen metido hasta las rodillas en las olas espumosas. Le sonreía a su mejor amigo, Rhys Roberts, mientras salpicaban y se tiraban agua el uno al otro. Un claro en las nubes iluminó el espeso cabello rubio de Owen, revelando los mechones de dorado puro. Carys agitó su pañuelo.

Cuando Owen finalmente levantó la vista, Carys intentó no mostrar su alivio. En su viaje a casa, casi se había convencido de que el duque de Carmarthen ya lo había secuestrado.

Su rostro debía haberla traicionado más de lo que pensaba. Con una palabra a sus compañeros, Owen corrió playa arriba y trepó por las rocas para alcanzarla. Ella envolvió sus brazos alrededor de él, inhalando el aroma del mar y su cálido olor infantil.

«¿Está todo bien, mamá?».

Carys besó la parte superior de su cabeza, preguntándose cuánto tiempo pasaría antes de que comenzara a inquietarse y alejarse. Ella se rió temblorosamente. «Estoy bien, *bach*. Solo quería ahorrarle a Martha un viaje para venir a buscarte». Enlazando su brazo con el de él, le permitió guiarlo por el camino.

Owen sacó el labio, recordándole fuertemente a su padre. «Martha nunca viene a buscarme. Tengo casi cinco años. Sé que debo volver a casa antes de que oscurezca».

Carys decidió no responderle. Probablemente todos sus temores maternos por su seguridad estaban en su cabeza. No era necesario abrumar a Owen con ellos. Cuando el sol desapareció detrás de una imponente pared de nubes, llegaron a la cima del acantilado. Martha estaba en el jardín de la cabaña, bajando la ropa.

«Encontré a Owen», le gritó a la mujer. «Estaba justo donde dijiste que estaría».

Owen se soltó de su alcance. «Claro que ahí estaba», le sonrió a Martha, ignorando a su madre. «¿Puedo tomar un vaso de leche y un poco de pan, por favor? Estoy hambriento».

Martha le dio unas palmaditas en el brazo y lo instó a ir a la cocina. «Por supuesto que puedes. Recuerda tapan la jarra de leche y volver a guardarla en la despensa».

Carys tomó los extremos de la pesada sábana y alisó las esquinas, sin atreverse a la astuta mirada de Martha. Arrojó las clavijas de madera dentro de una canasta de mimbre con estrépito antes de sacudir uno de los camisones de Owen.

«¿Vas a decirme qué pasa, Carys? Te miras como temiendo por tu vida».

Carys miró hacia la puerta de la cocina, donde el silbido desafinado de Owen se detuvo, sumergido en su vaso de leche. «Casi me he convencido de que me preocupo sin motivo. Te contaré lo que pasó después de que Owen se vaya a la cama». Dobló la última funda de almohada y la colocó en la cesta. «Tenías razón sobre la duquesa. Ella no le envió mis cartas a Jack».

* * *

Mucho más tarde, Carys le dio un beso de buenas noches a su hijo y bajó a la cocina, donde Martha la esperaba. Solo le llevó unos minutos describir su visita a los Llewelyn y las amenazas del duque contra Owen. «¿Debería llevarme a Owen de aquí?».

«¿Adónde lo llevarías? Seguro que a tus padres no les gustaría semejante carga».

Carys suspiró. «Mis padres se sentirían moralmente obligados a entregarle a Owen al duque si llegara a su puerta. Siempre los ha intimidado. Estaba pensando en dejarlo con la familia de Gareth».

Martha frunció los labios. «Si el duque tiene la intención de capturar a Owen, dudo seriamente que no revisara con tus familiares».

«Y Gareth necesita la vida que los Llewelyn le brindan incluso más que mi padre». Ella se enderezó. «¿Debería advertirle a Owen? Tiene edad suficiente para comprender cuándo las cosas son peligrosas».

«Yo dejaría al niño fuera de esto», dijo Martha con firmeza. «No quieres que tenga miedo de su propia sombra. Podemos asegurarnos de que nunca esté solo. Mi hermano también le daría la bienvenida a la granja».

Carys se quedó en silencio mientras Martha apuraba su taza de té y se ponía de pie.

«¿Has considerado pedirle ayuda a lord Rice?».

«Hace una semana hubiera dicho que sí. Ahora temo involucrarlo en más problemas de mi familia». Carys frunció el ceño. «Si le debo otro favor más, esperará que se lo pague llevando adelante nuestro matrimonio».

Martha lavó su taza y la volvió a colocar sobre la cómoda de roble con un golpe. «Espero que Jack tenga algo que decir al respecto».

Carys sonrió a medias. «Espero que así sea».

Después de las tranquilas buenas noches de Martha, Carys tomó un sorbo del té de manzanilla que, según Martha, calmaría sus nervios. Deseó que Jack estuviera aquí. Él siempre había tratado de apoyarla, incluso cuando ella tenía miedo o se sentía débil. Sabía en su corazón que él haría cualquier cosa para protegerla.

La única vez que vio su confianza flaquear fue en su noche de bodas. En la fría y lúgubre posada de Gretna Green, su determinación de fugarse con ella pareció desmoronarse en la privacidad e intimidad del lecho matrimonial. Ella había sido quien le quitó la camisa y exploró su carne musculosa, besó su boca celestial y presionó sus pechos doloridos contra el pecho de él.

Una ola de deseo la inundó, volviendo su cuerpo suave y dócil. Se pasó el dedo por el labio inferior, tratando de recordar su sabor. Una mujer podría ahogarse en el placer sensual del intrigante aroma de Jack.

Si Jack no hubiera sabido que Owen era su hijo, ¿tal vez habría una manera de ordenar sus enredadas vidas y seguir adelante? Carys abrió los ojos y miró fijamente la ennegrecida estufa de la cocina. Se recordó a sí misma que su pasión por Jack la llevó a tres abortos espontáneos y a la desaparición gradual de Jack de su cama y de su vida. Los rumores también le habían proporcionado una amante. ¿Estaba dispuesta a reabrir las heridas que con tanto esfuerzo había intentado cerrar?

Cuando volviera a verlo, tal vez sería mejor empezar mencionando a Robert y el dinero perdido. Si se sentía lo suficientemente audaz, también podría mencionar las amenazas del duque sobre Owen. La duquesa había dicho que planeaba reunirse con Jack en Swansea antes de partir hacia Londres, así que tenía que ser pronto. Si Carys se marchaba por la mañana, podría llegar a Swansea y hablar ella misma con Jack.

Más aliviada por la idea de ver a Jack de lo que estaba dispuesta a admitir, Carys terminó su té y apagó las lámparas. Sería más seguro cerrar la casa y dejar que Martha llevara a Owen a la granja de su hermano durante dos días. Subió las estrechas escaleras, protegiendo la llama parpadeante de su vela. Si tenía intención de partir hacia Swansea al día siguiente, necesitaba dormir. Y si tenía intención de enfrentarse a Jack otra vez, definitivamente necesitaba su ingenio a su alrededor.

Capítulo 20: Capítulo Veinte

«Gareth, estarás bien», repitió Jack por cuarta vez. «La señora Mansell estará encantada de hospedarte otra noche. Es a mí a quien persigue, no a ti».

Gareth se rascó la cabeza, con una expresión atormentada en su rostro pecoso. «No sabes cómo es ella. El gobierno debería emplearla para interrogar a espías. Es *implacable*».

Jack se puso el abrigo mientras intentaba quitarse la paja y el polvo del pajar en el que había dormido. «Estarás fuera todo el día visitando a los buenos ciudadanos del pueblo de Oxwich. Ella no puede seguirte hasta allí». Se puso las botas y buscó su maltrecho sombrero.

«¿No se supone que deberías venir conmigo? ¿No era ese el objetivo de esta misión?».

«Me reuniré contigo mañana. Tengo que regresar hoy a Swansea para encontrarme con mi madre», Jack hizo un gesto, «esperaba evitarla, pero mi conciencia recién adquirida no me lo permite. Si ella realmente está enferma como dice Robert, odiaría dejar asuntos pendientes entre nosotros».

La expresión indignada de Gareth se desvaneció. «Estoy de acuerdo con tu hermano. La duquesa realmente no se encuentra bien. Estás tomando una decisión acertada», Gareth se puso el sombrero, «me las arreglaré sin ti por un día».

Jack puso un brazo sobre los hombros de Gareth. «No tengo que decirte que dejes a la señora Edwards hasta mañana, ¿verdad? Nada de actos heroicos, Gareth. Le prometí a Carys que te devolvería sano y salvo con tu esposa».

Gareth parecía conmocionado. «Está bien, me portaré bien», le entregó a Jack sus guantes y su fusta con un suspiro, «toma estos, los necesitarás más que yo. Si te das prisa, es posible que incluso puedas regresar hoy. Son menos de veinticinco kilómetros».

Jack estudió el cielo brillante y sin nubes. «Podría hacerlo si el tiempo lo permite. Estoy tan ansioso como tú por resolver este asunto y seguir con mi vida».

«Más que eso, me imagino», Gareth asintió, «sigue adelante entonces y dale a tu madre mis mejores deseos».

Montando el caballo que le había prestado Richard, Jack se dirigió hacia el camino principal de regreso a Swansea. Debería llegar allí al mediodía. El caballo se puso a medio galope y adoptó un ritmo constante. Jack inhaló el vigorizante aire del mar mientras bordeaba los acantilados que dominaban la bahía de Oxwich y luego giraba hacia el interior.

Con un caballo tan bien entrenado, Jack tenía mucho tiempo para considerar cómo iba a tratar con su madre. El dolor que ella le había infligido todavía ardía como una mecha lenta dentro de sus entrañas. Después de la traición de Carys, la insistencia de su madre en que ella también debía obedecer los dictados de su padre e ignorarlo había destruido su última esperanza de salvación.

Jack dejó que el caballo avanzara. ¿Pero no había aprendido de esas traiciones? Ya no era el hijo mimado de un noble. Era un hombre que se dio cuenta de que la vida podía ser cruel y que el perdón era una parte importante del crecimiento.

Miró sin ver el paisaje árido mientras una bandada de gaviotas se abalanzaba sobre su cabeza. ¿Podría perdonar a su madre? Volvió a tomar las riendas e impulsó al caballo a trotar. Era hora de poner a prueba su nuevo sentido de sí mismo y descubrirlo.

* * *

Jack no tuvo tiempo de cambiarse después de su apresurado paseo por el Gower. Robert ya estaba merodeando frente a la posada Fisherman. El rostro de su hermano se iluminó mientras

seguía a Jack hasta el patio del establo.

Robert agarró la mano de Jack y la estrechó vigorosamente. «Me alegra que hayas decidido venir. Mamá está en el mejor salón esperándote».

Jack se quitó el sombrero y se pasó los dedos por el cabello, repentinamente tan nervioso como un niño. «¿Te unes a mí?».

Robert retrocedió, con una sonrisa incómoda en el rostro. «Yo no, hermanito. Odio las escenas. La última vez que intenté ayudar, terminé provocando un duelo entre Gareth y tú».

Jack se detuvo en el escalón. «Sí, lo hiciste, ¿no? Quizá sea mejor que vaya solo».

«Gracias, Jack, y buena suerte», Robert desapareció por la esquina, dejando a Jack con su terrible experiencia.

Sacudiendo el polvo de su abrigo, Jack se quitó los guantes y se dirigió hacia la puerta del salón. Golpeó suavemente la madera marcada. Una voz débil le hizo pasar.

Su madre estaba sentada junto a un fuego exiguo, su capa negra ocultaba su delgada figura. Tenía los hombros encorvados hasta la barbilla. Junto a la ventana, como si estuviera lista para huir, estaba su compañera de toda la vida, una antigua prima de Llewelyn llamada Louisa.

Para ganar tiempo, Jack se volvió y le hizo una reverencia. «Prima Louisa, es un placer verte de nuevo».

Louisa agitó las yemas de los dedos hacia él y le hizo una incómoda reverencia. Años de suave tiranía de su madre la habían reducido a un fantasma gorjeante.

Jack se arrodilló frente a su madre en un intento de ver su rostro. «¿Señora?».

La duquesa levantó la cabeza y Jack luchó por controlar su expresión. Había visto la sombra de la muerte en demasiados rostros durante su sangrienta carrera en el ejército como para confundir su insidiosa presencia ahora. Instintivamente, tomó la mano de su madre. Ella no la apartó, pero dejó que sus dedos fríos descansaran en los de él. Jack recordó los huesos de pájaro blanqueados que había encontrado en la iglesia de San Ilyd.

«Robert me dijo que has estado enferma y que padre te llevará a Bath para que te recuperes».

Su madre se recostó y retiró la mano. «Eso es un cuento de hadas. Me llevará a Bath para morir. Hay muy pocas esperanzas de que me recupere».

Jack la miró a los ojos hundidos y dejó escapar un suspiro. Era hora de perdonar. ¿Cómo había sido para ella verse atrapada entre dos personalidades tan fuertes como la de él y la de su padre? «Siempre hay esperanza. He visto a hombres recuperarse de heridas horribles y a otros morir por un rasguño».

Una leve oleada de diversión animó los rasgos de la duquesa. «No me mientas, Jack. Me he pasado la vida fingiendo ser una inválida. Hay cierta justicia poética en el hecho de que por una vez he demostrado tener razón».

Jack tomó la silla de enfrente, manteniendo la mirada en su rostro devastado, absorbiendo sus amados rasgos. «Te he extrañado, madre».

La condesa chasqueó los dedos y la prima Louisa corrió hacia él y le sirvió a Jack una taza de té. «¿Es así? Según tu entrometida esposa, has estado demasiado ocupado intentando sobrevivir como para preocuparte por tu familia».

«¿Has visto a Carys?», Jack intentó mantener su tono neutral. Su esposa le había dado la clara impresión de que no visitaba a su familia.

La duquesa se secó los estrechos labios con un pañuelo ribeteado de encaje. «Ya sabes cómo es ella. Nunca ha respetado a sus superiores. Si hubiera sido mi hija, le habría cambiado...».

Jack intentó contener su impaciencia mientras su madre tomaba un sorbo de té y guardaba su pañuelo.

«Tu esposa tuvo la osadía de presentarse en mi casa y exigirme respuestas». Las fosas nasales de la duquesa temblaron. «Su insistencia en ordenar el pasado se ha convertido en una obsesión».

La prima Louisa le sirvió a Jack otra taza de té y desapareció en su rincón antes de que Jack pudiera agradecerle.

«¿Qué quería saber Carys?».

«Lo que había hecho con las cartas que ella me dio».

Jack presionó con fuerza el puente de su nariz. «¿Qué cartas?».

«Cartas para ti, Jack. Ella me rogó que te las pasara después de que la abandonaste», la duquesa sonrió, «sabía que no las querías. Ella había elegido su camino negándose a irse contigo y buscándose un amante».

Jack dejó su taza antes de romperla. «¿Las leíste?».

«¡Por supuesto que no! Las arrojé al fuego tan pronto como me las entregaron».

Jack recordó su respuesta a las dos cartas que Carys había logrado hacerle llegar. También le había encantado quemar las que no habían sido leídas. Tal vez él y su madre tuvieran algo en común después de todo. «¿Le dijiste esto a Carys?».

«No había ninguna razón por la que ella no lo supiera», ella levantó una ceja, «fue casi reconfortante poder contarle lo que hice. La muerte inminente hace que la vida sea mucho más fácil».

Jack estudió las manos apretadas de su madre. ¿Qué había querido decirle Carys con tanta fuerza que había confiado en su peor enemigo, su madre, para darle la noticia? Si su madre decía la verdad y no había leído las cartas, no tenía sentido interrogarla. «¿Quieres que vaya a visitarte a Bath?».

Su frente se arrugó. «No cambies el tema. Todavía no he terminado con la pregunta de tu esposa».

«Pido disculpas, mamá. Supuse que tal vez desearías hablar de otros asuntos». Había olvidado la tendencia de su madre a obsesionarse con un tema.

«Tu esposa me planteó otro asunto interesante. Al principio traté de descartarlo como las divagaciones de una mujer histérica, pero se ha estado apoderando de mi mente».

«¿Qué es?», Jack se encontró tenso. ¿Iba finalmente a disculparse por haberlo abandonado a merced de su padre?

«Carys dio a entender que el dinero que deposité en tu cuenta bancaria nunca te llegó».

Jack empezaba a sentir como si estuviera abriéndose paso a tientas por un laberinto con los ojos vendados. «¿Qué dinero?».

La duquesa hizo un gesto de impaciencia. «El oro que le ordené a Robert que depositara a tu nombre en el banco de Hoare. A pesar de las acusaciones de tu esposa, no esperaba que un hijo mío se dedicara a *negociar*. Me sentí mortificada cuando tu padre me dijo que tu elección de carrera era ser la comidilla de la ciudad».

«Nunca recibí dinero tuyo».

Ella le había dejado dinero para evitar que avergonzara a la familia. ¿Lo había hecho por amor, por orgullo o por una complicada mezcla de ambos? Dudaba que ella supiera la respuesta incluso si la presionaba.

Hizo una señal imperiosa y la prima Louisa apareció a su lado. «Necesito hablar con Robert. Ve y encuéntralo».

Jack tocó el brazo de Louisa mientras ella intentaba pasar junto a él. «Robert no está en la posada. Lo vi salir cuando entré». ¿Robert había esperado ser llamado por su madre? ¿Por eso había huido? «Por favor, no te molestes con este asunto. Lo hablaré con él la próxima vez que lo vea».

«Debe haber algún error», murmuró la duquesa. «No puedo permitir que tu esposa tenga razón». Se llevó el pañuelo a la boca y empezó a toser.

Louisa salió corriendo de la habitación y regresó con una jarra de agua.

Mientras los espasmos sacudían el pequeño cuerpo de su madre, Jack sirvió un vaso de agua y se arrodilló a su lado. No le sorprendió ver manchas escarlatas en el pañuelo de lino que se quitó de los labios.

Él le entregó el agua y le dio unas palmaditas en la espalda mientras ella bebía. Sus mejillas estaban teñidas de un rojo intenso, sus ojos llenos de resentimiento.

«¿Por qué volviste, Jack?».

«Porque Robert me lo pidió y porque quería enmendar mi larga ausencia. Cuando salí, estaba tan enojado con mi padre que todos los demás dejaron de importarme. Nunca pensé en el dolor que causé».

Se estremeció cuando la mano de su madre se deslizó por su cabello. «No me hiciste esto, Jack. No necesito tu culpa. Ya tengo suficiente con la mía».

«Quizá todos necesitemos sufrir para comprender el sufrimiento que causamos a los demás».

Su madre resopló. «Pamplinas. Ahora me sermonearás con la Biblia, como el molesto y alegre hermano de tu esposa. Parece imaginar que me traerá consuelo».

Jack captó la indirecta y se recostó en su silla. Su madre nunca se sentía cómoda con largas muestras de afecto. Lo único que podía esperar era que ella hubiera entendido sus disculpas y que la próxima vez que se encontraran las cosas fueran más fáciles.

Si había una próxima vez.

Se puso de pie, consciente del cansancio que cubría el rostro de su madre. Hizo todo lo posible para reparar el daño y descubrió mucho más de lo que esperaba. «Debo dejarte ahora. Si mi padre lo permite, iré a visitarte a Bath».

La barbilla de su madre se alzó. «No te preocupes, él no estará allí. Estará en Londres buscando una nueva esposa». Miró a Jack, que se había quedado quieto. «Aparentemente, está decepcionado con sus hijos y espera producir más».

Jack cogió su sombrero y sus guantes de la mesa. «¿Y te dijo esto en la cara?».

«A mí, a nuestra familia inmediata y a la mitad del condado presentes en nuestra última cena. Tus hermanos estuvieron bastante enojados por eso durante un tiempo». La duquesa señaló a Jack con el dedo. «Ten mucho cuidado, querido. Tu padre está decidido a hablarte de algo».

«¿Qué querría él de mí?», Jack se encogió de hombros. «Ya me ha desheredado».

«Ese es exactamente mi punto. Lo único que me dirá el duque es que tiene la intención de salvaguardar la sucesión».

Jack buscó el rostro de su madre durante un largo momento de silencio, pero no encontró ninguna pista de lo que quería decir. Finalmente, hizo una reverencia a la prima Louisa y abrió la puerta. «Señora, puede decirle al duque de mi parte que no tengo ningún interés en la sucesión».

La duquesa encontró su mirada desafiante, con un atisbo de malicia en la suya. «No le diré nada. No puedes esperar huir de él para siempre».

Jack hizo una reverencia. «Cuánta razón tiene, señora. En verdad, espero enfrentarlo finalmente en mis propios términos».

«No ganarás». La duquesa parecía sin aliento, con las manos apretadas contra el pecho. «Le gusta destrozar a la gente».

«Él ya me lo hizo una vez. Pero esta vez tengo la ventaja», Jack sonrió, «gracias a él, no tengo nada que perder».

Capítulo 21: Capítulo Veintiuno

Jack estaba sentado junto a la barra desierta a la sombra en la taberna, mirando una jarra llena de cerveza. Una mosca solitaria, que el engañoso sol invernal despertó demasiado temprano, chocó contra la ventana cerrada. Jack probó la espuma de su cerveza, desesperado por encontrar algo que hacer en lugar de agarrar la botella de brandy más cercana y beber hasta el olvido.

Su madre estaba muriendo.

Había hecho todo lo posible para reparar el daño entre ellos, pero temía que fuera demasiado tarde. A pesar de sus protestas, él sabía que su abandono le había hecho la vida difícil. A menudo se había puesto en el camino de la ira de su padre para salvaguardar su constitución más delicada. Sin su protección, sus nervios debieron haber estado tensos hasta el punto de romperse.

Pero cuando se enfrentaba a la ira de su padre, ¿lo había apoyado alguna vez?

Después de dejar a su madre en el carruaje, Jack había esperado en vano a que Robert reapareciera. No tenía idea de si se suponía que su hermano acompañaría a la duquesa a casa. Después de una breve espera, la prima Louisa decidió salvaguardar la salud de su empleadora y continuar hacia Llewelyn Hall.

Jack tomó otro sorbo vacilante de su cerveza y el sabor del lúpulo fermentado se deslizó por su garganta. Parecía que Robert lo estaba evitando, y no era de extrañar.

Detrás de él, la pesada puerta de roble de la taberna se abrió con un chirrido. Jack levantó la mirada, esperando a Robert, y en su lugar encontró a Carys. Su color era intenso y su cabello rojizo era azotado por el viento que formaba rizos frenéticos. Su útil vestido azul oscuro estaba salpicado de barro. Jack no hizo ningún movimiento para levantarse, aunque descubrió que estaba agarrando la jarra con una fuerza innecesaria.

Arremetió en silencio contra el destino. ¿Por qué tenía que aparecer Carys cuando ya estaba magullado por el encuentro con su madre?

Su sonrisa vacilante murió mientras estudiaba su perfil desviado.

Volvió a concentrarse en su cerveza. «¿Qué quieres, Carys? Pensé que estabas a salvo en Rhossili».

Ella se acercó lentamente a él hasta que olió su perfume floral mezclado con los tonos más salados del mar. Por el rabillo del ojo la vio lamerse los labios secos, llamando su atención sobre su deliciosa plenitud. «Quería hablar contigo».

«¿Hasta el punto de cruzar la mitad de Gower?». Sus ojos azules contenían una súplica inconsciente de ayuda que él no podía ignorar. «¿Tiene esto algo que ver con tu visita a mi madre?».

Carys caminó hasta un banco de roble junto al ventanal que daba a la calle.

Desató las cintas de su sencillo sombrero azul y se quitó los guantes. «Tu madre me dijo que después de que te fuiste, colocó una suma sustancial de oro en tu cuenta bancaria para tu uso».

Jack no le permitió ver su sorpresa ante su franca admisión. «Sí. Lo sé. Ella me lo dijo esta mañana. ¿Viniste a advertirme?».

Carys suspiró. «Tenía miedo de que ella no hablara del tema contigo solo para fastidiarme».

«Creo que fue difícil para ella admitir que por una vez podrías haber tenido razón». Miró brevemente sus botas remendadas y sintió la humedad entre los dedos de los pies. «¿Te dijo mi

madre a quién le confió el dinero?».

Carys se mordió el labio. «Ella mencionó a Robert».

«Surge la pregunta de qué hizo Robert con el oro y por qué no me lo contó. Si hubiera tenido ese dinero, no estaría en el lío en el que estoy ahora. No tendría que vender mis servicios al mejor postor».

Carys miró hacia arriba. «¿Qué quieres decir?».

Abrió la boca para responderle y luego lo pensó mejor. Enredarla en sus turbios complots no era una buena idea. Debido a sus tratos con el Capitán Furia, ella ya estaba en peligro. La frustración le hervía en las entrañas y cruzó la habitación para pararse junto a ella.

«Maldita sea, Carys», gruñó. «¿Por qué tuviste que venir a ayudarme?».

Él inclinó la cabeza y la besó. Ella respondió, abriéndose a él, ofreciéndose a su necesidad. Su lengua se deslizó entre sus labios y reclamó su boca. Ella se puso de puntillas para moldearse más fluidamente contra él y él se puso duro contra la suave presión de su estómago.

«¿Qué ocurre? ¿Tu madre fue cruel contigo?».

Le metió un rizo errante detrás de la oreja, con dedos torpes. «Ella estaba...», vaciló, «indispuesta».

Ella asintió y acarició su mejilla. «¿Pero lo suficientemente bien como para hablarte del dinero?».

«No creo que ella estuviera mintiendo. Dijo que estar cerca de la muerte la había hecho más honesta. ¿En qué estaba *pensando* Robert, en nombre de Dios?».

«¿Quizás él necesitaba el dinero más que tú?».

Jack se alejó de la comodidad de su toque. «¿Crees que disfruto vivir al día, sin saber nunca de dónde vendrá mi próxima comida o lo que, en nombre de Dios, tengo que hacer para ganármela?».

Se alejó y luego se giró con los puños cerrados. «¿De verdad crees que podría haber olvidado que ya desperdicié el dinero con la misma dedicación con la que desperdicié mi *vida*?».

Carys lo miró fijamente durante un largo y serio momento. «¿Qué has tenido que hacer para ganarte el sustento?».

«Cosas que harían que tu tierno corazón se encogiera, mi amor. También aprendí sobre la traición y la muerte. No soy el hombre al que le diste tu amor, Carys. Nunca lo volveré a ser».

«Eras como el Sol», murmuró ella. «El chico dorado. Todos te admiraban. Todos querían complacerte. Cuando decidiste enamorarte de mí, sentí como si un dios hubiera bajado del cielo. Me quedé deslumbrada».

Exhaló lentamente. «Si dices que te enamoraste de un ideal, tengo que estar de acuerdo contigo. Eras demasiado joven para comprender lo orgulloso y egocéntrico que era. Nunca te di la oportunidad de descubrir que tenía pies de barro. Estaba demasiado aterrorizado de que me rechazaras. Prosperé en tu admiración y amor como un pavo real pavoneándose».

Carys se acercó a él y le tomó las manos entre las suyas. «Cuando regresaste de España, me sentí orgullosa de ti por haberte enfrentado a tu padre. Estabas dispuesto a arriesgarlo *todo* para salvaguardar tu reputación, incluso cuando mentir te habría salvado».

«¿Aunque también me alejé de ti?».

«La verdad es que me llevó mucho tiempo perdonarte», ella le apretó las manos, «pero yo también he crecido. Ya no soy tan ingenua como solía ser. No espero ser el centro del universo de ningún hombre, ni espero que tú seas perfecto».

«Te mereces la perfección. Eres la persona más sincera y abierta que he conocido».

Ella sacudió su cabeza. «Yo tampoco soy así ya. Entiendo los grises que se encuentran entre

los negros y los blancos. No puedo permitirme el lujo de dejar que mis emociones sangren tan libremente como antes lo hacía mi sangre».

«Quizás ambos hemos crecido», murmuró Jack. Casi tenía miedo de decir algo más en caso de que destruyera su acuerdo, pero tenía que advertirle. «Hay algo que tengo que decirte».

Ella se quedó quieta. «¿Qué es?».

«Mi padre está tramando algo. Quiero que cuides de ti y de tu familia».

«Lo sé. Cuando fui a ver a tu madre, tu padre insistió en hablar conmigo también. Quiere verte, Jack», Carys se estremeció. «Los sirvientes de Llewelyn Hall creen que quiere reconciliarse contigo, pero yo no estoy tan segura de eso».

«No espero figurar en una nueva narración de la parábola del hijo pródigo. Sospecho que sus propósitos son más siniestros». Colocó sus dedos debajo de su barbilla y le levantó la cara para mirarla a los ojos. «Mantente fuera de su camino, Carys. Utilizará a cualquier persona y cualquier cosa para lograr sus deseos».

Con un pequeño sonido, ella se puso de puntillas para besarlo. Él abrió la boca, invitándola a compartir un beso más íntimo del que tal vez había pretendido. Ella se inclinó hacia él, confiando su ligero peso contra su cuerpo más grande.

Ella tocó su lengua con la de él y todo su cuerpo se estremeció. Poco hizo falta para excitarlo. Ella siempre tenía la habilidad de volverlo loco. Abrió los ojos para mirarlo a la cara y él se encontró con su mirada, negándose a ocultar su deseo. Sus largas pestañas cayeron sobre sus mejillas sonrojadas y se estremeció.

Apartó la boca y la besó en el cuello y el hombro. «Sigo pensando en hundir mi pene dentro de ti, en tenerte debajo de mí, tus piernas envueltas alrededor de mis caderas mientras me abro paso dentro de ti».

«Jack, yo...», Carys luchó por liberarse, su respiración era tan errática como la de él. «Esto no ayuda... esta necesidad, este deseo. Necesitamos sentarnos y hablar».

Jack asintió y se sentó a la mesa. «Quiero acudir a ti libre y honestamente, pero no puedo hacerlo hasta que termine mis asuntos para el duque».

«¿Escribir un diccionario médico en galés?», él hizo una mueca ante el escepticismo en su voz. «No lo creo ni por un momento». Carys cogió su sombrero y alisó las cintas enredadas. «¿Para qué duque trabajas y por qué?».

«No puedo decírtelo», se pasó los dedos por el pelo, «solo puedo pedirte paciencia y comprensión».

«Como si no hubiera sido lo suficientemente paciente y comprensiva», espetó Carys mientras golpeaba el sombrero sobre la mesa, haciéndolo saltar. «¿Por qué es tan importante esta 'misión'? ¿Qué puede hacer un duque para ayudar a nuestro matrimonio?».

«Más de lo que piensas. Él puede ayudarme a recuperar mi reputación».

Carys cogió su sombrero y sus guantes. Se acercó a la puerta y la abrió, dejando entrar una ráfaga de aire frío. Entonces, ¿eso es lo más importante para ti? ¿Recuperar tu *reputación*? ¿Es más importante que tu familia y amigos?».

Jack se miró las manos. «Es todo lo que me queda. Tú más que nadie deberías entender eso».

Carys se puso el sombrero y ató las cintas, con movimientos bruscos. «Ese siempre ha sido tu problema, Jack. Si hubieras pasado menos tiempo preocupándote por tu preciosa reputación y un poco más preocupándote por nosotros, no estaríamos en esta horrible situación».

Jack resistió un impulso familiar de gritar. «No puedo negar lo que has dicho. Pero tengo que empezar a reconstruir mi vida en alguna parte. Tengo la *capacidad* de restaurar mi

reputación. No tengo la capacidad de reconstruir todas las relaciones que desperdicé tan descuidadamente al marcharme».

Carys dio un paso hacia él. «Se hace si ambas partes están dispuestas», dijo.

Jack no podía mirarla. «Finalmente estoy empezando a creer eso. Richard y Gareth han sido muy comprensivos. Incluso mi madre parece contenta de permitirme visitarla en Bath».

«Jack, eso es maravilloso, pero no es exactamente lo que quise decir. Yo...»

«Déjame tratar con el duque primero», la interrumpió Jack, «gracias por venir a advertirme sobre el dinero de Robert y mi madre».

Ella sacudió su cabeza. «Siempre hay una razón para no hablar conmigo, ¿no? ¿Se te ha ocurrido que cuando llegue el momento de hacerlo, es posible que ya no quiera escucharte?».

Esperó hasta que la puerta se cerró detrás de ella, consciente de las oportunidades no aprovechadas y con una sensación indefinible de que de alguna manera le había fallado. ¿Tenía razón? ¿Estaba decidido a repetir todos sus errores anteriores y perderla de nuevo? No podía permitirse eso.

Cuando llegó al patio del establo, ella ya estaba montada en un caballo bayo que él no reconoció y lista para partir. Él agarró sus riendas cuando ella intentó pasar junto a él. «Se está haciendo tarde. ¿Aceptarás al menos mi escolta durante parte del viaje?».

Ella lo miró. «Soy bastante capaz de viajar sola. Gracias».

«Milady, insisto. Pronto oscurecerá y los caminos pueden ser peligrosos. De todos modos, voy por el mismo camino que tú».

Carys dio un suspiro de impaciencia. «Si digo que no, me seguirás como un perro perdido, ¿no?».

Jack sonrió entonces, sintiendo la victoria. «Por supuesto que lo haré. Piénsalo de esta manera. Si viajo a tu lado, tienes la opción de ignorarme por completo o darme un sermón. Incluso podrías disfrutarlo».

Carys no sonrió, su rostro era ensombrecido por los límites de su ajustado sombrero. Jack montó en su caballo y la siguió. Cabalgaba a horcajadas como una campesina, no en silla de montar, como su madre insistía en que debía hacerlo una dama.

El viento arreció a medida que se acercaban al mar. Jack se caló el sombrero en la cabeza cuando las cintas del sombrero de Carys volaron. La luz del sol brillaba y bailaba sobre la superficie plana y gris del agua, ocultando sus profundidades y sus traicioneras corrientes.

Jack sabía que sería imposible hablar con Carys en medio del tráfico que circulaba por el camino de la costa. No fue hasta que estuvieron lejos de Swansea y giraron lentamente tierra adentro, hacia el corazón de Gower, que pudo cabalgar junto a ella.

Ella le dedicó una leve sonrisa, como si fuera su inferior social. «Puedo encontrar mi propio camino desde aquí». Su mirada se desvió de él hacia el mar. «Estoy seguro de que debes volver rápidamente a tu *importante* asunto con Gareth».

Decidido a no irse hasta que él la hubiera enfrentado, acercó su caballo al de ella. La pierna de su bota chocó contra sus faldas y le tomó el codo. «Tengo que resolver esto, Carys. Si no lo hago, ninguno de nosotros estará a salvo».

«Ninguno de nosotros está a salvo de todos modos, ¿verdad? La catástrofe puede ocurrir en cualquier momento».

Apretó la mandíbula. «Por favor. Prométeme tener cuidado. Mantente alejada de mi padre». «Pretendo hacerlo».

«Bien. Iré por ti tan pronto como pueda».

Carys asintió mientras recogía las riendas. «Estaré esperando tener noticias tuyas». Jack

hizo una señal de despido e hizo girar su caballo hacia la bifurcación izquierda del camino. Casi perdiendo sus últimas palabras, «pero no tardes demasiado. No te esperaré para siempre».

Capítulo 22: Capítulo Veintidós

Jack se despertó estornudando e inhaló el olor acre de sus pantalones de ante húmedos mezclados con heno. Le tomó un momento recordar que estaba seguro y seco en el pajar de Mansell. Hoy, él y Gareth intentarían descubrir si la señora Forester todavía estaba escondida en la cabaña de Rose Edwards. Jack rodó sobre su espalda y miró fijamente las vigas del altísimo pajar. No anticipaba el éxito. La experiencia pasada le había enseñado que su premio no sería fácil de conseguir.

Se sentó y se frotó la piel, desalojando las puntas de heno incrustadas en su peludo pecho. A estas alturas, la señora Forester probablemente ya estaba establecida en Francia, disfrutando de su vida como traidora. Quizá si pudiera confirmar la huida de la señora Forester con la señora Edwards, el duque de Diable Delamere quedaría satisfecho.

Jack sacudió la cabeza ante su propia estupidez. El duque insistiría en ver un cuerpo, vivo o no. Abajo, los mozos de cuadra se reían y bromeaban mientras limpiaban los caballos, lo que indicaba que aún era temprano. Jack se abrochó los pantalones y bajó por la desvencijada escalera.

Su chaleco y su abrigo se estaban secando en el respaldo de una silla cerca de la chimenea en la cabaña del jefe de cuadra. No había ni rastro de la camisa y las medias que había desechado después de empaparse durante una lluvia la noche anterior. Jack se sirvió una jarra de cerveza y masticó el pan con mantequilla que le habían dejado sobre la mesa. Se giró, taza en mano, cuando entró una de las jóvenes sirvientas.

Ella le hizo una reverencia. «Traigo una camisa limpia para usted, señor, y unas medias. Cortesía de mi amo». Dejó las prendas recién planchadas sobre la mesa y retrocedió hacia la puerta, con la mirada fija en el pecho musculoso de Jack.

«Gracias», Jack hizo una profunda reverencia.

La niña se rió, se dio unas palmaditas en los rizos y escapó por la puerta. Hacía que Jack se sintiera viejo. Antes de su desgracia, habría aprovechado la oportunidad para robarle un beso y un abrazo a cualquier sirvienta que lo mirara así.

Se sacó la camisa por la cabeza, disfrutando de la textura fresca y el toque de cielo azul limpio que se adhería a la tela. En su juventud le encantaba la ropa fina. Ahora luchaba simplemente por evitar que su escasa colección de prendas se desmoronara. Miró sus botas, que estaban cerca del fuego. A pesar de que ahora tenía los fondos para reemplazarlas, la idea de deshacerse de su último par de botas militares hechas a medida lo afectaba. Eran su vínculo final con Marcus y el regimiento.

Pensar en su precaria situación financiera le recordó a Robert y el oro perdido. ¿Qué diablos estaba pasando? ¿Por qué su hermano ocultaría tal cosa? Jack acercó las gruesas medias de lana al fuego antes de deslizarlas sobre sus pies. Si no estuviera tan cerca de encontrar a la señora Forester, perseguiría a Robert y le exigiría algunas respuestas.

Jack sacó los periódicos arrugados de las puntas de sus botas y se las puso. Hizo una mueca cuando sus pies ahora calientes tocaron cuero viejo y podrido. El reloj del patio del establo dio las nueve y se apresuró a ponerse el abrigo. Gareth lo esperaba en la cocina de la casa señorial.

Después de otro abundante desayuno, Jack se sometió a las poco entusiastas atenciones del ayuda de cámara de Richard, quien le entintó el cabello y las cejas de negro con una mezcla de polvo de carbón y talco para el cabello que hizo que Jack estornudara como el diablo. Gareth recogió su sombrero, mientras se maravillaba ante el disfraz de Jack y esperaba que no lloviera.

Finalmente, Jack lo escoltó rápidamente hasta los establos.

«Ahora recuerda, Gareth. Tu tarea es llevar a todas las damas al salón mientras yo pregunto a los sirvientes sobre cualquier ida y vuelta interesante».

Gareth frunció el ceño mientras se ataba los cordones de su capa. «No soy estúpido. Me has explicado mi papel al menos veinte veces. No te decepcionaré».

Jack sostuvo el estribo mientras Gareth montaba en el plácido caballo. «Si sientes algo adverso, presenta tus respetos y vete».

Gareth chasqueó la lengua con impaciencia; ya fuera a Jack o al caballo, Jack decidió no preguntar. Caminó a su lado como debería hacerlo un sirviente, disfrutando de la brisa fresca. El débil sol se derramaba sobre el grupo de casas encaladas. Nubes lanudas corrían por el cielo azul moteado como un rebaño de ovejas ansiosas.

A su regreso la noche anterior, Jack había aprovechado la oportunidad para interrogar discretamente a Richard Mansell sobre Robert. Para consternación de Jack, Richard no había podido proporcionar más información sobre las actividades recientes de Robert.

Jack se caló el sombrero hasta la frente y se cubrió el pelo ennegrecido por el carbón. Se envolvió la mitad inferior de la cara con la bufanda. Dudaba que se topara con la señora Forester, pero nunca estaba de más tomar precauciones.

Según lo acordado, Gareth visitó otras dos cabañas antes de dirigir su caballo hacia la casa de la señora Edwards. Jack esperó en la puerta, sosteniendo el caballo. Gareth recorrió el camino y llamó a la puerta principal. Pareció pasar un tiempo antes de que alguien respondiera.

Tan pronto como Gareth desapareció dentro de la casa, Jack llevó el caballo a la parte trasera de la propiedad y lo ató. Jack llamó enérgicamente a la puerta de la cocina. Apareció una doncella nerviosa, con el gorro de encaje torcido sobre su cabello rojizo.

Jack se tocó el ala de su sombrero y habló en galés. «*Bore Da. Gallau I gael tipyn bach o ddwr I'm ceffyl gwelch yn dda?*».

«¿Qué?». La doncella parecía confundida.

Jack repitió en un inglés con mucho acento.

«¿Quieres un poco de agua para el caballo de tu amo?», miró hacia atrás por encima del hombro, como si alguien estuviera detrás de ella. «Estoy seguro de que a la señora Evans, la cocinera, no le importaría que sirvas de la bomba exterior. Aquí hay un cubo en la cocina». Se tensó como un pájaro a punto de volar cuando una voz la llamó por su nombre.

«¡Mia!».

Jack sonrió tranquilizadamente. «Yo me encargo, señorita Mia. Y si a ti y a la cocinera no les importa un poco de compañía, ¿tal vez podría entrar y pedir una taza de té?».

La sirvienta desapareció, dejando a Jack tirado en el escalón, sin respuesta a su pregunta. Abrió la puerta y siguió a la niña al interior de la casa. A su izquierda se encontraba la despensa, un agujero húmedo y poco atractivo con el suelo de pizarra salpicado de barro. Una alfombra remendada recorría el centro del pasillo sin ventanas que conducía a la casa principal.

Jack cogió un cubo de la cocina y bombeó agua para el caballo. Después de atar firmemente el caballo castrado a la cerca, se aventuró a regresar a la casa. Encontró el camino a la cocina siguiendo el ascenso y descenso de la voz quejosa de Mia.

La cocinera estaba de pie junto a la gran mesa de pino, removiendo algo en un cuenco. Mia estaba frente a ella, colocando varios artículos en una bandeja de té. Jack centró su atención en la cocinera, sabiendo por experiencia pasada que necesitaría ser tratada como una reina.

«*Bore Da*, señora».

La cocinera dejó de revolver y le dio a Jack una evaluación exhaustiva. Se sentía como una

ayudante de cocina que se hubiera olvidado de limpiar las cacerolas. Algo en sus saltones ojos verdes y su cabello color arena le parecían familiar.

«Para usted es la señora Evans, jovencito. Y no permito ese lenguaje pagano en mi cocina. O habla inglés como un cristiano o puede largarse».

Jack se inclinó para ocultar una sonrisa. «Buenos días señora. Mi amo, el Reverendísimo Gareth Davies, está en el salón de su ama. ¿Puedo sentarme un rato con usted?».

La señora Evans señaló una silla con su cuchara de madera y Jack se apresuró a sentarse.

«Mia tiene que llevar té para el vicario y las damas. Cuando regrese, si no se dedica todo el día a ello, nos preparará una olla».

Jack suspiró agradecido mientras miraba alrededor de la impecable cocina. El succulento olor del cordero asado se mezclaba con el aroma del pan recién horneado. Nunca había pensado en la comida hasta que se vio obligado a ganarse la vida. Cuando era niño, entraba y salía corriendo de las enormes cocinas de Llewelyn Hall, cogiendo pasteles y manzanas sin apenas pensar de dónde venían.

«Me encanta el olor del pan horneado», dijo Jack. «Me gustaría saber cómo hacerlo correctamente. El mío siempre sale como un adoquín plano».

Las pálidas cejas de la señora Evans se alzaron mientras continuaba batiendo el contenido del cuenco en el hueco de su brazo. «¿Y dónde aprendería un hombre como usted a hornear pan?».

Jack le lanzó una ligera señal. «En el ejército, señora. También aprendí a comer cualquier cosa que pudiéramos atrapar, matar y destripar».

Mia cogió la pesada bandeja. Jack contó cuatro tazas junto a la tetera, la jarra de leche y el colador. Él se puso de pie de un salto y le abrió la puerta de la cocina.

«¿Entonces su ama tiene hijos?», Jack se acomodó en la silla.

La señora Evans se sentó frente a él y añadió huevos a la mantequilla blanda en el tazón. «¿Por qué dices eso?».

Jack señaló la puerta. «Había cuatro tazas en la bandeja». Intentó guiñar un ojo. «Siempre estoy buscando jóvenes en edad de casarse que quieran fugarse conmigo».

La señora Evans frunció el ceño y miró dentro del tazón como si los huevos se hubieran cuajado. «La señora Edwards solo tiene una hija y será mejor que te guardes tus pensamientos impuros. Es demasiado blanda para gente como tú».

Jack sonrió. «Ah, entonces ella también tiene un hijo, para mantener a los admiradores no deseados alejados del camino de su hija».

«No, no hijo».

Como la señora Evans no dio más detalles, Jack se levantó para atender la tetera que amenazaba con desbordarse en la estufa. Echó agua humeante en la tetera de barro marrón, añadió una escasa cucharada de té siguiendo las instrucciones de la cocinera y volvió a taparla.

Mia regresó con el rostro sonrojado y cerró de golpe la puerta de la cocina detrás de ella. «Ella se rió y frente al vicario me dijo que mi gorra estaba torcida».

La cocinera levantó la vista mientras pesaba la harina. «Está torcida. Te lo dije hace diez minutos».

Mia suspiró mientras sacaba tres tazas inigualables del tocador y las ponía sobre la mesa. «Espero que se vaya pronto. Espera que actúe como una doncella de la Reina».

Jack sirvió el té, atento por interés. «¿Te refieres a la señorita Edwards?», miró a la cocinera. «Puede que tenga razón, señora Evans. Ella no parece la chica adecuada para mí».

Mia se dejó caer en su silla e hizo un puchero. «La señorita Edwards es un encanto. Es su

tía la que es la mosca en el ungüento». Dio un sorbo a su té, con ambas manos entrelazadas alrededor de la gruesa cerámica. «La altiva señora, se suponía que solo estaría aquí por unos días. Luego se enfermó y tuve que cuidarla».

«Mia, ya es suficiente», la amonestó la señora Evans. «No fue culpa de la pobre señora que contrajera varicela».

Jack bebió su té. ¿Había contraído la señora Forester una enfermedad infantil? Era muy probable que cualquier barco se negara a transportarla si temía que fuera contagiosa, especialmente con algo parecido a la viruela. «¿Está bien ahora?». Miró alrededor de la cocina como si temiera encontrarse con la enfermedad.

Mia le ofreció más té y un plato de pasteles galeses. «Aparte de algunas cicatrices en la cara, parece haberse recuperado bastante bien». Su expresión se iluminó. «Creo que tiene la intención de irse antes del fin de semana».

La campana del salón tintineó en el tablero encima de la puerta.

Mia se enderezó la gorra y se puso de pie lentamente. «Supongo que debería ir a ver qué quieren».

Jack intercambió una mirada divertida con la señora Evans mientras Mia salía penosamente de la cocina. «¿Supongo que Mia es una adquisición reciente para la familia?».

La señora Evans sonrió. «Eso es». Dejó su taza sobre la mesa. «Lo que quisiera saber es por qué el hijo del duque de Carmarthen se hace pasar por un sirviente».

Jack hizo un gesto. «Pensé que era usted, señorita...». ¿Cómo diablos se llamaba? Él y Robert la habían llamado Gertie “Grosella” por sus ojos verdes ligeramente saltones. «... Señorita Howard, pero esperaba haber cometido un error».

«Yo solo era ayudante de cocina cuando te conocí en Llewelyn Hall». La señora Evans dejó su tazón sobre la mesa con un golpe. «Pero ni todo el polvo de carbón del mundo podría disfrazarte, amo Jack. ¿Cuántas veces me sacaste comida cuando sabía que me metería en problemas por dártela?».

Jack le apretó la mano áspera por el trabajo. «Probablemente demasiadas. Mi única excusa es que era un niño en crecimiento».

La señora Evans retiró la mano. «¿Y cuál es tu excusa ahora para husmear en las casas de gente temerosa de Dios?».

Jack señaló su ropa gastada. «Mi padre me desheredó. Tengo que ganarme la vida, igual que tú».

«Lo sé», la señora Evans hizo una mueca de desdén. «Pero también sé que el reverendo Davies no tiene un hombre que lo siga cuando va de visita. Es demasiado pobre».

Jack arqueó una ceja. «Quizás estoy haciendo esto por la bondad de mi corazón».

La señora Evans le devolvió la mirada.

Jack intentó decidir cuánta información podía confiarle a su antigua aliada de la infancia. «Estoy trabajando para el gobierno. Necesito saber si hay una señora Forester alojada en la casa».

Mia entró de espaldas por la puerta de la cocina, llevando la bandeja con las tazas de té. «Ahora quieren más té y pasteles. ¿Se detendrán alguna vez?».

«Mia», la señora Evans habló con firmeza, aunque su atención permaneció en Jack. «Estás empleada como sirvienta doméstica. Ahora haz tu trabajo». Al amparo de los movimientos y quejas de Mia, la señora Evans se acercó. Aquí se aloja una tal señora Forester. No puedo imaginar qué interés tendría el gobierno en ella. Ella es la hermana de mi ama».

Jack sintió una oleada de triunfo. Ella todavía estaba aquí, retrasada por un ataque

inesperado de varicela. Parecía que el destino había decidido favorecerlo por una vez.

Mia regresó al salón cargada de pasteles y té.

Jack se puso de pie. «Si ves alguna señal de que la señora Forester tiene la intención de abandonar esta casa sigilosamente, ¿te comunicarías con Richard Mansell en la casa solariega?».

La señora Evans asintió mientras vertía la masa del pastel en moldes engrasados. «Lo haré por ti, amo Jack. Nunca te he visto mentirme».

Jack le quitó el cuenco de las manos y besó sus mejillas enrojecidas. «Gracias, señora Evans. Ha sido un placer».

Ella le golpeó la cara con los dedos cubiertos de harina. «Vete con cuidado y saluda de mi parte a tu familia».

Jack se sirvió otro pastel y se dirigió hacia la puerta. «Rara vez veo a mi familia, pero ciertamente les transmitiré tus buenos deseos si se presenta la ocasión». Se puso el sombrero sobre el pelo oscuro como el carbón. «Regresaré para acompañar al reverendo a casa. Le diré que no se preocupe».

Se dio la vuelta y comenzó el empinado ascenso de regreso a la colina. Necesitaba escribir una breve nota al duque y conseguir que Richard la enviara rápidamente a Londres.

Cuando llegó al estudio de Richard, Jack estaba jadeando por el esfuerzo. Había utilizado la entrada secreta que Richard le había mostrado para evitar toparse con cualquiera de los invitados de los Mansell. Lo último que necesitaba era que la señora Mansell u Oliver Rice lo vieran.

No había señales de Richard cuando Jack garabateó su nota y la selló. Hizo una pausa antes de escribir la dirección. ¿Debería dejar la nota con el mayordomo o sobre el escritorio de Richard? Jack miró por la ventana, donde el sol de la mañana alcanzaba su punto más alto. Tenía que volver por Gareth.

Jack deslizó la nota debajo del ornamentado tintero de Richard y salió corriendo al pasillo. Miró hacia arriba y vio a los invitados de los Mansell bajando las escaleras para almorzar. Vislumbró los rostros sorprendidos de Richard y Oliver antes de esconderse fuera de la vista. Cambiando de dirección, atravesó la puerta de bayeta y entró en las habitaciones de los sirvientes.

Hamilton, el ayuda de cámara de Richard, estaba almorzando en la abarrotada mesa de la cocina. Jack se tomó un momento para murmurarle al oído. «Le dejé un mensaje importante a su amo en su estudio. ¿Sería tan amable de mencionárselo después del almuerzo?».

Hamilton, un valet de lo más superior, inclinó la cabeza majestuosamente unos centímetros. «Sí, señor. Lo haré, señor. Ahora, por favor, vaya y lávese el hollín del pelo. Está destruyendo la ropa de mi amo».

Jack le dio unas palmaditas en la espalda al valet, sabiendo cuánto odiaba que su ropa estuviera arrugada. «Gracias por tu ayuda con eso, Hamilton. Hiciste un trabajo extraordinario».

* * *

Cuando Jack llegó, jadeando, al pie de la colina, Gareth ya había montado en su caballo y había comenzado a subir el sendero. Le sonrió triunfalmente a Jack.

«Creo que lo hemos logrado. La señora Forester definitivamente se quedará con sus hermanas. Tuve el placer de su compañía durante más de una hora. Parecía una mujer tan agradable. Y obtuve una donación para mi fondo de viudas y huérfanos».

Jack gimió cuando comenzaron el largo camino cuesta arriba. «Me alegro de que haya ido bien y agradezco tu ayuda. Tengo la intención de entrar a la casa esta noche y “persuadirla” para que regrese conmigo».

Gareth agarró su sombrero mientras el viento tiraba juguetonamente del ala. «¿A qué hora

debo estar listo?».

«Tú no», respondió Jack. «Voy a ir solo». Casi podía saborear la decepción de Gareth. «No puedo arriesgar tu vida. Ya has hecho más que suficiente».

Continuaron en silencio, el único sonido era el golpe de los cascos del caballo.

Finalmente, Gareth dejó escapar un suspiro. «Supongo que tienes razón. Un clérigo no puede irrumpir en una vivienda privada y secuestrar a una mujer indefensa».

«No quisiera que tu empleador te hiciera caer un rayo por mi culpa. Además, ¿qué le diría a Carys?».

La expresión lúgubre de Gareth se suavizó y Jack empezó a sonreír. El inconfundible disparo de una pistola explotó frente a él. El caballo se encabritó, haciendo que Gareth cayera hacia Jack. Actuó siguiendo sus instintos bien afinados, Jack permitió que el peso de Gareth los llevara a ambos al suelo y a un conveniente matorral de arbustos.

Después de unos minutos de cautela, Jack levantó la cabeza y estudió el terreno árido. El caballo había desaparecido. Tenía que suponer que el único disparo había sido hecho desde los terrenos de Oxwich Manor, por encima de ellos.

Jack le dio unas palmaditas en el hombro a Gareth. «Por un momento pensé que Dios había actuado». Se quedó sin aliento mientras miraba su mano, que estaba cubierta por la sangre que manaba del hombro de Gareth. Apretando los dientes, Jack puso a su mejor amigo boca arriba. «Gareth, ¿puedes oírme?».

El rostro pecoso de Gareth estaba relajado y tenía los ojos cerrados. Jack buscó el pulso, sus dedos estaban fríos y torpes por la prisa. Articuló una silenciosa oración de agradecimiento mientras sentía la fuerza vital de Gareth parpadear bajo sus dedos. No tenía idea de en qué dirección se había disparado el caballo y solo podía esperar que tuviera la sensatez de regresar a su establo y dar la alarma.

Jack acunó a Gareth en sus brazos mientras consideraba sus opciones. ¿Llevaba a Gareth colina abajo, alertando a todos en la cabaña de la señora Edwards de su presencia? ¿O continuaba subiendo arriesgándose a que el pistolero desconocido les disparara de nuevo? Si tan solo pudiera llegar a una de las entradas a los pasadizos secretos bajo Oxwich Manor...

Empezó a llover con fuerza. El sol desapareció detrás de imponentes nubes negras. Jack deslizó un brazo debajo de Gareth y lo levantó sobre su hombro. No había otra opción. Tenía que seguir ascendiendo y rezar para que alguien viniera a ayudarlo pronto.

Capítulo 23: Capítulo Veintitrés

«Maldita sea, hombre. ¡No puedes andar por el campo en tu estado actual!». Richard empujó a Jack sin demasiada suavidad hacia su asiento. La habitación estaba vacía de muebles, aparte de la mecedora en la que se sentaba Jack y un escritorio de señora. Las cortinas descoloridas con caballos bordados y el papel pintado con el alfabeto azul desconchado indicaban que el actual escondite de Jack había sido en otro tiempo un salón de clases.

Jack apretó los dientes en un esfuerzo por controlar los escalofríos por el frío que lo recorrían. Dos horas de lucha por una ladera azotada por la tormenta llevando a un hombre inconsciente le habían pasado factura. Tomó un sorbo de la sidra tibia y especiada que el cocinero de Richard le había preparado, disfrutando de su intenso calor.

Richard se había reunido con él justo más allá del muro exterior y los había llevado a él y a Gareth subiendo las escaleras traseras hasta el desierto cuarto de niños de la casa principal. Gareth yacía en la habitación conectada a la suya.

«Tengo que avisarle a Carys que Gareth está lesionado. Necesita informar a su esposa».

Richard hizo un gesto de impaciencia. «Solo dame sus instrucciones y enviaré a alguien». Jack estudió a su amigo hasta que la mirada de Richard se indignó. «¿Tu silencio implica que no confías en mí?».

«Como dije, el disparo llegó por arriba de nosotros». Jack se obligó a bajar la sidra por su dolorida garganta. «Si estuvieras en mi posición, supongo que también serías cauteloso».

Richard se pasó una mano por el corto cabello castaño. «¡Pero podría haber sido cualquiera! Quizás fue un cazador furtivo o uno de los muchachos locales que disparaban a las gaviotas. ¿Por qué asumes que fui yo?».

«Porque dudo que el disparo fuera para Gareth. Y si tienes planes de matarme, que me condenen si dejo que involucres a mi esposa».

Richard se agachó frente a Jack. «Te doy mi palabra de que no te dispararé. ¿Quieres que consiga una Biblia y te lo jure sobre ella?».

Jack no tuvo el valor de decirle a Richard que su creencia personal en Dios se había visto sacudida por la guerra. Richard era un caballero y todavía creía que su palabra significaba algo. A Jack se le ocurrió que no tenía más remedio que aceptar la ayuda de Richard. Si pretendía recuperar a la señora Forester, necesitaba permanecer en Oxwich, no perseguir a Carys. «Te daré la dirección de su padre. Él podrá enviarle un mensaje».

Richard se puso de pie, con un brillo decidido en sus ojos. «Enviaré a mi padrino. Carys debería tener la noticia mucho antes de mañana».

Jack esperaba que ella lograra encontrar a alguien que fuera a recoger a Gareth, preferiblemente en un carruaje o un carro. La bala había atravesado la parte carnosa del brazo de Gareth sin hundirse en el hueso. Por una vez, Jack había bendecido su experiencia en el campo de batalla, que le había ayudado a evitar cualquier pérdida grave de sangre hasta que llegara la ayuda. Aparte de un gran bulto en la frente de Gareth, donde el caballo se había encabritado hacia atrás y chocó con su cara, estaba relativamente ileso.

Richard llegó a la puerta y Jack recordó algo más. «¿Enviaste la nota que te dejé antes para el duque?».

«No recuerdo haber visto una nota». Richard frunció el ceño. «¿Dónde la dejaste?».

«En tu escritorio. Le pedí a Hamilton que te lo recordara cuando lo vi en la cocina a la hora del almuerzo».

El rostro de Richard se aclaró. «No he estado en mi estudio desde esta mañana. Llevé a mi madre y a lady Rice a dar un paseo en el carruaje, justo después del almuerzo. Ahora que lo pienso, tampoco he visto a Hamilton. Cuando regresamos de nuestra excursión, el caballo de Gareth había aparecido en el patio del establo y todos temíamos lo peor».

Jack se cubrió los hombros con la manta de lana mientras otra oleada de escalofríos sacudía sus huesos. Si Richard decía la verdad, era poco probable que hubiera estado solo el tiempo suficiente como para intentar herir a Jack o Gareth.

«Enviaré a ambos mensajeros tan pronto como le hayas escrito una nota a Carys», dijo Richard, «encontrarás todo lo que necesitas en el escritorio».

Jack miró el escritorio de roble situado entre las dos ventanas. «Gracias, Richard».

Parte de la rigidez desapareció de los anchos hombros de Richard. «Solo estoy tratando de ayudar. Por favor, permítanme hacer eso al menos».

Jack terminó su sidra y se puso de pie. Su cuerpo gritó en protesta mientras obligaba a sus doloridos músculos a obedecerle. La puerta de la habitación de Gareth estaba entreabierta. Jack miró por la rendija y comprobó que Gareth todavía dormía. Si evitaba una infección en el brazo, las posibilidades de que Gareth se recuperara por completo eran excelentes.

Todavía agarrando la manta sobre sus hombros, Jack se volvió hacia el escritorio. Sacó una vela de la repisa de la chimenea y la colocó encima de la cómoda. Afuera, rastros de niebla se arrastraban por los cielos cada vez más oscuros y se extendían para acariciar las copas deformes de los árboles como jardineros celestiales.

Jack sabía que esa noche no podría lidiar con la señora Forester. Su cuerpo estaba demasiado conmocionado para avanzar. Sonrió sombríamente ante su débil reflejo en el cristal de la ventana. Solo había sido necesario un disparo para sumergirlo de nuevo en el caos de la guerra y ponerle los nervios de punta y las tripas a vomitar. Pero no todo estaba perdido. Si Mia tenía razón, tendría al menos dos días más antes de que la señora Forester tuviera intención de marcharse.

Jack solo tardó unos minutos en redactar una nota breve y cuidadosamente redactada para Carys y sellarla con cera. Cuando la cera se enfrió, Richard había regresado.

«No puedo encontrar la nota que me dejaste».

Jack asintió lentamente. «Eso podría explicar por qué alguien intentó matarnos a Gareth o a mí. La persona podría haber inferido que habíamos tropezado con información vital».

Richard caminaba de un lado a otro sobre la alfombra de la chimenea, con las manos a la espalda. «¿Qué tan discreta fue la nota?».

«Mucho. Todo lo que dije fue que había descubierto algo de interés y esperaba regresar con él dentro de una semana».

«Eso podría significar cualquier cosa. Si uno de los sirvientes la leyó, podría haber asumido que se refería a la red de contrabando local. A menos que los franceses tengan un espía dentro de esta casa, dudo que alguien relacione la nota con la intención de expulsar a la señora Forester del país».

Jack no pudo discutir el razonamiento de Richard. «Es mi maldita culpa por no entregarte la nota directamente a ti o a Hamilton».

Richard dejó de pasear. «Esa es otra cosa. Tampoco hay señales de él».

Capítulo 24: Capítulo Veinticuatro

Carys llamó con fuerza a la puerta de la cocina de Oxwich Manor. Al final del agotador viaje, había amanecido sobre el mar gris hierro, iluminando la oscuridad que tenía delante. Golpeó con el pie para quitar el hielo derretido de sus botas de niña y volvió a golpear. A pesar de lo temprano que era, Carys sabía que alguna pobre alma tenía que estar despierta, atendiendo los hornos o hirviendo grandes cantidades de agua para llevarla a la familia y los invitados.

Una joven doncella que llevaba un delantal manchado y un vestido rosa a cuadros abrió la puerta con los ojos muy abiertos.

Carys sonrió mientras se quitaba los guantes. «He venido a ver al reverendo Davies. ¿Puedes llevarme a su habitación?».

La doncella hizo una apresurada reverencia. «Tendría que preguntarle al señor Mansell sobre eso, señora, y todavía no se ha levantado. ¿Le gustaría esperar en la cocina mientras voy a buscarlo?».

«Está bien, Gladys». Una figura masculina familiar apareció detrás de la sirvienta. «Yo me ocuparé de la dama».

Jack no se había afeitado y tenía moretones oscuros en el lado izquierdo de la cara. Tomó a Carys de la mano y la sentó en la gran mesa de pino. Sin consultarla, sirvió una taza de té y deslizó delante de ella un gran cuenco de gachas con miel. Jack la conocía lo suficiente como para comprender que la comida siempre endulzaría su temperamento.

Mientras ella comía, Jack se sentó frente a ella, sosteniendo una taza de té. «Debería haber sabido que vendrías tú misma».

Carys dejó la cuchara y buscó en su rostro una pista sobre su estado de ánimo. No parecía especialmente contento de verla, pero ¿qué más podría haber hecho? A pesar de sus temores por la seguridad de Owen, las dificultades de Gareth eran más inmediatas.

«Me adelanté, pero Gwyneth está organizando un carro para llevar de regreso a Gareth a casa. Mi doncella Martha lo acompañará».

Jack asintió con la atención fijada en su té. «Gareth se está recuperando bien. La herida de bala parece estar libre de infección...».

«¿La herida de *bala*? Tu nota decía que Gareth se había caído del caballo y estaba inconsciente».

Jack sonrió a medias y se frotó el hombro. «Se cayó de su caballo, justo encima de mí. En un vano intento de no alarmarte, olvidé mencionar que al principio le dispararon. Aunque debo asumir que la bala estaba destinada para mí».

Carys luchaba por respirar. «¿Cómo pudiste poner a mi hermano en tal peligro? ¡Es un clérigo!».

«No esperaba que esta misión fuera peligrosa, de lo contrario nunca habría permitido que Gareth me acompañara». Jack le dirigió una mirada de disgusto. «Dame algo de crédito».

Carys señaló al techo. «¿Mi hermano yace herido en su cama y me dices que no me preocupe? Dios, Jack. Solo porque eliges vivir en un mundo donde el derramamiento de sangre y la muerte son la norma, no asumas que el resto de nosotros estamos acostumbrados».

Jack encogió los hombros. «Di lo que quieras. No podrás hacerme sentir peor de lo que ya me siento. Gareth es mi mejor amigo y casi hago que lo maten. Ojalá hubiera sido yo más que cualquier otra cosa en la tierra de Dios».

Carys estudió su postura derrotada. «¿Sabes por qué alguien intentó dispararte? ¿Es por este

negocio en el que estás involucrado para el duque?».

«Me lo imagino», su expresión cautelosa le recordó a Owen cuando lo pillaron mintiendo.

Carys puso las palmas de las manos sobre la mesa. «Creo que es hora de que me digas exactamente qué está pasando. Me debes eso».

Cuando Jack terminó su relato, el personal de la cocina se arremolinaba a su alrededor, preparando el desayuno para la familia. A Carys le habría resultado difícil creer su extravagante historia sobre espías franceses y criminales fugitivos si no fuera por la presencia herida de su hermano en el piso de arriba.

Carys tomó un sorbo de su té mientras Jack se recostaba y esperaba su reacción. De todos modos, todavía no entendía por qué él se había involucrado en ese tonto negocio y, aun así, temía preguntar. Podría llevar a la discusión en la que Jack ya se había negado a participar hasta que hubiera terminado su misión.

«¿Puedo ver a Gareth ahora?».

Jack parpadeó. «¿No me vas a hacer mil preguntas incómodas y luego criticarás todas mis respuestas?».

Carys se puso de pie. «No tengo tiempo para eso. Una vez que empiece, te tendría inmovilizado en esa silla durante días y realmente me gustaría ver a mi hermano».

Una sonrisa renuente apareció en el rostro de Jack. «Te llevaré hasta él». La acompañó hasta la estrecha escalera de servicio. «Espero que no te importe usar las entradas y salidas de los sirvientes. La señora Mansell es una mujer bastante difícil y le encantan los escándalos».

Carys se recogió la falda y siguió a Jack. «La recuerdo bien. Ella siempre se deleitaba mucho con mis desgracias y se sentía obligada a compartirlas con cada conocido que pasaba».

Jack seguía sonriendo cuando llegaron a la habitación de Gareth, que estaba situada en el ala de la guardería que no se utilizaba. Llamó a la puerta y permitió que Carys entrara delante de él.

Gareth yacía recostado en la cama sobre un montón de almohadas, con los ojos abiertos y el brazo izquierdo en cabestrillo. «Carys, qué agradable sorpresa».

Su voz sonaba débil y su tono era alto. Carys se sentó junto a Gareth y le tomó la mano derecha. Su piel se sentía caliente y seca bajo sus dedos.

«Hermano, ¿qué has estado haciendo? Gwyneth nunca más te perderá de vista».

Gareth logró soltar una leve carcajada. «No preguntes».

Jack puso una mano casualmente en la frente de Gareth. «Todavía tienes fiebre. Asegúrate de beber mucha agua y no tocar ningún licor».

«Como si pudiera», Gareth gimió. «Entre tú y Richard, estoy en peligro de que me mimen hasta la muerte».

Carys le apretó los dedos. «Espera hasta que Gwyneth te ponga las manos encima. Quizás extrañes a tus amables amigos». La apatía de Gareth la preocupó y llamó la atención de Jack. «Te sentirás mucho mejor cuando estés en casa, en tu propia cama, con tu familia y amigos a tu alrededor, ¿no es así, Jack?».

Jack asintió. «Carys te llevará a casa tan pronto como considere que estás lo suficientemente bien como para viajar. Y será entonces cuando esta fiebre baje».

Gareth abrió los ojos. «Gracias, Jack. Me salvaste la vida. Si no te hubieras quedado conmigo, habría muerto en esa tormenta».

Jack se encogió de hombros. «Si no te hubiera pedido que me acompañaras, no te habrían disparado, así que no me conviertas en una especie de héroe. Tu hermana no estaría de acuerdo contigo en absoluto», se volvió hacia la puerta, «voy a pedirle al cocinero que prepare un poco

más de ese medicamento para bajar la fiebre. Carys, puedes unirme a mí en la cocina cuando estés lista».

Carys se inclinó para besar la mejilla magullada de Gareth. «Martha llegará pronto con un coche para llevarte a casa».

La respiración de Gareth cambió y la agarró del brazo. «No dejes que Jack recupere solo a la señora Forester, ¿quieres? Asegúrate de que Richard Mansell vaya con él».

Carys le dio unas palmaditas en la mano. «No sé de qué estás hablando».

El agarre de Gareth se hizo más fuerte. Tiene intención de ir a casa de la señora Edwards esta noche y llevarse a la señora Forester de vuelta a Londres con él».

Carys intentó adoptar un tono conciliador. «Es poco probable que Jack acepte que le diga lo que puede o no hacer. Y, además, necesito ir a casa contigo».

Gareth hizo una mueca mientras intentaba incorporarse en la cama. «Estaré bastante seguro con Martha y quien conduzca el carro. Por favor quédate. Jack no tiene a nadie».

Carys lo miró fijamente, incapaz de ignorar la súplica silenciosa en sus ojos. Después de escuchar las historias de Jack sobre la señora Forester, le pareció de mala educación dejarlo sin ayuda. «Está bien. Me quedaré y hablaré con Richard Mansell si quieres, aunque no sé cómo le voy a explicar esto a Jack».

«Pensarás en algo». Los ojos de Gareth empezaron a cerrarse de nuevo. «Eres una buena chica. Cuídalo. Él te ama mucho».

El sueño lo venció. Carys permitió que la verdad de las palabras de Gareth inundara sus sentidos. Fuera lo que fuese lo que Jack había hecho, él la amaba. Podía sentirlo cuando él la tocaba, verlo a los ojos e incluso cuando respiraba. No valía la pena negarlo. Jack le había devuelto esa sensación de alegría con tanta seguridad como la había destruido cuando se fue.

¿Podría confiar en que él cumpliría su palabra esta vez y continuaría amándola, o se vería obligada a regresar al silencio y la oscuridad? Carys besó la mano de Gareth, la metió bajo las sábanas y fue a buscar a Richard Mansell.

* * *

«¿Estás loco?».

A pesar de su postura casual, los ojos marrones de Jack brillaron con incredulidad. Carys finalmente lo había encerrado en la cabaña del cochero después de darle a Gareth su medicina.

«No, Jack. Simplemente estoy intentando cumplir una promesa que le hice a mi hermano. El señor Mansell me informó que necesita permanecer en Oxwich Manor para que el plan tenga éxito, y eso me deja acompañarlo».

Jack dio un paso hacia ella, con las manos en puños a los costados. Carys se negó a retirarse. «Eres una mujer. Usas faldas largas, nunca dejas de hablar y chillas ante los murciélagos. ¿Cómo diablos esperas que te lleve a una incursión nocturna?».

Carys cruzó los brazos sobre el pecho. «No le he chillado a un murciélago desde que tenía catorce años. Y solo le 'chillé' porque me lo arrojaste a la cara».

Jack se encogió de hombros. «Eso es irrelevante. Sigues siendo una mujer».

Enfurecida, Carys dio un paso adelante y lo golpeó en el pecho con la yema del dedo. «Por supuesto, soy una mujer, pero no soy tonta. Puedo usar ropa de hombre y seguir instrucciones. Puedo estar tranquila. Y en cuanto a recibir órdenes, me has estado dando órdenes durante la mayor parte de mi vida».

Su intento de humor no penetró el ceño intransigente de Jack.

Ella volvió a golpearlo con fuerza en el pecho. «Tengo la intención de esperarte fuera de la casa. Si regresas con la señora Forester, todo estará bien. Si no lo haces, puedo dar la alarma».

Jack miró su rostro vuelto hacia arriba, su boca formaba una delgada línea. «¿Y si me niego a que me acompañes?».

Carys agitó las pestañas. «Te seguiré de todos modos».

Jack se acercó hasta que las puntas de sus botas se alinearon con las de ella. «¿Y si le pido a Richard que te encierre por la noche?».

«Gritaré tan fuerte que me oirán en Swansea».

«Maldita sea». Jack bajó la cabeza y la besó en la boca.

Con un suspiro de satisfacción, Carys le rodeó el cuello con los brazos. Entre besos, ella murmuró, «todo estará bien, Jack. Prometo que seré buena».

Jack se soltó de sus brazos con expresión resignada. «Eso es exactamente de lo que tengo miedo».

Capítulo 25: Capítulo Veinticinco

Carys se agachó junto a Jack detrás del muro que rodeaba la cabaña de la señora Edwards. El mar estaba en marea alta. Rugía en la playa debajo de ellos, sacudiendo los guijarros y arrastrando la arena hacia atrás en su poderosa corriente. Carys se había trenzado el pelo y había pedido prestada algo de ropa a uno de los mozos de cuadra de Richard. Jack captó su mirada y ella sonrió. Ella se estaba divirtiendo. No sabía por qué estaba sorprendido. De niña siempre había sido una temeraria. Solo el matrimonio con él había logrado quebrar su espíritu.

Pensó en sus embarazos fallidos y en sus esfuerzos por apaciguar a su madre. Él no había sido el único en su matrimonio que se enfrentaba a batallas constantes. Ella se había desvanecido ante sus ojos y él nunca había tenido el tiempo ni la capacidad de hacerle entender que la amaba tal como era. Carys tenía razón. Su matrimonio se había convertido en una farsa mucho antes de que él le exigiera que se fuera con él. Había perdido la fe en él.

Le lanzó otra mirada. A pesar de lo que había pasado, o tal vez gracias a ello, había emergido como una persona más fuerte y enérgica. Alguien a quien admiraba, alguien a quien podía amar sin reservas.

Jack volvió a pensar en el asunto que tenía entre manos. Richard había conseguido un carruaje cerrado y una doncella para acompañar a la señora Forester a Londres al cuidado de Jack. Todo lo que Jack tenía que hacer era llevar a la señora Forester de regreso al establo de Oxwich Manor sin crear una escena.

Jack presionó su mano contra la reja y ésta se abrió hacia adentro sin hacer ruido. Le había enviado un mensaje a la señora Evans pidiéndole que también dejara abierta la puerta trasera de la casa.

Miró a Carys y le tocó el hombro. «Si no salgo de la casa en media hora, sube la colina hasta donde está Richard», él apretó más su agarre, «no debes entrar a la casa de la señora Edwards bajo ninguna circunstancia. ¿Lo entiendes?».

Carys puso los ojos en blanco. «Sí, Jack. Me lo has repetido mil veces. Si hay algún indicio de problema, buscaré ayuda».

«¿Tienes el reloj de Richard?».

Carys levantó el pesado reloj de bolsillo de oro para inspeccionarlo. Abrió la caja grabada y comprobó que la hora era correcta.

«¿No vas a consultar tu propio reloj?», preguntó Carys.

«No llevo ninguno».

«¿Qué pasa con el que te dio tu padre cuando cumpliste veintiún años?».

«Lo empeñé hace varios años. En ese momento de mi lamentable existencia, tener tiempo parecía menos vital que tener algo para comer».

Carys le tocó la mejilla. «Has cambiado. Cuando te conocí, sospecho que tu orgullo te habría exigido que mantuvieras la guardia».

Jack apriionó sus dedos contra su cara. «El hambre es un maestro duro. Me gusta pensar que he aprendido cuáles son las verdaderas prioridades en la vida de un hombre».

«¿Y cuáles son?», susurró Carys.

«Salud, empleo remunerado y respeto por uno mismo».

«¿Eso es todo?».

Jack pasó su boca por la parte superior de la cabeza de Carys, inhalando su dulce perfume y el sabor del mar. «Quizás eso es todo lo que merezco».

Carys se alejó hasta que pudo mirarlo. «Eso es una tontería. Me dijiste que buscas restaurar tu reputación».

Jack sintió que sus labios temblaban ante su temperamento. Al menos no había vuelto a mencionar el amor. «Ese es mi plan».

«¿Y devolver a la señora Forester al duque de Diable Delamere logrará eso milagrosamente?».

Jack cerró el reloj con un chasquido. «Este no es el lugar para discutir esto».

La boca de Carys formó una línea firme. «Dijiste que teníamos que esperar hasta que oscureciera completamente. Tenemos tiempo suficiente».

Jack dejó caer el reloj en su palma extendida y cruzó sus dedos alrededor de él. Se puso cómodo en el suelo. «Es bastante simple. Si devuelvo a la señora Forester al duque, él utilizará su influencia para descubrir por qué me culparon del incidente en España».

«¿Cuando murió el hermano de Oliver y los franceses capturaron a Marcus Stortford?».

Jack asintió. «Durante la emboscada me robaron algunos documentos importantes. Cuando me dieron de alta del hospital, mi oficial al mando me había acusado, juzgado y condenado por pasar información a los franceses».

Los dedos de Carys se clavaron en su rodilla. «¿El mismo hombre que te hizo azotar?».

«Sí, el mismo. Nadie estaba preparado para escuchar mi versión de la historia. Mi padre empeoró las cosas cuando intentó "persuadir" a los funcionarios de que yo padecía algún trastorno mental. Su intervención hizo que pareciera que realmente había algo que ocultar».

«¿Pero realmente crees que uno de los otros hombres que te acompañaban fue responsable de lo sucedido?».

Jack negó con la cabeza. «He tenido cinco años para pensar en ello y no estoy más cerca de descubrir la verdad. Le confiaría mi vida a Marcus Stortford. Tengo que creer que los franceses nos descubrieron por accidente y simplemente ganaron más de lo que esperaban».

Carys se recostó en el suelo, con las rodillas dobladas hasta la barbilla. «Todavía no entiendo qué tiene esto que ver con el duque».

Jack buscó su rostro a la luz de la luna. Si moría esta noche, le gustaría pensar que al menos Carys entendía lo que había tratado de conseguir. «A lo largo de los años, ha habido rumores de que Marcus está vivo y está siendo retenido para pedir rescate en la España rural», dijo con cautela. «Si ayudo al duque y a otras partes interesadas, me han prometido ayudarme a encontrar a Marcus».

Carys asintió. «Y si lo encuentran, debería poder corroborar tu historia y eximirte de toda culpa».

Jack le sostuvo la mirada. «Por eso necesito capturar a la señora Forester. El duque indicó que estará muy agradecido por su regreso».

El sonoro retumbar del reloj del patio del establo de Oxwich Manor sonó una nota lúgubre sobre sus cabezas.

Carys se puso de rodillas y rodeó a Jack con sus brazos. Ella besó su boca. «Ten cuidado, Jack».

Abrió la boca para apreciar plenamente la suavidad de sus labios. Se sentía como si estuviera recibiendo la absolución, como un caballero de antaño, que iba a la batalla con el favor de su dama en el yelmo. Él le devolvió el beso y una sensación agrisulce le vació el estómago. ¿Saber sobre Marcus haría a Carys más vulnerable al Capitán Furia o ayudaría a protegerla? ¿Debería haber mencionado esa amenaza también?

«Carys...».

El débil retumbar del reloj del establo sonó encima de ellos, y el brillante rostro de Carys fue barrido por las sombras. Jack rompió el beso. El brillo de la luna desapareció bajo las nubes, dejándolo helado y listo para moverse.

«Espera aquí, *cariad*. Volveré pronto».

* * *

Jack se detuvo en el estrecho rellano en lo alto de la escalera de servicio. El olor a pollo asado y pudín de ciruelas flotaba en el aire. La casa estaba en silencio, aparte de los extraños ronquidos que surgían del dormitorio de la señora Edwards. Jack se volvió y estudió las dos puertas restantes. La señora Evans le había dicho que la habitación de la señora Forester estaba en la parte trasera de la casa, encima de la cocina. Murmurando una oración en silencio, giró el pomo de la puerta y entró en la habitación a oscuras.

El grito de asombro de la señora Forester lo dejó paralizado. «¡Jack Llewelyn! ¿Qué diablos estás haciendo aquí?».

Demasiado tarde, Jack recordó que se había olvidado de teñirse el pelo. La señora Forester yacía encima de su cama, con su cabello rubio y sus rasgos de muñeca casi ocultos por su sombrero negro. Llevaba un abrigo grueso, como si estuviera a punto de pedir su carruaje. Abrió la boca para gritar en serio. Jack dio un salto veloz sobre la cama, agarró la ropa de cama y envolvió eficientemente a la señora Forester en ella.

Él puso su mano sobre su boca y maldijo mientras ella intentaba morderle los dedos. Inclínándose, le quitó el zapato y la media de una de sus piernas que pataleaba salvajemente, asegurándole la media sobre la boca.

Le volvió a poner el zapato y se detuvo para ordenar sus pensamientos y respirar. La señora Forester siguió moviéndose como un pez en un hilo, pero no pudo liberarse. Jack la levantó y la arrojó sobre su hombro. Tan silenciosamente como pudo, bajó las escaleras y salió al jardín.

Carys se puso de pie mientras cerraba la puerta detrás de él. Jack luchó contra una sonrisa mientras imaginaba la imagen tan ridícula que presentaba. La colcha de raso amarillo de la señora Forester se arrastraba por el suelo, a sus pies. Se apresuró a arreglarla antes de tropezar.

«¿Tuviste que cargarla así?».

Jack asintió mientras recostaba a la señora Forester que gemía contra su hombro y comenzaba el ascenso de regreso a Oxwich Manor. «No tenía otra opción al respecto. Estaba completamente despierta y lista para gritar. Al menos está abrigada». Una punzada de inquietud agudizó sus sentidos. Miró alrededor de la ladera desierta mientras subía. «Carys, saca mi arma de mi bolsillo y prepárate para usarla si alguien intenta detenernos».

La sintió deslizar su mano en el bolsillo de su abrigo y sacar con cuidado el arma. Tenía buena puntería; él mismo le había enseñado.

Las luces de Oxwich Manor aparecieron a través de la niebla marina que se acumulaba a medida que ganaba terreno llano. Siguió el trillado camino hasta los establos, consciente de que Carys estaba a su lado. En el tranquilo patio del establo había un carruaje negro sin identificación y dos caballos. Jack creyó vislumbrar a Richard en la ventana de la cabaña del cochero y se dirigió hacia allí.

Al entrar por la puerta baja, Jack dobló las rodillas en un esfuerzo por no dejar inconsciente a su reacio pasajera.

Richard frunció el ceño, con la mirada fija sobre el hombro izquierdo de Jack. «Jack...».

«Baja a la señora Forester, por favor». La fría voz del Capitán Furia llegó detrás de Jack junto con el inconfundible sonido de una pistola amortiguada.

Permitió que la señora Forester se deslizara hasta el suelo, aunque la mantuvo anclada a su

costado. Otros dos hombres, ambos armados y enmascarados, aparecieron desde el pasillo.

Richard dio un paso adelante. «Lo siento, Llewelyn. Estaban dentro del autocar cuando llegó. Parece que mi ayuda de cámara estuvo trabajando para el Capitán Furia todo el tiempo».

Jack sonrió cuando Carys se acercó y le devolvió su arma, con sus movimientos ocultos por el cuerpo difícil de manejar de la señora Forester. «Está muy bien, Richard. Debería haber sabido que el buen capitán aparecería para arruinar mis planes».

El Capitán Furia se apoyó contra la puerta, con su pistola apuntando al pecho de Jack. «Te doy las gracias por haber traído a la señora Forester hasta aquí. Como probablemente te habrás dado cuenta, ella tenía previsto irse conmigo esta noche», él suspiró, «no puedo permitir que la lleves con el duque».

Jack apretó con más fuerza su arma. «¿Y por qué es eso?».

«Porque les he prometido a los franceses que podrán tenerla. Ya me pagaron».

Carys se volvió hacia el Capitán Furia con expresión indignada. «No sé quién es usted, señor, pero entregar a los franceses a una criminal buscada por el gobierno británico huele a traición».

El Capitán Furia sonrió, pero mantuvo su atención y su pistola apuntando a Jack. «¿Supongo que esta es tu esposa? Parece que su temperamento refleja el color de su cabello».

Jack miró a Carys, que avanzaba hacia el Capitán Furia. «Es un hombre muy peligroso, *cariad*. A menos que quieras liberarte de mí para siempre, ¿puedo sugerirte que controles tu lengua?»

Para alivio de Jack, Carys se quedó quieta. «No veo por qué se le debería permitir arruinar tus planes», dijo ella.

«Yo tampoco, amor, pero son tres y todos tienen armas. No creo que estemos en condiciones de discutir».

«Aléjese de él, milady», ordenó el Capitán Furia. «Vaya y póngase al lado del Sr. Mansell».

Después de un asentimiento de Jack, Carys se acercó para unirse a Richard.

«Ahora tú, Jack. Entrega a la señora Forester».

Jack levantó su pistola con un movimiento brusco y colocó el extremo del cañón en la mejilla de la señora Forester. Para su molestia, ella de repente volvió a la vida y comenzó a chillar y luchar.

El Capitán Furia miró fijamente a Jack, pero habló con sus hombres. «Rhys, noquea al señor Mansell. Tom, agarra a lady Jack».

Jack intentó girar hacia un lado para mantener a la vista tanto al Capitán Furia como a Carys, pero los movimientos erráticos de la señora Forester se lo impidieron. Escuchó un cuerpo caer al suelo y asumió que era Richard.

Un segundo después, uno de los hombres gruñó. «¡La perra me mordió!».

Antes de que Jack pudiera reaccionar, el Capitán Furia cruzó la pequeña habitación y agarró a Carys del brazo. Su puño cerrado alcanzó un lado de su cara y ella se hundió en su agarre. «Suelta tu pistola y entrégame a la señora Forester, o mataré a tu esposa».

Una furia fría explotó en las entrañas de Jack mientras miraba la forma inerte de Carys. Miró los implacables ojos grises del Capitán Furia y supo que no tenía otra opción. «Pagarás por eso. Ahora déjala ir y te daré a la señora Forester».

El Capitán Furia sonrió con sus dientes sorprendentemente blancos y uniformes. A Jack se le ocurrió que el capitán hablaba como un caballero educado. «¿Qué tal si las intercambiamos al mismo tiempo?».

Incapaz de hablar, Jack asintió y se volvió hacia su enemigo. Sentía su boca llena de cenizas

mientras colocaba su pistola en el suelo frente a él. El Capitán Furia la apartó de una patada y arrojó a Carys hacia Jack. Jack soltó a la señora Forester y atrapó a su esposa. A pesar de que se le estaba formando un hematoma en la mejilla, parecía ilesa.

«Ahora estamos empatados», dijo el Capitán Furia mientras tomaba a la Sra. Forester en sus brazos. «Átenlos, muchachos». Esperó hasta que los tres estuvieron atados con una gruesa cuerda de pescador.

La señora Forester farfulló algo mientras él, casualmente, la echaba sobre su hombro.

«No te molestes en ir tras de mí. Esta noche llegará a la bahía un barco francés armado que espera embarcar a una pasajera».

«¿Y qué pasa con nuestros otros asuntos? Te llevé hasta la señora Forester. ¿Qué pasa con mi amigo en España?».

El Capitán Furia se detuvo en la puerta. «No lo he olvidado. A pesar de lo que puedas pensar, siempre pago mis deudas».

Jack se quedó mirándolo mucho después de que la puerta se cerrara de golpe detrás de los hombres del Capitán Furia. La cuerda floja le lastimaba las muñecas mientras luchaba por liberarse. Se las arregló para tambalearse hasta la ventana y ver cómo se alejaba el carruaje sin identificación, llevándose consigo todas sus esperanzas de un futuro respetable y un reencuentro con el amor de su vida.

Capítulo 26: Capítulo Veintiséis

Carys abrió los ojos ante un extraño sonido chirriante. Jack se apoyó en la esquina de la mesa encima de ella, intentando aflojar la cuerda que le ataba las muñecas a la espalda. Tragó saliva y luchó por sentarse, accidentalmente en el proceso dándole un codazo a Richard, que aún estaba inconsciente.

«¿Jack?», se giró para mirarla y Carys casi retrocedió ante la dura desolación en sus ojos. «¿Estás bien?».

«Estaba a punto de hacerte la misma pregunta, dejó de luchar con la cuerda. «No quiero despertar a toda la familia. ¿Crees que podrías sacar el cuchillo de mi bolsillo?».

Carys avanzó gateando hasta arrodillarse junto a sus botas. Luchó contra una oleada de náuseas mientras intentaba enderezarse y agarró la rodilla de Jack. Después de respirar profundamente, buscó en su bolsillo, localizó el cuchillo y se lo tendió.

«Hazlo por mí», dijo Jack. «Tienes las manos atadas delante de ti».

Su tono cortante no mostraba ningún indicio de la ira que Carys sabía que debía sentir. Manióbró el cuchillo entre sus manos y comenzó a cortar las ataduras de Jack. Parecía que estaba tomando una eternidad cortar las duras hebras de arpillera húmeda. Un gemido vino detrás de Carys cuando Richard volvió a la conciencia.

El reloj del establo volvió a sonar cuando Jack liberó a Carys de sus ataduras. Richard estaba sentado en una silla, con el rostro pálido y un paño húmedo presionado contra el bulto que tenía en un lado de la cabeza.

Jack miró a su alrededor en busca de su pistola. «Cuida de Richard, *cariad*. Seré lo más rápido que pueda».

Richard intentó ponerse de pie. «No los atraparás ahora. Estarán demasiado por delante».

Jack levantó la vista brevemente mientras localizaba su pistola y se la metía en el bolsillo. «No tengo otra opción. Tengo que encontrar a la señora Forester».

«Jack, si esperas un momento, tengo un plan mucho mejor».

«¿Y qué es eso, Richard? ¿Planeas enviar a tu madre tras ellos?».

Carys le lanzó una mirada enojada. «Eso fue indigno de tu parte. Al menos ten la decencia de escuchar su sugerencia».

Jack se apartó de la puerta, con la mandíbula apretada en una línea dura. «Pido disculpas. Mis modales parecen haberme abandonado. ¿Qué tienes en mente?».

Richard se inclinó hacia delante. «Puedo llamar a los Dragones Marinos».

«¿Puedes?».

«Por supuesto», dijo Richard. «La familia Mansell siempre ha estado a cargo de la pandilla. Si hay barcos extranjeros cerca de nuestra costa esta noche, puedo garantizar que los Dragones Marinos sabrán dónde están y cómo abordarlos».

Carys frunció el ceño. «No entiendo. ¿Quiénes o qué son los Dragones Marinos?».

«Es el nombre que se le da a la banda de contrabandistas que operan en la Bahía de Oxwich», dijo Jack, «y uno que debes esforzarte por olvidar de inmediato».

Carys cerró la boca y estudió el hermoso rostro de Richard. ¿Era un terrateniente respetado y ocupaba un puesto en la Cámara de los Comunes, pero estaba involucrado con una banda de contrabandistas?

Jack volvió para estrechar la mano de Richard. «Si puedes ayudarme con esto, estaré en deuda contigo por el resto de mi vida».

Richard le devolvió el apretón de manos. «Es un placer ayudar». Se tocó la cabeza magullada e hizo una mueca. «Y por Dios, me gustaría vengarme del hombre que me hizo esto. ¿Cómo dijiste que se llamaba?».

«Capitán Furia», dijo Jack. «No tengo idea de su verdadero nombre, pero es un hombre muy peligroso».

«No me lo mencionaste antes», le dijo Carys.

Él suspiró. «En verdad, esperaba que nunca tuvieras que conocer su nombre».

Contenta de no verse obstaculizada por sus enaguas y faldas, Carys se puso de pie. «Voy contigo».

Richard miró inquisitivamente a Jack, quien se encogió de hombros. «Difícilmente podemos dejarla atrás y no nos libraremos de ella. En mi experiencia, también podrías ceder de buena gana». Jack atrajo a Carys hacia él y la envolvió en su capa. «Pero debes permanecer cerca de mí y hacer lo que te diga».

Ella asintió mientras Richard pasaba junto a ellos y se dirigía hacia los establos. Jack tocó su mejilla magullada, sus ojos marrones serios bajo el ala de su sombrero. «Al menos si estás conmigo, tengo la oportunidad de saber qué harás a continuación».

Carys puso la mano de él en sus labios y le besó los dedos. «Seré cuidadosa. Lo prometo».

Él sonrió. «Me parece recordar que dijiste eso antes, y mira adónde te llevó».

* * *

La serie de cuevas ocultas debajo de Oxwich Manor parecía interminable. Carys se concentró en mantener el equilibrio sobre las rocas resbaladizas y llenas de algas mientras seguía la ancha espalda de Jack. Delante de ella, Richard encabezaba la marcha, con tres hombres enmascarados a su lado. Una única linterna iluminaba la penumbra.

Carys tropezó y solo se puso de pie agarrando un puñado del abrigo de Jack. Él la agarró por el codo y la atrajo más firmemente hacia él. Cuando Richard se detuvo para conversar con los hombres que se habían materializado silenciosamente desde la oscuridad, Carys sintió la boca de la cueva y el poder del mar más allá.

Cuando sus ojos se acostumbraron a las capas y matices de la cueva, distinguió el brillo distintivo de las olas de puntas blancas golpeando las rocas. Oyó movimiento en la estrecha franja de playa y la presencia de más hombres. Algo grande se deslizó desde la cueva hacia el mar sin apenas hacer ruido. Carys miró hacia abajo y notó que habían colocado una pesada lona sobre los guijarros para facilitar el camino del barco.

Cuando se lanzó un segundo bote desde las profundidades de la cueva por la rampa improvisada, Richard regresó con Jack. A su conjunto había añadido un tosco jersey de pescador y un gorro de lana. Parecía más animado de lo que Carys hubiera creído posible, considerando su palidez anterior.

«Hay un barco francés esperando más allá de Worm's Head. Si tomamos los botes pequeños deberíamos poder “negociar” con el Capitán», le sonrió a Jack. «El bastardo francés debería haber consultado con los Dragones Marinos si pretendía honrar nuestras aguas con su presencia. Estará en desventaja y, por lo tanto, será más propenso a ser amable».

Jack tomó la mano de Carys. «¿En qué barco nos quieres?».

Richard señaló hacia el lado izquierdo de la playa. «Lo mejor es que vayan al segundo. Quizá podamos recuperar a la señora Forester sin revelar su presencia. Sería mejor que no los vieran», le guiñó un ojo a Carys. «No queremos que los franceses piensen que hemos empezado a emplear mujeres contrabandistas», le dio una palmada a Jack en el hombro. «Si nos separamos, me aseguraré de que lleven a la señora Forester a Londres lo antes posible».

Carys se adentró en el mar espumoso y subió al bote. Quince centímetros de agua de sentina flotaban sobre sus botas mientras se instalaba en el centro, rodeada por doce hombres. Jack tomó el remo de su izquierda y empezó a remar al unísono con los demás. El mar estaba agitado y el barco subía y bajaba como un corcho de champán. Carys miró las estrellas y las nubes de tormenta que se avecinaban, arrullados por el rítmico movimiento y descenso de los remos.

¿Qué diablos estaba haciendo ella aquí? En su afán por ayudar a Jack, había perdido otra oportunidad de volver a casa con Owen. ¿Cuándo se había vuelto tan importante para ella que Jack tuviera éxito en su misión? Se imaginó a su hijo dormido con su caballo de peluche favorito debajo del brazo. Martha había aceptado llevarlo a la granja de su hermano tan pronto como Gwyneth pudiera arreglárselas sin ella.

Mientras rodeaban el punto más alto de la bahía de Port Eynon, los doce remeros tuvieron que esforzarse más para combatir las corrientes cruzadas y el viento en contra que amenazaban con destrozar el barco. El hombro de Jack presionó con fuerza contra el de ella mientras echaba hacia atrás el remo. Delante de ellos, el casco de un barco mercante surgía del agua. Tenía el aspecto alerta y preparado de un barco dispuesto a escabullirse en cuanto los vientos se estabilizaran.

Un único destello de la linterna del barco de Richard provocó un destello de respuesta de la linterna cubierta del suyo.

«Richard tiene la intención de negociar con el capitán mientras esperamos aquí en caso de que nos necesiten», murmuró Jack al oído de Carys.

Richard y su tripulación remaban, avanzaban y llamaron al centinela solitario. El barco de Jack dio la vuelta y rodeó el barco, adentrándose más en aguas abiertas. Carys se esforzó por escuchar mientras comenzaba una animada discusión entre Richard y alguien en el barco francés.

Jack le dio un empujón en el brazo y sintió su aliento cálido contra su mejilla helada. «Apuesto a que los franceses niegan tener conocimiento alguno de la presencia de la señora Forester».

«Vaya qué sorpresa».

Jack se rió con discreción y el estruendo de su risa vibró a través de su cuerpo como el ronroneo de un gato. Ella se acercó a su calidez y él la rodeó con el brazo.

«Si el Capitán Furia se ha ido, tenemos más posibilidades de recuperar a la señora Forester, ¿no?».

Jack asintió. «Le dije a Richard que le ofreciera al capitán francés todo el dinero que necesitara. Tenemos que asumir que es sobornable. Cualquier barco dispuesto a correr el riesgo de acercarse tanto a tierra en tiempos de guerra probablemente no esté en misión oficial. El duque me aseguró que pagaría lo que fuera necesario para recuperar a la señora Forester».

«¿Por qué ella es tan importante para él?».

Jack miró a sus compañeros de viaje, quienes parecían seguir su conversación con gran interés. «Te diré cuando tengamos más privacidad. Apuesto a que todos los hombres aquí hablan galés además de inglés».

«Sí, lo hacemos, señor, pero no permita que eso lo detenga».

Jack le sonrió al orador de cabello negro y sacudió la cabeza. «Esta vez no, Evan. Me lo agradecerás cuando nadie venga a buscarte para cortarte el cuello».

Un único disparo devolvió la atención de Jack al barco. Una figura solitaria estaba en cubierta y los saludaba con la mano.

Jack tragó aire. «Ese es Richard a bordo. Ahora recemos para que pueda sacar a la señora Forester de ese barco».

Mientras esperaban, el viento se levantó y tiró de las velas del barco francés como si intentara soltarlas. Carys se agarró al asiento de la tabla mientras Jack y sus compañeros luchaban por mantener su posición contra el cambio de marea. Por encima del rugido del mar, Jack esperaba ansiosamente otra señal del barco francés. Por fin llegó. Jack agarró su remo, listo para remar de regreso a la orilla.

«La tiene», le gritó a Evan, que manejaba el timón. «¿Podremos regresar a la bahía de Oxwich?».

Evan sacudió la cabeza y luchó por ayudar a recoger la única vela. «No con un viento como este. Es mejor para nosotros rodear Worm's Head y entrar en Rhossili».

Jack le sonrió alentadoramente a Carys. «Estarás en casa antes de lo que pienses, amor».

Ella logró esbozar una débil sonrisa, con su rostro pálido contra la oscuridad de su capucha, su brillante cabello oscurecido por la lluvia y el rocío del mar.

Jack puso toda su fuerza en su remo. Cuando intentaron cambiar de rumbo, el barco se estremeció como si estuviera vivo. Miró por encima del hombro y vio que el barco francés cobraba vida y levaba anclas.

«¿Seguramente el capitán no podría estar pensando en irse ahora?», Jack echó otro vistazo y le gritó una advertencia a Evan. «Si no actuamos rápido, se interpondrá en nuestro camino».

Sin más discusión, los hombres aumentaron la brazada, obligando al bote a atravesar el agua turgente que parecía resentir su paso apresurado. La sangre de Jack tronó en sus oídos mientras la brecha se estrechaba entre su bote y la imponente masa del barco.

En unos momentos regresarían a las aguas poco profundas de la bahía de Rhossili, y el barco francés debería zarpar hacia mar abierto. Jack arqueó la espalda y volvió a tirar con fuerza del remo.

Perdió su remo cuando, con un chirrido, la proa del barco cortó el lado opuesto de su pequeño bote. Tomó a Carys en sus brazos mientras el bote se astillaba como un juguete y la abrazó mientras caían al agua helada.

A su alrededor, los cuerpos pateaban y se agitaban. El agua se cerró sobre sus cabezas, obligándolos a hundirse. Carys intentó zafarse de su agarre, pero Jack se aferró a su capa hasta que el casco negro del barco pasó sobre ellos. Sus pulmones pedían aire a gritos, pataleó con fuerza y se abrió camino hasta la superficie.

Una pequeña mancha de aceite de la linterna rota ardía en la superficie del mar, iluminando los restos de su barco y a la tripulación superviviente. Intentó sonreírle a Evan, que caminaba junto a él, pero descubrió que no le quedaba suficiente aire para intentar algo más que toser agua de mar.

Evan señaló a Carys. «Ayudaré a mis hombres. Lleva a tu dama a un lugar seguro».

Carys le dio un golpe en el pecho y él la levantó más alto en el agua, balanceando su pie sobre su rodilla. Se quitó el pelo de los ojos para revelar su rostro de sorpresa. Jack se inclinó para besarle la nariz y recibió más de lo que esperaba cuando ella estornudó.

Estaba devotamente agradecido de que ella usara ropa de hombre. El peso de sus enaguas y faldas habría dificultado sus intentos de flotar. Ella asintió y él la giró hacia las lejanas luces de la bahía de Rhossili.

«Las mareas van a nuestro favor y estaré a tu lado. Sigue avanzando en línea recta».

No le preocupaban sus habilidades para nadar. Como todos los niños con los que había crecido, ella nadaba como un pez. Trató de calcular la distancia que tenían que cubrir mientras ella se movía a su lado, con brazadas seguras y uniformes a pesar de la presión de las olas. Pasaron diez minutos y Jack sintió que Carys se cansaba.

Cuando sus pies tocaron guijarros y piedras, ignoró el dolor y simplemente agradeció estar cerca de la orilla. Carys lo agarró del brazo y él mantuvo su cabeza sobre el agua hasta que ella también logró sentir el fondo. La siguiente ola se estrelló detrás de ellos con un rugido. Jack se tambaleó y cayó de rodillas, llevándola consigo.

Como dos focas desgarradas, se arrastraron hasta la playa, fuera del alcance del agua.

Carys señaló hacia el acantilado. «Gracias a Dios, mi cabaña está aquí arriba».

Jack la siguió por los empinados escalones excavados en la pared rocosa. Tropezó mientras caminaba y maldijo mientras su cuerpo cansado protestaba hasta la última llamada que hacía. Estaba demasiado oscuro para ver gran parte de la cabaña de Carys, aunque captó el aroma de las hierbas y el brillo de la cerca pintada de blanco mientras ella lo conducía a través del jardín.

Hacía frío en la cocina. Ningún resplandor acogedor iluminaba el horno o la chimenea. Carys encendió una vela y Jack se arrodilló para ocuparse del fuego y las brasas del horno. Cuando se levantó, Carys había desaparecido. Regresó con una tetera llena de agua que puso sobre la estufa.

Antes de que Jack pudiera hablar, Carys de repente se sentó con los brazos cruzados sobre el pecho. El miedo ardía en el estómago de Jack mientras agarraba la vela y la iluminaba en el rostro. ¿Estaba herida? Temblaba tan fuerte que le sangraba el labio.

«¿Qué pasa, *bach*?».

Ella no le respondió. Con una maldición, Jack la levantó y la colocó contra su pecho. Agarró la vela con una mano y subió corriendo las escaleras. Abrió de una patada la primera puerta que vio y luego se detuvo, dándose cuenta de que la habitación no podía ser la de Carys. Tenía el aspecto destartado de la habitación de un niño abandonada apresuradamente.

Retrocedió y probó con la puerta de al lado. El dulce aroma que fluyó confirmaba que era suyo. La sentó en el borde de la cama, puso la vela en el armario y empezó a buscar mantas. «¿Estás herida, *cariad*?», preguntó por encima del hombro mientras registraba los montones de ropa cuidadosamente doblados.

«No... solo tengo frío», susurró. «Jack, podríamos haber *muerto*, nosotros...».

Jack se arrodilló a sus pies y le quitó las botas. «Vamos a desvestirte y meterte en la cama. Te traeré algo caliente para beber tan pronto como hierva la tetera». Le quitó las medias y los pantalones empapados. «¿Puedes pararte?».

Jack rodeó las caderas de Carys con el brazo y la puso de pie. Él la ayudó a quitarse los pantalones, con la mejilla presionada contra la carne suave y redondeada de su estómago. Un lento calor le quemaba el estómago. Quería girar la cabeza y lamer su suave piel, saborear la sal, atraer el aroma de su excitación a su lengua.

Jack cerró los ojos y se obligó a dejarla ir. Definitivamente este no era el momento de recordar lo cerca que estaba de su cama. Dio un paso atrás y esperó que ella no hubiera notado su ligera vacilación. «¿Puedes ponerte tu chaqueta y tu camisa tú misma?».

Carys jugueteó con los botones de latón de su abrigo. «Lo siento», susurró ella. «Mis dedos están congelados hasta los huesos».

Jack libró una breve batalla con su conciencia y asumió la tarea. En todo caso, sus dedos temblaban más que los de ella. Intentó no rozarle los senos con los nudillos, pero no podía evitarlo. Ya no tenía frío. Tenía tanto calor que empezaba a sudar. Su único consuelo era que los ojos de Carys permanecieron medio cerrados mientras le quitaba la última prenda.

Los primeros hilos perlados del amanecer se filtraron por la ventana e iluminaron la belleza de su piel expuesta. Por un momento, Jack se permitió asimilar su belleza antes de cubrirla implacablemente de pies a cabeza con una manta.

«Iré a buscarte un poco de té».

Los ojos de Carys se abrieron de golpe mientras tomaba otra manta y cobardemente salía corriendo de la habitación. La cocina empezaba a calentarse y Jack se quitó la ropa y puso las botas junto al magro fuego. Envolvió la manta con más seguridad alrededor de sus caderas. ¿Dónde estaba el hijo de Carys? ¿Y dónde estaba Martha? Jack recordó de repente la difícil situación de Gareth. Era posible que Martha se hubiera llevado al niño cuando fue a ayudar a Gwyneth.

Jack se preguntó cómo se habría sentido si hubiera irrumpido en la habitación del niño y se hubiera encontrado cara a cara con el bastardo de su esposa. ¿Se parecía el niño a Carys o Jack vería los rasgos oscuros como el carbón de Oliver Rice?

La tetera empezó a hervir y Jack preparó un té dulce y fuerte. Miró hacia las escaleras en sombras. Tenía que ver a Carys al menos una vez antes de sucumbir al sueño. ¿Podría lograr no rogarle que le permitiera entrar en su cama? Él cuadró los hombros. Por supuesto que podría; solo le preocupaba su bienestar físico. Su lujuria no deseada seguramente desaparecería si se le dejara valerse por sí mismo.

Con dos tazas de té en la mano, subió las escaleras. La puerta del dormitorio de Carys todavía estaba abierta después de su apresurada partida. Se arrodilló en la cama e intentaba secarse el cabello con una de las sábanas que Jack le había dejado. Se le secó la boca cuando notó que la manta se había deslizado y expuesto la línea larga y flexible de su espalda y su trasero. Parecía una sirena acicalándose sobre una roca.

Dejó el té y se acercó. A través de la cortina de su cabello, Carys encontró su mirada. Sin decir palabra, se acercó a su tocador, cogió un peine y empezó a trabajar en la maraña de su pelo. Carys dio un extraño suspiro y se apoyó contra él. La frialdad de su piel hizo que su carne cobrara vida.

Con un gemido ronco, la levantó y la acunó en sus brazos, buscando su boca, buscando su dulzura. Ella le devolvió el beso y la sal del mar se mezcló con el creciente calor de su deseo. *Sirena, hechicera, sirena*. Su cabello se deslizó sobre él como una red de seda, atrapándolo, rodeándolo, manteniéndolo a salvo.

Jack logró alejarse un centímetro. «Te he preparado té. Debes beberlo mientras esté caliente. Necesitas mantenerte caliente».

Carys deslizó sus dedos en su cabello. «Quédate aquí conmigo, Jack. Supongo que me mantendrás mucho más caliente que el té».

Capítulo 27: Capítulo Veintisiete

Interiormente, Jack se puso tenso. ¿Carys entendió que anhelaba celebrar la vida con ella de la forma más natural posible? Después de casi ahogarse, quería sentirse vivo, besar su piel suave como el satén, unir su cuerpo al de ella.

Jaló con fuerza del húmedo cabello rizado de su nuca y acercó su rostro al de ella. Casi tenía miedo de mirarla a los ojos. ¿Qué haría ella si él se negara a quedarse con ella? Él apretó la mandíbula y se estremeció cuando ella pasó los dedos por su mejilla sin afeitar.

«No te vayas. Te deseo Jack».

«Dios me ayude, Carys. Te deseo más que a la vida». Las palabras explotaron cuando la tomó completamente entre sus brazos. Con un gemido, cedió a su fuerte mordisco y abrió la boca.

Su manta cayó y puso sus exuberantes pechos en contacto con el de él. Sabía a mar y a la promesa del deseo. Quería besarla para siempre.

Ella apoyó la palma de su mano contra su pecho desnudo y su corazón se aceleró. Su beso se volvió más posesivo mientras la instaba aún más a acercarse. Con su mano atrapada entre sus cuerpos, a Carys le resultó fácil desatar la manta anudada apresuradamente alrededor de su cintura.

Él gimió profundo en su garganta mientras ella acariciaba su duro y penetrante miembro. Se inclinó y empujó sus caderas contra las de él. Con toda la cordura que le quedaba, la agarró suavemente por los antebrazos y la alejó de él.

«*Cariad*, quiero que pienses en esto con mucho cuidado».

«¿Por qué?».

Jack dejó escapar un suspiro de frustración. «Porque si te llevo de regreso a mi cama, pondría en peligro cualquier posibilidad que tengas de divorciarte. ¿No recuerdas lo que nos dijo tu abogado? Si pasamos una sola noche juntos bajo el mismo techo, ya no podría divorciarme de ti. Se consideraría que te hubiera perdonado».

Ella extendió la mano y reclamó su dolorido pene. «Estamos completamente solos. Nadie sabrá lo que haremos esta noche a menos que lo digamos».

Jack se estremeció por la necesidad de estar de acuerdo con ella mientras ella lo acariciaba con las yemas de los dedos. «¿Y qué hay de tus otros amantes? ¿No se opondrían?».

Ella dejó de tocarlo. Quería gritar. Agarró una de las mantas y la sostuvo contra sus pechos como un escudo. «No tengo amantes».

Para ganar tiempo, Jack volvió a atar la manta a su cintura. Extendió la mano y tomó su puño cerrado. «No tienes que mentirme. No te fui fiel después de que me fui. Durante las primeras semanas me comporté como el libertino que mi padre me acusaba de ser. Él le apretó los dedos. «No voy a criticarte por tener un amante. Sería hipócrita de mi parte».

La barbilla de Carys se alzó y Jack sintió una leve sensación de alarma. «¿*No me vas a criticar?*».

«Solo quise decir...».

«¿Qué hay de la mujer que mantuviste en Swansea?».

«¿Qué mujer?».

«La señora Sian Williams. A tu madre le encantaba hablarme de ella. Mientras tú estabas ocupada divirtiéndote, me vi obligada a pasar incontables noches tristes con ella diciéndome que era culpa mía por no ser una esposa lo suficientemente buena para ti».

«¿Y le creíste?».

«¿Le creí a quién?».

«A mi madre».

Carys se mordió el labio. «¿Estás diciendo que ella me mintió?».

«Según tú misma, mi madre habría hecho cualquier cosa para destruir nuestra felicidad. ¿Por qué debería oponerse a una pequeña mentira como esa?».

Carys miró hacia otro lado, su perfil se tiñó con el resplandor de la luz emergente como el mejor cameo. «Le pregunté a Robert y me dijo que también era cierto».

«Y ahora sabemos que Robert tampoco es del todo sincero, ¿no?», él tomó su mano. «Nunca quise otra mujer hasta que te negaste a dejar la casa de mi padre conmigo. Luego me enojé tanto contigo que bebí y usé prostitutas durante toda mi estancia en Londres». Jack siguió luchando, decidido a ser lo más honesto posible con ella, incluso si ahora le dolía. «Después de unas semanas, se me acabó el dinero. Y me di cuenta de que no tenía ahorros ni familia a quien pedir ayuda».

«Quizá seas tú quien debería pedir perdón entonces, Jack», susurró Carys.

«Tienes razón», exhaló lentamente. «¿Me perdonarás?».

«¿Por revolcarte en la autocompasión o por ser adúltero?».

Jack se estremeció como si ella le hubiera golpeado. «Quizá debería decir buenas noches».

«Espera», Carys lo agarró del brazo, «si puedo perdonarte eso, ¿aceptarás que no tengo amantes?».

«¿Qué hay de Rice?».

«La familia de Oliver es propietaria de esta cabaña. Me la ofreció después de que encontré insoportable la vida con tus padres. Desde que vivo aquí, él estuvo dispuesto a aconsejarme cuando necesitaba ayuda. Supongo que he llegado a depender de él».

Jack trató de ignorar el arrebato de celos que lo sacudió. «¿Eso es todo?».

«Tú ya conoces el resto», Carys contuvo el aliento. «Aún no me crees, ¿verdad?».

Jack la miró a los ojos. Tenía que preguntar por su hijo. No había otra manera de arreglar las cosas entre ellos. Intentó recordar el nombre del otro hombre que ella había mencionado. «¿Qué hay de tu otro amante? Owen, creo que lo llamaste. Una vez me dijiste que era el hombre más adorable que conocías».

«¡Qué tonto!», Carys le dio una palmada en la mejilla y Jack retrocedió.

Ella pasó junto a él y salió de la cama, arrastrando las sábanas detrás de ella como una reina enfurecida. Jack se sentó un rato hasta que el dolor de las palabras de Carys disminuyó lo suficiente como para igualar el latido de su mejilla. ¿Era esa su respuesta? ¿El misterioso Owen había dejado a Carys embarazada y luego la había abandonado? ¿Y qué le importaba a él? Si realmente la perdonaba, tal vez no tendría derecho a pedírselo.

Jack bebió el té que le había traído a Carys y se aventuró a bajar las escaleras. Ella estaba junto a la cocina, ocupada con una olla. Había recogido su cabello rojo dorado en un moño desordenado en la nuca.

«¿Qué estás haciendo?».

«Veneno», Carys encorvó el hombro y continuó removiendo el contenido de la olla con fuerza innecesaria.

Jack se acercó detrás de ella. Deslizó sus brazos alrededor de su cintura. Apoyando la barbilla en su hombro, fue recompensado con un fuerte chasquido de la cuchara de madera en su muñeca.

Se retiró a la mesa y se sentó en la esquina, masajeándose la muñeca. «Demonios,

cariad...».

«No intentes ser amable, Jack. No tienes idea de cuánto me has ofendido». Vertió su humeante brebaje en una taza y lo miró. El olor a manzanilla y miel flotaba hacia él.

Él se puso de pie y le quitó la taza antes de que ella decidiera volcarla sobre su cabeza. Le apartó un mechón de pelo que le había caído sobre la cara. «No importa. Todo eso ya es cosa del pasado, ¿no?».

Sin pensarlo más, presionó sus labios contra los de ella. Ella trató de alejarlo, pero él la abrazó y se ahogó en las fragancias celestiales de su boca. Cuando dejó de besarla, ella se relajó en sus brazos, con los ojos aturdidos.

«Debes perdonarme», susurró. «No puedo imaginar a ningún hombre resignado con solo ser tu amigo. Cada vez que te veo, lo único en que puedo imaginar es en hacerte el amor».

«Eres incorregible», siseó. «No sé por qué estoy hablando contigo».

«¿Porque podríamos haber muerto en los brazos del otro esta noche? ¿Porque te necesito más de lo que necesito respirar?», murmuró Jack.

La tomó en brazos y se dirigió de regreso al dormitorio. La posibilidad de perderla había destrozado sus percepciones del bien y del mal. Se dio cuenta de que no le importaba si ella había mentido sobre sus amantes. Ella era demasiado importante para que él la perdiera ahora. Era la única mujer que realmente lo conocía.

* * *

Jack apartó las sábanas y acostó a Carys sobre las frescas sábanas con aroma a mar. Se dejó caer a su lado y desenrolló su capullo de mantas. Instintivamente deslizó su mano sobre su estómago, donde quedaba un fino trazo de líneas plateadas de su embarazo. Jack apartó su mano. Él se inclinó y besó su ombligo, con su cálido aliento sobre su carne, su áspera barba era una sutil invitación masculina.

«Está bien, *cariad*. Sé que tuviste un hijo. Esas marcas no son nada de qué avergonzarse».

Carys empujó con fuerza el hombro de Jack hasta que él se alejó de ella. ¿Él sabía que ella tenía un hijo? Desde que habló con su madre, se había convencido de que no era así. Incluso había empezado a ponerle excusas.

La vieja ira y el dolor inundaron sus sentidos y encendieron su temperamento. «¿Cómo podría avergonzarme de tener un hijo, Jack? ¿Tú lo estarías?».

Volvió sobre sus talones, su poderoso cuerpo dorado por la luz del amanecer. «No quise hacerte enojar de nuevo. Solo quería que supieras que no te crearé ninguna dificultad. No necesitas casarte con Rice para proteger a tu hijo. Según la ley, lo puedo reconocer como mi heredero».

Carys se alejó de él hacia los pies de la cama y subió las rodillas hasta la barbilla. Señaló la puerta. «Sal de aquí».

Para su alivio, él se levantó de la cama. Pero en lugar de irse, se acercó a la ventana y miró hacia el jardín. Carys miró fijamente su espalda ancha y desnuda; las cicatrices de su azote público resaltaban como bandas plateadas a contraluz. Buscó debajo de la almohada su camisón. Cuando Jack se volvió hacia ella, ella se quedó paralizada con él en sus manos.

«No entiendo», dijo él en voz baja. «Cuando Robert me escribió y me dijo que habías dado a luz al hijo de otro hombre, quise matarte. Pero con el paso de los años, he llegado a comprender cómo se explica por qué no te fuiste conmigo», su rostro se suavizó, «sé cuánto deseabas tener un hijo».

El camisón de Carys se deslizó entre sus dedos repentinamente sin nervios. «¿Se te ocurrió alguna vez que el niño podría ser tuyo? ¿Alguna vez se te *ocurrió* que la razón por la que no me

fui contigo era porque ya estaba embarazada de tu hijo?».

Su rostro palideció. Movi6 los labios, pero no surgi6 ning6n sonido.

Carys se sec6 las l6grimas que corrían por sus mejillas. «No pude darte un hijo tres veces. Estaba empezando a creer que tu madre tenía razón y que habías llegado a despreciarme, a alejarte de mí, a no *amarme*». Puso una mano sobre su est6mago, como si el niño todavía estuviera allí. «Dios, fue la decisi6n más difícil que he tomado en mi vida. ¿Irme contigo o quedarme y tratar de tener a tu hijo? Tenía tanto miedo de ser expulsada de todo lo que conocía y, sin embargo, me aterrorizaba ser una carga para ti. Casi me destroz6», ella se oblig6 a mirarlo. «En mi inocencia, imaginé tontamente que terminarías volviendo a mí, así que decidí proteger a nuestro hijo».

«Pero no volví, ¿verdad? Y quemé todas tus cartas. Y ahora estamos en un lío endemoniado». Regres6 a la cama y le tom6 la mano. «¿C6mo lo llamaste?».

Ella acun6 sus dedos temblorosos. «Owen, por ti, aunque tus padres estuvieron en contra».

Jack dej6 caer su mano y se alej6 de ella. «Dios», susurr6, «¡oh, *Cristo!*, perd6name».

Carys hizo un gesto cuando la puerta se estrell6 contra la pared y Jack baj6 las escaleras dando tumbos, dejándola sola.

Con manos temblorosas, Carys se puso una enagua limpia y un vestido viejo y se recogió el pelo con una cinta. Abajo no descubrió ning6n rastro de Jack. Sus botas y su capa empapada habían desaparecido frente al fuego. Supuso que él se dirigiría a la costa. Siempre lo había hecho cuando estaba en problemas. Decía que el mar lo tranquilizaba. Encontr6 sus botas, se puso un chal sobre la cabeza para protegerse del tir6n del viento y lo sigui6 hacia el amanecer.

Capítulo 28: Capítulo Veintiocho

Jack no se detuvo a esperar hasta que sus ojos se acostumbraran a los patrones irregulares de la penumbra. Blancos remolinos de niebla marina se arrastraban a través de la sombra verde del jardín de Carys. Las telarañas brillaban y se enredaban en su ropa, mecidas por la suave brisa posterior a la tormenta.

Mientras Jack subía los escalones de pizarra, el constante ruido de las olas en la playa le resultaba tranquilizadamente familiar. Podía oír su respiración agitada cuando llegó al último escalón y abrió la puerta. Delante de él se extendía el mar, su vasta extensión envuelta en la niebla matutina. Jack caminó hacia el borde del acantilado y miró hacia abajo.

Las rocas escarpadas y dentadas de abajo parecían contentas de esperar una nueva víctima arrancada del mar o arrojada desde las alturas. Jack contempló el mar plano y gris hierro. ¿Richard habría regresado sano y salvo a la orilla con la señora Forester? Esperaba que la aburrida mujer ya estuviera de camino a Londres. Sabía que debería importarle, pero de alguna manera, después de la confesión de Carys, apenas pudo despertarle interés.

La marea salpicada de espuma continuó subiendo y Jack se dirigió tierra adentro hasta un muro de piedra que rodeaba un campo de ovejas pastando. Al saltar el muro, descubrió que su cuerpo se negaba a ir más lejos. Había experimentado una reacción física similar después de una batalla. No tenía sentido luchar contra ello. Se deslizó hacia abajo y permitió que su espalda chocara con las frías e implacables piedras.

Con un sonido inarticulado, subió las rodillas hasta la barbilla y hundió la frente en el calor familiar. Los latidos de su corazón se estabilizaron y recordó cómo respirar. ¿Cómo pudo haber sido un tonto tan ciego e ignorante? Debería haberse dado cuenta de que Carys se había negado a irse con él por una muy buena razón.

Jack cerró los ojos con fuerza. En su abrumador deseo de superar a su padre, había permitido que su orgullo y arrogancia lo privaran de su esposa y de su hijo.

Tenía un *hijo*.

No estaba seguro de cuándo se dio cuenta de que Carys estaba sentada a su lado. Sintió el sol salir sobre el mar detrás de ellos, su tibio calor como una caricia en sus hombros y cuello. Después de un rato, Carys le puso una mano en el brazo.

«¿Jack?».

Sus músculos se tensaron bajo sus dedos. Ella lo agarró con más fuerza, como si temiera que él pudiera alejarla.

«¿Por qué viniste detrás de mí?».

«Quería asegurarme de que estuvieras bien».

Jack soltó una risa áspera. «Quizá debería haberme arrojado al precipicio y haber mejorado todo». Tragó y los músculos de su garganta lucharon por funcionar.

Carys le sostuvo la mirada. «Eres el padre de Owen. ¿Crees que me encantaría contarle a nuestro hijo que te has suicidado?».

Jack se estremeció y se dio la vuelta, consciente de que su control pendía de un hilo. «Juro que no lo sabía. Pensé que te quedaste para dar a luz al hijo de tu amante».

Ella suspiró. «Pero te escribí varias veces».

«Y destruí cada carta que recibí de ti».

«¿Las destruiste sin leerlas? ¿Por qué?».

«Porque todavía estaba demasiado enojado contigo para soportar ver tu letra y pensé que

sabía lo que ibas a decir».

El dolor cruzó por su rostro, pero no se dio la vuelta. «Sé que tu madre no te entregó mis cartas. Pero al menos una de ellas debió haber logrado pasar. Robert me prometió que entregaría mi última carta sana y salva en tus manos».

«Me escribió y me dijo que tenías un hijo. No mencionó que el bebé era mío ni incluyó nada acerca de ti». Miró los campos interminables. «Estoy empezando a creer que Robert no se preocupa por mis mejores intereses».

Una bandada de gaviotas voló a baja altura sobre el muro, lanzadas desde el acantilado por la ráfaga de brisa marina. Carys retrocedió ante sus ojos avariciosos y sus picos afilados. Jack no les prestó atención.

«Cuando decidí volver, pensé que te había perdonado», dijo. «*Pensé* que podría aceptar que tuvieras un hijo y alegrarme por ello. En mis momentos más tontos, casi esperaba que me agradecieras por salvarte». Se mordió el labio y probó la sal. «Debes pensar que soy un tonto arrogante».

Se hizo el silencio, roto por el rugido rítmico de la marea cambiante. Carys continuó acariciando su brazo, sus dedos cálidos sobre su carne fría y tensa.

«Cuando me di cuenta de que no volverías, me aterroricé de que me hubieran dejado sola a cargo de nuestro hijo. Probablemente gracias a Robert y a tu madre, tu padre dejó claro que no creía que Owen fuera tu hijo. Tuve que encontrar el valor para negociar con él una asignación financiera para irme a vivir sola. Me negué a ser una carga para mis padres». Ella apoyó la mejilla contra la manga húmeda de su camisa. «Curiosamente, tu abandono me enseñó a defenderme. Después de unos años de tranquila reflexión, comencé a tener esperanzas de que hubieras logrado encontrar tu propio tipo de libertad».

Jack se movió a su lado. «Habría renunciado a todo si hubiera sabido sobre Owen».

Carys le frunció el ceño. «Pero eso es exactamente lo que estoy tratando de decir. Aprendí a vivir sin ti. Aprendí que podía ser fuerte. Después de toda la amargura, ¿por qué no debería desear lo mismo para ti? Quizá no estabas preparado para ser padre».

Jack retrocedió un poco. «Si hubiera sabido que estabas embarazada de mi hijo, me habría tragado mi orgullo y le habría pedido perdón a mi padre».

El color inundó sus pálidas mejillas. «¿Y luego qué? Habrías pasado los últimos cinco años resentido conmigo y con tu hijo por volver a ponerte bajo el control de tu padre. Nuestro matrimonio nunca habría sobrevivido a eso».

Jack se dejó caer contra la pared. Una gota de lluvia cayó sobre su nariz, seguida rápidamente por otra. Levantó a Carys y la arrojó entre sus piernas, de espaldas a su pecho. Los cubrió a ambos con su manto. Encerrado en el calor de sus brazos, Carys se relajó contra su amplio pecho.

Su cálido aliento agitó el pelo de su nuca. Con un gemido ahogado, dejó caer la cabeza para acariciarle el cuello. Su boca rozó su suave mejilla y ella giró la cabeza para encontrarse con sus labios.

Salado y dulce, amargo mezclado con necesidad, su sabor inolvidable llenó sus sentidos privados. Ella abrió más la boca y lo atrajo más profundamente. La lluvia golpeaba la capa de Jack. Él la giró fácilmente hasta que ella se sentó a horcajadas sobre su regazo.

Carys pasó los dedos por su espeso y húmedo cabello y le devolvió el beso con toda la fuerza que poseía. El brazo de Jack apretó alrededor de su cintura. La soltó, pero solo para poder continuar besando su garganta y luego hasta sus pechos. Carys aprovechó la oportunidad para colocar su mano entre ellos y luchar con los botones de sus pantalones.

Jack le agarró los dedos. «Aquí no. Quiero verte».

Antes de que ella pudiera protestar, él la levantó y la recargó contra la pared. Él trepó, la recostó en sus brazos y la llevó por la larga hilera de escalones hasta la cabaña. La cocina estaba más cálida ahora y la estufa irradiaba calor.

Sin hablar, Jack se quitó la ropa empapada; su mirada nunca dejó la de Carys mientras ella se desnudaba a su lado. Se quitó las botas y se acercó a ella, rodeando su desnudez con sus brazos. La besó como si nunca pudiera dejarla ir.

Su sangre rugió en sus oídos cuando ella le respondió. Ya no era una chica inocente, sino su igual, su tentadora y su salvación. En ese momento, su perdón y el regalo de su cuerpo significaban más para Jack que cualquier otra cosa. Sin duda, más que cualquier cosa que el Duque de Diable Delamere pudiera lograr en su nombre.

Sus dedos temblaron mientras peinaba su húmedo cabello rojo. Ella le sonrió, con una bienvenida en sus ojos con la que él había soñado mil veces. Su cuerpo se tensó en respuesta, su pene palpitaba al ritmo de los latidos de su corazón.

Carys tomó su mano y lo llevó escaleras arriba hasta su dormitorio. Había dejado las cortinas abiertas y la cama ahora estaba inundada por la promesa del sol. Jack se dejó caer en el costado de la cama y apoyó las manos en el colchón. Carys estaba entre sus rodillas extendidas, con los pechos a la altura de sus ojos. Jack vaciló.

«No quiero hacerte el amor para olvidarte más, Carys. Quiero hacerte el amor para que lo recuerdes».

Carys frunció el ceño mientras le ponía las manos sobre los hombros. «¿Qué quieres decir?».

Jack luchó nuevamente por olvidar su impulso de confesar y continuar con el deber mucho más placentero de hacer el amor con su esposa. «Usé tu cuerpo para olvidar la guerra, para olvidar que maté sin piedad, para olvidar los rostros».

Carys llevó su mano a su mejilla y lo acarició. La compasión brilló en sus ojos. «Sé que lo hiciste. Escuché tus pesadillas. Lo entendí».

Le rodeó la muñeca y le besó la palma. «Pero te dejé embarazada y casi te mato».

Carys se arrodilló frente a él, con expresión feroz. «Quería esos bebés. Quería darte nueva vida para ayudarte a olvidar a los muertos».

Él se tragó un absurdo deseo de llorar mientras ella se inclinaba para besarle la boca.

«Y Jack, me diste a Owen. Me diste el valor para vivir mi vida como quería».

No podía hablar, tenía la garganta atascada por una roca emocional que parecía decidida a salir de él. Carys lo besó de nuevo, rodeándole la cintura con los brazos. Jack se dejó caer de espaldas sobre la cama y la atrajo a él.

Ella levantó la cabeza y su cabello fluyó sobre su pecho desnudo como seda áspera. «Llévame a la cama, por favor, Jack. Ámame».

No necesitaba una segunda invitación. Él la giró y deslizó su rodilla entre sus piernas. Ella se entregó a él con sensual facilidad mientras él encajaba su boca sobre la de ella. La suave textura de su piel, el aroma a sal y lo salvaje le hicieron sentir dolor de deseo. Necesitaba que ella lo completara. ¿Por qué alguna vez lo había dudado?

Deslizó sus manos hacia abajo y siguió la curva de sus caderas hasta sus nalgas. Carys se movió contra él con más urgencia y supo que estaba perdido. Cinco años de deseo frustrado se negaron a ser contenidos. Este no era el momento para una exploración más pausada. Quería estar dentro de ella.

Se agachó entre sus piernas y observó cómo el sol naciente convertía su cabello en un tono

rojo dorado. Sus ojos azules le devolvieron la mirada, ninguna sombra oscureció sus brillantes profundidades, solo una necesidad que coincidía con la de él.

* * *

Carys mantuvo sus ojos fijos en el rostro de Jack mientras él lentamente se inclinaba sobre ella. Era apropiado que hicieran el amor a la luz del sol, sin barreras entre ellos. Ella jadeó cuando él la llenó con un movimiento largo y suave.

«¿Estás bien, *anwylaf*?».

[Nota de la Trad.: *Anwylaf* significa mi más querida]

Carys dejó escapar el aliento. La llamaba su amada. No se había dado cuenta de cuánto había echado de menos ese cariño tan íntimo hasta ese momento. Ella inclinó las caderas y le permitió deslizarse más dentro de ella. Los músculos tensos de su estómago se tensaron.

«Ha pasado mucho tiempo desde que estuve contigo, Jack. Casi tengo miedo de haber olvidado qué hacer».

Jack le sonrió entonces, la luz del sol lo convirtió en una estatua dorada. «Creo que puedo recordarlo, amor». Se balanceó suavemente contra ella, con los brazos preparados para soportar la mayor parte de su peso. «Creo que también puedo ayudarte a recordar».

Él la penetró con más fuerza y ella le dio la bienvenida. Su cuerpo se derritió contra él mientras su alma redescubría a su pareja. Se sentía tan bien estar en sus brazos otra vez. Ella deslizó sus manos sobre su espalda llena de cicatrices mientras él la empujaba. Su propia excitación creció y luego floreció y la estremeció como una fiebre embriagadora e interminable. Esto era correcto. Esto era real. Este era su futuro.

Ella envolvió sus piernas alrededor de su cintura mientras él continuaba embistiéndola, con su boca por todas partes, sus manos impulsándola hacia otro logro de placer, y luego otro. Su mano se deslizó hasta sus nalgas flexionadas y él gimió su nombre.

«Quiero correrme dentro de ti. Dios, lo deseo...».

Él se estremeció y se alejó de ella, sus brazos temblaban por el esfuerzo mientras intentaba retirar su pene aún duro de su calor necesitado.

Ella se aferró a él, sin comprender.

«Déjame salir, amor. No quiero darte mi semilla. Deseo...».

«Pero yo lo quiero todo». Ella lo miró fijamente a los ojos y le rodeó la espalda con los pies.

Se quedó quieto, su expresión dividida entre la necesidad y el deseo de hacer lo correcto. Ella usó deliberadamente sus músculos internos para acariciar su dura longitud hasta que él se resistió contra ella. «Dios, Carys...».

Con un gemido comenzó a correrse empujando fuerte y profundamente. Ella sintió el calor de su semilla y se regocijó en ella, abrazándolo hasta que él colapsó sobre ella con un último estremecimiento convulsivo.

«Gracias».

Ella besó un lado de su cara, disfrutando de su peso sobre ella y la mezcla de sus aromas. Afuera, el mar chocaba contra las rocas y ella se quedó dormida con su sonido y la respiración regular y contenta de Jack.

Capítulo 29: Capítulo Veintinueve

Carys pasó su mano por el pecho musculoso de Jack y se acurrucó contra su hombro. Su forma de hacer el amor la había vuelto perezosa. La luz del sol del final de la mañana iluminaba los finos pelos dorados de su barbilla sin afeitar. Una vez intentó contar todos los tonos de su cabello, desde castaño hasta dorado, y fracasó estrepitosamente.

Con los ojos entrecerrados, Carys trazó el contorno firme de la boca de Jack con las yemas de los dedos. Era el primer hombre con el que compartía su cama en la cabaña. El único hombre al que había soñado amar allí.

«¿No deberías estar persiguiendo a la señora Forester esta mañana?», ella susurró.

Jack gimió y su cálido aliento le acarició los dedos. «He decidido que Richard es muy capaz de ocuparse de la señora Forester».

Carys se apoyó en un codo para mirar el rostro de Jack. «Pero, ¿qué pasa si el Capitán Furia se entera de lo que pasó? ¿No la perseguirá?».

Le colocó un mechón de pelo suelto detrás de la oreja. Su sonrisa era tan tierna que Carys luchó por no derretirse contra ella y rogarle que volviera a hacer el amor. «Por lo que puedo decir, al Capitán Furia le motiva el dinero. Como ya le han pagado, dudo que le importe lo que pasó con su "carga". Richard no fallará una segunda vez. Me imagino que escoltará personalmente a su prisionera hasta la puerta principal del duque de Diable Delamere».

«No parece importarte mucho», ella miró fijamente sus divertidos ojos marrones.

«Tal vez porque he descubierto que ahora tengo más motivos por los que vivir que simplemente restaurar mi reputación».

Carys se sentó, apretando la sábana contra sus pechos desnudos. Ella alzó las cejas alentadoramente mientras Jack se recostaba en las almohadas con el aire de un hombre que le había explicado todo.

«Mi plan original era cumplir mi misión para el duque, restaurar mi reputación un tanto maltrecha y regresar en toda mi gloria para reclamarte. Pero desde que supe sobre Owen, todo lo demás parece menos importante».

Reacio a destruir el buen humor de Jack, pero decidida a ser honesta, Carys insistió, «Pero, ¿qué pasará con Marcus Stortford?».

El buen humor desapareció de su rostro. «Si el Capitán Furia no me ayuda, me temo que me perderé de Marcus». Se frotó la barbilla con la mano. «No puedo arrepentirme de mi decisión. Te recuperé y descubrí a Owen».

Desolado por haber puesto a Jack en una posición tan odiosa, Carys le agarró la mano. «No tiene por qué ser así. Es posible que convenzan al Capitán Furia para que vuelva a trabajar contigo. Podemos ir a España y buscar a Marcus nosotros mismos».

Jack le apretó la mano. «Todo está bien. He aprendido a mi costa que la vida es una serie de elecciones. Lo único que un hombre puede hacer es vivir con las consecuencias de sus decisiones».

Carys notó las finas líneas de tensión alrededor de la boca de Jack. «Marcus debe haber sido un buen hombre».

«Uno de los mejores. Tenía una manera de hacer soportables las situaciones más graves y un carácter tranquilo que desafiaba las probabilidades. Si alguien pudiera sobrevivir al cautiverio durante varios años, sería él».

Se imaginó el rostro alegre de Marcus, todavía nítido en su mente a pesar de los años

transcurridos. No era un hombre especialmente apuesto, pero las mujeres se sentían atraídas por él como las abejas por la miel. Era imposible creer que toda la vitalidad de Marcus había desaparecido, reducida a un montón de huesos recogidos que cubrían un paso de montaña en España.

Los recuerdos abrumaron a Jack. «En nuestro último viaje juntos, Marcus fue lo único que me mantuvo cuerdo». Miró a Carys. «Estoy seguro de que Oliver Rice es un buen hombre, pero su hermano, David, no era apto para la vida de soldado. Ni siquiera estoy seguro de cómo llegó a acompañarnos en nuestra misión».

En la mente de Jack, el dormitorio brillaba como un espejismo y desapareció para revelar la intensa luz del sol y el terreno árido de las montañas españolas.

«David no dejó de quejarse durante todo el viaje. Dado que había sido degradado, se suponía que él era el segundo oficial de mayor rango después de Marcus, pero se comportaba como un cachorro inseguro. Estaba ansioso por avanzar rápidamente a través de los pasos. La información que tenía que entregar al cuartel general contenía detalles de importantes movimientos de tropas enemigas. Tenía el mal presentimiento de que nos estaban siguiendo, y Marcus también. Habíamos estado juntos en situaciones peligrosas antes y confiábamos en los instintos del otro».

«Rice nos ralentizaba considerablemente. Incluso Marcus, conocido por su serenidad, estuvo a punto de reprenderlo en varias ocasiones. En un momento, sugerí respetuosamente noquear a Rice y arrojarlo sobre su caballo, pero Marcus no lo permitió».

Jack respiró entrecortadamente. «Pero a pesar de que era un lastre, a nadie le gusta ver que disparen a otros oficiales». Una imagen de la sangre carmesí empapando el chaleco blanco de Rice mientras se tambaleaba hacia atrás hizo que Jack frunciera el ceño. «Si tan solo me hubiera escuchado y se hubiera mantenido a cubierto. Era casi como si quisiera que lo mataran».

Carys le acarició el hombro. «Recuerdo que me dijiste que nadie puede predecir de primera mano cómo responderán a la violencia de la guerra. Quizá tenías razón y David nunca debería haberse unido al ejército».

Jack sacudió la cabeza para disipar las horribles imágenes. «Siempre siento que podría haber hecho más». Estudió el tranquilo paisaje más allá de la ventana de Carys y se preguntó a qué distancia estaba la casa de la familia Rice de la cabaña. ¿David había visitado este lugar cuando era niño?

Carys se acostó junto a él de lado, la posición de su cuerpo reflejaba la de él. «Estabas tratando de evitar que los soldados franceses se llevaran a Marcus, mientras intentabas permanecer con vida. No creo que nadie te culpe».

«Ah, pero lo hicieron. Mi comandante insistió en que como fui recuperado lejos de donde ocurrió la emboscada, indicaba que había intentado escapar, dejando a mis compañeros a su suerte».

Carys frunció el ceño. «Eso es ridículo. Cualquiera que te conozca asumiría que ibas en busca de ayuda o intentabas completar tu misión».

«Esa es la belleza del ejército, *cariad*. A nadie que me conociera se le permitió testificar en mi favor. Y estaba demasiado enfermo en el hospital para preocuparme por lo que sucedía. Mi padre llegó e intentó que se retiraran los cargos y que me declararan loco».

Carys se agitó. «Recuerdo que se fue al continente, pero nadie me decía qué estaba pasando. Ni siquiera sabía que habías resultado herido».

Jack se maravilló ante otro ejemplo más de la mezquina crueldad de sus padres. «En mi corazón esperaba que vinieras a mi cama y me llevaras a casa. Me sentí muy decepcionado

cuando mi padre me dijo que estabas demasiado ocupada disfrutando de la temporada para poder ocuparte de mí».

Carys dejó escapar un suspiro exasperado. «A veces me gustaría estrangular a tu padre».

Jack tomó su mano y la besó. «Incluso si surgiera la oportunidad, sospecho que tendrías que esperar tu turno. No se ha ganado el cariño de mucha gente».

«Si hubiera sabido que estabas enfermo, por supuesto que habría acudido a ti. Tu madre me dijo que estabas ocupado con tus asuntos en Londres y demasiado aburrido de mi cara miserable para requerir mi presencia».

«Y allí estaba yo, después de mi regreso de España, atrapado en Carmarthen House con solo mi antigua niñera como compañía. Con el atractivo añadido de las visitas periódicas de un médico que insistía en sangrarme», Jack le sostuvo la mirada. «No es de extrañar que a mis padres les resultara tan fácil separarnos».

Carys soltó su mano y miró al techo. «Cuando regresaste a Gales, ni siquiera intenté verte antes de que tu padre exigiera mi presencia en su estudio esa última mañana. Estaba convencido de que ya no me amabas».

«Pero tampoco hice ningún esfuerzo por hablar contigo. Quizá nosotros también tuvimos la culpa de lo que pasó después».

Jack permitió que otro silencio cayera entre ellos. Afuera, el mar seguía murmurando. Dos mirlos desafiaron el territorio del otro con el arma melódica del canto. Acarició el brazo de Carys con engañosa calma. «¿Me dejarás ver a Owen?».

Carys se alejó de él y Jack la siguió. Terminó encima de las mantas, inmovilizándola contra la cama.

«¿Todavía tienes la intención de negarme a mi hijo?», él se tensó sobre ella, luchando por respirar, listo para luchar.

«No es que...», ella dudó lo suficiente como para hacerle considerar gritar la pregunta más fuerte. «Owen solo tiene cuatro años. No quiero que se confunda».

«¿Confundido por qué? Soy su padre».

«El cree que me voy a casar con Oliver».

Jack se sentó sobre los talones y puso las manos en las caderas. «Bueno, dile que no».

Levantó la barbilla y él se maldijo por intentar obligarla a obedecer.

«Ese no es el punto. Cuando eres padre, no puedes simplemente pensar en ti mismo».

«No soy un tonto. Lo entiendo».

Ella apartó la mirada de él, pero no antes de que él viera el atisbo de miedo en sus ojos. ¿A qué le tenía miedo exactamente? ¿Que le robaría al niño?

«Necesito pensar en la mejor manera de decírselo. Debes dejarme tratar con Owen a mi manera».

Jack controló su temperamento y sus crecientes dudas. Las cosas ya eran lo suficientemente complicadas como para enturbiarlas aún más con el orgullo herido. Carys había aprendido a tomar decisiones por sí misma y no tenía intención de quitarle ese poder.

«Quiero ver a Owen. Si no quieres que sepa que soy su padre, te juro que no seré yo quien le diga la verdad».

Carys estudió su rostro. «Está bien. Te llevaré a conocerlo. Al menos te mereces eso». Pasó sus largas piernas por el costado de la cama. «Tenemos que levantarnos; es casi mediodía».

Jack se acostó en la cama y trató de imaginarse a su hijo. ¿Reconocería al muchacho? Seguramente lo haría. ¿Y si Owen hubiera heredado el pelo rojo y las pecas de Gareth? ¿Importaría? Las manos de Jack se cerraron en puños mientras se imaginaba tocando a su hijo

por primera vez. Le llevaría años compensar todas las cosas que se había perdido.

Intentó recordar cómo se había sentido cuando tenía cuatro años, pero ya había pasado demasiado tiempo. Quizás Owen no recordaría en absoluto los años que su padre había estado ausente de su vida. Jack esperaba eso con todo su corazón.

Después de estar seguro de haber recuperado algo de calma, Jack se lavó y se dirigió a la cocina. Carys estaba ocupada recogiendo la ropa desechada y colgándola cerca del fuego para que se secara. Ella frunció el ceño ante su desnudez.

«La mayor parte de tu ropa está demasiado mojada para volver a ponértela. Estoy segura de que guardé algunas de tus cosas viejas en mi arcón de arriba. Iré a buscarlas para ti».

Jack la agarró del brazo cuando ella pasó junto a él y la acercó. «¿Guardaste mi ropa?».

Carys frotó su mejilla contra su hombro desnudo. «Tu padre me entregó todas tus pertenencias restantes cuando me mudé a la cabaña. No me atrevía a tirarlo todo».

«Gracias a Dios por eso», murmuró mientras aprovechaba la oportunidad para besar su suave boca. Olía a jabón de lavanda y a cómo hacían el amor. Su cuerpo se calentó y la besó más profundamente, sus manos recorriendo su cuerpo.

Ella se apartó, su mirada recorrió su cuerpo excitado, el empuje de su pene contra sus faldas. «No tenemos tiempo para más de... eso». Subió corriendo las escaleras y Jack la siguió. Cerró la puerta detrás de él mientras Carys se arrodillaba para examinar un cofre de madera pintado, debajo de la ventana.

Él se arrodilló detrás de ella y le rodeó la cintura con el brazo. «¿Estás segura?».

Ella se estremeció cuando sus dedos encontraron su pecho y se cerraron sobre su pezón. «Sí, Jack, lo estoy...».

Él no le permitió terminar la frase y tomó su boca en un beso autoritario que exigía toda su atención. Sus dedos se detuvieron sobre la tapa del cofre. Le levantó las enaguas, dejándola al descubierto hasta la cintura.

«Seré rápido, *anwylaf*. Sé que estás listo para mí». Metió su miembro dentro de ella y solo soltó el aliento cuando la llenó por completo. Su cuerpo se curvaba con gracia sobre el pecho y sus manos apoyaban su rostro desviado. Jack apartó su largo cabello rojo hacia un lado. Le besó la nuca y le mordió lentamente el lóbulo de la oreja. Ella se arqueó debajo de él. Se deslizó más profundamente.

«Dios, te extrañé, me perdí esto...», susurró Jack.

Jack apoyó las manos en cada extremo del cofre pintado para soportar su peso. Lentamente rodeó sus caderas. Le encantaba la sensación de su tensión atrayéndolo hacia él, el dulce y caliente apretón de su cuerpo debajo del suyo. Cerró los ojos y agradeció al dios en el que casi había dejado de creer por darle una segunda oportunidad.

* * *

«Jack, por favor...», Carys trató de empujar hacia atrás contra los largos y perezosos empujes de Jack, pero su peso la mantenía cautiva. No pudo hacer nada para acelerar su disfrute y se dispuso a disfrutar de la inusual y sensual experiencia de estar sujeta a la voluntad de Jack. Su placer aumentó mientras él continuaba su danza mesurada de avance y retroceso. Desesperada, deslizó sus manos por el pecho y agarró las muñecas de Jack.

Él gimió ante su toque y comenzó a moverse más rápido. Ella clavó las uñas en su carne mientras el placer la envolvía. Su cuerpo se tensó, se estremeció y cayó en éxtasis. Se desplomó sobre ella, los frenéticos latidos de su corazón hacían eco de los de ella y su respiración era irregular.

Cuando se alejó rodando y se desplomó sobre la alfombra raída, Carys luchó por recordar lo

que había estado haciendo. Ella miró fijamente el cofre.

Ropa para Jack.

Sacudió una camisa de lino descolorida y un par de pantalones marrones remendados. «Estos tendrán que ser suficientes. Tendrás que usar tu propio abrigo y capa. Dudo que encajes en alguno de los viejos».

Jack estiró los brazos sobre la cabeza y flexionó los hombros. «Sospecho que he crecido un poco en los últimos años. El trabajo manual le da músculos al hombre».

Carys tragó saliva y fingió buscar en la camiseta daños por polillas. En su opinión, era una pena que Jack alguna vez tuviera que usar ropa. Era bastante perfecto sin ella. Temiendo que él pudiera leer sus pensamientos, se puso de pie, con la ropa sobre el brazo.

Miró a Jack con una mirada severa. «Estaré en la cocina planchando tu camisa. Te llamaré cuando esté lista».

Capítulo 30: Capítulo Treinta

Jack esperó en el cruce a que Carys reapareciera con el caballo y el carruaje que había ido a pedir prestado. Se estremeció cuando la brisa azotó su capa aún húmeda. Carys no quería que la vieran con él en el pueblo. Frunció el ceño ante el fuerte viento en contra. ¿Parecía tan de mala reputación? Ni siquiera el granjero local que había pasado por allí hacía unos minutos le había ofrecido llevarlo en la parte trasera de su carro. El granjero lo miró con recelo y se aseguró de que Jack lo viera girar el látigo.

Cuando Jack se ofreció a ir a buscar el caballo al maestro de escuela local, un hombre con el que había crecido, Carys se negó rotundamente. La idea le irritaba, aunque Jack sabía que ella tenía derecho a ser cautelosa. Parecía que tenía mucho que demostrarle a su esposa antes de que ella realmente aceptara su intención de permanecer en su vida para siempre.

La idea ya no le asustaba. Hace un año, si alguien hubiera sugerido que podría establecerse en paz y armonía con su esposa y su hijo, se habría reído. Estaba asombrado por la fuerza de sus sentimientos por un niño al que nunca había visto, y humillado por la profundidad de su amor por Carys.

El crujido de una calesa y el ruido sordo de los cascos de un caballo anunciaron la llegada de Carys. Se detuvo para permitir que Jack subiera a bordo y luego siguió por el sendero de hierba lleno de baches que pasaba por una carretera. Jack observó su tranquila competencia con las riendas y se recostó para disfrutar de la vista.

Después de la noche llena de tormenta, el mar parecía benigno, un suave espejo plateado que reflejaba el cielo sin nubes. Se protegió los ojos y miró hacia la curva de la bahía. Worms Head era claramente visible a su izquierda, y en el extremo derecho estaba Burry Holmes.

Carys golpeó al caballo con el látigo y giró tierra adentro.

Jack le tocó el brazo. «¿No está Owen en la casa de Gareth?».

«No. No pensé que fuera seguro dejarlo allí».

Jack frunció el ceño. «¿Quieres decir por mí?».

Carys le lanzó una mirada exasperada. «¿Por qué te escondería a Owen cuando no me di cuenta de que sabías que existía?».

«¿De quién entonces?».

Recogió las riendas con sus hábiles manos y desaceleró la calesa. Un rebaño de ovejas dispersas cruzó delante de ellos, atendido por un pastor y dos perros pastores alertas. «No estoy seguro de querer discutir esto contigo».

Jack miró furiosamente a las ovejas, reprimiendo el impulso de saltar del carruaje y apresurarlas él mismo. «¿Es este otro ejemplo de cómo ‘pensar las cosas’? ¿Todavía se me considera poco confiable?».

Carys se dio la vuelta, sus ojos brillaron. «Una de las primeras cosas que debes aprender acerca de ser padre, Jack, es que nada es tan importante como la seguridad de tu hijo, *nada*».

«¿Te imaginas que Owen esté en peligro? ¡Por Dios, solo tiene cuatro años!».

Carys agitó las riendas y el caballo avanzó. Jack se agarró del respaldo del asiento mientras el calesín se tambaleaba hacia un lado.

«¿Qué pasa, *cariad*?», preguntó en voz baja. «Si no me lo dices, ¿cómo voy a aprender a ser un mejor padre?».

Carys mantuvo su atención en el patrón confuso del camino que tenía delante. «Quizá tengas razón al interrogarme. A veces ni yo misma puedo creerlo», ella suspiró. «Le pedí a

Martha que llevara a Owen a la granja de su hermano cerca de Pilton Green. No lo quería en casa de Gareth ni de mis padres».

«Puedes decirme ¿por qué?». Los pensamientos de Jack volaron hacia el Capitán Furia y sus amenazas anteriores.

«Porque tu padre quiere tenerlo».

Jack agarró las riendas y detuvo al caballo. Una sensación de malestar y frío se instaló en su estómago. «¿Por qué se preocuparía por tener un hijo mío?».

Carys se mordió el labio. «Él ve a Owen como una póliza de seguro para el futuro de su linaje. Hasta que Robert o Edward se casen y tengan un heredero, Owen podría heredar el título».

Jack la miró fijamente y trató de descifrar las implicaciones legales del pensamiento del duque. ¿Era por eso que su padre había querido hablar con él? Parecía terriblemente probable. «¿Cuándo te dijo esto?».

«Me arrinconó cuando fui a visitar a tu madre. Insinuó que le resultaría bastante fácil sacar a Owen de mi cuidado».

Jack le devolvió las riendas. «Desafortunadamente, tiene razón. Tiene una cantidad considerable de poder e influencia en la corte y con las autoridades locales. Pero, ¿por qué ahora? ¿Qué posible motivo podría tener para intentar robar a Owen ahora?».

Carys centró su mirada en los deslustrados botones de latón de su abrigo. «Tal vez sea porque Oliver Rice desea casarse conmigo».

Jack luchó por mantener la calma. «Sí, me imagino que podría ser eso».

Se quedó mirando ciegamente el camino, que serpenteaba colina abajo hacia un valle poco profundo salpicado de granjas. No se atrevió a continuar la discusión. La mera mención del nombre de Rice le hacía querer estrellar su puño contra algo.

«No dejaré que se lleve a Owen, Carys. Lo juro».

Ella se giró para mirarlo y él vio la tensión en su rostro mientras asentía. Él podía entender eso. No había demostrado exactamente ser un buen protector en el pasado.

Señaló un grupo de cabañas de piedra encaladas dispuestas en un incómodo círculo. «El hermano de Martha, Geithin, tiene granjas aquí».

Jack estudió los campos circundantes salpicados de ovejas. Una nube de humo se elevaba desde el recientemente cubierto techo de paja de la casa principal. Le recordaba un juego de granja de madera que le habían regalado una Navidad cuando era niño.

«He estado aquí antes», dijo Jack. «Martha debe haberme traído cuando era niño».

Continuaron por el estrecho sendero bordeado de altos setos. Jack se ocupó de las riendas mientras Carys bajaba y llamaba a la puerta azul de entrada. Nadie respondió.

Estudió las ventanas en blanco. «Quizás estén trabajando en el campo».

Jack ató el caballo y se puso a caminar junto a ella. Un gran ganso apareció batiendo sus alas, graznando en señal de desaprobación por su llegada. Jack se mantuvo firme y lo miró fijamente, mientras Carys se escondía detrás de él. «Probemos primero en el granero».

La puerta del granero estaba tan baja en el suelo que Jack tuvo que agachar la cabeza para entrar. Las astillas dejaban pasar rayos de luz a través de las gruesas paredes. Un olor a excremento de pollo y a heno húmedo, que le hacía llorar los ojos, asaltó sus sentidos. Algo rozó su bota. En la espesa oscuridad, le tomó un momento concentrarse en las gallinas que deambulaban por el suelo del granero.

«Cuida tus pasos, Carys. Hay gallinas aquí, aunque no veo a nadie más». Se aclaró la garganta. «¿Hay alguien aquí? ¿Hola? ¿*Schumae*?».

[Nota de la Trad.: *Schumae*, es una expresión informal para saludar]

Carys jaló su manga y él le permitió sacarlo de nuevo a la luz del sol. Su mirada pasó de la casa a los campos abiertos detrás de él.

Jack tomó su mano. «¿Sería mejor si los llamaras? Quizás desconfían de los extraños. Dudo que se acuerden de mí».

«No había pensado en eso. ¿Vamos a mirar detrás de la casa? Puede ser que Eleri no haya oído la puerta».

El jardín trasero mostraba signos de ocupación reciente. La ropa ondeaba en el tendedero y una alfombra yacía sobre la valla, lista para ser golpeada. Ladridos estridentes surgieron de un cachorro de perro pastor atado al mango de una bañera de hojalata medio llena.

«A ver, cachorro, ¿a qué se debe todo este alboroto?».

Carys corrió hacia la anciana que apareció fuera de la casa, llevando un montón de ropa sucia en una cesta.

«Eleri, ¿cómo estás esta hermosa mañana?».

La mujer de cabello gris sonrió y abrazó a Carys antes de centrar su atención en Jack. Jack aprovechó la oportunidad para cargar su cesta. La dejó sobre la hierba.

«Me pareces familiar», dijo Eleri con su brillante mirada azul enfocada intensamente en Jack.

Hizo una reverencia. «Creo que nos hemos conocido antes. Soy Jack Llewelyn. Martha fue mi niñera cuando yo era niño y me trajo aquí de visita».

Eleri pareció educadamente confundida. «No es a quién me recuerdas, pero creo que debes tener razón. Martha solía traer aquí a los niños Llewelyn en sus días libres». Miró a Carys y el brillo de sus ojos era inconfundible. «¿Entonces este es tu esposo? Es un hombre bien parecido. Mucho más guapo que lord Rice».

Jack le guiñó un ojo a Carys y ella se sonrojó. «Hemos venido a recoger a Owen. ¿Está ayudando a Geithin?».

Eleri se llevó la mano a la garganta. «Es muy amable por tu parte haber venido hasta aquí, pero Geithin lo llevó a casa de Gareth esta mañana. Recibimos su mensaje anoche. ¿Tenías miedo de que no nos alcanzara?».

«No envié un mensaje», susurró Carys.

Eleri se inclinó para acariciar al cachorro. «Owen estaba decepcionado porque no podía llevarse al perro con él. Prometí que te preguntaría si podría llevar al cachorro a casa cuando sea un poco mayor».

Jack deslizó su brazo alrededor de la cintura de Carys mientras ella se balanceaba contra él. «Eleri, no te envié un mensaje».

Eleri se enderezó, con expresión perpleja. «No entiendo. Yo misma vi la nota que Martha escribió».

«Hace días que no veo a Martha», Carys palideció, haciendo que sus pecas resaltaran en la blancura.

Jack luchó por ordenar sus pensamientos. «¿Quién entregó la nota?».

Eleri regresó a la granja. «No estoy segura. Supuse que era uno de los sirvientes de Gareth. No esperó una respuesta». Hizo un gesto hacia la puerta trasera. «Entra y mira la nota por ti mismo. Parece que Carys necesita una buena taza de té».

Jack hubiera preferido un brandy fuerte, pero siguió a las damas al interior de la casa. Mientras Carys paseaba, se sentó ante la gran mesa de roble que ocupaba la mitad de la cocina. Distraído, Jack se preguntó si la mesa habría sido construida en la habitación. Parecía demasiado

grande para pasar por la puerta.

Eleri le entregó la nota a Carys.

Carys miró a Jack. «¿Por qué Martha pediría que se llevaran a Owen sin mi permiso?».

Jack estudió el trozo de papel que ella le pasó. «No tengo ni idea. Creo que deberíamos olvidarnos del té y regresar a la vicaría de Rhossili».

* * *

Carys se recogió las faldas y saltó del carruaje antes de que Jack lograra detenerse. Corrió hacia la puerta trasera de la vicaría. A pesar de los mejores esfuerzos de Jack por calmar sus miedos, ella apenas había logrado hablar durante el corto viaje por los campos.

La siguió al interior de la casa después de dejar el carruaje en el patio vacío del establo. Un reloj dio la una cuando Jack atravesó la cocina desierta. Nada parecía haber cambiado desde sus visitas de la infancia. Olía a cordero asado y a pan recién hecho. Su estómago gruñó. ¿Dónde estaban todos? Jack aceleró el paso.

Una ráfaga de voces que hablaban una mezcla de galés e inglés llegó desde arriba. Subió las escaleras de dos en dos y se dirigió hacia el centro del disturbio.

Confiaba en que Gareth estaría en el meollo de las cosas. Gareth estaba sentado en su cama, con el rostro todavía tenso por la herida. Estaba rodeado por Carys, una Martha llorando y una mujer rubia que Jack supuso que debía ser Gwyneth, la esposa de Gareth. Nadie notó su llegada; estaban todos demasiado ocupados hablando al mismo tiempo.

Carys se sentó de repente en el borde de la cama como si ya no pudiera soportar su peso.

Jack fue directo hacia ella y se arrodilló a sus pies. Tuvo que apartar una de sus manos de la cara antes de que ella le prestara atención. «*Cariad...*».

«Owen se ha ido, Jack».

Su corazón amenazaba con salirse de su pecho. «¿Se lo llevó mi padre?».

Martha respondió con la voz ronca por las lágrimas. «No lo sé, señor. Anoche, un hombre enmascarado entró en mi habitación y me obligó a escribir una nota pidiéndole a Geithin que trajera a Owen aquí», ella luchó contra un sollozo. «El hombre dijo que mataría a uno de los otros niños si no hacía lo que me pedía».

Carys levantó la cabeza, con sus ojos azules fijos en su rostro. «Está bien, Martha. No podrías haber hecho nada más».

Jack se puso de pie, una fría ira corrió por sus venas al imaginar a su hijo en peligro. «¿Owen llegó aquí alguna vez?».

Martha negó con la cabeza. «No, no lo vi. El hombre enmascarado me ató a mi cama antes de irse».

«¿Alguien buscó una nota de rescate?».

Martha negó con la cabeza. «Cuando Dilys entró a encender el fuego en mi habitación esta mañana a las siete, me liberó. Empecé a buscar a Owen de inmediato y luego vine a decírselo al señor Gareth». Martha se llevó el delantal a la cara y se meció adelante y atrás. «Oh, mi querido niño, rezo para que Dios lo mantenga a salvo».

Jack captó la mirada de Gareth. «Quizá tus sirvientes podrían buscar una nota. Necesitaré un caballo descansado y un arma, si tienes una».

Gareth asintió y el color inundó sus mejillas. «¿Dónde piensas comenzar tu búsqueda?».

«En casa de mi padre. Por lo que me cuenta Carys, el duque parece tener interés en mi hijo». Miró a Carys. «Al menos sabemos que no sufrirá ningún daño allí».

Carys lo agarró del brazo y se puso de pie. «Voy contigo».

«¿Crees que eso es prudente, querida?», preguntó Gwyneth, su amable rostro arrugado por

la preocupación.

«No tienes que hacerlo», dijo Jack. «Soy bastante capaz de lidiar con mi padre yo solo. De hecho, tengo muchas ganas de que llegue el momento».

«Voy a ir de todos modos».

Besó la línea testaruda de su boca. «Solo dame la oportunidad de dar el primer golpe. Luego, él será todo tuyo».

Capítulo 31: Capítulo Treinta y uno

Cuando Carys entró a la cocina, encontró a Jack en la mesa, limpiando el arma de Gareth. No había señales de su sonrisa perezosa. En su lugar estaba la expresión dura de un guerrero experimentado.

Él asintió hacia ella. «Estaré listo para irme tan pronto como termine esto».

Señaló el cañón metálico de la vieja pistola de duelo. «¿Estás seguro de que necesitarás eso? No tendrás intención de dispararle a tu propio padre, ¿verdad?».

«Mi padre siempre emplea algunos matones para hacer el trabajo sucio. Necesito estar seguro de que nuestra conversación no será interrumpida».

El hijo mayor de Gareth irrumpió en la cocina, con el rostro brillando por la emoción reprimida. «¡Tus caballos están listos! Sammy y yo lo hicimos juntos».

Carys le dio unas palmaditas en la cabeza a su sobrino. «Gracias, Tom, *bach*. Ahora ve y dile a tu madre que estamos a punto de irnos».

Tom se dirigió ruidosamente hacia la puerta y luego se detuvo. «Lo siento por Owen. A veces es una molestia, pero sigue siendo nuestro primo».

Carys se tragó un absurdo deseo de reír y llorar al mismo tiempo. Desde que Martha le había contado la desaparición de Owen, sintió como si se moviera a través de un mundo congelado y distorsionado. Seguía esperando que Owen saliera de debajo de la mesa y le dijera que todo era una broma.

«¿Carys? ¿Estás bien?».

Se obligó a volver a centrar su atención en la cálida y familiar cocina. Jack la miró con el ceño fruncido. Intentó sonreír. «Estoy bien. Estoy lista cuando tú lo estés».

Afuera, bajo la luz irregular del sol, los esperaban dos caballos descansados. Carys ató las cuerdas de su sombrero y permitió que Jack la subiera a la silla. Había tomado prestados un par de pantalones de Gareth para usarlos debajo de las faldas y poder montar cómodamente a horcajadas. Jack montó en su caballo y se dirigieron al camino.

«¡Tía Carys, detente!», Tom los persiguió, agitando los brazos y con el rostro rojo por el esfuerzo. «¡Encontramos una nota!».

Delante de ella, Jack hizo girar hábilmente su caballo y regresó al galope por el camino de entrada.

Martha los esperaba en la puerta de la cocina. Ella le tendió un trozo de papel. «Encontré esto debajo de la almohada de Owen. Dios sabe cómo llegó allí».

Después de desmontar, Carys agarró la nota y rompió el sello. Jack se acercó por detrás y leyó por encima de su hombro.

«Si deseas ver a tu hijo con vida, reúnete conmigo en Worm's Head antes del atardecer».

Ella se tambaleó y Jack la agarró por los hombros. Cuando él relajó los dedos, ella se alegró de poder apoyarse en su amplio pecho.

«No es la letra de mi padre, pero eso no significa que este no sea uno de sus juegos». Jack miró hacia el ángulo del sol. «Por lo que veo, tenemos mucho tiempo para llegar al Worm's antes de que la calzada desaparezca bajo la marea alta».

Carys sabía que les llevaría un tiempo cruzar la calzada rocosa desde tierra firme hasta la cabecera del Worm's. El fondo marino expuesto estaba cubierto de algas y charcos de rocas para torcer el tobillo del viajero desprevenido. Los visitantes de la zona morían regularmente, atrapados entre el promontorio y la costa en las viciosas corrientes cruzadas. Algunos eran

arrastrados mar adentro cuando las rápidas mareas rodeaban el Worm's y chocaban entre sí, inundando la calzada e impidiendo el escape.

Carys se quitó los zapatos. «Martha, necesitare mejores botas que estas y también que me prestes más ropa de Gareth. Mis faldas estorbarán».

* * *

Jack ató su caballo y estudió la costa desierta. Quien los esperaba en Worm's Head no había dejado ninguna evidencia de su presencia en tierra firme. Miró el acantilado que serpenteaba hacia el mar. A lo lejos, la punta del promontorio, llamado así por los vikingos por su parecido con las curvas de una serpiente marina, estaba envuelta en nubes. Carys estaba a su lado, su esbelta figura oculta bajo las voluminosas prendas de Gareth.

Comprobó que su pistola estaba preparada y deslizó un cuchillo por el costado de su bota. Su catalejo estaba en su bolsillo, pero estaba demasiado nublado para ver la cabeza del Worm's.

Carys le tocó el brazo. «¿Estás seguro de que tenemos tiempo de cruzar la calzada antes de que vuelva a subir la marea?».

«Me lo imagino. Desde aquí se tarda aproximadamente media hora en llegar al fondo de Inner Head, la primera de las tres jorobas del Worm's. Por lo que parece el mar, tenemos unas tres horas antes de que se ponga el sol para llegar y regresar».

Carys le dedicó una pálida sonrisa. «Deberías saberlo, Jack. Creo que pasabas la mitad de tus días explorando la playa cuando eras niño».

Él la agarró por los hombros. «No tienes que venir conmigo. Puedo recoger a Owen y traerlo sano y salvo a ti».

Carys cubrió sus manos con las de ella con su mirada clara y sin miedo. «Owen no te conoce. Quizás esté demasiado asustado para ir contigo».

Jack reprimió el deseo de maldecir. Ella tenía razón. En Worm's, no quería que el niño entrara en pánico y se lastimara. Había demasiados lugares traicioneros para que cayera.

Él le sonrió con una confianza que no tenía del todo. «Si pretendemos regresar esta noche, será mejor que nos vayamos entonces».

Él tomó su mano y avanzaron por el sendero en zigzag que conducía a la calzada expuesta. Cuando llegaron al fondo del mar, se vieron envueltos en un mundo diferente. Cuando era niño, Jack se había imaginado a sí mismo como Moisés dividiendo el Mar Rojo. La ominosa sensación del agua a ambos lados seguía siendo amenazadora pero excitante.

Jack maldijo cuando tropezó con una roca y su pie se hundió directamente en un estanque de rocas. El agua se filtró en su arruinada bota izquierda. Un cangrejo ermitaño se deslizó sobre su pie y desapareció entre las algas flotantes. Carys avanzó con paso firme a través del terreno accidentado, con las mejillas sonrojadas por el esfuerzo y la respiración tan agitada como la de él.

Cuando llegaron al centro de la calzada, Jack se detuvo en una estrecha franja de guijarros y sacó su catalejo. No había nada que ver. Todo lo que podía oír era el lejano rugido del mar y los rápidos latidos de su corazón. El peligro le hormigueaba en la piel como si fuera un ser vivo.

Se volvió hacia Carys. «Si las cosas se complican, toma al niño y regresa a la vicaría. Te protegeré lo mejor que pueda».

Carys se protegió los ojos y estudió la pendiente ascendente de la Inner Head. «¿Por qué tu padre traería a Owen aquí?».

«No sé. No puedo imaginarlo cruzando la calzada con dificultad, ¿verdad?».

Carys se estremeció mientras el viento tiraba de su abrigo. «Pero tenemos que seguir adelante, ¿no? No tenemos otras opciones».

Jack besó su mejilla enrojecida por el viento. Olía fresco y despejado, como una hermosa mañana de primavera. Él tomó su mano y siguieron adelante. Las conchas de mejillón crujían bajo sus pies, las gaviotas tridáctilas y las reidoras de lomo negro se sumergían y planeaban entre las nubes.

Cuando Jack llegó a la cima de Inner Head, encontró una escena de serenidad imperturbable. Las ovejas pastaban en la hierba exuberante y ondeada por el viento. Flores rosadas y blancas formaban una alfombra colorida. Tras una inspección más cercana, Jack pudo distinguir el débil sendero dejado en el rocío que alguien había pisado antes que él.

Jack se volvió para ayudar a Carys a subir el último tramo de la pendiente. Esperó hasta que ella recuperó el aliento. «No hay nadie aquí. Deben haber seguido adelante. Mantente detrás de mí».

Unos minutos más tarde dobló la esquina de Inner Head y tuvo su primera visión clara de Low Neck y Outer Head, las dos jorobas restantes del Worm's que daban al mar. Una figura encapuchada los esperaba en el otro extremo del puente Devil's Bridge.

Carys se detuvo repentinamente detrás de él. «Solo veo a una persona. ¿Dónde está Owen?».

Jack se volvió a medias y mantuvo la vista fija en la figura inmóvil en el puente. «Aquí arriba hay muchas cuevas y nichos donde esconderse. Si el hombre tiene algo de sentido común, habrá escondido a Owen en uno de esos. No te rindas todavía».

Comenzó a caminar hacia adelante, consciente de que tendría que deslizarse y trepar por una serie de placas de roca verticales para llegar a Low Neck y a Devil's Bridge. Si el misterioso desconocido deseaba dispararle, poco podía hacer Jack al respecto.

Cuando llegó al Devil's Bridge, tenía los nudillos desollados y sangrando. Una ráfaga de viento lo sacudió sobre sus botas. Estudió el estrecho arco de roca y la escarpada caída que había debajo. No haría falta mucho para que un viajero desprevenido cayera.

Concentró su atención en la figura alta frente a él. No era su padre. Una oleada de alivio, seguida de otra de miedo renovado, inundó sus sentidos. Sintió, más que vio, a Carys aparecer a su lado. El hombre frente a ellos se bajó la capucha de su capa.

«Oliver, ¿qué diablos estás haciendo aquí?», susurró Carys.

Lord Oliver Rice hizo una reverencia, su rostro revelaba poca emoción. «No tuve elección, Carys. Tu esposo se ha vuelto demasiado peligroso para mí».

Carys dio un paso adelante, con las manos entrelazadas sobre el pecho. «No entiendo qué tiene esto que ver con Jack. Solo déjame recuperar a Owen. Por favor».

Rice negó con la cabeza. «Si te devuelvo a Owen, Jack debe permanecer aquí».

Carys se estremeció y casi cayó hacia adelante, atrapada por otra feroz ráfaga de viento. Jack la agarró de la manga, pero ella se lo quitó de encima. «¿Me estás pidiendo que cambie a mi hijo por mi esposo?».

Rice pareció ofendido. «Pensé que te ibas a casar conmigo. Si te hago viuda, será mucho más fácil». Le lanzó a Jack una mirada desdeñosa. «Es un hombre sin honor y, sin embargo, tan pronto como regresó, lo dejaste entrar en tu cama como una puta».

«Carys es mi *esposa*», Jack levantó su pistola y apuntó a la cabeza de Rice. «Su opinión sobre nuestra moral es muy apreciada, pero no es un tema de discusión. ¿Dónde está Owen?».

«Si me disparas, nunca lo sabrás, ¿verdad?», Rice giró su capa hacia un lado para revelar su propia pistola, apuntando directamente a Carys. «Le diré dónde está si te quedas conmigo».

Jack no cambió su postura. «¿Por qué este repentino interés en mi desaparición? Ya acepté divorciarme de ella para que puedan casarse. ¿Por qué querías matarme?».

El rostro oscuro de Rice se contrajo. «Sabes por qué. Asesinaste a mi hermano».

Carys negó con la cabeza. «Eso no es cierto. Jack está reuniendo pruebas para demostrar su inocencia».

«Guarda silencio», gruñó Rice. «Eso es ridículo».

Jack se quedó quieto; el viento amainó, como si toda la isla escuchara con avidez su conversación.

Rojo sangre, filtrándose a través de un blanco cegador. David Rice gritando sus últimas palabras: “Lo siento, Jack. No puedo hacerlo. Lamento lo que hice”.

Bajó su pistola. Su mano temblaba demasiado para poder apuntar con convicción. «Si compartiera nueva información, todavía no me dejarías vivir, ¿verdad?».

Rice dio un paso atrás. «No sé de qué estás hablando».

Jack deslizó su pistola detrás de él y Carys la tomó. Avanzó hacia el puente. «¿Qué hizo David, Rice? ¿Por qué es tan importante para ti que siga en desgracia o, preferiblemente, muerto?».

Oliver levantó el brazo y apuntó la pistola hacia Jack. Obligándose a no mirar hacia el mar hirviente y arremolinado debajo de él, Jack se arrojó hacia Rice. Se agachó y lo derribó.

Una pistola se disparó cerca de su oreja, ensordecedora a tan corta distancia. Su brazo izquierdo ardía con un calor abrasador, pero se negó a soltar a su cautivo que luchaba. Su peso superior y sus habilidades de lucha poco caballerosas lo ayudaron a inmovilizar a Rice en el suelo. Carys apareció a su lado, con la pistola firme en sus manos.

Jack miró fijamente los ojos oscuros y angustiados de Rice. «¿Qué hizo tu hermano?». Habló en voz baja, pero Rice pareció sentir la amenaza detrás de sus palabras. Rice lanzó una mirada a Carys, pero obviamente no recibió ningún estímulo. Jack se agachó y sacó su cuchillo de caza de su bota.

Rice hizo una mueca cuando Jack presionó la afilada hoja contra su garganta. «David nunca debería haberse convertido en soldado. Lo odiaba. Mi padre lo obligó a alistarse en el ejército después de que David perdiera grandes sumas de dinero en las mesas de juego».

Jack asintió. «Siempre estuvo endeudado cuando lo conocí. Incluso intentó pedirme prestado», Jack sonrió y Rice se estremeció.

«Antes de morir, David me escribió y me dijo que había encontrado una manera de ganar una gran cantidad de dinero». Rice parecía exhausto, su expresión vuelta hacia adentro. «Pasó muchas páginas justificando sus acciones, pero me di cuenta de que estaba tramando algo ilegal».

«Como vender información a los franceses», Jack miró a Carys, con un sabor amargo en la boca. «¿Recuerdas que dije que David parecía casi aliviado de morir? Quizá, después de todo, tenía razón». Incluyó la punta del cuchillo hacia el cuello de Rice hasta perforar la piel. «¿Por qué no lo detuviste? ¿Por qué no le dijiste que sus acciones causarían un número incalculable de muertes?».

Rice tragó saliva y su mirada no se encontró con la de Jack. «No recibí su última carta hasta después de que lo mataran. No quería creer que mi hermano pudiera ser tan estúpido».

Jack cerró los ojos por un breve momento para dominar su deseo primitivo de hundir profundamente el cuchillo. David Rice ya estaba muerto. Matar a Oliver no cambiaría nada. «Estoy seguro de que te alegraste cuando toda la culpa recayó sobre mí. No se te ocurrió hablar por mí, ¿verdad? Era mucho más fácil dejarme asumir la culpa y dejar que David siguiera siendo un héroe».

Rice hizo una mueca. «Tenía la intención de hacer las paces. Prometí que después de tu

muerte me casaría con tu viuda y criaría a tu hijo como si fuera mío. Pero te negaste a morir».

Jack soltó una carcajada involuntaria cuando vislumbró la expresión furiosa de Carys. No le gustaría que la vieran como una víctima que necesitaba ser rescatada. Pensó en los últimos cinco años. Había tenido que lidiar con una buena cantidad de carteristas, peleas en tabernas y encuentros peligrosos con extraños. ¿Estaba Rice sugiriendo que no todos habían sido actos de violencia al azar? «Tú y tu madre estaban alojados en la casa de los Mansell cuando le dispararon a Gareth».

«Sí. Desafortunadamente, Davies se interpuso en el camino. Estaba apuntándote a ti».

Jack cambió su peso y trató de aliviar el atroz dolor en su hombro izquierdo. «Pido disculpas por no complacerte con mi muerte. Cuando te tenga a salvo en tierra, esperaré una confesión por escrito. Ahora, ¿dónde está Owen?».

Rice se giró violentamente hacia la derecha, levantó la pierna y pateó a Jack en el brazo izquierdo. Con un gemido, Jack cayó hacia atrás y el dolor explotó en todo su cuerpo. Carys gritó cuando Rice le rodeó las rodillas con un brazo y la hizo caer. La pistola salió disparada por el aire sin causar daño. Una multitud de gaviotas se elevó sobre sus cabezas, tapando el sol y chirriando de disgusto.

Jack agarró un mechón de hierba y sus botas buscaron apoyo en la roca inclinada irregular cerca del borde del acantilado. Cuando se enderezó, Rice tenía a Carys en sus manos, con expresión desafiante.

«No confesaré nada para tu beneficio, Llewelyn. Owen está en buenas manos. Si no regreso antes del atardecer, mi cómplice matará al niño».

El grito de Carys fue sofocado por la mano de Rice sobre su boca.

Jack se puso de rodillas. «Entonces, ¿quién tiene a Owen?».

Rice sonrió. «¿No sabes cuánto te odia tu familia, Jack?».

La comprensión de que su familia estaba implicada no sorprendió a Jack. Después de descubrir que Rice estaba involucrado en el negocio, perdió la capacidad de sorprenderse.

«Si me quedo contigo, ¿dejarás ir a Carys y recuperar a su hijo?».

Rice instó a Carys a ponerse de pie. «Te vas a quedar aquí. La llevaré con su hijo. Después de pasar una noche a solas pensando en el Worm's, serás un blanco fácil para mi tirador cuando cruces la calzada solo. Todo el mundo pensará que cometiste un error con las mareas y te dejaste arrastrar».

Jack dobló con cuidado el codo izquierdo y equilibró el antebrazo sobre la rodilla levantada. Puntos negros y chispas invadieron los rincones de su visión mientras luchaba contra el dolor que lo abarcaba todo. Se encontró con los ojos de Carys y miró el cuchillo escondido en su mano derecha.

Con salvaje satisfacción, vio cómo sus dientes se hundían en la mano de Rice. Rice maldijo y levantó la mano. Carys se arrojó lejos de Rice cuando Jack arrojó su cuchillo.

Rice gruñó y se llevó las manos al estómago, pero no cayó. Se abalanzó hacia Jack, con cara salvaje. Lo último que Jack recordó fue la bota de Rice golpeando su cráneo y luego todo se volvió negro.

Capítulo 32: Capítulo Treinta y dos

Carys intentó liberarse y correr hacia Jack mientras este rodaba por el otro lado de la orilla cubierta de hierba, pero Oliver la agarró del brazo. Él la atrajo hacia su costado. Estaba jadeando y su rostro estaba pálido.

«Déjalo. Él no merece tu ayuda. ¿Quieres que te lleve con Owen o no?».

Carys se llevó los dedos temblorosos a la boca. ¿Qué pasaría si Jack no recobraba el conocimiento? Oliver la sacudió con tanta fuerza que se mordió la lengua.

«Si no te decides, yo lo haré por ti y patearé a Llewelyn por la borda». Se tambaleó hacia Jack, con intenciones claras en su rostro.

Esta vez fue Carys quien lo detuvo. «Oliver, detente. Iré contigo».

Oliver fijó su mirada en Jack, que yacía boca abajo en la hierba. Miró al mar y habló casi para sí mismo. «Es mejor si lo ven morir cuando intente cruzar la calzada. Ya he preparado testigos para eso. Se harán más preguntas si simplemente desaparece».

Carys ahogó un gemido cuando se volvió hacia ella. Su familiar expresión agradable había desaparecido, dejándola con un extraño. El sudor le perlaba el labio superior y sus ojos oscuros estaban vidriosos de dolor.

«Antes de irnos, tendré que tomar este maldito cuchillo».

Carys podía ver el mango del cuchillo de Jack sobresaliendo del lado derecho del chaleco de Oliver. Maldijo tratando de mantener su agarre sobre él y alcanzar el mango al mismo tiempo.

«Tendrás que hacerlo por mí», deslizó su mano por su brazo y hundió sus dedos en su cabello trenzado. «No intentes hacer nada inteligente, Carys. Recuerda, todavía tengo a Owen».

Tan lentamente como pudo, curvó su mano alrededor del mango de hueso salpicado de sangre. Apretó los dientes y sacó la hoja. Un chorro de sangre cálida cubrió sus dedos.

Oliver se tambaleó contra ella. Presionó su mano sobre la herida y le hizo un gesto a Jack. «Quítale la camisa y hazme una venda. ¡Rápido!».

Mientras le quitaba la camisa a Jack, Carys lo revisó en busca de señales de vida. Su pecho subía y bajaba bajo su mirada ansiosa. Ella casi gritó cuando él hizo una mueca y luego le guiñó un ojo. Usó el cuchillo para cortar una almohadilla gruesa y varias tiras largas de la resistente tela de lino. Deslizó la almohadilla improvisada debajo de la camisa de Oliver y la ató con tiras de tela.

Oliver esperó impaciente a que ella atendiera la herida, tamborileando con los dedos en el muslo.

«Has perdido mucha sangre. ¿Estás seguro de que podrás regresar al continente?», preguntó Carys, sin atreverse a mirarlo a los ojos, temiendo que pudiera ver el odio detrás de sus ojos.

Oliver se rió. «Mi querida señora, ¿está usted preocupada por mi bienestar?», le levantó la barbilla hasta que la obligó a ponerse de puntillas. «¿O simplemente estás preocupada por tu hijo?», él miró fijamente su boca. «Estaba deseando tenerte como mi esposa. Habrías sido una penitencia adecuada por mis pecados».

Algo en su expresión debió haber traicionado su incredulidad.

«Tengo ciertos estándares, ¿sabes? A pesar del... error de David, me niego a beneficiarme de él. Al casarme contigo, me libraría de las tentaciones del cargo político».

Carys recuperó la voz. «¿Estás diciendo que *querías* destruir tus posibilidades de tener una carrera política y una vida social?».

Se parecía más a su antiguo yo cuando respondió. «No exactamente. Al principio, la gente

podría sorprenderse por mi elección, pero eventualmente todos pensarían bien de mí por rescatar a una chica viuda y a su hijo no deseado de la desgracia y la miseria. Con el tiempo, volvería a ser aceptado en la sociedad; tú, por supuesto, seguirías siendo una marginada social».

«Y siempre seré conocida como la descarada desvergonzada que puso de rodillas a un buen hombre. Qué inteligente de tu parte, Oliver». Carys colocó el último vendaje en su lugar y dio un paso atrás. «¿Me llevarás con Owen ahora?».

Le rozó la boca con los labios. «Habría cuidado muy bien de ti y de Owen si no hubieras permitido que Llewelyn volviera a tu cama. Recuerda eso».

Carys luchó contra el impulso de frotarse la piel. La boca de Oliver estaba fría y su piel húmeda. Era posible que no pudiera afrontar el arduo viaje de regreso al continente. ¿Qué pasaría con Owen entonces?

Oliver la empujó por la espalda y Carys cruzó con cuidado el puente Devil's Bridge. Esperaba que Oliver no se hubiera dado cuenta de que se había quedado con el cuchillo.

«¿Qué pasará con mi hijo si no regresas a la orilla antes de que cambie la marea?».

Oliver soltó una breve carcajada que se convirtió en una tos jadeante. «Te dije. Mi socio lo matará».

Carys luchó contra la avalancha de lágrimas. «¿Por qué? Owen nunca te ha hecho nada. Él te idolatra».

«Maldita sea, Carys, es desafortunado, pero fue parte del trato. Yo quería a Jack y mi cómplice quería a Owen. Se podría decir que fue una combinación perfecta».

Carys apretó con más fuerza el cuchillo escondido en su bolsillo. ¿Cómo se atrevía a hablar de su hijo como si fuera tan inútil como un cachorro no deseado? Se abrió camino a través de las piedras irregulares entre Outer Head y Low Neck. Oliver permaneció detrás de ella. Lo escuchó maldecir en voz baja mientras sus botas resbalaban y se deslizaban sobre la superficie irregular.

¿Fue su imaginación o el sonido del mar se hizo más fuerte? Se imaginó las olas reuniéndose para lanzar su fuerza a través de la calzada, destruyendo todo lo que encontraban en su camino cuando llegaban hasta el fondo del mar.

Dudó cuando llegaron a Inner Head y trató de mirar hacia atrás y ver si había alguna señal de Jack. De lo único que era consciente era de la oscura presencia de Oliver, con su respiración torturada y una sensación de miedo e impotencia que amenazaba con asfixiarla.

Para su alivio, la calzada seguía siendo visible. Comenzó a bajar por la escarpada pared del acantilado, agradecida de haber tomado prestada la ropa de Gareth, preguntándose cómo una mujer haría la subida con faldas.

«Espera aquí».

Su dura orden la sorprendió. Se sentó abruptamente en la roca más cercana. Sacó un monóculo del bolsillo y lo dirigió hacia el sol. Después de un rato, Carys vio un destello de respuesta desde la orilla.

Oliver emitió un gruñido de satisfacción. «Mi socio trasladará al niño a la iglesia de Saint Iltid en Oxwich Manor ahora que sabe que estoy a salvo. ¿Lo sabes?».

Carys asintió. «Dijiste que tu cómplice quería matar a Owen. ¿Por qué debería creer que me permitirás llevarlo a casa?».

Oliver presionó sus dedos a su costado. Su mirada se distrajo con sus ojos entrecerrados. «No creo que los Llewelyn realmente quieran asesinar al muchacho. Solo desean negociar contigo. Pájaro en mano y todo eso».

Carys se levantó y se sacudió los pantalones. «¿Los Llewelyn también saben que planeas matar a Jack?».

Él la agarró por el hombro y se puso de pie. «Por supuesto que lo saben. Con Jack fuera del camino, todos nos beneficiaremos. David seguirá siendo un héroe, Owen se reunirá con su familia aristocrática...».

«¿Y qué hay de mí? ¿Qué papel se supone que debo desempeñar en esta farsa?».

«Aún no lo he decidido del todo. Cuando te vi por primera vez de la mano de Jack, pensé que también quería matarte. Pero, para mi sorpresa, descubrí que a lo largo de los años he desarrollado cierto afecto por ti. Si me caso contigo, no podrás testificar contra mí ante un tribunal de justicia». Le dio unas palmaditas en la mejilla. «Y te mantendré tan cerca que nunca más podrás liberarte de mí».

Sus labios chocaron con los de ella y trató de meter la lengua en su boca. Carys apretó los dientes. Reuniendo fuerzas, lo empujó duro en el pecho.

Con un grito indignado, cayó hacia atrás. Su mano extendida atrapó el abrigo de Carys y la hizo caer con él. Carys gritó mientras la hierba verde, el cielo gris y el mar azul giraban en una mancha sin sentido hasta que perdió todo sentido de dirección.

Cuando abrió los ojos, yacía medio debajo de Oliver. La sangre manchaba el charco de rocas al lado de su cabeza y tenía los ojos cerrados. Sintió los latidos de su corazón y los escuchó débilmente bajo la palma de su mano. Cuando intentó soltarse de él, casi gritó.

Los huesos de su muñeca derecha estaban en un ángulo extraño. ¿Estaba rota? Carys miró frenéticamente a su alrededor. Aparte del bullicioso mundo en miniatura de las criaturas marinas debajo de ella, los dos estaban solos. Ella contuvo un sollozo. ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente?

Comprobó la posición del sol. Ahora estaba mucho más bajo en el cielo. ¿Debería dejar a Oliver y arriesgarse en la calzada, o regresar por Jack? Ella acunó su muñeca entre sus pechos. Quizás debería dejarlos a ambos e ir a buscar a su hijo. ¿Seguramente podría negociar con el duque? Preferiría entregarle a Owen antes que verlo lastimado.

Miró a Oliver, que no se había movido. Por mucho que lo odiara, no podía dejar que se ahogara. Necesitaba a Jack. Con su muñeca lesionada ni siquiera podía llevar a Oliver a un lugar seguro. Apretó los dientes, miró hacia el acantilado, hacia Inner Head, y empezó a subir.

* * *

Jack se sentó con una horrible oleada de sensaciones. Cerró los ojos, se puso de costado y tuvo arcadas. Sentía la cabeza como si le hubiera golpeado una bala de cañón. Esperó hasta que las voces de Carys y Rice se apagaron antes de intentar moverse.

Por suerte para él, Rice había sido demasiado aprensivo para acabar con él, y Carys no había traicionado el hecho de que todavía estaba consciente. Rice debió haberla llevado de regreso al continente. Jack luchó por ponerse de pie y casi se desmayó de nuevo. Supuso que faltaba una hora para que el sol se pusiera. Si quería alcanzar a su esposa, tenía que irse ahora.

Jack contuvo el aliento y estudió la estrecha franja del puente Devil's Bridge. Podía oír los débiles sonidos del agua golpeando contra las piedras muy abajo, indicando que la marea ya estaba subiendo. Cuando el viento amainó, atravesó el puente corriendo y siguió adelante.

Sus rodillas estaban débiles cuando llegó a Inner Head. ¿Carys lo había llamado por su nombre o era solo el chillido de las gaviotas? La vio, casi en la cima del acantilado. Su cabello rojo se enredaba alrededor de su rostro, su expresión era salvaje.

Haciendo caso omiso del dolor en su hombro, la abrazó y trató de descifrar sus palabras entrecortadas.

«Oliver está atrapado en el fondo del acantilado».

«¿Está muerto?».

«No me parece», ella le mostró su muñeca derecha. «Me lastimé y no pude moverlo».

Jack resistió la tentación de decirle que dejara que Rice se ahogara. Pero él era quien podía matar sin conciencia, no ella. Apartándose el cabello de la cara, vio la desesperación en sus ojos que reflejaban los suyos. Le arrancó el pañuelo del cuello y le ató la muñeca. «Lo mejor que podemos hacer es llevar a Rice a un terreno más alto. No tenemos tiempo para llevarlo con nosotros. Tal como está, apenas podremos cruzar la calzada».

Carys se soltó de sus brazos. Se maravilló de su valor. Con su cabello rojizo reflejando los brillantes rayos del sol, parecía una leona lista para defender a su cachorro. «Será mejor que nos apresuremos entonces».

Mientras bajaban, Jack vio a Rice tirado en la calzada. «¿Puedes tomar sus brazos? Si podemos ponerlo en pie, lo llevaré hasta el acantilado y lo dejaré allí. Estará a salvo hasta mañana».

Carys se agachó junto a la cabeza de Rice mientras Jack intentaba agarrarle las piernas. Después de unos segundos de tirar inútilmente, se arrodilló para estudiar la bota de montar de Rice. «Maldita sea, el hombre tiene atrapada la bota en un agujero».

Rice gimió y sus párpados parpadearon.

Carys sacó el cuchillo de Jack de su bolsillo. «Me quedé con esto. Quizás podamos cortarle la bota».

Jack cortó el cuero caro y bien ajustado. De vez en cuando miraba hacia la calzada y consideraba los sonidos del mar. Rice intentó sentarse. Jack lo empujó hacia abajo nuevamente. La sangre se filtró a través de un vendaje improvisado que Carys había colocado en el costado de Rice. Parecía que, después de todo, no había fallado su objetivo.

Jack estudió el rostro pálido del hombre. Para su ojo experimentado, parecía que Rice había perdido una cantidad considerable de sangre. Incluso era posible que Rice muriera desangrado antes de regresar a la orilla. Jack no quería que Carys viera eso ni siquiera supiera que era una posibilidad.

«Carys, debes irte ahora si quieres cruzar la calzada».

Carys acunó su muñeca contra su pecho. «No puedo dejarte aquí».

Jack maldijo cuando el cuchillo le cortó la piel. «Te alcanzaré si puedo. ¿Rice te dijo dónde está Owen?».

«Está en la iglesia de San Iltyd».

«Entonces ve y encuéntralo». Él sintió su vacilación. «Ve. Owen te necesita más que yo».

Carys se acercó y se arrodilló a su lado. Ella tomó su rostro entre sus manos. «Te amo, Jack. Por favor, no me dejes otra vez».

Luchó contra una oleada de emoción que le hizo casi imposible hablar. «Solo ve».

Se abrió camino a través de los charcos de marea, con la espalda erguida. Su cabello se soltó de la trenza. Parecía tan joven que a Jack le recordó la fiesta de su decimosexto cumpleaños, cuando se enamoró de ella por primera vez.

Rice maldijo y Jack le apuntó con el cuchillo. «Alégrate mucho de que Carys sea una dama. Estoy haciendo esto por ella», le dio un fuerte tirón a la bota de Rice y finalmente la liberó de su prisión. «Si fuera por mí, dejaría que te ahogaras».

Ignorando el dolor en su brazo izquierdo, Jack logró levantar a Rice sobre su hombro derecho y regresar a Inner Head. Arrojó a Rice cerca de la cima del acantilado. Desde su posición ventajosa, pudo ver a Carys cruzando la calzada. Estaba a mitad de camino, moviéndose a un ritmo constante.

«Te dejaré aquí, Rice. Oremos para que sobrevivas hasta la mañana».

Rice se reclinó contra las rocas, con el rostro pálido. «No me avergüenzo de lo que he hecho. Hice lo que cualquiera haría para proteger el nombre de mi familia».

«¿Para proteger a los muertos a expensas de los vivos? Qué hombre tan excelente y honorable eres».

«No espero que lo entiendas, Llewelyn. No tienes sentido del honor. Eres una vergüenza para el apellido de tu familia».

Palabras amargas subieron a la garganta de Jack, pero las contuvo y comenzó su descenso por el acantilado. ¿Qué sentido tenía intentar herir la arrogancia de Rice? Si la herida en su costado seguía sangrando, Rice estaría muy débil por la mañana, si no es que estaría muerto.

Jack contempló la distancia que aún necesitaba cubrir. Ninguno de los dos saldría con vida si intentara llevar a Rice al otro lado. No tenía elección. Tenía que seguir a Carys.

Capítulo 33: Capítulo Treinta y tres

Carys llegó al final de la calzada y estudió el empinado sendero que subía por el acantilado. Se frotó las palmas frías contra los pantalones empapados, ignorando el dolor sordo en la muñeca. Le picaban los dedos y sangraban al agarrarse a las rocas para amortiguar la caída. El ruido sordo de los latidos de su corazón sonó más fuerte que el mar. Orando por fuerzas, subió con esfuerzo el camino, sus rodillas amenazaban con ceder con cada paso laborioso.

Un ligero tintineo desde arriba la hizo congelarse en el camino. Cuando miró hacia arriba, dejó escapar una agradecida bocanada de aire. Tres caballos atados pastaban en la hierba áspera en lo alto de la cima, ajenos a la humana desaliñada que se acercaba a ellos. Dos de ellos pertenecían a ella y a Jack. Obviamente, el tercero se lo habían dejado a Oliver.

En la cima del acantilado, Carys se arriesgó a mirar hacia atrás, hacia la calzada. Se protegió los ojos del sol poniente. Una figura confusa tropezó entre los estanques de rocas. Un destello de luz atravesó las nubes reunidas e iluminó el cabello dorado de Jack. Carys se sentó, sin fuerzas.

Calculó que Jack había cruzado dos tercios de la calzada. Detrás de él, el mar había comenzado a juntarse para rodear el frente de Worm's. Se rodeó las rodillas con los brazos, deseando que Jack se moviera más rápido, sabiendo que incluso si ella gritaba él no la oiría. Él, más que nadie, debía conocer el juego mortal que jugaba con la marea invasora.

Como si hubiera escuchado sus miedos no expresados, Jack miró hacia atrás y pareció acelerar el paso. Cuanto más rápido corría, más caía. Hilos de agua plateados por el sol poniente se deslizaron y luego se precipitaron por las grietas de la calzada como metal que se derrite rápidamente. Cuando llegó a la última parte del puente terrestre, Jack chapoteó en el agua hasta los tobillos.

Carys sabía que aún no estaba a salvo. Las mareas rodearon al Worm's en un patrón circular, y muchas de las corrientes cruzadas chocaban en la costa. Incapaz de quedarse quieta, volvió a andar por el camino. El sonido amenazador del mar entrante se cerró sobre ella, erizando los pelos de su nuca.

Jack estaba ahora hasta las rodillas mientras se tambaleaba contra la fuerza de la corriente. A seis metros de ella, su mirada atenta se centraba en la pared del acantilado. Un ruido siniestro hizo que Carys mirara a su izquierda. Las olas se acercaban hacia Jack a una velocidad que la dejó sin aliento.

«¡Jack!», gritó mientras él desaparecía bajo una cortina de agua más alta que su cabeza. Corrió hasta la orilla del agua y miró hacia el mar agitado.

A metro y medio de distancia, Jack resurgió y luchó contra el oleaje de la marea. Él la vio y sonrió. Otra ola lo golpeó y lo derribó de lado. Carys envolvió su brazo herido alrededor de la roca vertical más cercana y se inclinó lo más que pudo. Cuando el agua espumosa se calmó, vislumbró la camisa blanca de Jack. Ella lo agarró y aguantó.

Carys ahogó un grito cuando la voraz corriente intentó succionarla hacia el agua también. Estirados al máximo, ambos brazos ardían de dolor. Los duros dedos de Jack se cerraron alrededor de su codo. Él salió del agua y se desplomó de espaldas junto a ella, tosiendo y farfullando.

Toda su energía la abandonó y Carys se deslizó por el costado de la roca con un golpe estridente. Ella parpadeó hacia Jack. Estaba completamente empapado. La leve herida en su hombro izquierdo comenzó a sangrar nuevamente, coloreando su manga de un delicado rosa.

Jack se sentó y sacudió la cabeza, enviando una lluvia de agua salada sobre ella. Ni siquiera

tuvo la energía para apartar la cara cuando las gotas heladas tocaron su piel.

«¡Cristo, *no!*», Jack se puso de pie tambaleándose, con la mirada fija en la calzada detrás de ella. «¿Qué diablos está haciendo Rice?».

Carys obligó a su cuerpo reacio a girar hacia el mar. Para su horror, Oliver estaba intentando avanzar por la calzada que desaparecía rápidamente. Se llevó ambas manos a la boca para evitar gritar. ¿Por qué no se había quedado donde Jack lo había dejado? ¿Qué locura le había hecho intentar abandonar la relativa seguridad del Worm's?

Jack dio dos pasos hacia el borde del acantilado.

Carys se puso de rodillas y lo agarró del brazo. «Está muy lejos. Nunca llegarás a él».

Jack la miró frenéticamente y luego volvió al mar. Ambos jadearon cuando Oliver se tambaleó bajo las olas que se aproximaban y luego logró dar unos pasos más. Un rugido retumbante sonó detrás de Inner Head, como si el dragón realmente hubiera despertado. Las olas rompían ahora desde todos lados, chocando entre sí mientras luchaban por la posesión de la calzada.

Oliver cayó, con las manos levantadas como si se rindiera.

Carys enterró su rostro contra la camisa empapada de Jack y se abrazó con fuerza. Durante un largo rato, todo lo que pudo oír fue el atronador e inestable latido de su corazón. Ella abrió los ojos cuando él la besó en la parte superior de la cabeza.

«Se ha ido, Carys».

Ella levantó la cabeza y miró su rostro angustiado. La consolaba que él sintiera tan poca alegría por la destrucción de Oliver como ella.

Jack apoyó las manos sobre sus hombros y la sacudió suavemente. «Tenemos que seguir adelante. Tenemos que encontrar a Owen».

* * *

Jack ocultó los dos caballos en la verde oscuridad del bosquecillo detrás de la iglesia. Se volvió para estudiar a Carys. Al igual que él, estaba empapada hasta los huesos. Su expresión era firme, sus labios apretados para evitar que parlotearan. Le puso una mano en el hombro.

«¿Qué preferirías hacer? Podríamos ir a pedir ayuda a Oxwich Manor. Pero si estoy en lo cierto al suponer que Richard ha llevado a la señora Forester a Londres, dudo que consigamos que alguien más nos escuche».

«¿Tienes un plan?», Carys lo miró fijamente a los ojos.

Él se encogió de hombros. «No precisamente. Si entramos solos, escucharé lo que mi padre tiene que decir y luego intentaré persuadirlo para que te devuelva a Owen».

Carys le tomó la mano. «Prefiero dejar que tu padre se lo lleve antes que perderlo para siempre. ¿Entiendes eso?».

Jack se maravilló de su tranquila fuerza. Se llevó sus dedos fríos a los labios. «Por supuesto. La seguridad de Owen es lo más importante a considerar». Carys aún no lo sabía, pero a pesar de sus palabras conciliadoras, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para asegurarse de ello.

Deslizó la mano en el bolsillo y acarició el familiar y gastado mango de hueso de su cuchillo. ¿Podría herir a su propio padre?

«Está esperando a dos personas, así que entraremos juntos». Levantó la vista hacia el cielo plomizo y calculó las sombras que se alargaban. «La iglesia está extremadamente oscura por dentro. Probablemente le llevará un momento darse cuenta de que no soy Rice. Si tienes la oportunidad, atrapa a Owen y regresa corriendo aquí. Busca refugio en la mansión».

Carys logró esbozar una sonrisa. «¿Pensé que habías dicho que nadie en la mansión nos ayudaría?».

Jack hizo una reverencia. «Quise decir que la señora Mansell no movería un dedo para ayudarme. Por suerte para ti, ella es una notoria entrometida. Le resultaría imposible resistirse a la oportunidad de estar en el centro de otro escándalo de la familia Llewelyn».

La sonrisa de Carys se desvaneció mientras miraba la iglesia.

Jack siguió su mirada. «¿Nos vamos entonces?».

Mientras caminaban por el sendero de piedra, Jack revisó mentalmente los posibles sacrificios que su padre podría exigirle. ¿Estaría satisfecho si Jack prometía abandonar el país y no regresar nunca? La idea le hizo sentir mal y su paso vaciló. Incluso si nunca volviera a ver a Carys o a su hijo, al menos estarían a salvo.

La puerta de la iglesia estaba entreabierta. Una tenue luz parpadeaba bajo la puerta. Jack aspiró la esencia de la decadencia y se puso detrás de Carys. «Camina hacia adelante lentamente. Me mantendré en las sombras el mayor tiempo posible».

Una figura solitaria envuelta en un largo abrigo de conducir negro los esperaba junto al altar en la cabecera de la iglesia. Incluso en la oscuridad, Jack supo instintivamente que no era su padre. ¿Qué precio tenía ahora su tan cacareado juicio? Había equivocado a su oponente dos veces en un día. Se acercó a Carys y le tomó la mano. «Buenas noches, Robert».

A la luz parpadeante de la lámpara, los ojos de Robert se abrieron y se fijaron en Jack. En su mano derecha sostenía una pistola que apuntaba a la cabeza de Jack. «¿Se supone que estás muerto!».

Jack sonrió mientras la furia hervía ardiendo en su pecho. «Como puedes ver, no lo estoy. Desafortunadamente, parece que tu buen amigo Oliver Rice sí lo está».

Sintió un escalofrío recorrer a Carys y le apretó la mano con fuerza. Robert dio un paso atrás y se lamió los labios.

«¿Dónde está Owen?», la tranquila pregunta de Carys pareció tomar a Robert por sorpresa.

«Lo tengo a salvo».

«¿Dónde exactamente?», preguntó Jack.

La mano de Robert apretó la pistola. «No voy a decírtelo. ¿Por qué siempre arruinas mis planes? Después de que te fuiste en desgracia, la familia pareció ponerse de luto. Nadie se preocupaba por mí. A nadie le importaba si bebía hasta morir o jugaba mi fortuna...».

«O robabas la mía». Jack interrumpió cuando la diatriba de Robert adquirió un tono de autocompasión. «¿Cuándo decidiste servirme del dinero que me dejó nuestra madre?».

Robert parecía molesto. «Sabía que esto sucedería si alguna vez regresabas a casa. *Necesitaba* ese dinero para pagar mis deudas. Ni siquiera sabías que existía hasta ahora. No puedes perder lo que nunca has tenido».

Jack exhaló con fuerza. «También había olvidado que tú y David Rice estuvieron juntos en la escuela. ¿Qué te hizo unirte a él?».

Robert se removió el cuello de la camisa. «Amaba a David, Jack. Lo *amaba* y tú provocaste que lo mataran. ¿Cómo no pudiste entender eso? Me ofrecí a ayudar a Oliver Rice para asegurarme de que nunca limpiaras tu nombre. Siempre ganas en todo».

«David era un tonto. No se dio cuenta hasta el último segundo de que sus supuestos aliados tampoco lo iban a dejar vivir».

Robert se secó rápidamente los ojos. «Maldito seas. Deja de hacer que parezca que eres un héroe o algo así. No mereces estar vivo y ciertamente no merecías ese dinero». Robert miró suplicante a Carys. «No quiero lastimar a Owen. Siempre me has agradado. Es Jack quien causa los problemas».

Jack la sintió ponerse rígida a su lado. «Entonces devuélveme a mi hijo y soluciona tus

'problemas' con Jack como un caballero. Estoy segura de que estará feliz de encontrar una solución en conjunto».

Jack se puso tenso cuando Robert sacudió la cabeza.

«No puedo hacer eso. Se suponía que Jack moriría hace años cuando instigué el duelo con Gareth». Robert frunció el ceño y reajustó la empuñadura de la pistola. «Si tan solo hubiera matado a tu hermano como esperaba que lo hiciera, y no simplemente le hubiera dado alas y se hubiera marchado».

Jack miró a Robert con horrorizada fascinación. ¿Por qué no se había dado cuenta de que detrás de la aparente amabilidad de su hermano había una vena de crueldad que reflejaba la de su padre? La ira se enroscó en su estómago y alimentó la anticipación que normalmente experimentaba antes de una batalla. A lo lejos, vio cómo sus manos empezaban a temblar. «¿Siempre me has odiado?».

Robert parecía afligido. «Has hecho todo lo que siempre has querido. Te has alejado de todas tus responsabilidades, mientras que a mí me han dejado atrás para actuar como chivo expiatorio de nuestros padres. Debido a que te escapaste de sus imposiciones, mi padre me mantuvo tan bajo su control que no he tenido la oportunidad de vivir la vida que quiero. Todo es tu culpa».

Jack sintió que una sensación de hastío lo invadía. ¿Había cambiado su ausencia la vida de Robert tan drásticamente, o de todos modos habrían crecido las semillas del descontento de Robert? Luchó por encontrarle algún sentido al desastroso día. A veces parecía que todos los que tocaba sufrían.

«Robert, ¿dónde está Owen?». Mantuvo un tono agradable, consciente de la pesada pistola que oscilaba en la mano de su hermano. Sabía por amarga experiencia lo difícil que era mantener un arma firme durante tanto tiempo. «Dale el niño a Carys y deja que se vayan. Ella no te ha hecho nada».

Robert lanzó una rápida mirada por encima del hombro en dirección a la sacristía. «No puedo hacer eso. Mi padre me prometió que, si le entregaba al niño, saldaría mis deudas y me dejaría empezar desde cero».

Jack le dio un codazo a Carys en un intento de persuadirla para que se dirigiera a la sacristía mientras él atraía la atención de Robert.

«Así que dejarás vivir al niño si tienes las agallas para matarme, ¿no es así?», Jack dio un paso deliberado hacia Robert, protegiendo a Carys en el proceso. «¿Alguna vez has matado a un hombre a quemarropa? No es tan fácil cuando puedes verlo a sus ojos».

Siguió avanzando; la mirada horrorizada de su hermano permaneció fija en él, incluso mientras intentaba retroceder.

Consumido por la rabia y ajeno al peligro, Jack continuó acortando la distancia entre ellos. «No tienes idea de lo que se siente cuando te salpican los sesos de un hombre, ¿verdad?».

Robert jadeó cuando Jack lo alcanzó y le arrancó la pistola. La puso sobre el altar de piedra. Jack agarró a Robert por las solapas de su abrigo y lo empujó violentamente contra la pared.

«Te daré una última oportunidad para que me digas la verdad. ¿Dónde diablos está Owen?».

«Yo lo tengo».

Jack se quedó quieto ante el sonido de la voz de su padre. Sin soltar a Robert, giró la cabeza y vio al duque enmarcado en la puerta de la sacristía, con un niño pequeño pegado a su costado.

«Debería haber sabido que usted, señor, tendría los dedos en alguna parte de este pastel». Clavó los dedos en el pañuelo del cuello de Robert y lo hizo girar para mirar a su padre. Sacó el cuchillo del bolsillo y lo apoyó contra la mejilla de Robert. «¿Qué tal un intercambio? Tu hijo

por el mío».

La risa seca de su padre rompió el húmedo silencio. «Jack, eres realmente divertido. ¿De verdad crees que me importa lo que le pase a Robert? Siempre ha sido una gran decepción para mí».

Robert se estremeció en el agarre de Jack y, por un segundo, Jack casi sintió lástima por él. «¿Por qué quieres a mi hijo?».

El duque puso una mano posesiva sobre el hombro del chico amordazado. «Quiero criarlo como corresponde al nieto de un duque. Deberías estar agradecido conmigo por reconocerlo, y no pelear conmigo».

Jack miró a su alrededor buscando a Carys, pero no pudo verla. ¿Su padre la habría noqueado cuando intentó entrar en la sacristía? «Su madre está haciendo un buen trabajo criándolo ella sola. ¿Por qué te necesitaría él?».

De nuevo, esa risa susurrante que hizo que Jack quisiera vomitar. «Vamos, no puedes desear que tu hijo sea criado en un cuchitril por una mujer que probablemente en cada oportunidad susurre odio hacia los Llewelyn en sus preciosos oídos.

Jack miró fijamente a los ojos de su padre, incómodamente consciente de lo parecidos que eran. «¿Qué deseas? Debo asumir que organizaste toda esta farsa para ganar algo. ¿Qué es?».

Jack sintió movimiento directamente detrás de él. ¿Sería Carys o alguien relacionado con su padre?

«Sobreestimas mi poder. En esta ocasión no sabía nada de los patéticos intentos de Robert de asesinarte». Le lanzó a Robert una mirada desdeñosa. «Sin embargo, estaba ansioso por compartir conmigo los detalles del pequeño plan de Rice cuando le ofrecí pagar algunas de sus deudas. Solo me involucré realmente cuando tu querida esposa decidió pedirte que te divorciaras de ella. No podía permitir que me quitara a mi único nieto vivo».

«Y no lo tendrás ahora». Carys se puso delante de Jack, agarró la pistola de Robert del altar y apuntó al duque. «Ya tuve suficiente de esto. Deja ir a Owen o te dispararé».

Jack miró a su padre. «Quizá debería mencionar que tiene una excelente puntería, señor. Yo mismo le enseñé».

«No seas estúpido, Jack. Ella es una mujer. Ella nunca me disparará mientras su hijo esté tan cerca».

Carys empezó a tararear una vieja canción infantil. La cabeza de Owen se levantó. Jack tardó un momento de sorpresa en darse cuenta exactamente de lo que Carys intentaba hacer.

«¡Achís, achís, todos abajo!»

Owen se dejó caer al suelo y se apartó rodando del camino del duque. Mientras el duque maldecía, Jack le dio un puñetazo a Robert en la barbilla y lo derribó al suelo. Carys le pasó la pistola y luego corrió a buscar a Owen, que se había escabullido entre los bancos.

Jack volvió a mirar a su padre. «Parece que ha perdido la ventaja, señor».

El duque hizo una reverencia y avanzó hacia la iglesia. Estudió a Jack con su mirada desinteresada, como si contemplara las baldosas agrietadas bajo sus pies. «Parece que tienes razón», se encogió de hombros, «he sido superado por una muchacha del campo y un niño de cuatro años».

Jack agitó su pistola hacia la puerta principal. «Tal vez te vayas antes de que ceda a mis instintos más básicos. En este momento, no siento mucho respeto familiar por ti ni por mi hermano».

El duque pasó por encima de Robert como si fuera un incómodo bache en el camino. «Volverás, Jack. Necesitarás mi ayuda si quieres volver a entrar en la sociedad».

Jack hizo una reverencia. «Prefiero apuntarme con esta arma a mí mismo que pedir tu ayuda. ¿No deberías volver con tu esposa? Me imagino que agradecería tu compañía en su momento de necesidad».

«Ah. ¿No lo has oído?», el duque se volvió hacia la puerta, con expresión llena de malicia desenfrenada. «Mi querida esposa falleció ayer. Estoy seguro de que no esperarás una invitación al funeral».

Jack se recostó contra el altar de piedra, repentinamente agradecido por el apoyo mientras su padre cerraba la puerta con cuidado deliberado. Estudió la forma inconsciente de Robert y luego localizó a Carys y a su hijo arrodillados juntos en el suelo.

Ella encontró su mirada, sus ojos llenos de compasión. «Jack...».

Desamartilló la pistola y la colocó en el centro del altar. «Voy a mirar afuera y asegurarme de que mi padre se haya ido».

Se retiró a través de la sacristía húmeda hacia el bosque y se encontró envuelto en la oscuridad. Su visión se volvió borrosa y se le hizo un nudo en la garganta. El constante batir del mar y los rápidos vientos parecían cantarle una canción de luto mientras miraba desesperadamente hacia la noche.

Su madre había muerto.

Capítulo 34: Capítulo Treinta y cuatro

«Ese viejo dijo que era mi abuelo, pero no lo es, ¿verdad?».

Carys miró fijamente a Jack mientras Owen jalaba su manga.

«Mamá, ¿qué es un abuelo? ¿Es como el abuelo Davies? ¿Es alguien aterrador? Porque ese hombre daba miedo. Sus ojos eran como ese pez muerto que Sammy y yo encontramos en la playa la semana pasada». Owen señaló con un dedo sucio a Robert, quien luchaba por sentarse en el suelo de baldosas. «Ese es mi tío Robert. Sé lo que es un tío. Fue amable conmigo cuando me enfermé por comer demasiado pastel».

Carys ignoró las preguntas de Owen mientras seguía sintiéndolo por todas partes. No parecía herido ni alarmado, a pesar de sus aventuras. Ella le apartó el espeso cabello de la cara y sonrió, conteniendo las lágrimas. «Owen, *bach*, es bueno verte. ¿Tuviste una aventura emocionante?».

Él le sonrió, su rostro era una réplica en miniatura del de Jack. «El tío Robert dijo que era un juego y que teníamos que ocultártelo». Su sonrisa se desvaneció. «Fue divertido hasta que llegó el otro hombre. Daba miedo».

Carys lo tomó en sus brazos y lo abrazó con fuerza. Su pequeño y sólido peso, la vista y el olor familiares de él la abrumaron. Ella dejó que sus lágrimas cayeran sin ser vistas sobre su hombro. Cuando lo soltó, su rostro estaba sereno.

Dejó la lámpara volcada sobre el altar. «Ven, *bach*. Tenemos que ayudar a Jack a ordenar la iglesia antes de irnos».

Owen miró fijamente la puerta de la sacristía. «¿Era Jack el hombre con cara de enojo? ¿No le agradamos, mamá?».

Carys le dio unas palmaditas en la mejilla. «Le agradamos. Nunca lo dudes».

Robert se puso de rodillas y trató de levantarse del suelo. Carys le dio una fuerte patada en las espinillas y él volvió a caer con un gemido. Ella miró insegura hacia el pasillo. ¿Debería ir a buscar a Jack? ¿Qué se suponía que debía hacer si el duque reaparecía o si Robert decidía marcharse?

Como si fuera en respuesta a sus preguntas, Jack regresó. Por la expresión sombría de su boca y cierto enrojecimiento alrededor de sus ojos, Carys supuso que había estado llorando.

Él asintió hacia ella mientras se acercaba. «Me ocuparé de Robert. Si quieres llevarte a Owen a casa, puedes usar uno de los caballos».

Su llana declaración la sorprendió. Una parte de ella quería acercarse a él y ofrecerle consuelo. Algo en su comportamiento sereno y la forma en que evitaba su mirada la mantuvo clavada en el lugar.

«Mamá, todavía parece enojado. ¿Estás segura de que le agradamos?».

El fuerte susurro de Owen hizo que Jack se diera vuelta. Carys contuvo la respiración.

Jack se quedó quieto y miró a Owen, como hipnotizado. Se arrodilló y se aclaró la garganta. «No estoy enojado contigo ni con tu madre. Estoy enojado con mi familia. Te trataron abominablemente».

Owen dio un paso hacia Jack y sacudió la cabeza. «No sé qué significa “abombinablente”, pero el tío Robert fue amable. Incluso cuando vomité encima de él. Aunque no me agradaba el viejo. Daba miedo», ladeó la cabeza y estudió a Jack. «Se parecía un poco a ti».

Jack extendió una mano temblorosa y apartó el espeso cabello rubio de Owen de sus ojos marrones. «Lamento que te hayas enfermado. Todo estará bien ahora. Tu madre puede llevarte a

casa».

El rostro de Owen se arrugó. «Es aburrido allí. Nunca pasa nada. Quiero quedarme y ayudarte a ordenar». Miró inocentemente a Carys. «Mamá dijo que podía».

Carys se encontró con la mirada atónita de Jack por encima de la cabeza de Owen. Se sintió honrada de que, a pesar de su evidente sorpresa, él hubiera cumplido su promesa y no se hubiera identificado como el padre de Owen.

Después de una última mirada prolongada a Owen, Jack se puso de pie. Caminó hacia Carys, con los ojos cautelosos y la mandíbula apretada en una línea firme.

Carys bajó la voz. «¿Qué vamos a hacer con Robert?».

Jack apartó la mirada de Owen. «No estoy seguro. Me imagino que el duque de Diable Delamere querrá interrogarle sobre su relación con Oliver Rice». Se pasó una mano por el cabello. «Tendré que llevármelo de regreso a Londres conmigo».

Incapaz de detenerse, Carys le acarició la mejilla sin afeitar con la yema del dedo. «Podemos alquilar un carruaje. Llevaremos a Robert a la vicaría para pasar la noche y partiremos mañana».

Él agarró su muñeca y detuvo los movimientos vacilantes de sus dedos. «No harás nada. Lo llevaré yo solo a Londres».

Ella miró fijamente sus ojos marrones cerrados y vio su negativa ya formada. «¿Esperas que me vaya a casa, haga girar mis pulgares y espere a que regreses?».

Su agarre se hizo más fuerte en su muñeca. «Espero que vuelvas a casa y cuides a tu hijo».

Robert gimió y se sentó, con una mirada cautelosa en Carys. Su mirada inyectada en sangre se fijó en Jack. «¿Dónde está mi padre? ¿Qué me has hecho?».

Jack recogió la mordaza que Carys le había quitado a Owen y avanzó hacia su hermano. «Padre te dejó a mis tiernas misericordias. ¿Qué más esperabas?». Ató las manos de Robert delante de él y lo puso de pie. «Podrás montar a caballo, ¿no? De lo contrario, te haré caminar».

Carys tomó la pequeña mano de Owen y siguió a Jack y a su hermano hasta la noche. Las estrellas brillaban en el cielo azul oscuro y la luna llena adornaba las copas de los árboles. El familiar murmullo del mar adormeció sus cansados sentidos mientras tropezaba para mantener el equilibrio.

Jack se detuvo frente a ella y le bloqueó la vista. «¿Cómo llegó eso aquí?».

Carys miró por encima de su hombro. Un carro de granja, completo con dos caballos, los esperaba donde habían estado atados sus caballos.

Jack empujó a Robert en dirección al carro. «Quizás el duque abandonó el carro y se llevó nuestros caballos. Al menos llegaremos a Rhossili más rápidamente». Metió a Robert en la parte trasera del carro y luego ayudó a Carys a levantarse. Le dio la pistola recargada. «No dudes en disparar si se mueve».

Robert se acurrucó en el rincón más alejado del carro. Parecía demasiado derrotado para intentar algo. Jack se giró para levantar a Owen y lo colocó suavemente en el regazo de Carys. Se quitó el abrigo y lo puso sobre la pequeña figura de su hijo. Owen se metió el pulgar en la boca y se acurrucó cerca de Carys.

Carys observó a Jack estudiar el rostro sucio de su hijo. Ni mil palabras podrían haber replicado la oleada de amor y emoción que vio en sus ojos. En ese momento supo que él habría dado su vida por Owen. Ella se tragó las ganas de llorar cuando él se dio la vuelta de mala gana.

El carro crujía y se balanceaba por la estrecha carretera. Al principio Carys observó a Robert hasta que se quedó dormido. Luego observó la ancha espalda de Jack hasta que el sueño también la venció.

* * *

Después de instalar a Owen en la guardería bajo la atenta mirada de Martha, Carys regresó al dormitorio de su infancia. Ella sonrió mientras cerraba la puerta. Su habitación conservaba la esencia de todos sus tontos sueños de niña. Recordó lo ingenua que había sido, lo dispuesta a enamorarse del mejor amigo de su hermano. Que estúpido pensar que el amor lo conquistaría todo...

Jack se levantó a medias de la silla junto al fuego. A la luz del fuego, su rostro conservaba sus sombras y secretos. Carys se reclinó contra la puerta y simplemente lo estudió.

«Tu cuñada insistió en que debería dormir aquí», murmuró Jack. «No me di cuenta de que quería que compartiéramos la misma cama».

Carys se desabrochó el cinturón de la bata. Jack se había afeitado y lavado con el jabón de Gareth, pero su aroma único inundó sus sentidos. Ella inhaló lentamente los sutiles matices de su calidez y permitió que le dieran vida a su cuerpo. «Seguimos siendo marido y mujer. En lo que respecta a Gwyneth, eso es suficiente».

Jack se giró para mirarla, sus movimientos eran bruscos. «Es bastante sencillo de arreglar. Puedo salir por la ventana y dormir en los establos. Gwyneth nunca tiene por qué saberlo».

Aún sosteniendo la mirada de Jack, Carys tomó un candelabro y encendió la llama del fuego. Dejó la vela junto a la cama, donde proyectaba una sombra acogedora sobre la funda del edredón bordado. Jack miró hacia la cama y luego hacia otro lado.

Carys dejó caer la bata al suelo. «Solía soñar contigo trepando por la hiedra y entrando a mi habitación. ¿Sabías eso?».

Jack negó con la cabeza. Sus manos se cerraron lentamente en puños a los costados.

Carys dio un paso más hacia él. «Solía acostarme en la cama e imaginar cómo me sentiría cuando me tocaras en todos esos lugares prohibidos». Se pasó el dedo por el labio inferior. «Mi cuerpo ya sabía lo que quería de ti antes de que yo lo entendiera completamente».

Jack se lamió los labios, su respiración era agitada como si ya pudiera saborearla. «¿Pensabas en mí mientras te tocabas?».

Carys asintió. «Aquí», se frotó el pezón con el pulgar, «y aquí». Deslizó sus dedos hasta la unión de sus muslos.

Con un gemido, Jack cayó de rodillas y le rodeó las caderas con los brazos. Apoyó la mejilla sobre su estómago y su aliento caliente contra su piel. «¿Por qué me cuentas esto ahora? No me puedo quedar. Tengo que irme por la mañana».

Ella miró hacia la parte superior de su cabeza. «Porque necesito que sepas que nunca he dejado de quererte. Incluso cuando intenté odiarte, no pude».

Jack se puso de pie y la miró. «¿Qué quieres de mí?». Él llevó sus dedos a sus labios y los besó. Con deliberada lentitud, se inclinó hacia él y sintió la frescura de su camisa prestada contra la fina muselina de su camisón.

«Nada, Jack», ella levantó la cabeza y besó su cálida boca.

Él maldijo y luego le devolvió el beso, sus labios se abrieron para admitir su lengua inquisitiva.

Ella empujó su pecho y él retrocedió hacia la cama. «No quiero nada de ti excepto esta noche».

Intentó hablar, pero ella le tapó la boca con los dedos y le sacó la camisa de los pantalones. Tuvo que ponerse de puntillas para pasarle la camisa por la cabeza. Él no la ayudó, pero ella no cuestionó su pasividad. Ella quería dar; ella quería hacerle sentir placer.

Ella tarareó con satisfacción femenina mientras los músculos de su estómago se contraían

cuando ella los acariciaba. Usando ambas manos, lo ayudó a quitarse las botas y le deslizó los pantalones por las piernas. Estaba medio sentado en la cama, con el rostro ilegible. Solo la evidencia física de su pene empujando le demostró a Carys que la quería de regreso.

Él agarró sus muñecas y las llevó detrás de ella. «No puedo hacerte ninguna promesa. No hagas algo de lo que puedas arrepentirte».

Ella entendió su deseo de ser honesto, incluso cuando trató de ignorar la angustia que se acumulaba en su pecho. ¿Por qué era tan reacio a confesar que todavía la amaba? «¿Cómo podría arrepentirme de esto? Me salvaste la vida. Salvaste la vida de Owen».

«Maldita sea, Carys, destruyo todo lo que amo. ¿Cómo puedes quererme?», él se apartó de nuevo y le tomó la barbilla, su mirada fija en la de ella.

Ella empujó sus caderas contra las de él, disfrutando de su eje duro y húmedo presionado contra la suavidad de su vientre. «Tu cuerpo me quiere, incluso si tu mente no». Ella respiró entrecortadamente. «Si esto es todo lo que puedes aceptar de mí, entonces sí, te quiero. Te quiero a ti dentro de mí».

Tragó fuerte y deslizó sus manos hasta sus hombros. «Carys...».

Las lágrimas amenazaban detrás de sus ojos. Ella no reconocería su negativa a aceptar su amor. *No lo haría*. En lugar de eso, lo besó, su boca aplastada contra la de él, su alma en el beso. Él le devolvió el beso con una pasión contenida que la hizo querer forzarlo a sus límites, hacerlo suplicar y gritar su nombre.

El pánico atravesó su excitación, seguido de una rabia temblorosa. ¿Cómo sobreviviría si él la dejara otra vez? ¿Cómo se atrevía a regresar, despertar descuidadamente sus sentidos y luego abandonarla? Ella luchó por respirar. Si él decidía no regresar, ella se aseguraría de que nunca la olvidara.

Ella rompió el beso, se deslizó por su cuerpo excitado y se llevó su pene a la boca. Él gimió cuando ella lo atrajo. Una mano se agarró el pelo y la otra se apoyó contra la cama. Ella lo empujó fuerte y rápido hasta que él tiró de su cabello y alejó sus labios de él.

Con fácil fuerza, la levantó y la arrojó sobre la cama. Se levantó sobre ella, con los ojos negros de pasión mientras se inclinaba para chuparle el pecho. Todavía enojada, todavía queriendo más, Carys pasó las uñas por su espalda llena de cicatrices y lo hizo estremecerse. Este no sería un apareamiento gentil. Esto lo marcaría, como la había marcado a ella para siempre.

Cuando intentó meterse entre sus muslos, Carys rodó hacia un lado. Él vino tras ella, sus músculos tensos brillando a la luz de las velas. Con todas sus fuerzas lo empujó sobre su espalda y se montó a horcajadas sobre él. Jack yacía inmóvil, con el pecho agitado y su respiración entrecortada ruidosa en el repentino silencio.

«Carys, amor... no tiene por qué ser así. No con ira».

Ella se irguió sobre él, luchando contra las lágrimas. «Sí, tiene que ser así. Tiene que significar algo. Por todos los años que hemos desperdiciado».

Levantó los brazos por encima de la cabeza y se agarró a la cabecera. «Entonces toma lo que quieras».

Sus dedos se curvaron en garras. Ella contempló su pecho desnudo. Un repentino cansancio apagó su ira. «No».

Ella se bajó de él y se dirigió hacia la puerta. Él estaba en lo correcto. Era demasiado tarde para hacerle pagar por dejarla, y el sexo no lo mantendría a su lado; solo el amor lo haría. Buscó sin rumbo fijo su bata. Después de todo, quizá sería mejor que se quedara con Owen en la guardería.

«No te vayas, *anwylaf*. Por favor, no así». Jack se acercó a ella y la abrazó. «Tienes razón.

Déjame hacerte el amor. Dejemos atrás el dolor. Siempre hemos sido buenos juntos».

Carys negó con la cabeza. «No quiero lastimarte, Jack. Quiero que...», se le secó la garganta. Ella *no* iba a pedirle que se quedara con ella. Necesitaba tomar esa decisión él mismo. «Quiero que vayas».

* * *

Jack apretó con más fuerza a Carys y estudió su rostro desviado. Un minuto escupiéndole y gruñéndole como una leona enfurecida, al siguiente toda cariñosa, y ahora dándole órdenes de marcha. ¿Qué diablos se suponía que debía hacer? Había intentado hacer lo que ella quería de él. Había intentado darle la oportunidad de hacerlo sufrir como se merecía. Después de hacerle doler de lujuria hasta los dientes posteriores, ¿se suponía que ahora debía alejarse como un caballero?

¿No entendía que estaría mejor sin él? ¿Que su mera presencia traía dolor y deshonor? Todos los que amaba sufrían. No quería eso para Owen. Él no quería eso para ella.

Bajo su mirada sorprendida, él agarró su ropa del suelo. Sin preguntar, la levantó, la dejó sobre la cama y corrió hacia la ventana. Con un tirón salvaje, abrió la hoja de madera. Tomó una profunda bocanada de aire fresco del mar. ¿Qué podría darle él para arreglarlo?

«Empecemos de nuevo, ¿de acuerdo? Hagamos de cuenta que he trepado a la hiedra y ahí estás tú en tu lecho virgen, soñando conmigo».

Carys lo miró fijamente durante lo que pareció una hora. Sin dejar de mirarlo, se deslizó bajo las sábanas y llevó las rodillas hasta la barbilla. El silencio se extendió entre ellos, fino como un alambre. Justo cuando Jack estaba a punto de darse por vencido y bajar por la hiedra en todo su esplendor desnudo, Carys habló.

«Jack, ¿qué estás haciendo? Mis padres te matarán si te encuentran aquí».

Cerró la ventana y cruzó la alfombra en dos zancadas. Se arrodilló junto a la cama y tomó la mano de Carys. «Solo quería verte», él besó sus dedos. «Parece que no puedo sobrevivir sin ti».

Ella le arrebató la mano cuando él se puso de pie.

«Maldita sea, he estado soñando contigo en esta cama todo el verano». Toccó su deliciosa boca con la yema del dedo. «He soñado con besarte aquí». Deslizó sus dedos por su garganta y rodeó su pezón. «Y aquí». Ella suspiró mientras él deslizaba su mano hacia abajo para descansar entre sus piernas. «Y especialmente aquí. Me encantaría besarte aquí». La miró a los ojos. «¿Me permitirás vivir mis sueños?».

Cuando ella asintió, su corazón dio un extraño salto como si fuera, efectivamente, el joven que se había enamorado a una velocidad que aún lo sorprendía. Carys retiró las mantas, invitándolo a pasar. La tomó con cuidado en sus brazos, recordando su suave peso, el encanto de su aroma natural.

La besó en la frente y luego en la oreja. «¿Me dejarás hacerte el amor? ¿Te compartirás conmigo?».

Ella extendió la mano y le acarició la mejilla. Sus ojos eran claros y su rostro hermoso a la suave luz de las velas. «Sí, Jack, lo haré».

Capítulo 35: Capítulo Treinta y cinco

«¿Jack se ha ido?», Carys releyó la nota que había dejado en la mesa de la cocina de la rectoría. Con una maldición, la arrugó y la arrojó al fuego.

Martha levantó la vista de su pan y frunció el ceño. «No hay necesidad de ese tipo de charla, jovencita. Tu madre se horrorizaría».

Carys se sentó a la mesa con un golpe. «Puedes agradecerle a tu querido Jack si mi lenguaje se ha deteriorado. En primer lugar, él es quien me enseñó a maldecir, y él es quien me hace maldecir ahora». Estudió sus manos entrelazadas y el brillo apagado de su anillo de bodas. «Podría haber esperado para decir adiós. No tengo idea de cuándo piensa regresar. ¿Tú?». Se movió en su asiento cuando su cuerpo recordó la sensación de sus manos y su boca sobre su piel.

«No, *bach*», dijo Martha. «Apenas lo vi. Me dio la nota y me pidió que cuidara de ti y de Owen. No mencionó cuándo regresaría».

Carys cerró los ojos cuando una dolorosa comprensión la invadió. «No tiene intención de volver, ¿verdad? Ha decidido hacerse el héroe y quedarse en Londres sin mí».

«No lo sabes».

«Pero sería típico de él, ¿no?», se pasó la mano por la cara y gimió, «y le *dije* que se fuera. No tuve el valor de decirle que lo amaba y que quería que se quedara. Tenía demasiado miedo».

«Tenías buenas razones para ser cauteloso. Antes, ya te dejó una vez». Martha dejó la cuchara con expresión pensativa. «Quizá necesite tiempo para pensar. Su madre acaba de morir».

Carys se puso de pie. «¡Ha tenido mucho tiempo para pensar! ¿Cómo se atreve a abandonarme otra vez?». Miró a Martha, que intentaba no sonreír.

«Quizá deberías ir tras él, Carys. Mantendré a Owen sano y salvo aquí».

«Quizá debería hacerlo. Esta vez haré que me dé una explicación, en lugar de dejarlo irse sin decir una palabra». Carys llegó a la puerta de la cocina antes de que sus pasos flaquearan y se volviera para mirar a Martha. «¿Crees que estoy haciendo lo correcto?».

Martha hizo ademanes para hacerla callar con sus manos harinosas. «Ve, corazón. Nunca lo sabrás a menos que lo intentes».

* * *

Jack miró por el gran ventanal que daba a la concurrida plaza de Londres. La primavera llegó antes a la capital que a las tierras salvajes de Gower. Una plétora de brotes verdes y afilados ya se abrían paso a través de la muerte invernal de las ramas desnudas. Jack dejó escapar el aliento. Carys ya habría leído su nota. ¿Se habría dado cuenta de que él no había hecho promesas de regresar?

Jack cerró los ojos y se imaginó a Owen. Incluso después de un día, la imagen era tan clara como una moneda recién acuñada. Si pudiera reunir el dinero, encargaría un retrato en miniatura de su hijo para recordarlo. La conmoción de ese primer encuentro y su deseo instintivo de abrazar al niño y no soltarlo nunca habían sacudido a Jack hasta la médula. Por primera vez pudo apreciar verdaderamente la fuerza que Carys había demostrado en la búsqueda de su hijo.

Jack frotó el cristal empañado. En el Ministerio de Asuntos Exteriores había entregado un hosco Robert al socio del duque de Diable Delamere, Steven Gardiner. Las súplicas de Robert no lo habían conmovido. A su hermano le haría bien experimentar el poder de la ira del gobierno, y mucho menos lo que su propio padre le haría más tarde. La recompensa que le habían prometido por la captura de la señora Forester mantendría a Carys y a Owen financieramente seguros durante años.

Buscó su pañuelo en su bolsillo y tocó la nota doblada que Steven Gardiner le había pasado antes. Para completo asombro de Jack, el Capitán Furia había cumplido su promesa y había dejado noticias de Marcus. La nota críptica decía que el mayor Stortford estaba nuevamente en Inglaterra. Jack no tenía idea de dónde. Lo único que podía esperar era que Marcus encontrara el camino a Londres y a su familia. Si no aparecía pronto, Jack tenía la intención de rogarle al duque de Diablo Delamere que lo buscara.

Jack medio sonrió. Parecía que todos sus problemas habían quedado atrás. Por primera vez en muchos años podría caminar libremente en su propio mundo. Intentó sentirse feliz pero su corazón no lograba alegrarse, aunque sabía que estaba haciendo lo mejor que podía por Carys. Al menos estaría libre del estigma de su desgracia.

Ahora esperaba al duque en su estudio para completar la etapa final de su misión. Se giró cuando se abrió la puerta y luego sonrió cuando vio a Michael Waterstone.

«¿Has estado esperando mucho, Jack?», Michael maniobró hábilmente su silla de ruedas hacia la habitación, dejando la puerta entreabierta. «El duque y la duquesa han estado de visita esta mañana. Creo que volverán pronto». Michael le tendió la mano y Jack la estrechó.

«No mucho. No tenía cita con tu ilustre empleador, así que anticipé algún retraso».

Michael colocó una pila de papeles sobre el escritorio ya desbordado del duque. «Debo decir que nos alegró mucho cuando tu amigo Richard Mansell apareció con mi madre. Fue un gran alivio».

Jack asintió. «Para mí también fue un alivio. Casi la perdimos ante los franceses».

«Sí, Mansell nos contó la conmovedora historia», Michael vaciló. «Lamenté saber que tu familia se vio involucrada en todo este maldito asunto».

«Mi familia ya estaba involucrada», Jack se volvió hacia la ventana y vio que el carruaje del duque se alejaba. Un destello de color llamó la atención de Jack en el reflejo de la ventana y se giró para ver a la duquesa entrando al estudio.

«Michael Waterstone, ¿qué diablos estaba haciendo nuestra madre con los franceses?», la duquesa de Diable Delamere irrumpió en la habitación. Todavía llevaba su capa y su sombrero; sus ojos grises ardieron, recordándole Carys a Jack. El duque apareció detrás de ella en la puerta.

Michael se jaló la corbata y lanzó una mirada desesperada a Jack. «Ah, Elizabeth. No me di cuenta de que habías regresado. Una vez que te hayas quitado la ropa de exterior, estaré encantado de...».

La duquesa se mantuvo firme. «Dime la verdad sobre mamá, Michael. Sabía que algo estaba pasando y el duque se está comportando de manera bastante inútil». Le lanzó a su marido una mirada de reprimenda y él arqueó una ceja. «Si no nos hubiésemos encontrado hoy con el señor Gardiner, no me habría enterado de nada».

«Cuál era mi intención original», murmuró el duque. «Quizá, querida, ¿preferirías discutir el asunto conmigo en la privacidad de nuestra suite?».

Jack se encogió cuando la duquesa miró a su marido. El tono del duque habría aterrorizado a la mayoría de los hombres. Pareció tener poco efecto en su esposa.

«Gervase...».

El duque se enderezó. «Señora. Por mucho que te aprecie, preferiría no discutir nuestras diferencias en público».

Elizabeth pareció registrar la presencia de Jack por primera vez. «Pero si es solo Jack».

Jack reprimió un desastroso deseo de reír y se dirigió hacia la puerta. «Le ahorraré la molestia de despedirme, Su Gracia. Regresaré en un momento más conveniente».

Pasó junto a la duquesa, que permaneció mirando a su marido. Sin apartar la mirada, le puso

la mano en el brazo.

«No, Jack. Yo me iré. Como me ha recordado tan *acertadamente* Su Gracia, es mejor dejar algunas cosas en la privacidad de nuestras habitaciones». Su voz temblaba como si estuviera luchando contra las lágrimas. «Pido disculpas por avergonzarlos a todos».

Hizo al duque una magnífica reverencia y se dirigió hacia la puerta abierta que daba a los jardines.

«Elizabeth», el duque dio un paso apresurado tras ella antes de que pareciera recordar dónde estaba. Sus ojos fríos se encontraron con los de Jack y por un segundo compartieron una sensación de frustración similar, totalmente masculina.

El duque se recuperó primero y tomó posición detrás del escritorio. Su sonrisa parecía forzada y su mirada se desviaba constantemente hacia el jardín.

«Es bueno verte, Llewelyn. Solo puedo agradecer a Michael por el rápido regreso de la señora Forester. Le has hecho un gran servicio a tu país. Me aseguraré de que todos lo sepan».

Jack hizo una reverencia. «Al ayudarlo a usted, Su Gracia, también logré ayudarme a mí mismo». Sacó un rollo de pergamino del bolsillo de su abrigo. «He escrito un relato completo de la versión de lord Oliver Rice sobre las razones detrás de la emboscada española».

El duque tomó el pergamino que le ofreció y leyó rápidamente su contenido. Dejó que el documento se enrollara mientras estudiaba a Jack. «Entiendo que Rice está desaparecido. ¿Sabes qué le pasó?».

Jack se aclaró la garganta y el duque levantó la mano. «¿Puedo sugerir que no sabes nada? Cualquier sospecha de que tuviste algo que ver con la muerte de Rice no les caería bien a tus compañeros. Quizá sea mejor dejar su muerte como un misterio sin explicación».

Jack asintió y sostuvo la mirada intransigente del duque. Si su silencio significaba que Carys permanecería a salvo, lo haría.

«Si esta información es correcta, Llewelyn, después de todo no necesitarás mi ayuda para limpiar tu nombre».

Jack sonrió. «Difícilmente diría eso, Su Gracia. Pero si pudiera enviar este documento a las autoridades adecuadas, estoy seguro de que ayudaría en mi caso».

El duque le tendió la mano. «Considéralo hecho. ¿Hay algo más en lo que pueda ayudarte?».

Jack miró por la ventana, donde pudo ver a la duquesa atacando furiosamente a una malvarrosa indefensa con su sombrilla. «Hay una cosa más, Su Gracia. Se trata de mi esposa».

Capítulo 36: Capítulo Treinta y seis

Carys miró fijamente hacia la magnífica puerta principal de la Casa Delamere. Era temprano en la mañana, demasiado temprano para una visita social. Había suplicado un viaje durante la noche al chofer de la granja de los Llewelyn, quien estaba llevando mantequilla y queso a las cocinas de Londres. Después de escuchar los rumores del hombre, estaba lista para gritar.

Carys intentó alisar las arrugas de sus faldas marcadas. Sospechaba fuertemente que olía a queso maduro. ¿Estaría contenta la duquesa de verla en tal desorden? Y lo más importante, ¿sabría el duque dónde encontrar a Jack? Carys cogió su bolso y subió las escaleras.

Un imponente mayordomo abrió la puerta. Carys empezó a hablar, pero el hombre simplemente hizo una reverencia y se hizo a un lado.

«Buenos días, milady. ¿Le importaría pasar al salón de mañana?».

Carys cerró la boca con un chasquido y atravesó la puerta, como si esperara ser admitida sin preguntas. Jack siempre había dicho que, bajo su duro exterior, el duque vivía una vida muy poco ortodoxa.

El mayordomo la condujo a una pequeña sala de desayunos en la parte trasera de la casa. Tanto el duque como la duquesa estaban sentados a la mesa. Un aroma celestial a jamón, huevos y tostadas recibió los cansados sentidos de Carys.

«Lady Jack Llewelyn, Su Gracia».

El duque levantó la vista del periódico y se puso de pie. «Buenos días, señora Jack. ¿Le importaría unirse a nosotros?».

Sorprendida en silencio por su casual aceptación de su presencia, Carys tomó asiento cerca de la sonriente duquesa. Permitió que el duque le sirviera una taza de café.

La duquesa se inclinó hacia adelante y le dio unas palmaditas en la mano. «¿Estás aquí para quedarte conmigo? Daría la bienvenida a la compañía».

Carys luchó contra un sonrojo. «Esperaba que me permitiera quedarme a pasar la noche, Su Gracia, mientras soluciono algunos... asuntos familiares».

El duque se atragantó con el café y la duquesa le frunció el ceño. Ella juntó los dedos de Carys. «Puedes quedarte todo el tiempo que quieras», le lanzó al duque otra mirada penetrante. «Después de todo lo que Jack ha hecho por “esta” familia, estamos encantados de poder ayudarte, ¿no es así, Su Gracia?».

El duque miró fijamente su café como si de repente se hubiera vuelto imbebible. «Sí, efectivamente, querida. Es más que bienvenida, milady». Se secó la boca con la servilleta y se puso de pie. Se inclinó para besar la mejilla de su esposa y luego se volvió hacia Carys. «Si es conveniente, me gustaría hablar más tarde con usted en mi estudio, digamos, ¿a las dos? Hay algunos asuntos que deseo discutir con usted».

El duque se fue, dejando a Carys y Elizabeth mirándose fijamente. Carys gimió interiormente al registrar el brillo militante en los ojos de la duquesa.

«Ahora, Carys, espero que me digas exactamente qué pasó cuando mi madre escapó de sus guardias». Elizabeth miró con severidad al duque que se alejaba. «Su Gracia pensó que podría manejar todo este sórdido asunto sin molestar mi linda cabecita. Odio ser tratada como a una niña». Echó hacia atrás su silla y ayudó a Carys a ponerse de pie. «Subamos a mi sala de estar, donde podemos estar en privado. Me muero por escuchar todos los detalles que el duque omitió».

* * *

Como se le había pedido, Jack llegó a la Casa Delamere cuando el reloj marcaba las dos. Las nubes oscurecieron el cielo y el olor a lluvia flotaba pesadamente en el aire. Por los deliciosos olores que flotaban por el salón de mármol blanco y negro, Jack supuso que sus anfitriones todavía estaban disfrutando del almuerzo. Al quedarse solo en el estudio del duque, se detuvo para estudiar un conjunto de documentos de aspecto oficial sobre el escritorio. ¿Era posible que el duque hubiera logrado arreglar las cosas tan rápidamente?

Jack se volvió cuando el duque apareció en la puerta. Hizo una reverencia. «¿Su gracia? ¿Me ha solicitado que me presente?».

El duque ignoró la pregunta de Jack y se sentó en su escritorio. «La duquesa y yo tuvimos una visita inesperada esta mañana».

Jack se puso rígido. «¿Fue mi padre? ¿Ha cambiado de opinión acerca de que asista al funeral?», se alisó la manga de su nuevo abrigo negro. Ya había comprado prendas adecuadas para el luto y tenía la intención de usarlas en honor a su madre, independientemente de la decisión de su padre.

«Lamentablemente no», el duque pareció arrepentido. «El visitante al que me refiero es tu esposa».

Jack frunció el ceño. «¿Carys está aquí?».

El duque le dedicó una sonrisa particularmente exasperante. «Sí, en efecto». Miró los papeles sobre su escritorio. «Ahora podrás explicarle tu ridícula decisión en persona».

Como si hubiera sido convocada, apareció Carys. Llevaba un vestido cortado a la última moda en color lila, el favorito de la duquesa. Su cabello estaba cuidadosamente trenzado contra su cabeza. No se parecía en nada a la mujer con la que Jack había compartido cama en Gales.

Jack hizo una reverencia y trató de ignorar su impulso de tomarla en sus brazos y besar su boca seria. «¿Pasa algo mal en casa?», logró preguntar. No se atrevía a preguntar si Owen estaba a salvo.

«Todos están bien, gracias».

Los truenos retumbaron en la plaza y la lluvia silbaba en los cristales de las ventanas. Carys le dio al duque una mirada rápida, pero permaneció en su escritorio, con la mirada llena de interés.

«Lady Jack, tengo entendido por su esposo que estaba buscando el divorcio».

El color desapareció de las mejillas de Carys y ella asintió.

El duque empujó el paquete de papeles sobre el escritorio hacia Jack, el crujido del pergamino rígido se escuchó fuerte en el silencio. «Como lord Rice es 'incapaz' de proporcionar el capital para llevar a cabo el proceso, me he ofrecido a aportarlo yo mismo. El proceso todavía tendrá que ser arrastrado por todos los tribunales necesarios, tanto laicos como eclesiásticos. Pero puedo asegurarle que gracias a mi influencia con el Príncipe Regente y a sus recientes servicios a su país, su solicitud tendrá éxito».

Jack mantuvo la mirada fija en los documentos mientras los tomaba. Solo se atrevió a mirar a Carys cuando los puso en sus manos. «Ya no me interpondré en tu camino. Cuando encuentres un hombre digno de ti, solo deseo que con mucho cuidado elijas un padre para Owen. Se merece un padre al que pueda respetar».

Dicho esto, presionó el paquete en sus frías manos y salió de la habitación. En su prisa por irse, se olvidó de recoger su capa y su sombrero nuevos. En la plaza, la lluvia le golpeó la cara, dándole una excusa para el repentino ardor de las lágrimas. Caminó tambaleándose hacia el parque en el centro de la plaza y rezó por algo de privacidad.

«¡Jack Llewelyn!».

Jack se detuvo.

«Jack Llewelyn, ¿cómo te atreves a alejarte de mí *otra vez*?».

Se tambaleó cuando algo lo golpeó de lleno en la nuca. Era el paquete de papeles del divorcio. Se giró y encontró a Carys, tres metros detrás de él, con las manos en las caderas y expresión furiosa.

Ella se acercó a él y le dio un golpe en las costillas. «¿Crees que voy a dejar que te vayas como un héroe idiota de un cuento medieval?».

Jack la miró fijamente. Se había olvidado de ponerse el abrigo y el sombrero. Su vestido fino y mojado por la lluvia se pegaba a su bien formado cuerpo. La arrastró bajo la protección de los árboles que sobresalían. Ella le quitó la mano del brazo.

«Carys, no soy lo suficientemente bueno para ti. No soy lo suficientemente bueno para Owen».

Dio una patada en el suelo, empapando su fina zapatilla de cabritilla. «¡Deja de ser tan noble! Si creo que eres lo suficientemente bueno para mí, a pesar de lo que me has hecho, entonces definitivamente eres lo suficientemente bueno para Owen».

Jack lo intentó de nuevo. «Todos los que amo sufren por mi culpa».

Carys cerró brevemente los ojos, como si buscara el consejo de una autoridad superior. «Todo el mundo sufre por las decisiones que tomamos. No puedes salvar a todos, Jack. No puedes culparte por los errores de los demás». Las gotas de lluvia se adhirieron a sus largas pestañas y ella se las secó con impaciencia. Su cabello comenzó a rizarse y rebelarse contra las trenzas apretadas. «Cuando nos casamos por primera vez, pensé que eras un héroe. Y cuando me dejaste, no pude perdonarte por ser demasiado humano», ella le tocó la mejilla. «He crecido ahora. Sigues siendo mi héroe, Jack, con defectos y todo. Sigues siendo el hombre con el que quiero vivir mi vida».

El nudo en la garganta de Jack creció hasta casi ahogarlo. No podía hablar mientras un calor absurdo se extendía por su pecho. Extendió las manos en un gesto de súplica. «Quiero que seas feliz. Antes de que decidas si quieres recuperarme, recuerda que sigo desheredado. No tengo un hogar que ofrecerles ni una ocupación de caballero».

«Ya tengo una casa y me las he arreglado bastante bien sin la interferencia de tu familia aristocrática», Carys levantó la barbilla. «Y en cuanto al empleo, sospecho que al duque le gustaría hablar contigo sobre eso».

Jack simplemente la miró fijamente. ¿Estaba dispuesta a aceptarlo de regreso? Una sensación de profunda humildad se apoderó de él. Envío una sentida oración de agradecimiento a Dios.

Como si tratara de convencerlo más, Carys lo agarró por los hombros y le bajó la cabeza para besarlo. El calor inundó sus sentidos y se olvidó por completo de la lluvia que goteaba por su cuello. Cuando ella lo soltó, él solo pudo mirarla a los ojos y esperar que ella pudiera leer la adoración en los suyos.

«Simplemente árame», susurró Carys. «Eso es todo lo que Owen también necesita. Sé que eres muy bueno en eso».

Un lento aplauso hizo que Jack levantara la vista. El duque y la duquesa estaban al pie de las escaleras de su mansión, protegidos de la lluvia por un paraguas.

«Si han terminado de hacer un espectáculo, ¿quizá podrían volver a entrar y calentarse un poco?», dijo el duque arrastrando las palabras. «Sería trágico si, habiendo redescubierto su amor perdido, uno de ustedes sucumbiera a un escalofrío en los pulmones».

Ni siquiera el sarcasmo del duque pudo mermar la felicidad de Jack. Le ofreció a Carys su brazo y subió las escaleras. Por primera vez en años, tenía un futuro y una familia que considerar. Al pasar junto al duque, le guiñó un ojo a la duquesa, lo que hizo que el duque frunciera el ceño.

«Gracias, Su Gracia. Eso sería encantador».

* * *

Querido lector:

Espero que hayas disfrutado de *“Perdonando a Jack”*, un romance en la época de la Regencia a la antigua usanza. Este es el segundo libro de la serie de Diable Delamere que sigue después de *“Educando a Elizabeth”* (libro # 1), y continúa con *“Despertando a Amelia”* (libro # 3) y *“Amando a Michael”* (libro # 4).

Si te ha gustado este libro, no dudes en dejar un comentario con tu distribuidor favorito.

Si quieres leer más libros míos, visita mi sitio web y suscríbete a mi boletín para recibir las actualizaciones más rápidas y participar en concursos para ganar nuevas historias.

katepearce.com/newsletter

¡Gracias por tu lectura!

Kate Pearce

¡Descarga gratis!



FREE DOWNLOAD

Get a free copy of *Once A Seal* and other surprises when you sign up for Kate's newsletter!

[Click Here To Get Your Free Copy](#)

Copyright

Copyright © 2012 por Kate Pearce

Reservados todos los derechos. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, almacenarse o introducirse en un sistema de recuperación, ni transmitirse, de ninguna forma ni por ningún medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro), sin el permiso previo por escrito tanto del propietario de los derechos de autor como del editor mencionado anteriormente en este libro.

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares, marcas, medios y eventos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. La autora reconoce el estado de marca registrada y los propietarios de las marcas comerciales de varios productos a los que se hace referencia en esta obra de ficción, que se han utilizado sin permiso. La publicación/uso de estas marcas comerciales no está autorizada, asociada ni patrocinada por los propietarios de las marcas comerciales.